

Biblioteca Billiken

El Príncipe y El Mendigo



MARK TWAIN







Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

EL PRINCIPE
Y EL MENDIGO



Mark Twain

EL PRINCIPE Y EL MENDIGO

Traducción de Cora Bosch

Ilustraciones de Aniano Lisa

Octava edición

EDITORIAL ATLÁNTIDA - BUENOS AIRES

Derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

(C) EDITORIAL ATLANTIDA 1960.

PRINTED IN ARGENTINA.

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

Esta 8ª edición se terminó de imprimir el 18 de
marzo de 1980 en los talleres de Gráfica Super
Press S.A.C.I. C. Arenal 1784/86 Bs. As.

PREFACIO

Daré forma escrita a un cuento, tal cual me fue relatado por alguien que lo oyó de boca de su padre, quien a su vez se lo oyó contar al suyo, el cual, de igual modo, lo había oído de su padre y así sucesivamente, retrocediendo hasta trescientos años o aún más; transmitido, pues, de padres a hijos y conservado de ese modo. Puede que se trate de una historia verídica, puede que sólo de una leyenda, de una tradición. Puede que haya sucedido, puede que no: lo cierto es que pudo suceder. Quizá fueron los sabios y los eruditos quienes antaño creyeron en ella; quizá fueran sólo los ignaros y los simples quienes la amaron y le dieron crédito.

De Hugo Latimer, Obispo de Worcester, a Lord Cromwell, respecto del nacimiento del Príncipe de Gales (más tarde, Eduardo VI).

Extraído de los manuscritos nacionales conservados por el gobierno británico. (1)

Salutem in Christo Jesu a Su Señoría y os expresamos, Señor, que no hay aquí menos regocijo entre nosotros por el nacimiento de nuestro príncipe, por tanto tiempo anhelado, que el que hubo (así confío) *inter vicinos* con el nacimiento de San Juan Bautista, lo cual podrá decíroslo el portador

(1) Documento escrito por persona no letrada, con errores de gramática que se han tratado de reflejar en la traducción. (N. del T.)

de ésta, Maese Erance. Que Dios nos dé a todos su gracia para rendir nuestro debido reconocimiento a Dios Nuestro Señor, el Dios de Inglaterra, ya que en verdad se ha mostrado Dios de Inglaterra, o mejor dicho un Dios inglés, si tenemos en cuenta y ponderamos debidamente todas Sus providencias ocasionales para con nosotros. Con su inmensa bondad, ha superado todas nuestras dificultades de modo que, a menos de llevar en nosotros al demonio de todos los demonios, estamos ahora más que obligados a servirle, a buscar Su gloria y a promover Su palabra. Vemos ahora cumplidas nuestras antes vanas ilusiones y esperanzas: oremos todos por que nos sean preservadas. Por mi parte, he de desear que S. Alteza tenga siempre y aun ahora desde el principio, maestros y gobernantes y funcionarios de buen juicio, *ne optimum ingenium non optima educatione depravetur.* (1)

Pero ¡cuán grande necio soy! Suele ser frecuente que la gran devoción muestre escasa discreción. Así, pues, que el Dios de Inglaterra esté siempre con vos en todas sus providencias.

El 19 de octubre.

Vuestro H.L., Obispo de Worcester, actualmente en Hartlebury. Si os pluguiese incitar al autor de ésta a ser más enérgico contra el abuso de las imágenes y mejor dispuesto a promover la verdad, podría ser un bien. No por mí, sino por vos, etc.

(Dirigido) Al Muy Honorable Lord P. Sealle, su señor singularmente bueno.

(1) No hay inteligencia óptima que no sea malograda por una educación que no sea óptima.

CAPÍTULO I

NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE Y DEL MENDIGO

En la antigua ciudad de Londres, cierto día de otoño del segundo cuarto del siglo dieciséis, le nació a una familia pobre, de nombre Canty un niño que tal familia no deseaba. Ese mismo día, otro chico inglés le nacía a una familia rica, de nombre Tudor, que sí lo deseaba. Y toda Inglaterra lo deseaba también. Tanto tiempo hacía que suspiraban por él, que lo esperaban y rogaban a Dios por que naciese, que ahora que había llegado por fin, el pueblo enloqueció casi de alegría. Los que se conocían apenas se abrazaban, se besaban y soltaban el trapo a llorar en plena calle. Todo el mundo se decretó asueto: grandes y humildes, ricos y pobres se regalaron con comilonas, bailaron, cantaron y se pusieron sumamente tiernos, manteniendo este estado de cosas durante varios días seguidos con sus noches. Durante el día, Londres constituía un espectáculo digno de ser visto, con banderas y pendones que flameaban sus colores desde todos los balcones y tejados y con espléndidas manifestaciones de gentes que marchaban por sus calles. De noche, no era menor el espectáculo, con grandes fogatas ardiendo en todas las esquinas y turbas de parranderos que jaraneaban a su alrededor. No había en

toda Inglaterra más conversación que sobre el recién nacido, Eduardo Tudor, Príncipe de Gales, quien, envuelto en sedas y rasos, allí se estaba acostado quietecito, insensible a toda aquella alharaca, sin darse cuenta de que grandes señores y damas lo vigilaban y lo atendían, y sin que le importase tampoco. Pero de ese otro recién nacido, Tom Canty, envuelto en harapos, nadie habló, a no ser la familia de mendigos que el chico había venido a perturbar con su presencia.

CAPÍTULO II

VIDA DE TOM EN SUS COMIENZOS

Saltemos ahora unos añitos.

Londres tenía ya mil quinientos años de edad y era, para la época, una gran ciudad de cien mil habitantes, no faltando quien crea que contaba el doble de ese número. Las calles eran muy estrechas, torcidas y sucias, especialmente en el sector donde vivía Tom Canty, no lejos del gran Puente de Londres. Las casas eran de madera, y el segundo piso se proyectaba sobre el primero mientras que el tercero parecía como si sacase los codos para ganar en ancho al segundo. Cuanto más altas eran las casas, más se ensanchaban hacia arriba. Las armazones de esas casas eran de gruesas vigas entrecruzadas, con material sólido en los huecos y recubiertas de revoque. Las vigas iban pintadas de rojo, azul y negro, según el gusto del propietario, lo cual daba a aquellos edificios aspecto muy pintoresco. Las ventanas eran chicas, con pequeños vi-

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO



drios romboidales, y se abrían hacia afuera mediante bisagras, como las puertas.

La casa donde vivía el padre de Tomasito quedaba en una inmunda calle cortada llamada Offal Court (Patio de los Desperdicios) que nacía en Pudding Lane (Calleja del Budín). Era una casa pequeña, ruinoso y desvencijada, pero vivían apiñadas en ella muchas familias misérrimas. La tribu de Canty ocupaba un cuarto del tercer piso. La madre y el padre tenían en un rincón algo parecido a una armazón de cama, pero ni Tom, ni sus dos hermanas, Bet y Nan, ni la abuela, se veían restringidos de ese modo, sino que, disponiendo de todo el suelo, podían dormir donde se les antojase. Quedaban los restos de una o dos frazadas y algunos haces de paja, malolientes y sucios; pero ninguno de esos elementos podía llamarse con justicia

una cama, ya que no existía respecto de ellos la menor organización, sino que a puntapiés se los apilaba por las mañanas en un montón único y cada uno escogía según le conviniese para que le prestase servicios por la noche.

Bet y Nan tenían quince años. Eran gemelas y chicas de buen corazón, aunque sucias, harapientas y profundamente ignorantes. La madre era como ellas. En cuanto al padre y a la abuela, eran una pareja de espíritus diabólicos: se embriagaban en cuanto les era posible y en ese estado se peleaban entre ellos o con cualquier otro que se les cruzase en el camino. Y en cuanto a maldecir y jurar, lo hacían siempre, bebidos o no. John Canty era ladrón y su madre, mendiga. De los niños hicieron mendigos, pero no lograron hacer de ellos ladrones. Entre la terrible gentuza que habitaba la casa, aunque sin pertenecer a ella, había un viejo y buen sacerdote a quien el rey había destituido de casa y hogar con una pensión de unos pocos maravedíes. Este cura solía apartar a los chicos para inculcarles secretamente las buenas normas. A Tom, llegó a enseñar el padre Andrés algo de latín, así como a leer y escribir; igual hubiese hecho con las niñas, de no temer ellas las burlas de las amigas, que no les hubiesen tolerado tales y tan raras prendas.

Todo el llamado Offal Court constituía una colmena tal como la casa de los Canty. La embriaguez, el desorden y las peloterías eran en aquel lugar el orden del día —mejor dicho— el de la noche, y el de casi toda la noche. Tan frecuentes como el hambre eran allí las cabezas rotas. Tomasito no era, pese a todo, desgraciado. Si es verdad que las pasaba negras, no tenía de ello conciencia. Como

aquel modo de vivir era el de todos los chicos de Offal Court, Tom suponía que aquello era lo natural y cómodo. Cuando regresaba de noche a casa con las manos vacías, sabía que primero lo había de maldecir y zurrar el padre y que cuando éste hubiese concluido, lo tomaría por su cuenta la terrible abuela, para repetir —con mejoras— toda la operación. Sabía también que, entrada la noche, la madre famélica se le llegaría furtivamente con cualquier mísero mendrugo que hubiese podido guardarle, privándose ella de satisfacer el hambre, aunque con frecuencia la pescaban en tal suerte de traición y recibía por esa causa buenas palizas del marido.

Pese a todo, la vida de Tom transcurría bastante bien, especialmente en el verano, cuando mendigaba sólo lo estrictamente necesario para salvarse de la policía, pues eran rigurosas las leyes contra la mendicidad y severos los castigos. Así es que buena parte de su tiempo la dedicaba a escuchar al padre Andrés, que le contaba encantadores cuentos viejos y leyendas sobre gigantes, hadas, enanos y genios, castillos encantados y esplendorosos príncipes y reyes. La cabeza de Tom se llenó de aquellas maravillas y muchas noches, echado a oscuras sobre el escaso y maloliente jergón, cansado, hambriento y dolorido aún de una azotaina, daba rienda suelta a la imaginación y pronto olvidaba penas y dolores con los deliciosos cuadros que le pintaba su fantasía de la vida encantada de un príncipe mimado en un regio palacio. Un deseo llegó a obsesionarlo día y noche: ver con sus propios ojos a un príncipe verdadero. Una vez habló de aquello a algunos de sus camaradas de Offal Court, pero fueron tan despiadadas las burlas y

befas que en adelante se conformó con guardarse aquel sueño para sí.

Con frecuencia leía los viejos libros del anciano cura y se hacía explicar y ampliar por él su contenido. Con el tiempo, estas lecturas y ensoñaciones comenzaron a operar en el chico ciertos cambios. Sus criaturas de ensueño eran tan magníficas que Tom entró a lamentar lo raído de sus ropas y su suciedad, y a desear el aseo y los buenos vestidos. Continuaba sí, jugando en el barro como siempre y gozando con ello además; pero en lugar de chapotear en el Támesis únicamente por divertirse, comenzó a valorar aquello también porquele proporcionaba el placer ulterior de lavarse y asearse.

Tom encontraba siempre algo interesante en los alrededores del Maypole (1) y de Cheapside (2), así como también en las ferias; como todo el resto de Londres tenía, de cuando en cuando, ocasión de ver un desfile militar cuando algún personaje en desgracia era llevado prisionero por tierra o por agua a la Torre de Londres. Cierta día de verano, vio a la pobre Anne Askew (3) cuando en Smithfield fue quemada en la hoguera junto con tres hombres, y oyó el sermón de un ex obispo, que no logró interesarle.

En conjunto, pues, la vida de Tom era variada y bastante agradable.

(1) Literalmente: *palo de mayo*, famoso en las festividades rurales del 1º de mayo en Inglaterra. El aquí referido fue erigido y estuvo durante siglos en Londres, frente al Strand y era decorado con banderas y guirnaldas en días de gran fiesta. (N. d. T.)

(2) Una de las calles comerciales más célebres de Londres, centro de sastres y joyeros. (N. d. T.)

(3) Protestante inglesa del siglo XVI condenada a la hoguera por herejía sin juicio ni testigos, después de tenerla en el cepo. (N. d. T.)

Más adelante, sus lecturas y sueños sobre la vida principesca le causaron un efecto tan marcado que, inconscientemente, comenzó a *representar* el papel de príncipe, y tanto su modo de hablar como sus modales se hicieron curiosamente ceremoniosos y cortesanos, con enorme admiración y divertimento de sus íntimos. Su influencia sobre estos muchachos, sin embargo, comenzó a aumentar día por día y, con el tiempo, se le llegó a considerar entre ellos con una especie de reverencia admirativa, como a un ser superior. ¡Parecía saber tanto!... ¡Hacía y decía cosas tan asombrosas!... Y al mismo tiempo ¡era tan profundo y tan discreto!... Sus observaciones y sus actos fueron relatados por los chicos a sus mayores, quienes también con el tiempo comenzaron a hablar de Tom Canty y a considerarlo una criatura extraordinaria y superdotada. Personas adultas solían traer a Tom sus embrollos para que se los solucionase y era frecuente que salieran admiradas del ingenio del chico y de la sabiduría de sus decisiones. En realidad, había llegado a ser el héroe de todos cuantos lo conocían, con excepción de su familia: éstos eran los únicos que no veían en él nada fuera de lo común.

Más adelante y en privado, Tom organizó una corte real. El era el príncipe, sus amigos particulares fueron guardias, chambelanes, caballeros, señores o damas de compañía y miembros de la familia real. Todos los días, el príncipe improvisado era recibido con complicados ritos de ceremonia que Tom aprendía de sus lecturas romancescas y diariamente se trataban en el real consejo los asuntos importantes de aquel reino de ficción.



A diario también Su Alteza ficticia emitía decretos dirigidos a sus ejércitos, flotas y virreinos imaginarios.

Después de lo cual, salía muy orondo con sus harapos, mendigaba unos centavos, comía su mísero mendrugo, recibía los acostumbrados coscorrones e insultos y se tendía por fin sobre su puñado de paja sucia para reanudar en sueños sus vanas grandezas.

Día por día y semana tras semana aumentaba su deseo de mirar siquiera fuese una vez a un príncipe verdadero, de carne y hueso, hasta que tal deseo terminó por absorber en él a todos los demás, convirtiéndose en la única pasión de su vida.

Un día de enero, durante su acostumbrada gira mendicante, recorrió de arriba abajo Mincing La-

ne (1) y Little East Cheap (2), y todos sus alrededores, abatido y a marcha forzada, hora tras hora, descalzo y helado de frío, mirando las vidrieras de las rotiserías y yéndosele los ojos tras los horribles pasteles de puerco y otros mortales inventos que allí se exhibían, y que eran para él bocados propios de ángeles; es decir, a juzgar por el tufillo, ya que nunca había tenido la suerte de tener uno y comerlo. Caía una llovizna helada y el ambiente era lóbrego: era día de gran melancolía. Aquella noche, Tom llegó a su casa tan cansado, famélico y empapado que a su padre, su madre y su abuela les fue imposible no conmoverse (a su manera) de ver su estado de desamparo; así pues en seguida le dieron unos trompis y lo mandaron a acostar. Largo rato lo tuvieron despierto los dolores, el hambre y los juramentos y broncas que se oían en el edificio, pero por fin sus pensamientos lo arrastraron a tierras lejanas y románticas y se durmió en compañía de principitos enojados y recubiertos de dorados, que vivían en enormes palacios y tenían sirvientes que se deshacían ante ellos en reverencias o volaban a ejecutar las órdenes principescas. Luego, según ya le era habitual, terminó por soñar que él era también un joven príncipe.

Las glorias de su residencia real lo deslumbraron durante toda la noche. Resplandeciente, circulaba entre damas y caballeros, aspirando perfumes, arrebatado a la más deliciosa de las músicas y respondiendo a la reverente sumisión de la brillante multitud que le abría paso, con una sonrisa a

(1) Barrio de Londres lleno de casas de vecindad.

(2) Otro barrio.

éste y a aquél con una inclinación de su principesca cabeza.

Cuando se despertó por la mañana y miró la sordidez que lo rodeaba, su sueño había surtido ya el acostumbrado efecto: intensificar mil veces la miseria de su ambiente. Sucumbía entonces a la amargura, a la desolación del alma y a las lágrimas.

CAPÍTULO III

ENCUENTRO DE TOM CON EL PRÍNCIPE

Famélico se despertó Tom y famélico salió de su casa a paso lento, pero con el pensamiento ocupado aún con los visionarios esplendores de sus sueños de aquella noche. Anduvo vagando sin rumbo por la ciudad, sin fijarse siquiera por dónde caminaba ni lo que sucedía a su alrededor. Tropezaba con la gente y recibía los insultos de algunos. Nada importaba al chico absorto en su preocupación. Se encontró luego en Temple Bar (1), la mayor distancia que había recorrido nunca en aquella dirección, desde su casa. Se detuvo un momento a pensar para luego caer de nuevo en sus fantasías y continuar su camino hasta trasponer las murallas de Londres. El Strand no era ya un camino rural sino que se consideraba una calle, lo cual exigía un esfuerzo de imaginación, pues aunque contaba por un lado con una hilera medianamente

(1) Lugar de Londres donde se exhibían las cabezas de los ejecutados por traición.



¿Cómo osas tratar así aun al más ínfimo de los súbditos del rey mi padre?

compacta de casas, por el otro presentaba sólo algunos grandes edificios desparramados, los cuales no eran otra cosa sino palacios de ricos nobles, con amplios terrenos y hermosos jardines que se extendían hasta el río; terrenos que hoy se encuentran atestados de tétricas superficies cubiertas de piedra y ladrillo.

Tom descubrió luego el barrio de Charing y descansó junto a la hermosa cruz hecha construir en ese lugar por un antiguo rey, de luto por la muerte de su reina (2); sin apuro bajó luego por un camino precioso y tranquilo, dejando atrás el lujoso palacio del gran cardenal para llegarse hasta un palacio mucho más majestuoso y soberbio aún que quedaba más lejos: el palacio de Westminster. Con feliz azoramiento, se quedó Tom contemplando aquella inmensa mole de albañilería, los extensos pabellones laterales, los imponentes bastiones y torrecillas, la enorme entrada de piedra con sus barrotes dorados y su magnífico despliegue de colosales leones de granito y demás signos y símbolos de la realeza inglesa. ¿Acaso iba a ser satisfecho por fin el deseo de su corazón? Estaba, sin lugar a dudas, frente al palacio de un rey. ¿No podría tener esperanzas de ver ahora un príncipe, un príncipe de carne y hueso si el Cielo se lo permitía?...

A cada lado de la verja dorada había de pie una estatua viviente, es decir un soldado armado, erigido, majestuoso e inmóvil, vestido de pies a

(2) Charing Cross, la cruz (una de 14) que Eduardo I erigió a la memoria de su querida Eleanor: La palabra es corrupción de *Chère* (querida) y vendría a significar "cruz del cariño". Enfrente está una famosa terminal de ferrocarril. (N. d. T.)

cabeza con reluciente armadura de acero. A respetuosa distancia había muchos campesinos y gentes de la ciudad, esperando por si el azar les ofrecía un atisbo de algún personaje real. Por varias otras de las suntuosas entradas de acceso al recinto real, llegaban y partían espléndidos carruajes con esplendentes personas en su interior y sirvientes lujosamente ataviados en el exterior.

A pesar de sus harapos el pobre Tomasito se aproximó y, avanzando lentamente, con timidez, y con el corazón latiéndole de creciente esperanza, iba ya dejando atrás a los centinelas cuando de pronto alcanzó a ver, por entre los barrotes dorados, un espectáculo que por poco le hace gritar de gozo. Adentro había un chico bien parecido, curtido y moreno por los recios deportes y ejercicios practicados al aire libre, cuyas ropas eran todas de hermosas sedas y rasos, resplandecientes de pedrería; en la cadera llevaba un espadín y puñalito enjovados; en los pies, delicados borceguíes de tacones rojos, y en la cabeza, un vistoso gorro carmesí, con plumas lloronas sostenidas por una enorme piedra relumbrante. Varios magníficos caballeros lo acompañaban de cerca —sus servidores, sin duda alguna—. ¡He ahí un príncipe, un príncipe viviente, un príncipe auténtico, incuestionablemente un príncipe!... El ruego ferviente que el muchacho mendigo había elevado en su corazón ¡había sido por fin escuchado!...

Se agitó el aliento de Tom. Respiraba rápida y brevemente y los ojos se le agrandaron de admiración y deleite. Instantáneamente todo se rindió en su cerebro ante aquel único deseo: acercarse al príncipe y mirarlo bien, con mirada devoradora. Antes de darse cuenta de lo que hacía, tenía ya

la cara contra los barrotes de la verja y en ese mismo instante uno de los soldados armados lo sacaba sin la menor cortesía y lo mandaba dando vueltas como un trompo a parar entre la boquiabierta muchedumbre de patanes campesinos y londinenses desocupados. Y dijo el soldado:

—¡Qué modales, señor pordioserito!

La turba rió con grandes burlas, pero el joven príncipe dio un salto hasta la verja, con la cara enrojecida y los ojos relampagueantes de indignación mientras gritaba:

—¿Cómo te atreves a tratar así a un pobre chucuelo? ¿Cómo osas tratar así aun al más ínfimo de los súbditos del rey mi padre? ¡Abre los portales y déjalo entrar!

¡Fue digno de ver cómo aquella multitud voluble se arrancaba entonces los sombreros! Era de oír cómo dieron vivas y gritaron: —¡Viva el Príncipe de Gales!

Con sus alabardas, los soldados presentaron entonces armas, abrieron los portales y volvieron a presentarlas al entrar el pequeño Príncipe de la Pobreza con los harapos agitándose al viento y tomarse de la mano con el Príncipe de la Ilimitada Abundancia.

Dijo entonces Eduardo Tudor:

—Pareces cansado y hambriento. Te han tratado mal: ven conmigo.

Media docena de subalternos se adelantaron... no sé en realidad para qué; sin duda para entremetarse; pero fueron apartados con un ademán de autoridad real que los paró en seco allí donde se encontraban, dejándolos como otras tantas estatuas. Eduardo llevó entonces a Tom a un rico compartimiento del palacio que él llamaba su gabinete y



dando las órdenes necesarias les fue traída una colación tal como Tomasito no había visto jamás a no ser en los libros. Con delicadeza y compostura realmente principescas, el Príncipe despachó a los sirvientes de modo que su humilde invitado no se sintiera molesto con su critica presencia; se sentó entonces cerca de Tom y mientras éste comía le hizo mil preguntas:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Tom Canty, para servirte, señor.

—¡Pues sí que es raro tu nombre! ¿Dónde vives?

—En la ciudad, si te place, señor. En Offal Court, que sale de Pudding Lane.

—¡Offal Court! En verdad que ése también es raro. ¿Tienes padres?

—Padres tengo, sí señor y una abuela también, que es apenas cariñosa conmigo y Dios me perdona si ofendo al decirlo. . . También tengo dos hermanas mellizas, Nan y Bet.

—Entiendo, pues, que tu abuela no es demasiado bondadosa contigo.

—Ni con ningún otro lo es, si place a vuestra señoría. Tiene un corazón malvado y no obra más que males todos los días de su vida.

—¿Acaso te maltrata?

—Algunas veces contiene la mano porque está dormida o vencida por la bebida; pero en cuanto se le despeja de nuevo el entendimiento, me lo compensa con palizas considerables.

Los ojos del principito se animaron con una fiera mirada, mientras exclamaba:

—¿Qué es lo que dices! ¿Has dicho que palizas?

—Oh, sí, señor, de veras, si os place, señor.

—¡Palizas! ¡Qué enormidad! ¡Y tú tan pequeño y débil! Oye: antes de la noche, será traída de prisa a la Torre. El rey, mi padre. . .

—En verdad, señor olvidáis que es de humilde condición. La Torre es sólo para los grandes.

—Es verdad. No se me había ocurrido. Pensaré otro castigo para ella. ¿Y tu padre? ¿Es bueno contigo?

—No más bondadoso que la abuela Canty, señor.

—Los padres son todos iguales, me parece. El mío no tiene precisamente carácter de muñeca y sabe pegarme con mano pesada aunque luego me hace la gracia de perdonarme. No siempre me perdona con la lengua sin embargo, la verdad sea dicha. ¿Cómo te trata tu madre?

—Es buena, señor y no me da penas ni me produce dolores de ninguna clase. Y Nan y Bet son como ella respecto a eso.

—¿Qué edad tienen esas dos?

—Quince años, si os place, señor.

—La señora Isabel, mi hermana, tiene catorce y la señora Jane Grey, mi prima, es de mi edad, y amable, además; pero mi hermana, la señora Mary, con su tétrico semblante y... Dime ¿tus hermanas prohíben a los sirvientes que sonrían por miedo a que el pecado destruya sus almas? (1)

—¿Mis hermanas? ¡Oh, señor! ¿Acaso crees tú que *ellas* tienen sirvientes?

El pequeño príncipe contempló al pordioserito gravemente un momento y luego dijo:

—¿Y me quieres decir por qué no? ¿Quién les ayuda a desvestirse por la noche? ¿Y quién las viste cuando se levantan?

—Nadie, señor. ¿Quieres que se quiten la prenda que llevan y duerman sin nada como los animales?

—¿La prenda que llevan! ¿Acaso no llevan más que una?

—¡Ah, mi buen señor! ¿Qué quieres que hagan con más de una? ¿Acaso tienen dos cuerpos cada una?

—¡He ahí un pensamiento exquisito y maravilloso! Perdóname, no es que quisiese reírme, pero te aseguro que las buenas de Nan y Bet tendrán ropas y lacayos en abundancia y eso ¡muy pronto! Mi tesorero se ocupará de ello. No, no me lo agradezcas, no es nada... Tú hablas bien, lo haces con gracia fácil. ¿Eres instruido?

(1) Alusión a la austeridad católica de Mary Tudor.

—No sé si lo soy o no, señor. El buen clérigo que llaman padre Andrés, en su bondad me enseñó de sus libros.

—¿Acaso sabes el latín? (1)

—Apenitas, señor, según colijo.

—¡Apréndelo, muchacho! Sólo los comienzos son difíciles. El griego es más arduo, pero ni éste ni ninguna otra lengua, les resulta difícil, según creo, a la señora Isabel (2) ni a mi prima (3). ¡Tendrías que oírlas recitar sus lecciones! Pero, cuéntame más acerca de Offal Court. ¿Tu vida es agradable en ese sitio?

—En verdad, sí, señor, si os place, menos cuando uno tiene hambre. Hay teatros de títeres y monos y ¡tantas criaturas raras, y tan perfectamente vestidas! (4) Y hay teatro, donde los que representan se gritan y pelean hasta que se matan. ¡Y es tan lindo de ver, y sólo cuesta un centavo! Aunque la verdad sea dicha, es bastante duro conseguirse ese centavo, si place a su señoría.

—Cuéntame más.

—Nosotros, los chicos de Offal Court nos peleamos con las cachiporras a veces, igual que los aprendices. (5)

Relampaguearon los ojos del príncipe al exclamar:

(1) Comenzaba éste, con el Renacimiento de las Letras, a ser un estudio indispensable.

(2) La reina Isabel I de Inglaterra, de quien se dice que traducía una página de latín o griego todas las mañanas antes de desayunar. (N. d. T.)

(3) María Tudor, hija de Catalina de Aragón, llamada luego María la sangrienta por sus persecuciones de los protestantes. (N. d. T.)

(4) Tom alude aquí a las ferias, famosas en la época por todas esas diversiones. (N. d. T.)

(5) Resabios medievales; los aprendices de gremios rivales armaban grandes broncas callejeras. (N. d. T.)

—¡Por la virgen, que no me disgustaría verlo! Cuéntame más.

—También competimos en carreras, señor, para ver quién de nosotros es más rápido.

—Eso me gustaría también. Sigue hablando.

—En verano, señor, solemos chapotear y nadar en los canales y en el río y cada uno hunde en el agua a su vecino y lo salpica y nos zambullimos y gritamos y damos tumbos y.

—¡Valdría tanto como el reino de mi padre gozar de todo eso una sola vez! Por favor, continúa.

—En Cheaspside (1) bailamos y cantamos alrededor del Maypole; también jugamos en la arena y cada uno tapa con ella a su vecino; a veces hacemos pasteles de barro. ¡Ah, qué hermoso es el barro! No hay nada en el mundo que valga lo que él para deleite! Verdaderamente, nos revolcamos en el barro, señor, mejorando la presencia de su señoría.

—¡Por favor no me digas más! ¡Es algo glorioso!... Si sólo pudiera yo vestirme como tú y descalzarme y regodearme en el barro una vez. ¡Una vez sola!, sin nadie que me reprendiese o me lo impidiera... ¡Me parece que podría renunciar a la corona!

—Y si yo pudiese vestirme una vez, dulce señor, como estás vestido tú, ¡sólo una vez!...

—¡Ah!... ¡Conque te gustaría, eh? Entonces, así será. ¡Quítate los harapos y ponte estas esplendideces, muchacho! Será una felicidad breve, pero no menos intensa por eso. La disfrutaremos mientras podamos y volveremos a cambiarnos antes de que nadie venga a molestarnos.

(1) Literalmente, *lado barato*.

Pocos minutos después, el Principito de Gales se enguinaldaba con los trapajos variados y ligeros de Tom, y el Principito del Reino de la Mendicidad quedaba disfrazado con el vistoso plumaje de la realeza. Ambos fueron a pararse frente a un gran espejo y ¡oh, milagro! ¡No parecía haberse operado el menor cambio! Se miraron fijamente el uno al otro, luego al espejo, luego otra vez el uno al otro. Por fin el intrigado principito preguntó:

—¿Cómo te explicas tú esto?

—¡Ah, mi buen señor, no me exijas que te responda! No corresponde que uno de mi condición sea quien lo diga.

—Entonces, lo diré *yo*. Tienes el mismo pelo, los mismo ojos, la misma voz y modales, la misma conformación y estatura, la misma cara y aspecto que yo. Si saliésemos desnudos, no habría una sola persona que supiese quién eras tú y quién el Príncipe de Gales. Y ahora que estoy vestido como tú lo estabas, me parece como si pudiera sentir más de cerca lo que tú sentiste cuando ese bruto de soldado... Pero, oye, ¿no es ése un cardenal que tienes en la mano?

—Sí, pero es poca cosa y su señoría sabe que el pobre soldado armado...

—¡Cállate! ¡Fue algo vergonzoso y cruel! —gritó el principito golpeando con el pie descalzo en el suelo—. Si el rey... No te muevas ni un paso hasta que yo esté de vuelta. ¡Es una orden!

En un minuto, el príncipe había arrebatado y guardado un objeto de importancia nacional que estaba sobre una mesa, y había salido por la puerta, volando por los jardines de palacio con sus harapos al viento, enrojecido el rostro y resplandecientes los ojos. En cuanto llegó a la entrada prin-



cipal, se tomó de los barrotos y trató de sacudirlos gritando:

—¡Abrid! ¡Desatranca el portal!

El soldado que había maltratado a Tom no se hizo de rogar y mientras el príncipe, semiahogado de indignación real, salía violentamente por el portal, el soldado le dio un resonante trompis en la oreja que lo arrojó en remolino hasta el camino, a tiempo que le decía:

—¡Toma, desove de pordioseros! ¡Te lo tienes merecido por el lío en que me metiste con Su Alteza!

La multitud rugió de risa. El príncipe se levantó de entre el barro e hizo un feroz ademán al centinela gritándole:

—Soy el Príncipe de Gales y mi persona es sagrada. ¡Y a ti te han de colgar por ponerme la mano encima!

El soldado puso la alabarda en posición de presentar armas y le contestó burlescamente:

—¡Salud a Vuestra Graciosa Alteza! —Y luego, cólerico—: ¡Mándate mudar, basura de manicomio!

En eso, la turba, sin dejar de mofarse, rodeó al pobre principito y a empellones lo llevó bastante trecho por el camino con bufidos de burla y con gran grito de:

—¡Paso a su Alteza Real! ¡Paso al Príncipe de Gales!

CAPÍTULO IV

COMIENZAN LAS TRIBULACIONES DEL PRÍNCIPE

Después de sufrir durante horas la persecución y los vejámenes más insistentes, el príncipe fue por fin abandonado por la canalla y se encontró solo. Mientras pudo desahogarse contra la chusma y amenazarlos de real manera, emitiendo reales órdenes que daban paso a la risa, les resultó divertido; pero una vez que, obligado por el cansancio, tuvo que guardar silencio, el niño no sirvió ya para nada a sus atormentadores, y éstos buscaron en otra parte la diversión. Sólo entonces miró a su alrededor y no pudo reconocer el lugar. Estaba dentro de la ciudad de Londres: era todo cuanto sabía. Continuó avanzando a la ventura, y, poco después,

comenzaron a ralear las casas y a escasear los transeúntes. En el arroyo que corría entonces por donde está ahora la calle Farringdon, el chico se lavó los pies ensangrentados; descansó luego un momento y continuó su camino para llegar poco después a un gran espacio donde había sólo algunas casas diseminadas y una iglesia prodigiosa. El príncipe reconoció aquella iglesia, rodeada a la sazón por andamiajes y enjambres de obreros, pues estaba en vías de sufrir complicadas reparaciones. Inmediatamente se reanimó pensando que ahora terminarían sus dificultades y diciendo para sí: —Se trata de la antigua iglesia de Grey Friars (de los frailes grises), que el rey mi padre ha quitado a los monjes para dárselas a los niños menesterosos de manera que tengan un hogar seguro, y que ha rebautizado con el nombre de iglesia de Cristo. ¡Bien que han de alegrarse ahora de servir al hijo de quien los ha tratado tan generosamente! Más aún cuando el tal hijo está ahora tan pobre y desposeído como el que más de quienes encuentre hoy ahí refugiados ni de los que jamás ha de haber.

Pronto se encontró en medio de una turba de chiquillos que corrían, saltaban, jugaban a la pelota y a “a la una la mula” o se divertían de algún otro modo, metiendo, además, mucha bulla. Todos vestían igual y al modo que se usaba entonces para los sirvientes y “aprendices” (1), es decir que cada uno llevaba en la punta de la cabeza un gorro chato y redondo del tamaño aproximado de un platillo que, en cuanto a cubrirla, no era de utilidad alguna por sus escasas dimensiones, y en cuanto a adornarla, no lo era tampoco, ya que por de-

(1) Véase nota 1, al final del volumen.

bajo de aquel gorro el pelo caía sin partición alguna hasta el medio de la frente, rodeándola con un corte recto a manera de flequillo; llevaban al cuello una banda del tipo de las que usan los clérigos, y por vestido una túnica ajustada que los cubría hasta las rodillas o más abajo; mangas amplias, cinturón ancho de color rojo, medias amarillo subido, ligas por encima de la rodilla y zapatos bajos con grandes hebillas de metal. Por cierto que se trataba de un atuendo bastante feo.

Interrumpiendo sus juegos, los muchachos se apiñaron alrededor del príncipe, quien con dignidad innata les dirigió la palabra en estos términos:

—Buenos muchachos, decid a vuestro amo que Eduardo, Príncipe de Gales, desea parlamentar con

Al oír esto se levantó una gritería tremenda, y un individuo, por cierto bien grosero, contestó:

—¡Por la virgen...! ¿Acaso eres tú el mensajero de Su Alteza, mendigo?

El rostro del príncipe enrojeció de ira, y rápida su mano pareció volar a su cadera, adonde nada había. Se desencadenó entonces una tempestad de risas y dijo otro de los chicos:

—¿Os habéis dado cuenta? Se imaginó tener espada... ¿Será acaso el príncipe en persona?

Esta humorada hizo brotar de nuevo la risa. El pobre Eduardo se incorporó orgullosamente y dijo:

—Soy en verdad el príncipe y muy mal os queda a vosotros, que os alimentáis de la generosidad del rey mi padre, el tratarme de esta manera.

También esto produjo mucho regocijo, según lo atestiguaron las risotadas. El mozalbete que había hablado primero gritó ahora a sus camaradas:

—¡Ea, basta!... So cerdos, esclavos, asalariados del principesco padre de Su Alteza!... ¿Adónde

están vuestros buenos modales? ¡De rodillas, todos vosotros, a reverenciar su real porte y sus harapos de rey!

Con alegría estrepitosa, todos en masa cayeron de rodillas rindiendo fingido homenaje a su presa. El príncipe rechazó de un puntapié al chicuelo que tenía más cerca y dijo con fiereza:

—¡Toma eso!... ¡Hasta tanto llegue la mañana y te haga construir una horca!

Pero ¡ay!... esto ya no era broma, esto pasaba ya los límites de la diversión. La risa cesó de pronto, y la sustituyó la furia. Una docena de muchachos gritó:

—¡A arrojarlo!... ¡Al estanque de los caballos!... ¡Al bebedero de los caballos!... ¿Dónde están los perros? ¡Ea, León!... ¡Aquí, Colmillos!...

Lo que ocurrió después nunca se había visto en Inglaterra hasta ese momento: la persona sagrada del heredero del trono abofeteada por manos plebeyas y acometida y desgarrada por perros.

Al terminarse la noche de ese día, el príncipe se encontró muy lejos de allí, en el sector de la ciudad donde la edificación era compacta. Con el cuerpo amoratado, las manos ensangrentadas, los harapos manchados de barro, continuó avanzando más y más con azoramiento siempre creciente, y tan débil y exhausto que apenas si podía arrastrar un pie tras otro. Ya había cesado de hacer preguntas, pues no le acarreaban más que insultos en vez de información. Para sus adentros, seguía murmurando: —Offal Court, así se llama aquel sitio. Si pudiese encontrarle antes de que se agoten totalmente mis fuerzas y me caiga al suelo, entonces estaría salvado, porque su familia me ha de llevar a palacio y probar que no les pertenezco, sino que

soy el auténtico príncipe. ¡Entonces recobraría lo mío!

De cuando en cuando, se le venía al pensamiento el modo como lo habían tratado los groseros muchachos del Hospital de Cristo y se decía: —Cuando sea rey, esos chicos no han de tener sólo asilo y pan, sino también enseñanzas sacadas de los libros, pues de poco sirve una panza llena si está famélica la inteligencia... ¡y el corazón! Me aplicaré a recordar esto, a fin de que no se pierda para mí la lección de este día y mi pueblo no sufra en consecuencia; porque la educación suaviza el corazón y engendra nobleza y caridad. (1)

Las luces comenzaron a parpadear y se puso a llover; se levantó viento y la noche se hizo desapacible y borrascosa. El príncipe sin hogar, el desamparado heredero del trono de Inglaterra siguió avanzando, metiéndose cada vez más en el laberinto de sórdidas callejas donde se apiñaban como en enjambres la pobreza y la desgracia.

De pronto sintió que lo acogotaba un rufián ebrio y le decía:

—¡Otra vez fuera a estas horas de la noche y sin traer a casa un céntimo, me jugaría la cabeza! Si así fuese y no te rompo todos los huesos de tu escuálido cuerpo ¡entonces no soy John Canty, sino algún otro!...

El príncipe se zafó a fuerza de contorsiones, se frotó inconscientemente el hombro profanado y preguntó ansioso:

—¡Ah!... ¿Eres de verdad “su” padre? Quiera otorgarnos el cielo benévolo que así sea, pues entonces lo irás a buscar y me repondrás en mi lugar.

(1) Véase nota 2, al final del volumen.

—¿“Su” padre dices? No sé lo que quieres decir con eso. Sólo sé que soy “tu” padre, como muy pronto tendrás motivo de...

—¡Oh, por favor, no bromees, no te burles, no te demores! Estoy exhausto, estoy herido, no puedo soportar más! Llévame ante el rey mi padre y él te hará más rico de lo que puedan alcanzar tus sueños más extravagantes. ¡Créeme, hombre, créeme! No hablé mentiras, sino únicamente la verdad!... Tiéndeme tu mano y sálvame, ¡pues soy de veras el Príncipe de Gales!

El hombre miró estupefacto a aquel chicuelo; luego, sacudió la cabeza y murmuró:

—¡Loco rematado como cualquiera salido del manicomio!... —Y lo acogotó de nuevo, diciendo con grosera risa acompañada de un juramento—: ¡Pero loco o cuerdo, yo y tu abuela Cauty pronto descubriremos cuáles son las partes flojas de tus huesos, o no seré yo un verdadero hombre!

Así diciendo arrastró al príncipe, que se debatía frenético, y ambos desaparecieron por el primer patio, seguidos por un enjambre ruidoso y regocijado de morralla humana.



¡Otra vez fuera a estas horas de la noche y sin traer a casa un céntimo, me jugaría la cabeza!

CAPÍTULO V

TOM EN CALIDAD DE PATRICIO

Una vez que lo dejaron solo en el gabinete del príncipe, Tom Canty aprovechó la oportunidad. Se contoneó primero de un lado para otro ante el gran espejo, admirando sus elegancias. Luego, sin dejar de observar ante el espejo los resultados, se retiró imitando el noble continente del príncipe. Sacó después la hermosa espada e, inclinándose, besó la hoja tal como había visto hacer a más de un caballero de noble alcurnia, a guisa de saludo al Administrador de la Torre, no más de cinco o seis semanas atrás, en ocasión de serles entregados en calidad de cautivos los grandes señores de Norfolk y de Surrey. Jugó luego con la daga enjoyada que le colgaba sobre el muslo; examinó los adornos costosos y exquisitos de aquel aposento,

probó cada una de las suntuosas sillas y pensó cuán orgulloso se pondría si el rebaño de Offal Court pudiera asomarse y verlo en toda su magnificencia. Dudaba que le creyesen el relato maravilloso que les haría al volver a casa y creía más bien que habrían de sacudir la cabeza diciéndole que su imaginación sobreexcitada había acabado por turbarle la razón.

Pasada media hora, se le ocurrió de pronto que el príncipe tardaba demasiado en volver; en seguida comenzó a sentirse solo y muy pronto se puso a escuchar, anhelante, cesando por completo de jugar con las cosas bonitas que lo rodeaban; sintióse primero desasosegado, luego inquieto, por último angustiado. Temía que alguien pudiera entrar y pescarlo vestido con las ropas del príncipe sin que estuviese éste para dar explicaciones. ¿No era tal vez posible que lo colgaran primero e indagaran después sobre el caso? Había oído decir que los grandes suelen ser muy expeditos en asuntos pequeños. Sus temores crecieron, crecieron... Temblando, abrió con suavidad la puerta que daba a la antecámara, resuelto a huir, buscar al príncipe y, por su intermedio, protección y escape. Seis resplandecientes caballeros al servicio del príncipe y dos pajecillos jóvenes de alta alcurnia, vestidos como mariposas, se pusieron de pie de un salto haciéndole una profunda reverencia. Tom retrocedió ligero y cerró la puerta diciéndose:

—¡Se burlan de mí! Irán con el cuento... ¡Ah, Dios mío! ¿Por qué he venido a este lugar para arruinar mi vida?

Lleno de temores sin nombre, recorría el piso de un lado a otro, escuchando y sobresaltándose con cada ruidito insignificante. En eso, se abrió de

par en par la puerta y un paje vestido de seda anunció:

—La señora Jane Grey.

La puerta se cerró y se le acercó a saltitos una dulce muchachita ricamente vestida. Pero de repente se detuvo y le dijo con voz apenada:

—Oh, querido señor, ¿qué tienes?

A Tom le faltaba casi el aliento pero se las arregló para tartamudear:

—¡Ah, tú, ten piedad! En verdad que no soy ningún señor, sino sólo el pobre Tom Canty del Offal Court, de esta ciudad. Por favor déjame ver al príncipe y él, con su misericordia, me volverá a mis harapos y me dejará marchar de aquí sin dañarme. ¡Oh, sé caritativa y sálvame!...

A todo esto, el muchacho se había puesto de rodillas y suplicaba con los ojos y las manos levantadas, además de con la lengua. La muchachita parecía horrorizada y exclamó:

—¡Oh, mi señor! ¡Tú de rodillas! ¡Y ante *mí*!

Y se escapó atemorizada mientras Tom, desesperado, se desplomó murmurando:

—Ya nada puede evitarse, no hay esperanza. Ahora han de venir a capturarme.

Mientras así yacía, entumecido de terror, corrían por palacio terribles nuevas. Corrió de criado a criado, de señor a señora, por todos los corredores, de un piso a otro, de salón a salón, el susurro —pues siempre fue susurrado—: ¡El príncipe se ha vuelto loco, el príncipe se ha vuelto loco! Muy pronto cada salón, cada vestíbulo de mármol, se llenaron de grupos de damas y caballeros rutilantes, y de otras gentes de menor cuantía, también deslumbradores, todos hablando en voz baja, con suma seriedad. Y había consternación en todos los rostros.

Algo más tarde, un resplandeciente funcionario pasó por entre aquellos grupos haciendo la siguiente proclamación:

“EN NOMBRE DEL REY”

“Bajo pena de muerte, que nadie dé crédito a este rumor falso y estúpido, ni lo repita ni lo lleve fuera de palacio. ¡En nombre del Rey!”

Los susurros cesaron tan repentinamente como si los que susurraban se hubiesen quedado mudos.

Pronto se oyó por los corredores un cuchicheo general:

—¡El príncipe! ¡Ved! Viene el príncipe.

Caminando lentamente a lo largo de los grupos que se inclinaban a su paso y tratando de devolverles el saludo, el pobre Tomasito contemplaba tímidamente las cosas extrañas que lo rodeaban, con ojos perplejos y patéticos. Grandes señores de la nobleza se le pusieron a cada lado ofreciéndole apoyo y haciéndole así serenar el paso. Les seguían los médicos de la corte y algunos sirvientes.

Más luego se encontró Tom en un magnífico departamento de palacio y oyó que la puerta se cerraba tras él. Lo rodeaban todos los que lo habían acompañado hasta allí. Ante él y a cierta distancia, estaba reclinado un hombre inmenso y muy gordo, de cara ancha y carnosa y de expresión severa. Era muy canosa la enorme cabeza, y la barba, que le rodeaba la cara como un marco, era canosa también. Su ropaje era de ricos materiales, pero gastado y aun deshilachado en algunas partes. Una de las piernas, hinchada, tenía una almohada debajo y estaba envuelta en vendajes. Reinaba ahora completo silencio y no había allí cabe-

za alguna que no se inclinase en señal de reverencia, con excepción de la cabeza de este hombre. Este inválido de expresión severa era el gran Enrique VIII, quien dijo suavizando su expresión a medida que hablaba:

—¿Cómo andamos, mi señor Eduardo, mi príncipe? ¿Has querido engañar al bueno del rey tu padre, que te quiere y te trata bien, con una broma ridícula?

Tanto como se lo permitía su ofuscamiento, el pobre Tomasito escuchó el principio de aquel discurso, pero cuando las palabras: “el bueno del rey” le penetraron el oído, su cara perdió el color e instantáneamente cayó de rodillas como por efecto de un disparo. Y levantando las manos, exclamó:

—¿Tú, el rey? ¡Entonces sí que estoy perdido!



Aquella frase pareció anonadar al rey. Su mirada vagó de una cara a otra sin detenerse en ninguna; luego, se detuvo atónita en el muchachito que tenía ante sí. Dijo entonces, con tono de gran contrariedad:

—¡Ay! Había creído que el rumor no estaba en proporción con la verdad, pero me temo que sea así. —Y después de un suspiro profundo, dijo con voz suave:

—Ven con tu padre, hijo. Tú no estás bien.

Ayudado a levantarse, Tomasito se acercó temblando y humilde a la Majestad de Inglaterra. El rey tomó entre sus manos la cara temblorosa y la contempló un momento, grave y amorosamente, como buscando en ella algún grato signo de que volviese la razón. Luego oprimió la cabeza rizada contra su pecho, la acarició con ternura y dijo:

—¿Conoces a tu padre, criatura? No destroces mi corazón y dime que me conoces. En verdad me *conoces*, ¿no es así?

—Sí. Eres mi temido señor, el rey, ¡que Dios preserve!

—Así es, así es. ¡Qué bien! Anímate y no tiembles de ese modo; no hay aquí nadie que quiera hacerte daño; no hay nadie aquí que no te quiera. Ahora estás mejor; ya pasa ese mal sueño, ¿no es verdad? Y ahora te conoces a ti mismo, ¿no es verdad? Ya no te pondrás nombres impropios como me dicen que hiciste hace un rato, ¿eh?

—Yo ruego a vuestra alteza que me crea. No hice más que decir la verdad, muy temido señor, pues no soy sino el más humilde de tus súbditos, siendo mendigo nato, y es sólo por percance y accidente por lo que estoy aquí, aunque no hubo en ello nada censurable. Soy demasiado joven para

morir y tú puedes salvarme con sólo una palabrita. ¡Dila, oh, señor!

—¿Morir? No hables así, dulce príncipe. Paz, paz, para tu pobre alma atribulada. ¡Tú no morirás!

Tomasito cayó de rodillas con un grito de alegría:

—¡Que Dios premie tu misericordia, oh, mi rey! ¡Y que te preserve por mucho tiempo para bendición de tu patria!

Entonces, poniéndose en pie de un salto, volvió hacia los dos caballeros acompañantes un rostro jubiloso y exclamó:

—¡Vosotros lo habéis oído! ¡No he de morir, el rey lo ha dicho!

No hubo movimiento alguno, salvo que todos se inclinaron con solemne respeto; pero nadie habló. Tom vaciló, algo confuso; luego se volvió hacia el rey con timidez, diciendo:

—¿Puedo marcharme ahora?

—¿Marcharte? Por cierto, si así lo deseas. Pero, ¿por qué no demorarte un poco más? ¿Adónde habías de marcharte?

Bajando los ojos, Tom contestó humildemente:

—Quizá me equivocaba, pero es verdad que me creía libre y que tenía impulsos de bucar de nuevo el cubil donde nací y me crié en la desgracia, que sin embargo aloja a mi madre y a mis hermanas y es por lo tanto mi casa; mientras que estas pompas y esplendores a las cuales no estoy... ¡Oh, hacedme favor, señor, de dejarme marchar!..

El rey quedó en silencio y pensativo un momento; su rostro revelaba congoja e inquietud crecientes. Por fin dijo, con algo de esperanza en la voz:

—Quizá no esté insano más que a este respecto y su razón esté intacta respecto de lo demás. ¡Dios quiera que así sea! Haremos una prueba.

Hizo entonces una pregunta a Tom en latín y Tom respondió a tropezones en el mismo idioma. El rey estaba encantado y lo demostraba. Los caballeros manifestaron también su satisfacción así como los médicos. El rey dijo entonces:

—La respuesta no estuvo de acuerdo con sus estudios y su capacidad, pero por lo menos demuestra que su razón está sólo enferma, no fatalmente perdida. ¿Qué dices tú, señor?

El médico a quien se dirigía hizo una inclinación profunda y replicó:

—Conviene con mi propia convicción, señor, que has adivinado con exactitud.

El rey pareció complacido con aquel estímulo, procediendo como procedía de tan excelente autoridad en la materia, y continuó con buen ánimo:

—Ahora, tomad nota todos, porque hemos de someterlo a otra prueba.

Hizo a Tom ahora una pregunta en francés. Tom calló un momento, turbado de que tantos ojos estuviesen concentrados en él, y dijo por fin tímidamente:

—No conozco ese idioma, si así place a su majestad.

El rey volvió a caer sobre su canapé y los servidores volaron a atenderlo, pero él los apartó diciendo:

—No me molesten. Sólo se trata de una debilidad insignificante. Incorporadme... ¡Eso es...! Ya basta. Ven aquí, hijo mío, descansa tu pobre cabeza perturbada sobre el corazón de tu padre y tranquilízate. Pronto estarás bien. Sólo se trata de una

fantasía pasajera. No temas, que pronto estarás bien.

Volviéndose entonces hacia los circunstantes, cambiaron de pronto sus modales suaves y sus ojos comenzaron a despedir relámpagos funestos, a tiempo que decía:

—¡Escuchad todos! Este, mi hijo, está loco; pero no se trata de una situación duradera. El demasiado estudio ha sido la causa, y quizá el demasiado encierro. ¡Fuera libros y maestros! Ocupaos vosotros de eso. Divertidlo con juegos, entretenedlo con métodos sanos de modo que recobre la salud. —Incorporándose más todavía, continuó con energía—: —Está loco, ¿no es así?, pero es mi hijo y el heredero de Inglaterra, y loco o cuerdo, de todos modos, ¡ha de reinar! Y oíd aún algo más que habéis de proclamar: quienquiera que hable de ésta su perturbación, conspira contra la paz y el orden de estos reinos ¡e irá a la horca!... ¡Dadme de beber, estoy ardiendo!... Esta desgracia agota mis fuerzas... ¡Eso es! Ahora llevaos la copa... Sostenedme... Bueno, ya basta!... Conque está loco ¿eh? Pues así estuviese loco mil veces, es, pese a todo, el Príncipe de Gales y yo, el rey, he de confirmarlo. Esta misma mañana será instaurado en su dignidad principesca con todos los debidos ritos antiguos. Lord Hertford, tomad disposiciones inmediatamente.

Uno de los nobles se arrodilló en el lecho real y le dijo:

—Su Majestad real está enterado de que el Gran Mariscal Hereditario de Inglaterra está en la Torre, condenado. No sería propio que un conde...

—¡Callaos! No insultéis mis oídos con su nombre odiado. ¿Acaso este hombre ha de vivir siempre? ¿Acaso he de ser frustrado en mi voluntad? ¿Acaso ha de verse el príncipe postergado en su instauración porque el reino carezca en verdad de un rey-de-armas libre del estigma de la traición, para que le dé la investidura de acuerdo con sus títulos? No, ¡por todos los esplendores del cielo! Avisad a mi Parlamento que deberán traerme la sentencia de Norfolk antes de que el sol salga de nuevo; de lo contrario, responderán de ello para su desgracia. (1)

Y respondió lord Hertford:

—La voluntad del soberano es ley. —Y levantándose, volvió a ocupar su lugar anterior.

Poco a poco se fue desvaneciendo la ira del rostro del viejo rey y por fin dijo:

—Bésame, príncipe mío. ¡Así!... ¿Qué es lo que temes? ¿Acaso no soy tu amante padre?

—Tú eres bueno conmigo que soy indigno, ¡oh poderoso y gracioso señor! Eso lo sé, en verdad. Pero... me apena pensar en aquél que ha de morir y...

—¡Ah, eso es muy digno de ti, y de acuerdo con tu carácter! Veo que aunque tu razón se haya perturbado, tu corazón es siempre el mismo porque tu espíritu fue siempre noble. Pero este duque se interpone entre tú y tus dignidades: pondré en su lugar a otro que no aporte mácula alguna a este elevado ministerio. Consuélate, mi príncipe, no preocupes tu pobre cabeza con este asunto.

—¿Pero ¿acaso no soy yo quien lo despacha de este mundo, señor? ¿Cuánto tiempo podría vivir, de no ser por mí?

(1) Véase nota 3, al final del volumen.

—No pienses en él, mi príncipe; no lo merece. Bésame una vez más y vete a gozar de tus juegos y diversiones pues mi enfermedad me angustia. Estoy fatigado y deseo descansar. Ve con tu tío Hertford y con tu pueblo, y vuelve cuando mi cuerpo se haya recuperado.

Con el corazón triste, Tomasito fue llevado fuera de la presencia del rey porque la última frase pronunciada por éste había dado el golpe de gracia a la esperanza que había abrigado el chico de que ahora sería puesto en libertad. De nuevo oyó el murmullo de voces que exclamaban:

—¡El príncipe!... ¡Viene el príncipe!

Al pasar entre las filas deslumbrantes de cortesanos sumisos, su ánimo decaía cada vez más, pues volvía a darse cuenta de que era en verdad un cautivo y que era posible que permaneciese para siempre encerrado en una dorada jaula, príncipe desolado y sin amigos, a menos que Dios en su misericordia se apiadase y lo liberase.

Y por dondequiera que se volviese, parecía ver como flotando en el aire la cabeza cortada y el recordado rostro del gran duque de Norfolk con expresión de reproche y los ojos fijos en él.

Sus sueños de antes habían sido tan placenteros, y esta realidad ¡era tan melancólica!

CAPÍTULO VI

TOM RECIBE INSTRUCCIONES

Conducido a la habitación principal de un magnífico departamento, hicieron sentar a Tom, cosa que él hizo de mala gana pues a su alrededor ha-

bía hombres de edad y de elevada posición. Les rogó que se sentaran también, pero ellos sólo se inclinaron para agradecerle o le murmuraron su agradecimiento, continuando de pie. Tom hubiese insistido, pero su "tío", el conde de Hertford, le susurró al oído:

—Os lo ruego, no insistáis, señor: no es propio que se sienten en vuestra presencia.

Anunciaron al señor de St. John, quien después de rendir homenaje a Tom, declaró:

—Vengo por mandato del rey, respecto de un asunto que debe ser tratado en privado. ¿Se servirá Su Alteza Real despachar a todos los que aquí le acompañan, excepto milord el conde de Hertford?

Observando que Tom parecía ignorar cómo debía proceder, Hertford le indicó en voz baja que debía hacer un signo con la mano y que no se molestase en hablar, a menos que lo desease. Cuando se hubieron retirado los cortesanos, dijo el señor de St. John:

—Ordena Su Majestad que por razones de estado poderosas y legítimas, su graciosa alteza deberá ocultar su enfermedad de todas las maneras que le sean posibles hasta que ella pase y el príncipe se encuentre igual que antes. A saber: que no debía negar a nadie ser el auténtico príncipe y el heredero a la grandeza de Inglaterra; que debía mantener la dignidad principesca y recibir sin palabra o signo alguno de protesta la reverencia y la ceremonia que le pertenecían por derecho y antigua usanza; que debería cesar de referirse a nada de aquel humilde nacimiento y vida que su enfermedad había hecho surgir al conjuro de la fantasía malsana de una imaginación sobreexcitada; que debería empeñarse diligentemente en traer a

la memoria de nuevo aquellas caras que había conocido antes de enfermar; en caso de fracasar, debería callárselo, no descubriendo, con ademanes de sorpresa o cualquier otro signo, el hecho de haberlos olvidado; que en las ceremonias oficiales, siempre que algo lo confundiese respecto de aquello que debía hacer o las palabras que debía pronunciar debería abstenerse de mostrar inquietud alguna a los curiosos que lo contemplasen, sino pedir instruccioneos a lord Hertford o a mi humilde persona a quienes el rey encomienda este servicio y estar siempre a mano hasta que este mandato sea anulado. Así declara Su Majestad, quien envía sus saludos a su alteza real y ruega a Dios quiera, en su misericordia, curaros en breve tiempo y teneros ahora y siempre en su santa custodia.

El señor de St. John efectuó una nueva reverencia y se hizo a un lado. Tomasito, resignado, replicó:

—El rey ha hablado. Que nadie juegue con las órdenes del rey o las acomode a su gusto con evasiones hábiles en aquello que moleste. El rey será obedecido.

Lord Hertford, por su parte, dijo entonces:

—En cuanto a las órdenes de su majestad en lo relativo a libros y asuntos serios de esa especie, quizá sea del gusto de su alteza distraer el tiempo con diversiones ligeras de modo que no se aburra y vaya al banquete atacado por el tedio.

El rostro de Tom demostró sorpresa inquisidora, seguida de un sonrojo cuando vio fijos sobre él con tristeza los ojos del señor de St. John. Su señoría dijo entonces:

—La memoria te falla de nuevo y has demostrado sorpresa: pero no te aflijas por ello, pues no

ha de continuar sino que desaparecerá junto con la mejoría de tu enfermedad. Milord Hertford se refería al banquete municipal al cual el rey, su majestad, prometió hace dos meses la asistencia de su alteza. ¿Lo recuerdas ahora?

—Me apena confesar que en verdad se me había olvidado —respondió Tom con voz vacilante, volviendo a sonrojarse.

En ese momento fueron anunciadas la princesa Isabel y lady Grey. Los dos caballeros cambiaron miradas significativas y Hertford marchó rápido hacia la puerta. Al pasar junto a él las muchachas, les dijo en voz baja:

—Os ruego, señoras, simulad no daros cuenta de sus rarezas ni mostréis sorpresa cuando le falle la memoria. Os apenará notar cómo se aferra a cada insignificancia.

Entretanto, lord St. John decía a Tom al oído:

—Te lo ruego, señor, recuerda con empeño el deseo de Su Majestad. Recuerda cuanto puedas y *simula* recordar todo lo demás. No les dejes percibir cuán cambiado estás de lo acostumbrado, pues sabes cuán tiernamente estás en el corazón de tus viejas compañeras de juegos y cuánto las apenaría notarlo. ¿Deseas que me quede aquí, señor... y también tu tío?

Tom indicó su asentimiento con un ademán y una palabra apenas murmurada pues ya iba aprendiendo, y con la resolución de su alma sencilla quería desempeñarse lo mejor posible, según el mandato del rey.

Pese a todas las precauciones, sin embargo, la conversación se hizo a veces embarazosa entre los jóvenes. En verdad que más de una vez estuvo Tom a punto de claudicar y de confesarse incapaz

de desempeñar un papel tan tremendo, salvándolo, ora el tacto de la princesa Isabel, ora una palabra de los dos caballeros que, no perdiéndole de vista, dejaban caer aparentemente al descuido pero con igual y feliz resultado. En una ocasión, la pequeña lady Jane, volviéndose hacia Tom, lo aterró con esta pregunta:

—¿Has presentado tus respetos hoy a Su Majestad la reina, milord?

Tom vaciló, pareció acongojado y estuvo a punto de tartamudear alguna respuesta al azar, cuando lord St. John tomó la palabra y respondió por él, con la gracia fácil del cortesano acostumbrado a hacer frente a delicadas dificultades y estar siempre preparado para ellas:

—Ya lo creo que lo ha hecho, mi señora, y con respecto al estado de su alteza, Su Majestad le dio mucho ánimo. ¿No es así, alteza?

Tom murmuró algo que pasó por asentimiento, pero tuvo la sensación de estar pisando terreno peligroso. Algo más tarde, se dijo que Tom no había de estudiar más por el momento, al oír lo cual, la damita exclamó:

—¡Es una lástima... una gran lástima! Estabas progresando admirablemente. Pero espera con paciencia el momento de continuar, que no se hará esperar mucho. Tú estarás adornado de erudición como tu padre, y tu lengua llegará a dominar tantos idiomas como él, mi buen príncipe.

—¡Mi padre! —exclamó Tom tomado de sorpresa en ese momento—. Creo que no sabe hablar ni la lengua propia de modo que le entiendan aún los cerdos que se regodean en los chiqueros; y en cuanto a erudición de ninguna especie...

Al levantar la vista se encontró con una seria advertencia en los ojos de milord St. John y el pobre Tomasito paró de hablar, se sonrojó y luego siguió en voz baja y triste—: ¡Ay!... ¡me ataca de nuevo la enfermedad y mi mente desvaría! No tengo ninguna intención irreverente hacia su majestad real.

—Lo sabemos, señor —dijo la princesa Isabel tomando a su “hermano” de la mano y acariciándosela entre las palmas de las suyas, respetuosa pero cariñosamente—. No te aflijas, ya que no tienes tú culpa alguna sino tu enfermedad.

—Eres una gran consoladora, dulce señora —expresó Tom con gratitud— y me nace del corazón agradecértelo si es que puedo aventurarme a hacerlo.

Una vez, la pequeña aturdida, lady Jane, le espetó a Tom una frase sencilla en griego. La mirada alerta de la princesa Isabel vio, por el sereno vacío del blanco, que la flecha había ido demasiado lejos; así fue que tranquilamente despachó en nombre de Tom una andanada de griego sonoro cambiando luego el tema de la conversación.

En total, el tiempo pasó plazeramente y aun sin dificultades. Los obstáculos se hicieron menos frecuentes cada vez y Tom se fue poniendo más cómodo y a gusto al ver que todos se empeñaban con tanto cariño en ayudarlo y en pasar por alto sus errores. Cuando se mencionó que las dos damitas habían de acompañarlo al banquete del intendente esa noche, el corazón le saltó de gozo y de alivio porque así supo que no estaría allí sin amigos, entre aquella multitud de desconocidos, mientras que una hora antes, la sola idea de ir con ellas lo hubiese llenado de terror insoportable.

Menos consuelo que los demás participantes de la entrevista habían sacado los dos ángeles custodios de Tom y ambos tenían la sensación de pilotar un gran barco por un canal muy peligroso: debían estar continuamente alerta y no encontraban que su misión fuese ningún juego de niños. Por lo cual, cuando al fin se acercaba el final de la visita de las damas y anunciaron a lord Guilford Dudley, ambos pensaron, es verdad, que su pupilo había hecho ya bastante esfuerzo por el momento, pero también que ellos dos no estaban en la mejor forma para conducir otra vez aquel barco y hacer el viaje de nuevo desde el principio. Así pues, respetuosamente, aconsejaron a Tom que se excusase, lo cual hizo Tom de muy buena gana aunque pudo observarse un dejo de desencanto en el rostro de mi ladi Jane al oír que se negaba acceso al espléndido mozalbete.

Hubo ahora una pausa, una especie de compás de espera que Tom no pudo comprender. Miró a lord Hertford quien le hizo un signo; tampoco consiguió Tom entender aquello. La lista Isabel salvó el momento con su habitual facilidad graciosa, pues haciendo una reverencia, preguntó:

—¿Tenemos licencia de su graciosa alteza, mi hermano para retirarnos?

Y Tom contestó:

—La verdad es que sus señorías tienen de mí todo lo que les plazca solicitar; sin embargo, cualquier cosa que en mi poder estuviese preferiría otorgarles antes que licencia para privarme de la luz y bendición de su presencia aquí. ¡Que Dios os acompañe y os dé buenas noches! —¡Y para sí sonreía pensando que no en vano, en sus lecturas, había tratado siempre con príncipes y había enseña-

do a su lengua algunos trucos ligeros del habla ornamentada y amabilísima de aquéllos!

Cuando se hubieron marchado las ilustres doncellas, Tom se volvió con gesto de cansancio hacia sus guardianes y les dijo:

—Si place a sus señorías, ¿pueden darme licencia para irme a algún rincón a descansar? —Y contestó lord Hertford:

—Si place a su alteza, para él es ordenar y para nosotros, obedecer. Que descanses es, en verdad, algo muy necesario, ya que más tarde deberás trasladarte a la ciudad. —Tocó una campana y apareció un paje, a quien se ordenó requerir la presencia de sir William Herbert. Este caballero vino en seguida y condujo a Tom a un departamento interior. Una vez allí, el primer movimiento de Tom fue estirar la mano para servirse un vaso de agua; pero un servidor, vestido de seda y terciopelo, se lo arrebató, cayó sobre una de sus rodillas y se lo ofreció sobre bandeja de oro.

Después, el fatigado cautivo se sentó, e iba ya a quitarse los borceguíes, pidiendo con la mirada un tímido permiso, cuando otro “incomodín” de seda y terciopelo se arrodilló y le efectuó la operación. Hizo aún dos o tres tentativas de servirse solo para ser, cada vez, anticipado con prontitud, de modo que por fin renunció y, con un suspiro de resignación, murmuró: —¡Que el diablo me lleve! ¡Me maravilla que no quieran también respirar por mí!... —De zapatillas y envuelto en una bata suntuosa, se echó por fin a descansar, aunque no a dormir pues tenía la cabeza demasiado llena de pensamientos y el cuarto demasiado lleno de personas. Como no podía despachar los primeros, allí se quedaron y como no sabía lo suficiente para

despedir a los segundos, ahí se quedaron también, muy a su pesar, y al de ellos.

La partida de Tom había dejado solos a sus dos nobles guardianes. Por un rato estuvieron meditando con mucho sacudir de cabezas y mucho caminar por la habitación hasta que lord St. John dijo:

—Francamente, ¿qué es lo que piensas?

—Francamente, lo siguiente: el rey está llegando a su fin, mi sobrino está loco, loco ha de ascender al trono, y loco permanecerá en él. ¡Dios proteja a Inglaterra, que tanto lo va a necesitar!...

—En verdad que así prometen presentarse las cosas. Pero no... no tienes tú acaso recelos respecto de... de...

El que hablaba vaciló y por fin se detuvo. Era evidente que se sentía en terreno delicado. Lord Hertford se puso de pie ante él, lo miró a la cara con mirada franca y despejada y le dijo:

—Continúa hablando que no hay nadie que te oiga más que yo. ¿Recelos respecto de qué?

—Me repugna pronunciar la palabra que tengo *in mente*, siendo como es pariente tuyo tan cercano, milord. Pero pidiendo perdón si ofendo, ¿no parece acaso extraño que la insania pueda cambiarle tanto el porte y los modales? No que no sean aún principescos su porte y su habla sino que son ¡tan *diferentes* en uno u otro detalle insignificante de lo que solían ser! ¿No parece raro que la locura le robe de la memoria aun las facciones de su padre, las costumbres y ceremonias que le corresponden de derecho por parte de quienes le rodean y que, dejándole el latín, lo despoje del griego así como del francés? Milord, no te ofendas, pero tranquiliza mi mente de esta inquietud y te lo he de

agradecer. Me obsesiona que diga que no es el príncipe y así...

—Cállate, milord. ¡Enuncias una traición! ¿Se te ha olvidado el mandato del rey? Recuerda que yo seré cómplice de tu crimen si llego a escucharte.

St. John palideció y se dio prisa en decir:

—Confieso que estaba en falta. No me traiciones; otórgame esta gracia con tu cortesía de siempre y no hablaré ni pensaré ya en esto. No me trates con dureza, señor, o estaré perdido.

—Ya estoy satisfecho, milord. Siempre que no vuelvas a transgredir, ni aquí ni a oídos de otros, será como si no hubieses hablado. Pero no debes abrigar recelos: es el hijo de mi hermana. ¿Acaso su voz, su rostro, su figura no me son conocidos desde la cuna? La insania puede producir todas estas cosas contradictorias que tú observas y aún otras más. ¿Acaso no recuerdas al viejo barón de Marley, quien al enloquecer olvidó su propio rostro que había conocido durante sesenta años y que él sostuvo ser el de otro? Más aún, alegaba ser el hijo de María Magdalena y que su cabeza estaba hecha de vidrio español; en verdad, no permitía que nadie se la tocara por miedo de que, por accidente, alguna mano descuidada pudiese hacerla añicos. Depón tus recelos, mi buen señor. Este es el príncipe verdadero. ¡Bien lo conozco! Y pronto será tu rey. Te convendrá tener esto en cuenta y espaciarte más sobre este pensamiento que sobre el otro.

Después de conversar algo más —enmendando lord St. John sus errores con insistentes protestas de que su fe era ahora bien fundada y no podrían asaltarle nuevas dudas—, lord Hertford relevó a su compañero y se sentó a vigilar y montar guardia por sí solo. Pronto se encontró sumido en profun-

da meditación y fue evidente que cuanto más pensaba, más preocupado se ponía, acabando por pasear por el cuarto y mascullar entre dientes.

—¡Bah...! ¡Tiene que ser el príncipe! ¿Habrá quien mantenga en todo el país que puedan existir dos seres de diferente sangre y nacimiento que sean tan extraordinariamente exactos? Y aun si eso fuese posible, ¿no sería un milagro todavía más extraño que la casualidad arrojara a uno a ocupar el lugar del otro? ¡No! ¡Sólo pensarlo es una locura..., una locura..., una locura!

Más adelante, expresó:

—Ahora si se tratase de un impostor que se erigiera en príncipe, eso sí sería natural, eso sería razonable. Pero, ¿acaso existió alguna vez un impostor que; llamado príncipe por el rey, por la corte y por todos, *negase* sus títulos e implorase en contra de su propia exaltación? ¡No! Por el alma de san Ciaransao. ¡No! Se trata del príncipe auténtico, pero enloquecido.

CAPÍTULO VII

PRIMERA COMIDA REAL DE TOM

Poco después de la una de la tarde, Tom se resignó a sufrir el suplicio de que lo vistiesen para la comida. Cuando estuvo listo, se encontró vestido con igual elegancia que antes, pero todo diferente; cambiada cada cosa desde la golilla hasta las medias. Con mucha ceremonia lo llevaron luego a una habitación espaciosa y ornamentada donde había ya una mesa puesta para un comensal. Los muebles eran todos de macizos dorados, embellecidos con

diseños que los hacían casi inapreciables ya que eran obra de Benvenuto Cellini. La habitación estaba casi llena de servidores. Un capellán ofreció la acción de gracias y Tom ya estaba a punto de penerse a comer, pues el hambre era parte de su constitución, cuando fue detenido por el conde de Berkeley, quien le ató una servilleta al cuello pues el importante cargo de Servilletteros de los Príncipes de Gales era hereditario en la familia de ese noble. El copero de Tom estaba presente y anticipaba todas las tentativas que éste hacía de servirse vino. También estaba allí el catador de Su Alteza el Príncipe de Gales, preparado para probar, si se lo solicitaban, cualquier plato sospechoso y correr de ese modo el riesgo de resultar envenenado. Para esa época era ya poco más que un accesorio decorativo y rara vez se lo llamaba para ejercer sus funciones. Pero hubo épocas, no muchas generaciones atrás, cuando la función del catador había tenido sus peligros y no era una dignidad como para ser deseada. Por qué no utilizaban un perro para el caso, parece extraño, pero son extrañas todas las costumbres de la realeza. También estaba allí lord d'Arcy, Primer Caballerizo de la Cámara Real, Dios solo sabe para hacer qué cosas, baste saber que allí estaba. El Señor Despensero Principal estaba también presente y, de pie tras la silla de Tom, vigilaba las ceremonias, a las órdenes del Señor Gran Mayordomo y del Señor Jefe de Cocina, que también se quedaba cerca. Además de éstos, Tom tenía trescientos ochenta y cuatro sirvientes; pero no estaban todos en aquel aposento, naturalmente, ni siquiera la cuarta parte de ellos, ni tampoco estaba Tom enterado de que existiesen.

Todos aquellos que estaban presentes habían sido bien ejercitados dentro de los sesenta minutos precedentes, respecto a que el príncipe sufría un temporario trastorno mental y a tener cuidado de no mostrar sorpresa ante sus extravagancias. Estas “extravagancias” fueron exhibidas ante ellos bien pronto, pero no hicieron sino moverlos a la compasión y a la tristeza, no a la burla, pues les afligió terriblemente ver así perturbado a su amado principito.

El pobre Tom comía principalmente con los dedos, pero nadie se sonrió, ni siquiera pareció caer en cuenta de ello. La servilleta, hecha de una tela delicada y hermosa, fue objeto por parte de Tom de profundo interés y de una inspección curiosa, al cabo de la cual dijo el niño con sencillez:

—Haced el favor de llevárosla, para que no la manche en cualquier descuido.

El Servilleteo Hereditario se la llevó de manera respetuosa y sin palabra de protesta de ninguna especie.

En cuanto a los nabos y la lechuga, Tom los examinó con interés y preguntó qué cosa eran y si estaban allí para ser comidos, pues sólo hacía poco que empezaban a cultivarse esas cosas en Inglaterra, en lugar de importárselas de Holanda como artículos de lujo. (1) Su pregunta fue contestada con respetuosa seriedad y no se manifestó sorpresa alguna. Cuando hubo terminado el postre, Tom se llenó los bolsillos de nueces, pero nadie aparentó darse cuenta ni molestarse por ello. Pero bien pronto, fue el propio Tom quien se sintió molesto y demostró su inquietud, pues siendo

(1) Véase nota 4, al final del volumen.

lo único que se le había permitido servirse por propias manos, durante toda la comida, el pobre Tomasito no dudaba de haber perpetrado la mayor de las impropiedades y de haber cometido una falta nada principesca. Al rato comenzaron a crispársele los músculos de la nariz y a fruncirse y levantarse la punta de ese órgano. Al prolongarse la situación, Tom comenzó a hacer patente una zozobra que iba en aumento; miraba suplicante, primero a uno, luego a otro de los lores que lo rodeaban y las lágrimas comenzaron a asomarle a los ojos. Con rostros afligidos, los señores avanzaron de un salto, rogándole que les hiciese saber qué le pasaba. Con auténtica zozobra, Tom les dijo:

—Os imploro vuestra indulgencia, me pica horriblemente la nariz. ¿Cuál es la costumbre y la usanza en semejante emergencia? Os ruego daros prisa, porque ya es poco el tiempo que podré aguantar.

Nadie sonrió sino que todos se mostraron perplejos y se miraron unos a otros profundamente atribulados por falta de asesoramiento: estaban en un callejón sin salida, sin nada en toda la historia de Inglaterra que les indicase cómo salir del paso. El Maestro de Ceremonias no estaba presente, y no había allí ninguno que se sintiera lo bastante seguro como para aventurarse sin mapas por ese mar ni quien se arriesgase a tentar de resolver aquel serio problema. No existía ¡ay! el cargo de Rascador Hereditario. Entretanto, las lágrimas habían rebasado las riberas y empezaban a caer por las mejillas de Tom, cuya nariz crispada suplicaba algún alivio con mayor urgencia que nunca. Por último, la naturaleza rompió las barreras de la etiqueta; Tom elevó interiormente una plegaria de

perdón en caso de cometer una transgresión, y llevó el alivio a los agobiados corazones de su corte rascándose la nariz.

Terminada la comida, se adelantó un caballero con un dorado recipiente ancho y poco profundo que contenía fragante agua de rosas para que se limpiase la boca y los dedos y Milord Servilletero Hereditario lo puso ante Tom y se paró a su lado con una servilleta para su uso. Tom miró perplejo aquella fuente un momento, luego la levantó a los labios y bebió muy seriamente un sorbo, diciendo a tiempo que la devolvía al caballero que esperaba:

—No, no me gusta, milord. Tiene un buen sabor, pero le falta fuerza.

Esta nueva excentricidad de la mente perturba del príncipe condolió todos los corazones de quienes lo rodeaban, pero el triste espectáculo no movió a nadie a la risa.

El siguiente desatino inconsciente de Tom fue levantarse y abandonar la mesa justo en el momento cuando el capellán se había colocado detrás de su asiento y con las manos elevadas y ojos cerrados y elevados también, comenzaba el acto de la bendición. Aun así, nadie pareció darse cuenta de que el príncipe hubiese hecho nada desusado.

A su propia solicitud, nuestro amiguito fue ahora conducido a su gabinete privado y allí lo dejaron que se las arreglara solo. Colgados de ganchos embutidos en el enmaderamiento de roble, estaban las diversas piezas de una reluciente armadura de acero, toda cubierta de hermosos diseños exquisitamente incrustados en oro. Esta panoplia marcial pertenecía al verdadero príncipe, un regalo reciente de

madam Parr, la reina. Tom se puso las canilleras, las manoplas, el casco empenachado y todas las demás piezas que podían ser vestidas sin ayuda, y por un momento, estuvo tentado de llamar para que lo ayudasen, y acabar aquel asunto, pero se acordó de las nueces que se había traído de la mesa y del gozo que sería comérselas sin una turba de gente que lo mirase y ningún Gran Hereditario que lo importunase con servicios no deseados; así pues, volvió a poner en su lugar las bonitas piezas de la armadura y pronto estuvo rompiendo nueces y sintiéndose feliz de un modo casi natural y por primera vez desde que Dios, por sus pecados, lo había hecho príncipe. Cuando las nueces se hubieron terminado dio Tom con algunos libros, que desde un armario parecían invitarlo, entre los que había uno sobre la etiqueta de la corte



inglesa. Esto era un verdadero regalo: se arrojó en un suntuoso diván y procedió a instruirse con sincero empeño. Dejémoslo allí por ahora.

CAPÍTULO VIII

LA CUESTIÒN DEL SELLO

Alrededor de las cinco se despertó Enrique VIII después de una siesta nada reconfortante y murmuró para sí: —¡Qué sueños atribulados! ¡Qué sueños atribulados! Mi fin está ya cerca, eso es lo que indican estas advertencias y lo confirma mi pulso que decae. —Luego, una luz de picardía iluminó su mirada al murmurar entre dientes—: Sin embargo, no me he de morir hasta que *él* se vaya primero.

Dándose cuenta sus acompañantes de que estaba despierto, uno de ellos le preguntó cuál era su deseo respecto del lord Canciller, quien esperaba fuera.

—¡Recíbidlo, recíbidlo! —exclamó el rey animadamente.

Entró entonces el Canciller y, arrodillándose junto al lecho del rey, dijo:

—He dado la orden y de acuerdo con el mandato del rey. Los pares del reino, con sus togas, están ahora de pie ante el barrote de la Cámara, donde habiendo confirmado la sentencia del duque de Norfolk, humildemente esperan para saber los nuevos deseos de su majestad respecto de ese asunto.

La cara del rey se iluminó con fiera alegría. Y dijo:

—¡Levantadme! En persona he de presentarme ante mi Parlamento y con mi propia mano sellaré la orden que me libere de. . .

Le falló la voz; una palidez de ceniza arrebató la rojez de sus mejillas. Los cortesanos lo volvieron a acostar en los almohadones y se dieron prisa en auxiliarlo con restaurativos. Al poco rato, les dijo tristemente:

—¡Ay de mí!. . . ¡Cuánto había deseado este dulce momento! Y he aquí que llega demasiado tarde, y me veo defraudado de esta tan ansiada ocasión. Pero, ¡apresuraos, apresuraos! Que otros ejecuten esta misión feliz ya que a mí me está vedada: Pongo en comisión mi gran sello. Elegid vosotros a los lores que la compondrán y poned manos a la obra. ¡Daos prisa, hombre de Dios! Antes de que el sol salga y se ponga de nuevo, traedme su cabeza para que la vea.

—Así será, según el mandato del rey. ¿Es del deseo de Su Majestad que el sello me sea restituido ahora, de modo que pueda yo proceder en este asunto?

—¡El sello! ¿Quién sino tú custodia el sello?

—Si place a vuestra majestad, me lo quitasteis hace dos días diciendo que no entraría de nuevo en funciones hasta tanto vuestra propia real mano lo utilizase para estamparlo en la orden contra el duque de Norfolk.

—¡Pues es verdad! ¡Así fue, lo recuerdo!. . . ¿Qué he hecho de él?. . . ¡Estoy muy débil!. . . ¡Es tan frecuente estos días que la memoria me haga traición!. . . ¡Es extraño, es extraño!. . .

El rey comenzó entonces una serie de murmullos inarticulados sacudiendo de cuando en cuando débilmente la cabeza cana y tratando a tientas de

recordar lo que había hecho con el sello. Al fin se atrevió lord Hertford a arrodillarse y ofrecerle información:

—Señor, si puedo atreverme, aquí hay varios que recuerdan, junto conmigo, que disteis el gran sello en propias manos a su Alteza el Príncipe de Gales para que lo guarde para el día que...

—¡Es verdad! ¡la absoluta verdad! —interrumpió el rey—. ¡Buscadlo! ¡Marchaos: el tiempo vuela!

Lord Hertford voló al lado de Tom, pero regresó junto al rey al poco rato, atribulado y de manos vacías, expresándose del modo siguiente:

—Me apena, mi rey y señor, ser mensajero de tan triste y malhadada noticia; pero es la voluntad de Dios que continúe la enfermedad del príncipe y él no recuerda haber recibido el sello. Así pues, he venido apresuradamente a informaros, pensando que era una pérdida de tiempo precioso y que poco valdría la pena que nadie ensayase la requisa de la larga e importante serie de habitaciones y salones que pertenecen a su Alte...

Un gemido del rey interrumpió a milord al llegar a ese punto. Después de un momento dijo su majestad con tono de gran tristeza:

—No lo molestéis más, pobre criatura. La mano de Dios se hace sentir pesada sobre él y mi corazón va hacia él con amorosa compasión y dolor porque no puedo llevar su carga sobre mis propios hombros agobiados de tribulaciones y devolverte así la paz.

Cerrando los ojos, volvió a sus farfullos y por fin quedó en silencio. Después de un tiempo, los abrió de nuevo y paseó una mirada vaga a su alrededor hasta que la detuvo en el lord canci-

ller, allí, de rodillas. Inmediatamente, se le puso al rey la cara roja de ira:

—¡Qué! ¿Estás ahí todavía? ¡Por la gloria de Dios, si no pones manos a la obra en el asunto de ese traidor, tu mitra tendrá asueto mañana por falta de cabeza para adornar!

Temblando, el canciller respondió:

—¡Majestad, mi buen señor, imploro vuestra misericordia! Solamente esperaba el sello.

—¿Has perdido la cabeza, hombre? Está en mi tesoro el sello pequeño que solía llevar conmigo en mis viajes. Y desde que el gran sello se ha evaporado, ¿no bastará acaso el pequeño? ¡Márchate! ¡Y ten mucho cuidado de no volver hasta que me traigas su cabeza!

El pobre canciller no tardó en salirse de aquella vecindad peligrosa, ni tampoco perdió tiempo la comisión en dar el real asentimiento a la obra del Parlamento esclavizado y señalar el día siguiente para la ejecución del primer par de Inglaterra, el infortunado duque de Norfolk (1).

CAPÍTULO IX

PROCESIÓN CÍVICA EN EL RÍO

A las nueve de la noche, el amplio frente de palacio que daba al río ardía de luces. Hasta donde alcanzase la mirada en dirección de la ciudad, el propio río estaba cubierto de tan compacta manera con botes de alquiler y lanchas de recreo, to-

(1) Véase nota 5, al final del volumen.

das enguirnaldadas de linternas de colores y suavemente agitadas por las olas, que no parecía sino un incandescente jardín ilimitado de flores, agitadas en suave movimiento por los vientos estivales. La gran escalinata de piedra que conducía hasta el agua, lo bastante amplia como para agrupar sobre ella al ejército de un principado alemán, era un cuadro digno de verse, con sus filas de albarderos reales cuyas lustrosas armaduras relucían y cuadrillas de servidores trajeados de vivos colores, que revoloteaban de un lado para otro, con la prisa de los preparativos.

En eso, se oyó una orden y toda criatura viviente desapareció inmediatamente de los escalones. El aire se puso pesado con el silencio ansioso de la expectativa. Hasta allí donde alcanzaba la vista, podía verse la gente, que por millares se levantaba en los botes y se protegía los ojos del resplandor de los faroles y antorchas para mirar a palacio.

Se acercó hasta los escalones una fila de cuarenta o cincuenta lanchas oficiales. Eran ricamente doradas y tanto sus altas proas como sus popas mostraban elaborados trabajos de talla. Algunas iban decoradas con banderines y gallardetes; otras, con telas de lama de oro y tapices rebordados con escudos de armas; otras más, con banderas de seda que llevaban cosidos innumerables cascabeles de plata y producían cascadas de alegre música en cuanto eran sacudidos por la brisa; otras, más presuntuosas aún, ya que pertenecían a los nobles al servicio inmediato del príncipe, tenían los costados flanqueados pintorescamente de escudos blasonados lujosamente con emblemas heráldicos. Cada barcaza oficial iba remolcada por una falúa. Además de los remeros, estas falúas llevaban un

cierto número de hombres de armas con reluciente casco y peto además de una compañía de músicos.

La vanguardia de la procesión esperada, apareció por fin, en la enorme portada, una cuadrilla de alabarderos. "Llevaban medias listadas de negro y tostado, gorros de terciopelo, adornados a un lado con rosas plateadas y jubones de tela morada y azul, bordadas al frente y atrás con las tres plumas, blasón del príncipe, tejidas en oro. Las astas de las alabardas iban cubiertas de terciopelo carmesí, sujeto con clavos de oro y adornadas de borlas doradas. Formaron filas a derecha e izquierda, en dos largas líneas que se extendían desde el portal de palacio hasta el borde del agua. Fue desenrollada entonces una alfombra y colocada entre aquellas dos filas de alabarderos, por servidores vestidos de oro y carmesí, la librea del príncipe. Terminado aquello, resonó desde adentro un floreo de trompetas; los músicos, desde el agua, dejaron oír un animado preludeo y dos ujieres con varas blancas marcharon a paso lento y majestuoso desde la portada. Iban seguidos de un funcionario que llevaba la insignia cívica, tras del cual venía otro, que llevaba la Espada de la Ciudad; luego venían varios sargentos de la guardia municipal con sus avíos completos de gala y con bandas de distintivo en las mangas; luego el rey-de-armas de la Jarretera con su tabardo; después, varios caballeros de la orden del Baño, cada uno con un cordón blanco en la manga; en pos, sus escuderos; luego, los jueces con sus togas escarlata y sus tocas; más adelante el Alto Canciller de Inglaterra, de toga escarlata, abierta al frente y orlada de fina piel gris; detrás de él, una delegación de regidores con sus mantos escar-

lata, y luego los jefes de las diversas compañías cívicas con sus togas de gala. Los seguían doce caballeros franceses vestidos de espléndidos ropajes, que consistían en justillos de damasco blanco con listas doradas, mantos cortos de terciopelo carmesí forrados de tafetán violeta y calzones de color clavel y todos bajaron las escalinatas. Eran del cortejo del embajador francés e iban seguidos de doce caballeros del cortejo del embajador español, vestidos de terciopelo negro no suavizado por adorno alguno. Siguiendo a éstos iban varios nobles ingleses con sus acompañantes.”

Hubo dentro un floreo de trompetas y el tío del príncipe, el futuro gran duque de Somerset, salió por la portada, ataviado de “un jubón negro de lama de oro y un manto de raso carmesí floreado de oro y encintado con redes plateadas”. El caballero se volvió, se quitó su gorro empenachado, inclinó el cuerpo con una profunda reverencia y comenzó a dar pasos atrás, saludando a cada paso. Se oyó luego una prolongada descarga de trompetas, seguida de una proclamación: “¡Paso al elevado y poderoso, el señor Eduardo, Príncipe de Gales!” Y arriba, en las paredes de palacio, surgió una larga línea de rojas lenguas de fuego con un estampido de trueno. En masa, aquel mundo apiñado en el río estalló en una potente y estrepitosa bienvenida, y Tom Canty, causa y héroe de todo aquello, apareció inclinando ligeramente su cabeza principesca.

Iba “magníficamente ataviado con jubón de raso blanco que tenía una pieza delantera de tisú púrpura, salpicada de brillantes y bordeada de armiño. Por encima, llevaba un manto blanco de lama de oro con el dibujo del penacho de la triple

pluma recortado sobre fondo de raso azul, engastado de perlas y piedras preciosas y sujeto con un broche de diamantes. La orden de la Jarretera colgaba de su cuello además de varias órdenes principescas extranjeras"; y en cuanto las luces caían sobre él, respondían las gemas con una llamarada enceguecedora. ¡Oh, Tomasito Canty! Nacido en una choza, criado en el arroyo londinense, acostumbrado a los harapos, la mugre y la desgracia... ¡Qué espectáculo fue aquél!

CAPÍTULO X

EL PRÍNCIPE EN DIFICULTADES

Habíamos dejado a John Canty arrastrando al legítimo príncipe a Offal Court con una bullanguera y felicísima turba pisándoles los talones. Hubo sólo una persona que ofreció una palabra de defensa a favor del pobre cautivo y no fue escuchado; apenas si fue oído, tan grande era la baránda. El príncipe continuó luchando por desasirse y, de palabra, vituperó el tratamiento que recibía hasta que John Canty perdió la poca paciencia que le quedaba y levantó su garrote de roble con repentina furia sobre la cabeza del príncipe. Aquel único defensor del muchacho saltó a detener el brazo del hombre y el golpe cayó sobre su propia muñeca mientras Canty rugía:

—Te quieres entremeter ¿eh? Entonces, ahí va tu recompensa.

La cachiporra cayó con estrépito en la cabeza del entremetido; se oyó un gemido, una vaga for-

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO



ma humana cayó al suelo entre los pies de la turbamulta y al minuto siguiente, aquella figura yacía en la oscuridad, completamente sola. La turba siguió presionando y su diversión no se turbó en absoluto con aquel episodio.

Más tarde, el príncipe se encontró en la morada de John Canty, con la puerta cerrada contra los de afuera. A la luz vaga de una vela de sebo metida en una botella, el niño pudo distinguir las principales características de aquella repugnante guarida, así como de sus acompañantes. Dos chiqui-

linas desaliñadas y una mujer de edad madura se agachaban contra la pared, en un rincón, con el aspecto de animales habituados a los malos tratos y, por el momento, esperándolos y temiéndolos. De otro rincón apareció furtivamente una bruja descarnada, con pelo canoso y desgreñado y ojos malignos. A esta aparición, habló John Canty en estos términos:

—¡Detente! Aquí tenemos hoy unas bonitas mo-jigangas. No las malogres hasta que te hayas divertido con ellas; luego puedes permitir a tu mano todo el peso que quieras darle. ¡Avanza, muchacho! Ahora repite de nuevo tus necedades si es que no las has olvidado. Di tu nombre. ¿Quién eres?

En las mejillas del principito la sangre acudió una vez más con el insulto. Levantando una mirada de indignación hasta la cara de aquel hombre, le dijo:

—No es sino la mala educación lo que impulsa a uno de tu condición a ordenarme que hable. Te afirmo, como ya te dije antes, que soy Eduardo, Príncipe de Gales y nadie más que él.

La anonadante sorpresa causada por esta respuesta clavó los talones de la bruja al suelo, en el lugar donde estaba, y casi le quita el aliento. Con estúpido azoramiento contempló al príncipe, lo cual causó tal diversión al rufián de su hijo, que lo hizo estallar en un rugido de risotadas. Pero fue diferente el efecto causado a la madre y hermanas de Tom Canty. Su temor de algún daño físico cedió inmediatamente a una pena de otra especie. Con el pesar y la zozobra pintados en el rostro, se adelantaron exclamando:

—¡Oh, pobrecito Tom! ¡Pobre muchachito!

La madre cayó de rodillas junto al príncipe, le puso las manos sobre los hombros y lo miró seriamente a la cara a través de las lágrimas que empezaban a acudir, y le dijo:

—¡Ay, pobre muchacho mío! Tus necias lecturas han hecho por fin su obra nefasta quitándote la razón. ¿Por qué te empeñaste en continuarlas cuando tanto te advertí en su contra? Has destrozado el corazón de tu madre.

Mirándola a la cara, el príncipe le dijo con suavidad:

—Tu hijo está bien y no ha perdido la razón, buena mujer. Consuélate y permíteme ir a palacio, donde él está, que el rey mi padre inmediatamente ha de restituirte a tu hijo.

—¡El rey tu padre! ¡Oh, hijo mío! desdícete de esas palabras que llevan para ti el peso de la muerte y la ruina para todos quienes estén contigo. Líbérate de ese sueño horripilante. Apela a tu memoria errante para que te sea restituida. ¡Mírame! ¿No soy acaso tu madre, la que te dio nacimiento y que te quiere bien?

El príncipe sacudió la cabeza y dijo como a pesar suyo:

—Dios sabe que me repugna apenar tu corazón, pero la verdad es que nunca he visto tu rostro antes de ahora.

La mujer se desplomó de nuevo al suelo sentada y, cubriéndose los ojos con las manos, se abandonó a sus sollozos y lamentos de desesperación.

—¡Qué siga la función! —gritó Canty—. ¿Qué es eso Nan? ¿Qué es eso Bet? ¡Mozas sin modales! ¿Acaso vais a estar de pie en presencia del príncipe? ¡De rodillas, escoria de mendicidad! ¡Rendidle homenaje!

Esto fue seguido de una nueva risotada como de caballo. Las muchachas comenzaron a abogar tímidamente por su hermano, diciendo Nan:

—Si lo dejases acostar, padre, el descanso y el sueño curarían su locura. Por favor, hazlo padre.

—Sí —dijo Bet—. ¡Está más agotado que de costumbre! Mañana será de nuevo nuestro Tom y volverá a mendigar con diligencia. No ha de volver otra vez a casa sin nada.

Esta observación serenó la jovialidad del padre y le recordó sus finanzas. Colérico, se volvió hacia el príncipe y le dijo:

—Mañana deberemos pagar dos peniques al dueño de este cuchitril. ¡Dos peniques, toma buena nota! ¡Todo ese dinero por el alquiler de medio año! o nos echarán a la calle. Muestra lo que hayas juntado con tu modo holgazán de mendigar.

El príncipe le respondió:

—No me disgustes con tus sórdidos asuntos. Te repito que soy el hijo del rey.

Un golpe resonante en el hombro, propinado con la ancha palma de la mano de Canty, arrojó al príncipe tambaleando en los brazos de la buena esposa de aquél, y ella lo estrechó contra su pecho protegiéndolo, por el simple procedimiento de interponer su propia persona de una andanada de puñetazos y cachetes.

Atemorizadas, las chicas se retiraron de nuevo a su rincón, pero la abuela se adelantó con entusiasmo a ayudar al hijo. El príncipe se zafó del lado de la señora Canty, exclamando:

—No has de sufrir en mi lugar, señora. Que estos cerdos ejecuten sólo conmigo su voluntad.

Aquella frase enfureció a los “cerdos”, a tal punto que sin pérdida de tiempo pusieron manos a

la obra y, entre los dos, apalearon al muchacho vigorosamente dando luego una paliza a las muchachas y a su madre por haber mostrado compasión de la víctima.

—Y ahora ¡a la cama todos! —dijo Canty—. Este pasatiempo me ha cansado.

La luz fue apagada, y la familia se acostó. En cuanto los ronquidos del jefe de la familia y de su madre indicaron que estaban dormidos, las muchachas se arrastraron adonde estaba echado el príncipe y lo cubrieron tiernamente con paja y trapos para que no sufriese frío; la madre también se llegó hasta él arrastrándose, le acarició el pelo y lloró por él, susurrándole al oído palabras entrecortadas de consuelo y compasión. También le había guardado un bocado para comer, pero los dolores que sufría el niño le habían quitado el apetito, por lo menos el apetito por negros mendrugos sin sabor. Conmovero por la valiente y peligrosa defensa que la mujer había hecho de él, así como por su conmiseración, se las agradeció con palabras muy nobles y principescas, rogándole que se fuese a dormir y tratase de olvidar sus pesares. Y agregó que el rey, su padre, no dejaría sin recompensa su bondadosa lealtad y su devoción. Este retorno del niño a la “locura”, volvió a destrozar el corazón de la madre: de nuevo lo apretó contra su pecho y de nuevo se volvió a la cama ahogada en lágrimas.

Mientras yacía en el lecho pensando y lamentándose, comenzó a penetrarle en la mente la idea de que algo había de indefinible en este chico, de la cual Tom carecía, loco o cuerdo. No le era posible descubrir aquello, ni siquiera decir qué cosa era y, sin embargo, su agudo instinto de madre

parecía descubrirlo y percibirlo. ¿Y si el muchacho no fuese en realidad su hijo? ¡Qué absurdo! A pesar de sus penas y tribulaciones, casi sonrió ante tal idea. Nada le valió; tuvo que convencerse que se trataba de una de aquellas ideas que no quieren desaparecer sino que persisten en obsesionar; la perseguía, la atormentaba, se le aferraba al cerebro y se negaba a ser descartada o pasada por alto. Por fin se persuadió la mujer de que no habría paz posible para ella hasta tanto no se le ocurriese algún modo de probar claramente y sin lugar a dudas si este chico era o no su hijo y, sólo de este modo, desterrar aquellas dudas agotadoras y lacerantes. ¡Ah, sí! Ese era evidentemente el modo seguro de salir de aquella dificultad. En consecuencia se puso en seguida a pensar cómo llevaría a cabo esa prueba. Era sin embargo algo más fácil de ser pensado que hecho: dando vueltas en el magín, primero a una prueba y luego a otra, se veía obligada a abandonarlas todas, pues ninguna había que ofreciese seguridad; ninguna era absolutamente perfecta y no podía satisfacerle una que no lo fuese. Evidentemente, se devanaba los sesos inútilmente y debía renunciar al asunto. Mientras se le ocurría ese pensamiento descorazonador, su oído distinguió la respiración tranquila del chico, indicando que se había dormido. Mientras escuchaba, la respiración rítmica fue interrumpida por un grito suave y espantado tal como se emitiría en un sueño agitado. Esta contingencia casual le proporcionó instantáneamente un plan que valía lo que todas sus laboriosas pruebas combinadas. Inmediatamente se puso a trabajar febril pero silenciosamente, para encender de nuevo la vela mientras murmuraba para sí:

—¡Si lo viese en ese trance, sabría a qué atenerme! Desde aquel día, siendo él pequeño, cuando le estalló la pólvora en la cara, nunca se ha despertado sobresaltado de algún sueño ni ha sido sorprendido en sus pensamientos, sin llevarse la mano a los ojos, igual que hizo el día aquel; y no como harían otros, con la palma hacia adentro, sino con la palma vuelta siempre hacia afuera. Le he visto hacer ese gesto cien veces, y nunca lo ha variado, ni dejado una sola vez de hacer ese ademán en dichas circunstancias. ¡Sí! Muy pronto he de saber a qué atenerme. —Así diciendo, se había arrastrado hasta el niño dormido, haciendo pantalla a la vela con la mano. Con sumo cuidado y precaución, se inclinó respirando apenas, contenida su agitación y, de pronto, ¡dio al niño la luz en la cara y golpeó con los nudillos el suelo junto a su oído! Los ojos del durmiente se abrieron sobresaltados y miraron azorados a su alrededor, pero no hubo movimiento especial alguno con las manos.

La pobre mujer se quedó anonadada de sorpresa y de pena, pero se las arregló para ocultar sus emociones y apaciguar al niño hasta que se durmió de nuevo; entonces, se alejó la mujer, arrastrándose de nuevo hasta su lugar y se puso a platicar lastimeramente consigo misma sobre los desastrosos resultados de su experiencia. Trató primero de convencerse que la locura de Tom pudiese haber desterrado ese gesto habitual en él, pero no lo consiguió. “¡No!”, se decía. “Sus manos no son las que están locas y no podrían olvidarse, en tan poco tiempo, de un hábito tan antiguo. ¡Qué día tan triste para mí, Señor!”

Con todo, la esperanza se presentaba tan persis-

tente ahora, como antes, la duda. No podía resolverse a aceptar el veredicto de la prueba; sería preciso probar de nuevo, pues pudo ser sólo casual que el chico dejase de hacer aquel movimiento. De modo que volvió a despertarlo, asustándolo una segunda vez; luego una tercera, a intervalos, con igual resultado que la primera vez. Sólo entonces se arrastró de nuevo a la cama y se durmió con tristeza, diciendo: —¡No puedo renunciar a él! ¡Oh, no, no puedo, no puedo! ¡Tiene que ser mi hijo!

Terminando por parte de la madre las interrupciones, y perdiendo gradualmente los dolores del príncipe el poder de molestarlo, el cansancio total le selló por fin los ojos con su sueño profundo y reparador. Hora tras hora pasaba y el niño seguía dormido como un tronco. A las cuatro o cinco horas, recién comenzó a aligerarse su inconsciencia y por fin, entre dormido y despierto, murmuró:

—¡*Sir William!* —Y después de un momento:

—¡Eh, *sir William Herbert!* Date prisa en venir y oye el sueño más extravagante que nunca... ¿Me oyes, *sir William?* ¡Hombre, pues no me creía transformado en un mendigo! y... ¡Eh, guardias, *sir William!* ¿Cómo es eso? ¿No hay ningún lacayo de cámara para atenderme? ¡Pues ya la pagarán caro!...

—¿Qué tienes? —interrogó junto a él un susurro—. ¿A quién llamas?

—A *sir William Herbert.* ¿Quién eres tú?

—¿Yo? ¿Pues quien voy a ser sino tu hermana Nan? ¡Ay, Tom, me había olvidado! ¡Todavía estás demente, pobre chiquillo! ¡Ojalá no me hubiese despertado para enterarme de esto otra vez! Por favor, contén la lengua, si no quieres que nos peguen hasta matarnos.

Sobresaltado, el príncipe se incorporó parcialmente, pero una aguda advertencia de sus manguillones endurecidos lo volvió en sí; se hundió de nuevo con un gemido en el camastro inmundo y exclamó:

—¡Ay de mí!... ¡Que no era un sueño!

En un momento, todo el dolor y la desgracia que el sueño había logrado ahuyentar, lo acompañaron de nuevo, dándose cuenta de que no era ya el príncipe mimado dentro de un palacio, con los ojos de la nación adorándolo; sino, un mendigo; un paría, vestido de harapos, prisionero en una guarida propia de bestias y en concomitancia con mendigos y ladrones.

En medio de su pesar, comenzó a percibir ruido de hilaridad y griterío, a no más de dos cuerdas de allí. A poco, se oyeron varios golpecillos en la puerta y parando de roncar, John Canty preguntó:

—¿Quién llama? ¿Qué es lo que quieres?

Una voz respondió:

—¿Sabes a quién aplicaste ayer tu cachiporra?

—No. Ni lo sé, ni me importa.

—Es probable que cambies de tono bien pronto. Si salvas el pellejo, nada podrá valerte más que la huida. El hombre está en este momento entregando su espíritu. ¡Se trata del clérigo, del padre Andrés!

—¡Misericordia tenga Dios! —exclamó John Canty.

—Y despertando a su familia, les ordenó con voz enronquecida—: ¡Arriba!... ¡Levantaos y huid... o quedaos y pereced!

A los cinco minutos escasos, la familia Canty estaba en la calle y huía desesperada por salvar la vida. John Canty, asido de la mano del príncipe,

lo apuraba por el camino oscuro haciéndole en voz baja esta advertencia:

—¡Contén la lengua, necio y loco de ti! Y no digas nuestro nombre. Pronto escogeré un nombre nuevo para despistar a los perros de la autoridad. ¡Te repito que contengas la lengua!

Y al resto de la familia le gruñó estas palabras:

—Si por azar debemos separarnos, cada uno acudiré al puente de Londres. Quienquiera que primero se encontrare en la última tienda del puente, que se detenga allí hasta que lleguen los demás y entonces huiremos juntos a Southwark.

En eso, el grupo salió de pronto de la sombra a la luz y no solamente a la luz, sino que se encontró en medio de una multitud que cantaba, bailaba y gritaba a lo largo de todo el río. Había una hilera de fogatas que se extendía en ambas direcciones por el Támesis hasta donde alcanzaba la vista. El puente de Londres estaba iluminado y también el puente de Southwark. Todo el río resplandecía con el relampagueo y brillo de las luces de color, y las continuas explosiones de los fuegos artificiales llenaban los cielos de una intrincada combinación de meteóricos esplendores, mientras una densa lluvia de chispas deslumbrantes casi convertían la noche en día; por todas partes se veían turbas de parranderos, y todo Londres parecía estar fuera aquella noche.

John Canty se despachó con una furiosa maldición y ordenó la retirada, pero demasiado tarde. Junto con su tribu, fue sumido en ese colmenar hirviente de humanidad, y en un instante, estuvieron irremediablemente separados los unos de los otros. No es que consideremos que el príncipe formase parte de aquella familia; sólo que Canty

lo mantenía asido de la mano. El corazón del príncipe latía fuertemente con la esperanza de poder ahora escaparse, cuando un corpulento barquero, bastante achispado por la bebida, fue empujado con toda grosería por Canty, en su afán de abrirse camino entre la multitud, y con su pesada mano sobre el hombro del rufián, le dijo:

—¡Dé ningún modo, amigo! ¿Dónde vas con tanta prisa? ¿Acaso corrompes hoy tu alma con sórdidos negocios cuando todo hombre leal y verdadero hace fiesta?

—Mis asuntos son sólo míos y no te conciernen—respondió Canty ásperamente—. ¡Quita de ahí la mano y déjame pasar!

—Ya que estás de ese humor, no pasarás hasta que hayas bebido a la salud del Príncipe de Gales, ¡y eso te lo digo yo! —dijo el barquero, cerrándole resueltamente el paso.

—Dame entonces la copa y apresúrate... ¡Apresúrate!

Ya para entonces había otros bullangueros interesados en el asunto y todos gritaron: —¡La copa del amor! Que el bribón malhumorado beba la copa del amor o lo arrojaremos a alimentar a los peces.

Así diciendo, trajeron una enorme copa de la amistad. Asiéndola por una de las asas, el barquero simuló llevar con la otra la punta de una servilleta imaginaria y según la antigua costumbre, se la presentó a Canty, quien debía tomar con una mano el asa opuesta y con la otra, quitar la tapa, según la tradición (1). Eso, naturalmente, dejó al príncipe la mano libre por un minuto.

(1) Véase nota 6, al final del volumen.

No perdió el tiempo, sino que zambulléndose entre aquella selva de piernas que había a su alrededor, desapareció inmediatamente, y en un momento se hizo tan difícil encontrarlo como no lo hubiese sido más si las olas de ese mar humano fuesen las del Atlántico y él, una extraviada moneda de seis peniques.

Pronto se dio cuenta de ello, e inmediatamente, sin dedicar otro pensamiento a John Canty, se ocupó de sus propios asuntos. Se dio cuenta de otra cosa más, a saber: que el espurio Príncipe de Gales era agasajado en su lugar por la ciudad, y rápidamente llegó a la conclusión de que el muchacho mendigo, Tom Canty había aprovechado deliberadamente la estupenda oportunidad que se le presentaba y se había convertido en usurpador.

No había, por lo tanto, más que un procedimiento a seguir: buscar el camino del Ayuntamiento, descubrir su identidad y denunciar al impostor. También resolvió que después de un período razonable de preparación espiritual, Tom sería colgado, destripado y descuartizado, según la ley y el uso de la época, en casos de alta traición.

CAPÍTULO XI

EN EL AYUNTAMIENTO

Acompañada de su lujosa flotilla, la lancha real emprendió su camino majestuoso río abajo por el Támesis, por entre la selva de botes iluminados. El aire estaba cargado de música y las riberas del

río, como adornadas de voladitos con el llamear festivo de los fuegos de artificio; la ciudad distante aparecía resplandeciente y luminosa con el reflejo de sus innumerables fogatas invisibles, y allá arriba se elevaban hasta el cielo muchas agujas de torres que parecían penetrar el cielo incrustado de chispeantes luces, por lo cual, desde lejos, parecían lanzas enjoradas atravesadas en lo alto. A medida que la flota se deslizaba, era saludada desde las riberas con un continuo bramido ronco de vivas y por el incesante relampagueo y estruendo de la artillería.

Hundido a medias en sus almohadones de seda, Tom Canty miraba este espectáculo y oía estos sonidos como una maravilla inefable, sublime y sorprendente. Para sus amiguitas sentadas a su lado, la princesa Isabel y lady Jane Grey, nada significaban. Llegada a Dowgate, la flota fue remolcada aguas arribas por el límpido Walbrook (cuyo canal hace dos siglos yace enterrado bajo muchas hectáreas de edificación) hasta Ducklesbury, a lo largo de casas y bajo puentes apiñados de gente alegre y todos con brillante iluminación, e hizo alto por fin en una dársena, donde ahora se encuentra Barge Yard, en el centro de la ciudad antigua de Londres. Tom desembarcó entonces y su brillante comitiva cruzó Cheapside y efectuó a pie la corta distancia por la Old Jewry y la calle Basinghall, hasta el Ayuntamiento.

Tom y sus dos damitas fueron recibidos, con la debida ceremonia, por el intendente y los Padres de la Ciudad, con sus cadenas de oro y sus togas escarlata de gran gala, y conducidos hasta un rico dosel de gran ceremonia instalado al extremo principal de un gran salón, precediéndoles los heral-

dos que proclamaban sus nombres y el Mazo Insignia y la Espada de la Ciudad. Los caballeros y las damas que habían de acompañar a Tom y a sus dos amiguitas tomaron asiento detrás de sus sillones.

Otros grandes de la corte y demás invitados de alta alcurnia se sentaron a una mesa más abajo, junto con los magnates de la ciudad; en cuanto a los comunes, se ubicaron en multitud de mesas instaladas en el piso principal del salón. Desde su elevada posición ventajosa los gigantes Gog y Magog, antiguos guardianes de la ciudad, contemplaban el espectáculo que se desarrollaba abajo de ellos, familiarizados con tales cosas desde muchas generaciones ya olvidadas. Hubo un toque repentino de trompeta y una proclamación, con lo cual un gordo mayordomo apareció en una elevada alcándara en la pared de la izquierda, seguido de sus servidores, que llevaban con imponente solemnidad un real barón de Res, caliente que echaba humo, y listo para el cuchillo.

Después de decir la acción de gracias, Tom (según sus instrucciones) se levantó y toda la casa con él y bebió de una gran copa dorada de la amistad, con la princesa Isabel; de ella, pasó a ladi Jane, recorriendo luego toda la concurrencia. Así comenzó el banquete.

A eso de la medianoche, la francachela estaba en su apogeo. Comenzó entonces uno de aquellos pintorescos espectáculos de entretenimiento, tan admirados en esos tiempos antiguos. Todavía existe una descripción escrita en el lenguaje graciosamente anticuado del cronista que lo presenció:

“Habiéndose abierto un espacio, entraron luego un barón y un conde estirados a la usanza turca,

con largos ropajes de baldaquín espolvoreado de oro; en la cabeza, sombreros de terciopelo carmesí con grandes rollos dorados; a la cintura, dos espadas llamadas cimitarras que colgaban de grandes tahalíes dorados. Luego venía otro barón más y otro conde, con largas batas de raso amarillo listado de través con raso blanco y en cada franja blanca había un codo de raso rojo, a la moda rusa, con sombreros de pieles grises en la cabeza; cada uno tenía en la mano una hachita y botas con *picos* (puntas de treinta centímetros de largo) vueltas hacia arriba. Después de ellos venía un caballero, luego el lord Alto Almirante y con él, cinco nobles con jubones de terciopelo carmesí, bordado hasta abajo en la espalda y por delante hasta la clavícula, abrochado en el pecho con cadenas de plata; y por sobre todo eso, mantos cortos de raso carmesí y, en la cabeza, sombreros a la moda de los bailarines, con plumas de faisán. Estos iban vestidos a la moda de Prusia. Los portahachones, que eran como cien, iban ataviados de raso carmesí y verde, como los moros, negras las caras. Luego vino una mascarada. Después los trovadores —que iban disfrazados— bailaron, haciendo lo propio los caballeros y las damas, con desvarío tal, que era un placer contemplarlos.”

Y mientras sentado en su alto trono, Tom contemplaba esta danza “salvaje”, perdido de admiración por la deslumbrante mezcla de colores calidoscópicos que presentaba el arremolinado tumulto de figuras abigarradas, el harapiento pero auténtico Príncipe de Gales andaba proclamando sus derechos y las ofensas de que era objeto, denunciando al impostor y ¡vociferando por ser recibido en los portales del Ayuntamiento! La turbamulta gozó

con este episodio de modo prodigioso y empujaba y estiraba el cuello por ver al pequeño alborotador. Luego, comenzaron a insultarlo y a burlarse de él y a agujionarlo deliberadamente para provocarle una furia mayor y aun más entretenida. Saltaron a los ojos del niño lágrimas de mortificación, pero se mantuvo firme y desafió a la multitud de real manera. Siguieron más insultos y más burlas que le hirieron hasta que por fin exclamó:

—¡Os repito de nuevo, so jauría de perros salvajes, que soy el Príncipe de Gales! Y desamparado y sin amigos como me encuentro, sin nadie que me diga una palabra de misericordia ni me ayude en mi necesidad, no me arrojaréis sin embargo de mis dominios, sino que ¡he de mantenerme firme en ellos!

—Seas o no seas príncipe, es igual. De todos modos eres un muchacho valiente y no estás tampoco sin amigos sino que aquí estoy yo para probar lo contrario. Observa lo que te digo: podrías tener peores amigos que Miles Hendon sin cansar tus piernas buscándolos. Descansa tu mejillita, hijo mío, que yo hablo el idioma de estas ínfimas ratas de perrera exactamente como los aborígenes.

Por la vestimenta, el aspecto y el porte, el que hablaba era una especie de don César de Bazán: alto, bien formado y musculoso. Su jubón y calzones eran de buen material, pero desvahídos y raídos, y los adornos dorados estaban lamentablemente manchados. La golilla, arrugada, rota, y tenía además el desdoroso aspecto de haber sido arrastrada por el suelo. A un costado llevaba aquel hombre un largo estoque con vaina de hierro enmohecido y su porte de matasiete lo señalaba al instante como albo-

rotador de campamentos. La declaración de este fanático personaje fue recibida con una explosión de burlas y de risas. Alguien gritó: —¡Se trata de otro príncipe de incógnito! Y otros: —¡Cuidado con la lengua, amigo, que puede ser tipo peligroso! ¡Y por la Virgen, que lo parece!... ¡Fijaos en su mirada! ¡Arrancadle al muchacho!... ¡Al bebedero de los caballos con el badulaque!...

Al impulso de aquella idea feliz, una mano se posó inmediatamente sobre el príncipe, y con igual rapidez fuera estuvo la larga espada del desconocido y el entremetido fue a parar al suelo con un resonante porrazo propinado con la hoja. Al momento se oyó una vientena de voces que gritaban:

—¡Matad al perro! ¡Matadlo! ¡Matadlo!... —y la turba encerró al guerrero, quien retrocedió hasta una pared y comenzó a pegar con su arma a diestra y siniestra como un loco. Sus víctimas cayendo tendidas se desparramaron en todas direcciones, pero la marea de la multitud cayó sobre aquellas figuras derribadas y se arrojó contra el campeón sin que su furia disminuyese un ápice. Sus minutos parecían contados y su destrucción segura, cuando de pronto, sonó una trompetá y una voz gritó:

—¡Paso al mensajero del rey! —y una cuadrilla de jinetes apareció embistiendo a la turba que huyó de su dañino alcance tan rápido como se lo permitieron sus piernas. El audaz desconocido recogió al príncipe en los brazos y pronto estuvo lejos del peligro y de la multitud.

Regresamos ahora al Ayuntamiento. De pronto, por sobre el jubiloso estruendo de la fiesta, irrumpió la nota clara de una trompeta. Se produjo un silencio instantáneo, una quietud profunda; entonces se levantó una sola voz —la del mensajero de

palacio— que comenzó a entonar una proclamación mientras la multitud entera se detuvo a escuchar. Las palabras finales, pronunciadas solemnemente eran:

—¡El rey ha muerto!

De común acuerdo, los componentes de la enorme reunión inclinaron la cabeza sobre el pecho y así quedaron, en profundo silencio, unos minutos; luego cayeron en masa de rodillas, extendieron las manos hacia Tom y estallaron en una aclamación potente que pareció sacudir el edificio:

—¡Viva el rey!

Los ojos atónitos del pobrecito Tom vagaron lejos por todo este espectáculo pasmoso y por fin, posándose un momento soñadores sobre las princesas arrodilladas junto a él y luego, sobre el conde de Hertford, un propósito repentino asomó a su rostro: en voz baja y al oído de lord Hertford, dijo:

—Contéstame la verdad, ¿sobre tu honor y tu fe! Si yo emitiera aquí una orden de aquellas que solo un rey tuviese el privilegio y prerrogativa de emitir, ¿sería tal orden obedecida y nadie se alzaría para negarse?

—Nadie, mi señor, nadie en toda la extensión de estos reinos. En tu persona reside la majestad de Inglaterra: eres el soberano. Tu palabra es ley.

Con voz fuerte y grave y con gran animación, Tom respondió:

—¡Entonces, la ley del soberano será una ley de misericordia desde este día en adelante y nunca una ley de sangre! ¡Levántate y vete! ¡A la torre! ¡Proclama que el rey decreta que el duque de Norfolk no ha de morir! (1)

(1) Véase nota 7, al final del volumen.

Las palabras fueron recogidas y divulgadas ansiosamente, de boca en boca en todas direcciones por el salón y, al retirarse Hertford de la presencia del rey estalló otro grito descomunal:

—¡Ha terminado el reinado de la sangre! ¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

CAPÍTULO XII

EL PRÍNCIPE Y SU SALVADOR

En cuanto Miles Hendon y el principito se vieron libres de la turba, marcharon por senderos y callejas traseras en dirección al río. Tuvieron camino libre hasta que se aproximaron al puente de Londres; allí debieron de nuevo abrirse paso entre la multitud, sin soltar Hendon la muñeca del príncipe —no, del rey— que mantenía fuertemente asida. La tremenda noticia había llegado lejos ya y el muchacho se enteró de ella por miles de voces que repetían al unísono: —¡El rey ha muerto! La nueva produjo un frío en el corazón del niño extraviado y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Se daba perfecta cuenta de la magnitud de su pérdida y sintió un amargo dolor, porque el torvo tirano que causaba tanto terror en los demás, había sido siempre bueno con él. Las lágrimas le saltaron a los ojos nublándole todos los objetos. Por un instante, se sintió el más desamparado, el más proscripto y abandonado de todas las criaturas de Dios. En eso, otro grito sacudió hasta muy lejos la noche con sus atronadores ecos: ¡Viva Eduardo



VI!, y eso le iluminó los ojos y lo conmovió de orgullo hasta la punta de los dedos.

“¡Ah!”, pensó. “¡Qué grandioso y extraño parece! ¡Soy rey!”

Lentamente brujulearon nuestros amigos su camino por entre las muchedumbres que había en el puente. Esta construcción, en pie durante seiscientos años y vía populosa y bullanguera durante todo ese tiempo, era algo curioso pues a ambos lados desde una ribera a la otra del Támesis se

extendía una densa fila de tiendas y negocios con viviendas para familias en el piso alto. El puente era de por sí como una ciudad: tenía su posada, sus cervecerías, sus tahonas, sus camiserías, mercados e industrias manufactureras y aun su iglesia. Y a los dos vecinos que comunicaba —Londres y Southwark— los miraba con condescendencia, como suburbios, pero no de especial importancia. Era la del puente, por decirlo así, una corporación cerrada, una ciudad angosta, de una sola calle de un tercio de kilómetro de largo, cuya población no era mayor que la de una aldea y donde todo el mundo conocía íntimamente a todos sus conciudadanos y había conocido anteriormente a sus padres y madres, además de todos sus pequeños asuntos de familia. Tenía, naturalmente, su aristocracia, sus buenas familias antiguas, carniceros, panaderos y Dios sabe qué más, que habían ocupado las mismas propiedades durante quinientos o seiscientos años y conocían la importante historia del puente del principio al fin, así como todas sus leyendas extrañas y que siempre hablaban de las cosas del puente, pensaban aquello que le concernía al puente y mentían a la manera amplia, directa, continua y sustanciosa, característica del puente. Se trataba de ese tipo de población propenso a la estrechez de ideas, a la ignorancia y a las pretensiones. Los chicos que nacían en el puente, eran allí criados, allí se hacían viejos y por fin morían sin haber puesto nunca los pies en ninguna otra parte del mundo que no fuese, únicamente, el propio puente de Londres. Era natural que gentes tales imaginaran que la imponente e interminable procesión que por allí desfilaba día y noche con su confuso estruendo de gritos y pregones, sus

relinchos y bramidos, era la única cosa importante que había en el mundo y que ellos eran, en cierto modo, sus propietarios. Y así era en efecto; podían por lo menos, exhibir todo aquello desde sus ventananas —y lo hacían, por la consiguiente remuneración— siempre que un rey o algún héroe nacional, de regreso al país, les proporcionaban fugaz esplendor, ya que no había lugar como aquél que ofreciese mejor vista, extensa, ininterrumpida y directa de una procesión en marcha.

Los hombres nacidos y criados en el puente encontraban insoportablemente aburrida y vacía la vida de otros lugares. La historia relata el caso de uno de ellos que abandonó el puente a la edad de setenta y un años y se retiró a vivir en el campo. Pero por las noches sólo podía dar vueltas irritado en el lecho: le era imposible dormir. ¡Tan penosa, terrible y deprimente le resultaba la quietud! Cuando por fin se cansó de todo aquello, huyó de vuelta a su patria chica, hecho un espectro, flaco y demacrado, y volvió a descansar tranquilo y a soñar sueños placenteros con la música arrulladora de las aguas que rompían y con el estrépito, el estampido y el ruido atronador habituales del puente de Londres.

En los tiempos de nuestra historia, el puente ofreció a sus niños “lecciones de cosas” de historia de Inglaterra, a saber: las amaratadas cabezas de hombres célebres que, en vías de descomposición, eran clavadas en espigones de hierro cercando el tope de sus portalones. Pero, estamos divagando.

Hendon estaba alojado en la pequeña posada del puente. Cuando se acercaba a la puerta con su amiguito, una voz áspera pronunció:

—¡Por fin llegas! Te aseguro que no te volverás a escapar y, si amolarte los huesos hasta hacértelos papilla puede enseñarte algo, quizá no nos hagas esperar ninguna otra vez. —Con esas palabras, John Canty estiró la mano para apoderarse del chico.

Pero Miles Hendon se interpuso diciendo:

—¡No tan ligero, amigo! Me parece que eres grosero sin necesidad y más de la cuenta. ¿Qué es tuyo este chico?

—Si es que a ti te importa algo meterte en los asuntos de los demás, es mi hijo.

—¡Eso es mentira! —gritó iracundo el pequeño rey.

—Hijo mío, hablas con audacia y te creo, esté deteriorada tu cabecita o no lo esté. Pero sea o no tu padre este despreciable rufián, me da lo mismo. No podrá conseguirte para pegarte e insultarte, según sus amenazas, si es que prefieres quedarte conmigo.

—¡Sí, sí, lo prefiero! A él no le conozco. ¡Lo aborrezco y prefiero morir que irme con él!

—En ese caso, es asunto decidido y no hay nada más que decir.

—¡Eso lo veremos! —exclamó John Canty dando un paso por el lado de Hendon para alcanzar al niño, por la fuerza. . .

—¡Si llegas a tocarlo, basura viva, te atravieso como si fueras un ganso! —pronunció Hendon, interceptando el paso y apoyando la mano en el puño de la espada. Canty retrocedió—. Y ahora, toma buena nota —continuó Hendon—: He tomado a este chico bajo mi protección, en el momento en que una turba de individuos como tú pretendía maltratarlo, quizá matarlo. ¿Te imaginas acaso que he de abandonarlo ahora a un destino peor? Por-

que seas o no su padre (y la verdad sea dicha, lo creo una mentira), una muerte rápida y decente sería preferible para un muchacho como él que la vida en manos como las tuyas. Así pues, que mándate mudar, y de prisa, porque no me gusta el mucho palabreo y no peco por naturaleza de demasiado paciente.

John Canty se alejó murmurando amenazas y maldiciones y desapareció, tragado por la multitud. Con el niño a su custodia Hendon subió tres pisos para llegar a su cuarto, después de encargar que le subiesen allí la comida. Era una habitación pobre, con una cama destartada y unos restos de viejos muebles sueltos apenas iluminada por un par de velas enfermizas. El pequeño rey se arrastró hasta la cama y se echó en ella, casi exhausto de hambre y de fatiga. Había estado en pie buena parte de un día y una noche, pues ya eran las dos o tres de la madrugada, sin comer nada en todo ese tiempo. Somnoliento, murmuró:

—Por favor, llámame cuando la mesa esté tendida —y cayó en seguida en un sueño profundo.

Una sonrisa chispeó en los ojos de Hendon y se dijo:

—¡Por Cristo! El pordioserito se instala en la casa de uno y usurpa nuestra cama sin siquiera un “con permiso” o “si Ud. quiere” ni nada que se le parezca. En sus desvaríos de enfermo se llamó Príncipe de Gales y en verdad que se mantiene en carácter. ¡Pobre ratita sin amigos! No cabe duda de que se le ha trastornado la mente con los malos tratos. ¡Bien está! ¡Seré su amigo! Lo he salvado y ya me siento atraído fuertemente hacia él; ya le tengo cariño al bribonzuelo de lengua audaz. ¡Con qué porte de buen soldado hizo frente a la

inmunda canalla y les arrojó sus desafíos nobiliarios! ¡Y qué cara dulce, noble y bonita tiene ahora que el sueño le ha desvanecido sus pesares y tribulaciones! Yo le enseñaré, le curaré la enfermedad; más aún, seré su hermano mayor y lo he de cuidar y velar por él. Y quienquiera que lo quisiese humillar o hacer daño, ya puede ir encargando la mortaja pues aunque me ahorquen por ello, la va a necesitar!

Inclinándose sobre el cuerpo del niño, lo contempló con interés bondadoso y compasivo, dando golpecitos tiernos en la mejilla infantil y, con su manota morena, alisándole para atrás los rizos enredados. Un ligero escalofrío estremeció el cuerpo del pequeño y Hendon murmuró:

—¡Bueno! Ya me porté como hombre dejándole echarse sin cubrirlo a que se le llene el cuerpo de constipados mortales. ¿Qué hacer ahora? Si lo levanto y lo meto en la cama, se va a despertar y necesita mucho del sueño. —Buscó por ahí algo con que cubrirlo y al no encontrar nada, se quitó el jubón y envolvió al chico con él diciendo—: Yo estoy acostumbrado al aire con helada y a la poca ropa, así es que poco me importará el frío. —Y se puso a recorrer el cuarto de arriba abajo para que le siguiese circulando la sangre, mientras hablaba a solas, igual que antes:

—Su mente perturbada lo convence de que es el Príncipe de Gales. Sería curioso tener todavía con nosotros a un Príncipe de Gales ahora que quien *era* el príncipe, no lo es más, sino rey... Esta pobre mentalidad está fija en esa única fantasía y sería incapaz de razonar que debe abandonar el nombre de príncipe y dar el de rey... Si mi padre viviese aún, después de estos siete años que

no he sabido nada de mi país en mi cárcel del extranjero, él daría buena acogida al pobre niño y, por mí, le daría también generoso asilo; lo mismo haría mi hermano mayor, Arturo. En cuanto a mi otro hermano, Hugo... Pero yo he de romperle la cabeza a ese animal de mala índole y astuto como un zorro, si se interpone... ¡Sí, allí nos dirigiremos... e inmediatamente!

Entró en eso un sirviente con la comida humeante y la dispuso sobre una mesita de tablones, colocó las sillas y se marchó, dejando que aquellos huéspedes baratos se sirviesen solos. La puerta se golpeó tras él y el ruido despertó al muchacho, quien, de un salto, se sentó en la cama lanzando una mirada alegre a su alrededor; pero en seguida cambió la expresión por otra de pesar mientras mascullaba con un profundo suspiro: —¡Ay de mí, que no era más que un sueño! ¡Ay, dolor! —Notando después el jubón de Hendon, comprendió el sacrificio que había hecho por él y mirando alternativamente del jubón a Hendon, dijo a éste, con suavidad:

—Eres muy bueno conmigo, muy bueno. Tómalo y pónelo, que no voy a necesitarlo ya.

Así diciendo, se levantó, fue hasta el lavamanos que había en un rincón y se quedó allí, esperando. Con tono animado, Hendon le dijo:

—Ahora comeremos y beberemos bien, pues todo está sabroso y bien caliente. Eso, junto con tu siesta, volverá a hacer de ti el hombrecito de siempre, ¿no es verdad? Nada temas.

El niño no contestó y echó una mirada, serena pero preocupada y sorprendida (que tenía además algo de impaciencia) al alto caballero de la espada. Intrigado, Hendon preguntó:

—¿Qué es lo que falta?

—Mi buen señor, quisiera lavarme.

—¡Ah!... ¡No es más que eso! No pidas permiso a Miles Hendon para hacer lo que se te ocurra. Tienes absoluta libertad y eres bien venido en mi casa, con todas sus pertenencias.

Todavía no se movió el chico; más aún, dos o tres veces golpeó el suelo con su piecito impaciente. Hendon, del todo perplejo, volvió a inquirir:

—¡Bendito Dios! ¿Y qué es lo que pasa ahora?

—¡Haz el favor de volcar el agua y no tantas palabras!

Conteniendo una risotada y diciendo para sí: “¡Por todos los santos, esto sí que es bueno!”, Henson se adelantó con rapidez y cumplió el pedido del pequeño insolente quedándose de pie a su lado, con una especie de estupor, hasta que la orden: “¡Vamos... la toalla!” lo reanimó bruscamente. Sin comentario, recogió la toalla de donde estaba, allí delante de las narices del chico y se la alcanzó. Después se refrescó él también con un lavado de cara y mientras tanto, su hijo adoptivo se sentó a la mesa y se preparó a comer. Hendon despachó sus abluciones con celeridad, acercó la otra silla y, estaba por ponerse a la mesa, cuando el niño le observó indignado:

—¡Deténte! ¿Quieres sentarte en presencia del rey?

Aquel golpe hizo tambalear a Hendon hasta los tuétanos mientras murmuraba para sí: —¡Dios! ¡La locura del pobrecito está al día con los tiempos! ¡Ha cambiado junto con el gran cambio que se ha operado en el reino y ahora se imagina *rey*! ¡Ay! es mejor que le siga la corriente con esta nueva

idea (no hay otro recurso). La verdad es que, de otro modo, ¡me enviaría a la torre!

Y complacido con su broma, retiró la silla de la mesa y se situó detrás del rey procediendo a atenderlo del modo más cortesano que pudo dominar.

Cuando el rey hubo comido, se relajó algo el rigor de su dignidad real y con satisfacción creciente, tuvo ganas de hablar y dijo:

—Creo que te llamas Miles Hondon, si he oído bien.

—Sí, señor, —replicó Miles, observando para sí: “Si no hay otro remedio que acomodarse a la insania del muchacho, debo decirle señor y majestad, no hacer las cosas a medias, ni regatearle nada del papel que desempeño, o lo representaré pésimamente y malograré los resultados de esta causa caritativa y bondadosa, que defiendo.”

Dándose calor con un segundo vaso de vino, el rey dijo:

—Deseo conocerte... Cuéntame tu historia. Te desempeñas galante y noblemente. ¿Eres de noble nacimiento?

—Somos de la cola de la nobleza, Su Majestad. Mi padre es barón, uno de los lores inferiores, según el servicio de caballería (1). *Sir Richard Hendon*, de Hendon Hall, cerca de Monk's Holm, en Kent.

—Tu nombre se me escapa. Continúa..., cuéntame tu historia.

—No hay mucho que contar, Majestad. Sin embargo, quizá logre distraer con ello una media

(1) Se refiere a la alta orden de los *baronets* o *baronettes*, los *barones menores*, diferentes de los barones del parlamento y también —si es preciso explicarlo— de los *baronets* de creación posterior.

hora, a falta de otra cosa. Mi padre, *sir* Richard, es muy rico y de natural muy generoso. Mi madre murió siendo yo niño. Tengo dos hermanos: Arturo, el mayor, con un alma parecida a la del padre, y Hugo, menor que yo, de espíritu mezquino, avariento, traidor, perverso, disimulado: un reptil. Así fue desde la cuna y así era hace diez años, cuando lo vi por última vez; un pícaro redomado a los diecinueve años, teniendo yo veinte y Arturo veintidós. No hay nadie más en la familia, salvo lady Edith, mi prima, entonces de dieciséis años; hermosa, suave y buena, hija de un conde, último de su raza y heredera de una gran fortuna y de un título caducado. Mi padre era su tutor. Yo la amaba y ella a mí, pero estaba prometida a Arturo desde la cuna y *sir* Richard no permitió que se rompiera el contrato aunque Arturo quería a otra doncella y nos pidió que tuviésemos ánimo y nos aferrásemos a la esperanza de que el tiempo y la suerte se aunarían para el logro de nuestras diversas causas. Hugo estaba enamorado de la fortuna de Edith, aunque en verdad afirmaba estar enamorado de ella, pero ése era siempre su método: decir una cosa y significar otra. Sus artimañas no le valieron con aquella muchacha; pudo engañar a mi padre, pero a nadie más. Mi padre lo amaba más que a ninguno y creía en él porque era el hijo menor y precisamente porque otros lo odiaban; suficientes razones en todos los tiempos para ganar el amor de su padre. Hugo tenía una lengua suave y persuasiva y un sorprendente don para la mentira. Y ésas son cualidades que contribuyen poderosamente para embaucar a un cariño ciego. Por lo que a mí concierne, era turbulento, podría decir, turbulento *en extremo*, aunque era la mía una fie-

reza de tipo inocente que no hacía daño a nadie más que a mí mismo y a nadie avergonzaba, causaba pérdida ni tenía mácula alguna de delito o bajeza, ni nada que no fuese digno de mi título honorable.

“Sin embargo, mi hermano Hugo sacó ventaja de esa falta mía y viendo que no era muy buena la salud de mi hermano Arturo y esperando que, en el peor de los casos, sacaría provecho para sí, siempre que yo desapareciera de en medio... , pero sería largo de contar, mi buen señor y poco valdría la pena. Para ser breve, este hermano mío magnificó grandemente mis defectos, con tanta habilidad como para hacerlos aparecer como crímenes y completando su obra con el hallazgo de una escala de seda en mi habitación (allí puesta por sus propios medios) logró convencer a mi padre por éste y el testimonio, comprado, de sirvientes y otros pícaros, que yo proyectaba raptar a lady Edith y casarme con ella desafiando abiertamente la paterna voluntad.

“Tres años de exilio de mi hogar y de Inglaterra harían de mí un soldado y un hombre”, sentenció mi padre, y me enseñarían la prudencia en alguna medida. Pasé el largo período de prueba luchando en las guerras europeas, tomándole el gusto a los muchos golpes, privaciones y aventuras; en mi última batalla, fui capturado y he pasado estos siete años en una prisión extranjera. A fuerza de ingenio y de coraje, gané de nuevo mi libertad y escapé directamente hasta aquí. Recién he llegado, muy pobre de bolsillo y de ropa y más pobre aún de inteligencia de lo que en estos aburridos siete años haya pasado en Hendon Hall, sus habitantes y sus pertenencias.



—¡Levántate, caballero sir Miles Hendon! —dijo el rey gravemente, dándole el espaldarazo con la espada de Hendon.

“De este modo, si place a Su Majestad, mi pobre historia ha terminado.”

—Se ha abusado vergonzosamente de ti —sentenció el pequeño rey con mirada relampagueante—. Pero yo te haré justicia, ¡por la cruz que te la haré! Lo ha dicho el rey. —Y animado por el relato de los agravios sufridos por Miles, se le aflojó la lengua y volcó la historia de sus propios recientes infortunios en los oídos de su atónito interlocutor. Cuando hubo terminado, Miles se dijo:

“¡Pues ya tiene imaginación! En verdad que no es ésta una inteligencia del montón o, de otro modo, ni loco ni cuerdo podría haber tejido un relato tan bizarro y bien construido como éste con las naderías fantasiosas de que se compone este curioso romance. ¡Pobre cabecita arruinada! No le faltará amigo ni asilo mientras yo esté entre los vivos. Nunca abandonará mi lado, será mi favorito, mi pequeño camarada. ¡Y será curado! sí, se pondrá de nuevo sano y bueno, luego se hará de un nombre y orgulloso estaré cuando pueda decir: —Sí, es mío, yo lo recogí, un galopín sin hogar; pero supe ver lo que en él había y dije que su nombre sería oído un día. Mirad... ¡observadlo! ¿No tenía yo razón?”

Con voz mesurada y pensativa, dijo en eso el rey:

—Tú me has salvado del daño, la vergüenza y quizá la muerte, y por lo tanto, me has salvado la corona. Servicio tal, exige rica recompensa. Expresa tu deseo y si está dentro de la jurisdicción de mi real poder, será tuyo.

Esta idea fantástica sobresaltó a Hendon y lo despertó de su embelesamiento. Estaba a punto de

agradecer al rey y descartar el asunto diciendo que sólo había cumplido con su deber y no deseaba recompensa alguna, cuando se le ocurrió una idea más sabia y pidió licencia para guardar silencio unos minutos y meditar sobre tan generoso ofrecimiento; idea que fue seriamente aprobada por el rey, quien observó que era mejor no apresurarse demasiado en algo de tal importancia.

Miles reflexionó unos minutos y luego se dijo: "Sí, esto es lo que hay que hacer. Por cualquier otro medio sería imposible lograrlo y la verdad es que con la experiencia de esta hora he aprendido que sería de lo más cansador e inconveniente continuar como hasta ahora. Sí, se lo propondré. Fue un accidente afortunado que no echase a rodar esta oportunidad." Entonces, cayendo sobre una rodilla, le dijo:

—Mi pobre servicio no fue más allá de los límites de la simple obligación de un súbdito y no tiene, por lo tanto, mérito alguno; pero ya que a Su Majestad le place considerarlo digno de recompensa, tomo ánimo de su benevolencia para hacer mi petición: Hace casi cuatrocientos años, como Su Majestad no ignora, habiendo animosidad entre Juan, rey de Inglaterra y el rey de Francia, se decretó que dos campeones pelearan en la liza y así resolver la disputa por lo que se llama el juicio de Dios. Estando presentes estos dos reyes y el rey de España, para presenciar y juzgar en el conflicto, apareció el campeón de Francia, pero era tan temible que los caballeros ingleses se negaron a medir armas con él. Así, asunto de tanta importancia estuvo en peligro de ser resuelto en contra del rey inglés, por defección. Ahora bien, en la torre, yacía prisionero el lord De Courcy (el brazo más

poderoso de Inglaterra), despojado de sus títulos y posesiones y malográndose con el prolongado cautiverio. Se apeló a él y habiendo dado su asentimiento, apareció ataviado para la lucha; pero no bien el campeón francés atisbó su enorme contextura y oyó el nombre famoso, se dio a la fuga perdiéndose así la causa del rey de Francia. El rey Juan restauró a De Courcy sus títulos y posesiones y le dijo: —Expresa tu deseo y lo obtendrás aunque me cueste la mitad del reino. Al oír lo cual, De Courcy, arrodillándose como yo ahora, cortestó: —Esto pido entonces, señor: que yo y mis descendientes tengamos el privilegio de permanecer cubiertos en presencia de los reyes de Inglaterra, de aquí en adelante y mientras subsista el trono. La gracia fue concedida, como su majestad sabe y no ha habido ocasión en estos cuatrocientos años cuando esa línea haya carecido de heredero y así, aun hasta hoy, las cabezas de esa antigua casa, usan sombrero o yelmo delante de la majestad del rey sin impedimento ni permiso, y esto ningún otro puede hacerlo (1). Invocando este precedente en ayuda de mi ruego, imploro al rey me conceda sólo esta gracia y privilegio como recompensa más que suficiente y ninguna otra, a saber: ¡Que yo y mis herederos, para siempre podamos *sentarnos* en presencia de Su Majestad de Inglaterra!

—¡Levántate, caballero *sir* Miles Hendon! —dijo el rey gravemente, dándole el espaldarazo con la espada de Hendon—. ¡Levántate y siéntate! La petición está concedida. Mientras subsista Inglaterra y la corona continúe, el privilegio no caducará.

(1) Los lores de Kingsale, descendientes de De Courcy, todavía gozan de este curioso privilegio.

Pensativo, Su Majestad se apartó, y Hendon cayó en una silla junto a la mesa, observando para sí: “Fue una idea excelente que me ha valido una potente liberación, pues mis piernas están lastimosamente cansadas. Si no hubiese pensado en eso, hubiese tenido que seguir de pie durante semanas, hasta que mi pobre muchachito se curase de la cabeza”. Al rato, continuó pensando: “¡Así pues que soy caballero del Reino de las Sombras y de los Sueños! Por cierto que es una posición extraña y curiosa para alguien tan positivista como soy yo. No me reiré, no (¡Dios no lo quiera!), porque esto que para mí es tan fantasioso, para él es muy *real*. Y para mí tampoco, en cierto sentido, es del todo falso, porque refleja con verdad, el espíritu dulce y generoso que le anima.” Y después de una pausa: “¡Ah! ¿Y si me llega a llamar con mi hermoso título delante de la gente? ¡Entonces sí que habría un cómico contraste entre mis glorias y mis vestidos! Pero no importa, que me llame como le plazca que yo estaré contento.”

CAPÍTULO XIII

DESAPARICIÓN DEL PRÍNCIPE

A poco se apoderó de los dos camaradas una pesada somnolencia y dijo el rey:

—Quítame estos harapos —se refería a sus ropas.

Hendon desvistió al muchacho sin protestas ni observaciones, lo arropó en la cama y luego recorrió el cuarto con la vista diciendo para sí con



tristeza: —Se ha vuelto a posesionar de mi cama, igual que antes. ¡Por la Virgen!... ¿Qué hago yo ahora? —Observando su perplejidad, el pequeño rey la disipó con una palabra. Con voz muy dormilona, sentenció:

—Tú dormirás contra la puerta y montarás guardia. —Y al momento había olvidado todos sus problemas en un sueño profundísimo.

—¡Dios mío! ¡Este chico debería haber nacido rey! —murmuró Hendon admirado—. ¡Desempeña el papel a las mil maravillas!

Y se tendió en el suelo a través de la puerta, diciéndose satisfecho:

—Peor estuve durante siete años. Quejarme ahora, sería ingratitud para el que está allá arriba.

Cuando ya despuntaba el alba, se quedó dormido y hacia mediodía despertó. Destapando a su inconsciente pupilo por secciones, tomó sus medidas con un cordel. Cuando justamente Hendon había terminado su obra, el rey despertó, se quejó de frío y le preguntó qué hacía.

—Ya está hecho, señor —le replicó Hendon—. Tengo una diligencia que hacer fuera, pero regresaré luego. Vuelve a dormirte, que lo necesitas. ¡A ver, déjame cubrirte la cabeza también y más pronto entrarás en calor!

Antes que Hendon terminase de hablar, el rey estaba de nuevo en el país de los sueños. Miles se deslizó fuera suavemente y a los cuarenta minutos, volvió a entrar deslizándose igualmente sin hacer ruido, con un equipo completo de ropa de niño, comprado de segunda mano, de material barato y que mostraba signos de bastante uso, pero limpio y apropiado a la estación del año. Sentándose a repasar sus compras, murmuraba para sí:

—Un bolsillo más largo hubese sido mejor; pero cuando uno no tiene bolsillo largo, debe contentarse con lo que pueda hacerse con uno corto...

“Había una mujer en el pueblo...

En nuestro pueblo vivía...”

—Me parece que se ha movido... Tengo que cantar con voz menos estentórea pues no conviene malograrle el sueño con el viaje que le espera y con el cansancio que tenía, pobre niño... Esta prenda no está del todo mal... Una puntada aquí y otra allá, lo arreglará todo. Esta otra está mejor, pero tampoco le vendrán mal una puntada o dos... Estos sí que son buenos y sólidos borceguíes, que le mantendrán los pies calientes y secos, cosa sua-

ve para él, sin duda, ya que probablemente estaría acostumbrado a andar descalzo en invierno igual que en verano... ¡Ojalá el hilo fuese pan, en vista de que se puede comprar por dos peniques suficiente cantidad para un año, con una hermosa aguja de yapa!... ¡Ahora, que voy a pasar las de Caín para enhebrarla!

Y así fue en efecto, pues hizo lo que har hecho siempre todos los hombres desde que el mundo es mundo: mantener la aguja fija y tratar de pasar el hilo por el ojo, lo cual es exactamente lo contrario al método que utiliza una mujer para el caso. Una vez tras otra, el hilo erraba el blanco, desviándose a veces para un lado, a veces para otro, y otras, aún doblándose contra el eje; pero el hombre tenía paciencia, habiendo pasado antes por experiencias como ésta, cuando era soldado. Por fin logró su objeto y tomando la prenda que entretando esperaba en su falda, comenzó su trabajo mientras pensaba: —La posada está pagada, inclusive el desayuno que ahora traerán y aún queda para comprar un par de burros y para nuestros pequeños gastos durante los dos o tres días entre todo esto y la abundancia que nos espera en Hendon Hall...

“Ella quería a su mar...”

—¡Cuerpo de...! Me he metido la aguja bajo la uña!... No importa mucho... No es ninguna novedad... No es tampoco muy agradable... ¡Allí sí que estaremos contentos, pequeño no lo dudes! Van a desaparecer todas tus dificultades y también tu triste perturbación...

“Ella quería a su marido entrañablemente.

Pero otro hombre...” ,

—¡Estas sí que son unas magníficas y enormes

puntadas! —dijo luego, alejando la prenda y contemplándola con admiración—. Tienen una grandeza y una majestad, que a su lado, las chiquititas del sastre parecen bastante mezquinas y plebeyas...

“Ella quería a su amrido entrañablemente
Pero otro hombre la quería...”

—¡Por la Virgen, ya está!... ¡Un buen trabajito! Y hecho con rapidez. Ahora lo voy a despertar, vestirlo, servirle el café, darle de comer y luego nos iremos de prisa al mercado junto a la Posada del Tabardo, en Southwark (1) y... Si te place, señor, levántate... En verdad, debo profanar su persona con el tacto, ya que el sueño lo pone sordo a la palabra. ¡Qué!...

Levantó las cobijas: ¡el muchacho había desaparecido!

Por un momento, Hendon se quedó mirando con asombro mudo y también se fijó sólo entonces que faltaba la ropa rotosa de su pupilo; entonces se enfureció y, bramando de cólera, llamó a gritos al posadero. En ese momento, entró un sirviente con el desayuno:

—¡Explicate, pata de Satanás o habrá llegado tu hora!... —rugió aquel guerrero dando tal salto hasta el mozo que éste no pudo encontrar el habla por un instante con el susto y la sorpresa—. ¿Dónde está el niño?

Temblando y con sílabas entrecortadas, el hombre dio la información que le pedían:

—Apenas se había marchado su merced cuando

(1) Famosa en la literatura inglesa como punto de partida de los peregrinos de Chaucer en el prólogo de los “Cuentos de Canterbury”. (N. d. T.)

vino un joven corriendo y dijo que su merced deseaba que el niño se reuniese con usted en seguida al extremo del puente, del lado de Southwark. Yo traje aquí al mozo y cuando despertó al niño y le repitió su mensaje, él refunfuñó algo de que lo molestasen "tan temprano", según dijo, pero en seguida se vistió los harapos y se marchó con el joven, diciendo solamente que habría demostrado mejores modales si su merced hubiese venido en persona a buscarlo en lugar de enviar un desconocido y así...

—¡Y así eres un bellaco! ¡Un estúpido! Te has dejado embaucar con una nada. ¡Que cuelguen a toda tu raza! Sin embargo tal vez, no haya pasado nada. Es posible que no hubiese intención de dañar al niño. Iré a buscarlo. Prepara la mesa. ¡Espera! La ropa de la cama estaba arreglada como si hubiese alguien dentro ¿acaso fue eso casual?

—No lo sé, su merced. Yo vi que el muchacho las arreglaba..., el que vino por el niño.

—Mil rayos!... Lo hizo para engañarme... Es evidente que fue para ganar tiempo. ¡Escucha! ¿Estaba solo ese joven?

—Completamente solo, su merced.

—Aguza el poco ingenio que tienes... ¡Pien-sa!... ¡Tómate tiempo, hombre!

Luego de pensar un momento, el sirviente dijo:

—Cuando vino, no había nadie con él, pero ahora que recuerdo, cuando los dos se mezclaron en el puente con la multitud, un hombre de aspecto de rufián surgió de algún sitio vecino y justo cuando se unía a ellos...

—¿Qué pasó entonces?... ¡Habla por Dios! — interrumpió Hendon con voz atronadora.

—La gente los envolvió y quedaron encerrados entre la turba y no los vi ya, pues me llamó el amo que estaba furioso porque había sido olvidada una pierna de carnero pedida por el escribano, aunque tomo a todos los santos por testigos que echarme a mí la culpa del accidente fue como juzgar a un bebé por sus pec...

—¡Fuera de mi vista, so idiota! ¡Tu parloteo me enloquece! ¡Espera! ¿Adónde te vas? ¿No te puedes quedar quieto un instante? ¿Se marcharon en dirección a Southwark?

—Así es, su merced... Porque según os dije antes, en lo que concierne a esa pierna, un bebé antes de nacer no tiene más culpa que...

—¿Todavía aquí? ¿Y hablando?... ¡Desaparece de mi vista, si no quieres que te acogote! —El sirviente desapareció y Hendon salió tras él, lo pasó y se tiró por las escaleras, de a dos escalones a cada paso, murmurando—: Es ese villano despreciable que alegaba que el chico era hijo suyo... ¡Te he perdido, mi pobre amito loco!... ¡Qué amargura!... ¡Te había llegado a querer tanto!... No, por la Biblia... ¡Perdido no!... Perdido no, porque he de registrar el país hasta que lo vuelva a encontrar. ¡Pobre criatura! Allí en el cuarto está su desayuno... y el mío, pero ya no tengo hambre ¡Que se lo coman las ratas! ¡Velocidad!... ¡Rapidez! Esas son las únicas palabras que sirven. —Mientras se abría rápido paso entre las bulliciosas multitudes que había en el puente, dijo varias veces para sí como si la idea resultase especialmente agradable: “¡Protestó, sí; pero fue... Fue porque creyó que Miles Hendon se lo pedía! ¡Qué monada de muchacho!... ¡No hubiese hecho eso nunca por otra persona, lo sé bien!”

CAPÍTULO XIV

EL REY HA MUERTO ¡VIVA EL REY!

Hacia el amanecer de esa misma mañana, Tom Canty se sacudió de un pesado sueño y abrió los ojos en la oscuridad. Se quedó acostado en silencio unos minutos, tratando de analizar sus confusos pensamientos e impresiones y de sacar de ellos algún significado y, de pronto, estalló con voz embelesada aunque cautelosa:

—¡Lo veo, lo veo todo! Ahora, gracias a Dios, estoy de veras despierto. ¡Por fin! ¡Venid, alegría! ¡Marchaos, pesares! ¡Ea, Nan, Bet!... Desechad a patadas esa paja y venid a prisa conmigo y volcaré en vuestro oído el más increíble, el más temerario de los sueños que los espíritus de la noche hayan evocado nunca para asombrar el alma del hombre!... ¡Ea Nan! os digo, ¡Bet!...

Una figura confusa apareció a su lado y una voz dijo:

—¿Te dignas, señor, pronunciar tus órdenes?

—¿Ordenes?... ¡Ay de mí! ¡Conozco esa voz! ¡Habla, tú!... ¿Quién soy?

—¿Tú? En verdad, ayer por la noche, eras el Príncipe de Gales; hoy, eres mi más graciosa majestad, Eduardo, rey de Inglaterra.

Tom hundió la cabeza en los almohadones murmurando plañideramente:

—¡Ay de mí, que no era un sueño! Vete a descansar, dulce señor... y déjame a mí con mis pesares.

Volvió a dormirse y pronto tuvo este sueño agradable: Era verano y él estaba jugando solo en la hermosa pradera llamada Goodman's Fields, cuando un enano de no más de treinta centímetros de alto, de barba roja y joroba, se le aparecía de pronto y le decía: "Cava junto a este tacón" Así lo hacía Tom y encontraba doce peniques nuevecitos ;Un tesoro! Aquello no fue lo mejor, sin embargo, pues el enano volvió a hablarle:

—Te conozco. Eres un buen chico y merecedor; tus desgracias terminan ahora pues ha llegado el día de tu recompensa. Cava aquí cada sete días y encontrarás siempre la misma riqueza: doce peniques nuevecitos. No se lo digas a nadie... Guarda el secreto.

El enano desaparecía y Tom volaba a Offal-Court con su tesoro diciendo para sí: "Daré a mi padre un penique por noche; él creerá que lo he obtenido mendigando, se alegrará y ya no seré castigado nunca más. Un penique por semana le daré al buen sacerdote que me enseña, y mi madre, Nan y Bet, tendrán los otros cuatro. Se terminarán el hambre y los harapos, se acabarán los temores y los enojos y los malos tratos." En su sueño, llegaba Tomasito a su casa sin aliento pero con los ojos bailándole de entusiasmo y agradecimiento, echaba cuatro peniques en la falda de su madre y le gritaba:

—¡Son para ti..., todos..., toditos..., para ti, para Nan y para Bet y honradamente obtenidos; no mendigados ni robados!

La madre, feliz y atónita lo estrechaba contra el pecho y exclamaba:

—Se está haciendo tarde... ¿Place a Su Majestad levantarse?

¡Ay!... No era ésa la respuesta que él esperaba. El sueño se había roto. Estaba despierto.

Abrió los ojos, y el Primer Lord de la Cámara Dormitorio, ricamente vestido, estaba arrodillado junto a su lecho. La ventura de aquel sueño feliz se desvaneció y el pobre chico reconoció que aún era un cautivo. ¡Y rey! La cámara estaba llena de cortesanos y nobles servidores del monarca cubiertos de mantos púrpura, el color del luto. Tomasito se sentó en la cama y por entre las pesadas cortinas de seda, contempló aquel lujoso acompañamiento.

Comenzó luego la pesada tarea de vestirse y, uno después de otro, los cortesanos se iban arrodillando, le rendían homenaje y ofrecían sus condolencias al pequeño rey por la sensible pérdida sufrida mientras continuaba la operación de la vestimenta. En primer lugar, una camisa fue tomada por el Caballerizo Principal de Servicio, quien la pasó al Primer Lord de los Ciervos, quien la pasaba al Segundo Caballero de la Cámara, que la pasaba al Guardabosque Principal de la Selva de Windsor, que la pasaba al Canciller Real del Ducado de Lancaster, que la pasaba al Jefe del Guardarropa, que la pasaba a Norroy, Rey-de-Armas, que la pasaba al Condestable de la Torre, que la pasaba al Mayordomo Principal del Personal Doméstico, que la pasaba al Gran Servilletero Hereditario, que la pasaba al Lord Almirante de Inglaterra, que la pasaba al Arzobispo de Canterbury, que la pasaba al Primer Lord de la Cámara Dormitorio, quien tomaba por fin lo que de ella quedaba y se la ponía a Tomasito. ¡Pobre chiquillo intrigado! A él, todo aquello sólo le hacía acordar a cuando pasaban baldes de agua en un incendio.

Cada prenda, por turno, tenía que pasar por aquel proceso lento y solemne y en consecuencia, Tom se cansó mucho de semejante ceremonia; tan cansado llegó a estar que sintió una gratitud casi efusiva al ver sus largas calzas de seda que comenzaban el viaje por toda la línea y supo así que se acercaba el final. Pero se alegró demasiado pronto. El Primer Lord del Dormitorio recibió las calzas y, estaba ya por encerrar en ellas las piernas de Tom, cuando un sonrojo repentino le invadió la cara y, apresuradamente, devolvió aquello a las manos del Arzobispo de Canterbury, con una mirada de sorpresa y un susurro de: —¡Ved milord!, indicando algo de las calzas en cuestión. El arzobispo palideció, luego se sonrojó y pasó las calzas al Lord Alto Almirante, susurrando a su vez: —¡Ved, milord! El Almirante pasó las calzas al Gran Servilletero y tuvo a penas aliento para proferir: —¡Ved, milord! Las calzas de marras fueron trasladadas lentamente de nuevo por toda la fila hasta el Mayordomo Principal del Personal Doméstico, el Condestable de la Torre, Norroy, Rey-de-Armas, el jefe del Guardarropa, el Canciller Real del Ducado de Lancaster, el Tercer Caballerizo de la Estola, el Guardabosque Principal de la Selva de Windsor, el Segundo Caballero de la Cámara Dormitorio, el Primer Lord de los Venados... acompañadas siempre por el atónito y asustado: —¡Ved, milord!, hasta que llegaron por fin a manos del Principal Caballerizo de Servicio quien, con rostro pálido miró fijo un momento aquello que causaba tanta desazón y luego susurró con voz enronquecida: —¡Cuerpo de Cristo, falta un herrete en la punta del braguero! ¡A la horca con el Encargado Principal de las Calzas del Rey! Dicho lo cual, se

recostó en el hombro del Primer Lord de los Venados para recobrar las fuerzas desaparecidas, mientras traían nuevas calzas sin ningún cordón deteriorado.

Pero como todas las cosas llegan a su fin, con el tiempo, Tom Canty estuvo en condiciones de salir del lecho. El funcionario correspondiente derramó el agua; el funcionario correspondiente presidió el lavado, el funcionario correspondiente esperó de pie con la toalla y, eventualmente Tom terminó con eficacia el proceso purificador y estuvo listo para recibir los servicios del Peluquero Real. Cuando por fin salió de manos de aquel maestro, estaba convertido en una figura graciosa y tan bonito como una niña con su manto y calzones de raso púrpura y gorro con pluma, púrpura también. Con toda ceremonia, se trasladó luego al comedor del desayuno por entre medio de la reunión cortesana y a medida que pasaba, ellos retrocedían, abriéndole paso y cayendo de rodillas.

Después del desayuno, con ritos de realeza y acompañado por sus funcionarios principales y su guardia de cincuenta Caballeros a Sueldo, que llevaban doradas hachas de batalla lo condujeron hasta la sala del trono donde procedió a despachar los negocios de estado. Su "tío", lord Hertford, se colocó junto al trono para ayudar la mente real con sabios consejos.

El cuerpo de hombres ilustres designados por el difunto rey como albaceas testamentarios se presentó para solicitar aprobación, por parte de Tom, de algunos de sus actos, casi puro formulismo, aunque no enteramente, desde que no se había designado aún un Protector. El arzobispo de Canterbury informó del decreto del Consejo de Albaceas rela-

tivo a las exequias de su extinta e ilustrísima majestad y a su término, leyó las firmas de los albaaceas, a saber: el arzobispo de Canterbury; el Lord Canciller de Inglaterra; William, lord St. John; John, lord Russell; Eduardo, conde de Hertford; John, vizconde de Lisle; Cuthbert, obispo de Durham. . .

Tom ya no escuchaba. . . le intrigaba una cláusula anterior del documento. Al llegar a este punto, dijo por lo bajo a Lord Hertford:

—¿Qué día dijo haberse señalado para el entierro?

—El 16 del mes que viene, mi señor.

—¿Qué locura más extraña! ¿Se conservará tanto tiempo?

¡Pobre de él! Todavía le eran nuevas las costumbres de la realeza; estaba acostumbrado a ver despachar a empellones a los desamparados muertos de Offal Court con muy diferente suerte de prisa. Lord Hertford, sin embargo, supo tranquilizarlo con unas pocas palabras.

Uno de los ministros presentó luego una orden del consejo que señalaba el día siguiente a las once de la mañana, para la recepción de los embajadores extranjeros, deseando el asentimiento del rey.

Tom volvió hacia Hertford una mirada inquisidora y éste le susurró:

—Su majestad indicará su consentimiento. Vienen a testimoniar el sentir de sus reales amos por la triste calamidad que aflige a Su Majestad y al reino de Inglaterra.

Tom hizo tal como le indicaron, y otro ministro comenzó a leer un preámbulo relativo a los gastos del personal doméstico del extinto rey, que ascendían a 28.000 libras esterlinas durante los seis me-

ses precedentes. Tan vasta suma dejó a Tomasito boquiaberto. De nuevo tuvo que boquear cuando se reveló que 20.000 libras de su dinero estaban aún impagas (1) y una vez más, cuando salió a relucir que las arcas del rey estaban casi exhaustas y sus mil doscientos sirvientes muy incómodos por falta de pago de los salarios que se les adeudaban. Sintiendo vivos temores, Tom los expresó al llegar a este punto:

—Está bien claro que nos vamos a la ruina. Es necesario y conveniente que tomemos una casa más chica y despachemos a los sirvientes ya que no sirven para nada, más que para demorar las cosas y molestarle a uno con servicios que atormentan el espíritu y avergüenzan el alma, pues son adecuados sólo para un muñeco sin cerebro ni manos para valerse por sí. Me acuerdo de una casita que hay sobre la pescadería, junto a Billingsgate...

Una aguda presión del brazo de Tom detuvo su necia lengua y le hizo sonrojarse; pero nadie dio muestras de preocupación por tan extraño discurso, ni de haber siquiera reparado en él.

Un secretario informó luego que, en vista de que el extinto rey había dispuesto en su testamento que se confiriese dignidad ducal al conde de Hertford y se elevara a su hermano, *sir* Thomas Seymour, a la dignidad de par, así como al hijo de Hertford a un condado, junto con exaltaciones parecidas para otros grandes servidores de la corona, el consejo había resuelto celebrar sesión el 16 de febrero para el despacho y la confirmación de dichos honores y que, entretanto, no habiendo el rey concedido por escrito rentas adecuadas al manteni-

(1) Hume.

miento de aquellas dignidades y conociendo sin embargo sus deseos a ese respecto, el consejo había estimado conveniente otorgar a Seymour "tierras de 500 libras" y al hijo de Hertford, "tierras de 800 libras y 300 libras a las tierras del próximo obispo que quedasen vacantes, Su Majestad actual siendo gustoso (1).

Tom estuvo a punto de salir con una de las suyas y opinar exactamente lo que pensaba respecto de lo apropiado que sería pagar las deudas del extinto rey antes de dilapidar todos sus dineros, pero un oportuno toque de su brazo por parte del prudente Hertford, lo salvó de cometer esa indiscreción, por la cual dio el real asentimiento sin comentario alguno de palabra, pero con mucha inquietud interior. Mientras sentado allí, pensaba en la facilidad con que iba realizando aquellos brillantes milagros, le cruzó por la mente una idea feliz: ¿Por qué no hacer a su madre duquesa de Offal Court y asignarle una renta? Pero un pensamiento triste le disipó instantáneamente aquella idea: él no era rey más que de nombre y estos graves veteranos y nobles eminentes eran en realidad sus amos. Para ellos, su madre no era sino la criatura de una mente enferma. No harían otra cosa que escuchar su proyecto con oídos incrédulos y enviarían luego por el médico.

Tediosamente, continuó aquella insípida labor. Se oyeron peticiones, proclamaciones, patentes y toda clase de documentos verbosos, repetidores y aburridísimos que concernían a los asuntos públicos, hasta que Tomasito suspiró patéticamente murmurando para sí: "¿En qué habré faltado para que

(1) Hume.

el buen Dios me haya sacado de los campos, del aire libre y del sol, para encerrarme aquí, hacerme rey y causarme tanto sufrimiento?" Luego, empezó a inclinarse su pobre cabeza abombada, acabando por caerle sobre el hombro. Y los negocios del imperio debieron parar por falta de ese factor augusto, el poder ratificador. Sobrevino el silencio alrededor del niño dormido y los sabios del reino cesaron sus deliberaciones.

Durante la mañana, disfrutó Tom, con permiso de sus guardianes, de una hora agradable con lady Elizabeth y la pequeña lady Jane Grey, aunque el ánimo de las princesas estaba abatido por el enorme golpe caído sobre la casa real, y al final de la visita, su "hermana mayor" (más tarde, María la Sangrienta de la historia) le hizo sentir escalofríos con una solemne entrevista que tuvo a los ojos de Tom un único mérito: la brevedad. Gozó luego de unos momentos de soledad y más tarde, un chicuelo flacucho, de unos doce años, fue recibido ante su presencia; su indumentaria, jubón, calzas, todo, era negra, excepto una nivea golilla y los encajes que rodeaban sus muñecas. No llevaba distintivo de luto sino sólo un moño de cinta púrpura sobre el hombro. Vacilante, avanzó, con la descubierta cabeza inclinada, y cayó con una rodilla en tierra ante Tom. Este se quedó sentado contemplándolo un momento y por fin le dijo:

—Levántate, muchacho. ¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?

Y él replicó:

—Con seguridad, debes recordarme, milord. Soy tu muchacho de los azotes.

—¿Mi muchacho de los azotes?



—El mismo, majestad. Soy Humphrey... Humphrey Marlow.

Tom se percató que se trataba de algo respecto a lo cual deberían haberlo informado sus guardianes. La situación era delicada. ¿Qué hacer: ¿Acaso fingir que conocía a este chico para luego traicionarse mostrando con cada palabra que en la vida había oído hablar de él hasta este momento? No, ésa no era solución. De pronto tuvo una idea que le produjo algún alivio: ahora que la urgencia de los asuntos de estado a menudo alejarían a Hetford y a St. John de su lado, ya que ambos eran miembros del consejo de albaceas, era probable que le ocurriesen accidentes con cierta frecuencia y no estaría mal que se confeccionara su propio plan para hacer frente a las necesidades de tales emergencias. Sí, ése sería un proceder prudente... y lo iba a ensayar con el chico éste para ver qué resultados lograría. Así pues, comenzó por golpearse la frente

una vez o dos, como si estuviese perplejo y por fin dijo:

—Ahora parece que te recuerdo un poco: lo que pasa es que tengo la cabeza aturdida y como obstruida por el sufrimiento.

—¡Pobrecito mi amo! —exclamó con mucho sentimiento el chico de los azotes, añadiendo para sí: “En verdad, es tal como decían (ha perdido la razón). ¡Ah del pobrecito! ¡Pero desgraciado de mí, cómo me olvido!... Me advirtieron que no debe uno aparecer como que cae en cuenta de que algo le pasa.”

—Es extraño cómo la memoria me juega malas pasadas en estos días —dijo entonces Tom—. Pero no hagas caso, me estoy mejorando de prisa; una pequeña clave me sirve a menudo para recordar cosas y nombres que se me habían borrado. (Y no sólo eso, en verdad, sino también cosas de las que en mi vida había oído hablar, como muy pronto ha de ver este chico.) Dime qué te trae por aquí.

—Es asunto de poca monta, mi señor, pero aun así, lo he de mencionar para complacer a tu majestad. Hace dos días, cuando tu señoría cometió tres errores en su lección de griego durante las clases de la mañana, ¿te acuerdas?

—S-í-í... Me parece que sí. (No se trata de una mentira tan grande, pues si de veras me hubiese inmiscuido con el idioma griego, hubiese errado no sólo tres, sino treinta veces.) Sí, ahora me acuerdo... Prosigue.

—El maestro, furioso con lo que él llamó trabajo descuidado y estúpido, prometió que me azotaría bien fuerte por ello... y...

—¡Pegarte a tí! —exclamó Tom atónito y perdiendo la presencia de ánimo—. ¿Por qué te habían de pegar a ti por errores míos?

—¡Ah! Su Majestad vuelve a olvidarse: siempre me azota a mí cuando te equivocas en las lecciones.

—Es verdad, es verdad, me había olvidado. Tú me enseñas a mí en privado... luego, si yo me equivoco, él alega que tu trabajo fue defectuoso y...

—¡Oh, señor! ¿qué es lo que dices? Yo, el más humilde de tus servidores, ¿podría acaso presumir de enseñarte a ti?

—Entonces, ¿en qué consiste tu culpa? ¿Qué clase de enigma es éste? ¿Me he vuelto de veras loco o lo estás tú? ¡Explicate!... ¡Habla!

—Pero Majestad, no hay nada que requiera explicación. Nadie puede tocar con golpe alguno la persona sagrada del Príncipe de Gales; por lo tanto, cuando él se equivoca, soy yo quien recibe los golpes y eso es lo propio y lo correcto puesto que ése es mi oficio y mi medio de vida. (1).

Tom contempló al tranquilo muchacho observando para sí: “¡He ahí maravilla!... ¡El más extraño y curioso de los oficios! Me sorprende que no hayan tomado un chico a quien peinar y vestir por mí. (¡Ojalá lo hubiesen hecho!) Si lo hiciesen, yo recibiría mis azotes en persona dando a Dios gracias por el cambio.” En voz alta, observó:

—¿Así que te han pegado, pobre amigo mío, según aquella promesa?

—No, Majestad, el castigo fue postergado para hoy y quizá pueda ser anulado, como impropio de la época de duelo porque pasamos. No lo sé, por

(1) Véase nota 8, al final del volumen.

eso me he atrevido a venir aquí y recordar a Su Majestad su piadosa promesa de interceder por mí. . .

—¿Con el máestro? ¿Para salvarte de la azotaina?

—¡Ah! ¡Veo que te acuerdas!

—Ya ves que mi memoria mejora. ¡Quédate tranquilo! Ya me ocuparé de que tu espalda quede ilesa.

—¡Oh, gracias, mi buen señor! —exclamó el niño, cayendo de nuevo con una rodilla en tierra—. Es posible que me haya aventurado bastante ya y sin embargo. . .

Viendo vacilar a maese Humphrey, Tomasito lo animó a que continuase, diciéndole que él estaba en vena “de concesiones”.

—Entonces lo diré, porque el asunto me concierne muy de veras: Desde que no eres ya Príncipe de Gales, sino rey, puedes dar las órdenes que te plazca y nadie puede decir que no. En consecuencia, no cabe en lo razonable que te molestes ya con estudios áridos sino que quemes los libros y te ocupes en cambio de cosas menos fastidiosas. ¡En tal caso, estoy arruinado y conmigo mis pobres hermanas huérfanas!

—¿Arruinados? ¿Por qué? ¿Quieres decírmelo?

—¡Mis espaldas son mi pan, mi más gracioso señor! Si no trabajo, me muero de hambre. Si cesas de estudiar, mi función desaparece, no necesitas ya del chico de los azotes. ¡No me despaches!

A Tomasito lo conmovió esta patética angustia y con real explosión de generosidad, pronunció:

—No te aflijas más, muchacho. Tu función será permanente para ti y tus descendientes, para siempre. —Y dando al chico un ligero golpe en el hombro con la hoja de su espada, exclamó:

—¡Levántate, Humphrey Marlow, Gran Chico-de-los-Azotes Hereditario de la Real Casa de Inglaterra! ¡Fuera la tristeza!... ¡Volveré a mis libros y he de estudiar tan mal que en estricta justicia deberán triplicar el sueldo de tanto que ha de aumentar el trabajo de tu cargo.

Fervorosamente, respondió, agradecido, Humphrey:

—¡Gracias, oh nobilísimo amo! Esta prodigalidad principesca sobrepasa en mucho mis más locos sueños de fortuna. Ahora seré feliz por el resto de mis días y después de mí, lo será también toda la casa de Marlow.

Tom tuvo la inteligencia de darse cuenta de que aquel muchacho le podía ser muy útil: le animó a hablar y el chico no se hizo rogar, encantado de creer que estaba contribuyendo a “curar” a Tom, pues cada vez que terminaba de evocar en la mente enferma de Tom, los diversos detalles de sus experiencias y aventuras en el aula real y en otras partes de palacio, se percataba de que Tom podía “recordar” las circunstancias con toda claridad. Al cabo de una hora, Tom se encontró equipado con un bagaje valioso de información relativa a personajes y asuntos de la corte. Resolvió, pues, recurrir diariamente a aquella fuente para su instrucción. Para ese fin, daría orden de que Humphrey fuese recibido en el gabinete real cuantas veces acudiese, siempre que Su Majestad de Inglaterra no estuviese ocupado con otras personas.

Apenas despachado Humphrey, apareció Hertford con nuevos engorros para Tom, pues, según dijo, los lores del consejo, temiendo que alguna noticia exagerada de la salud deteriorada del rey pudiese haber escapado y llegado al extranjero, estimaban prudente y conveniente que Su Majestad co-

menzase a comer en público después de un día o dos, pues su aspecto sano y su paso vigoroso, con ayuda de un porte reposado (observado cuidadosamente) y la gracia fácil del comportamiento, contribuirían en mayor medida a tranquilizar el ánimo general (siempre que se hubiesen filtrado rumores malignos) que cualquier otro plan que pudiese ser inventado.

Luego procedió el conde, con suma delicadeza, a dar a Tom las instrucciones respecto de las ceremonias adecuadas para aquella ocasión importante, valiéndose de la artimaña, apenas transparente, de “recordar” al niño cosas ya sabidas por él y constatando con gran satisfacción que Tom necesitaba muy poca ayuda en ese sentido, pues Humphrey ya lo había impuesto de que dentro de pocos días debería comenzar a comer en público, habiéndose enterado por la chismografía de la corte, siempre de rápidas alas. Tom tuvo el tino, sin embargo, de guardar silencio respecto de aquellas cosas.

Viendo tan mejorada la memoria real, el conde se aventuró, como por casualidad, a someterla a unas cuantas pruebas, a fin de comprobar hasta qué punto había avanzado la mejoría. Los resultados fueron felices aquí y allá, en los puntos salteados en que aún quedaban las huellas de Humphrey, y, en total, milord quedó sastifecho y animado. Tanto ánimo cobró, que quiso expresarlo, diciendo con voz muy esperanzada:

—Ahora estoy persuadido de que si Su Majestad forzase la memoria aún algo más, se resolvería el enigma del gran sello, pérdida de gran importancia ayer, pero no ya hoy, desde que el plazo de su utilidad terminaba con la vida de nuestro extinto señor. ¿Se servirá Su Majestad hacer la prueba?

Tom estaba perplejo: un gran sello era algo con lo cual no tenía, en absoluto, concomitancia. Después de un momento de vacilación, levantó inocentemente la vista y preguntó:

—¿Cómo era el gran sello, milord?

El conde se sobresaltó, casi imperceptiblemente, murmurando para sí: “¡Ay, Dios mío!... ¡pierde la razón de nuevo!... Fue una imprudencia exigirlo hasta que la forzase...” Y hábilmente cambió el tema de conversación, a fin de barrer la idea del malhadado sello, del cerebro de Tom, fin que logró con toda facilidad.

CAPÍTULO XV

TOM, EN CALIDAD DE REY

Al día siguiente, llegaron los embajadores extranjeros con sus lujosas comitivas, y Tom los recibió, entronizado con abrumadora ceremonia. Los esplendores de la escena lograron deleitar su vista y encender su imaginación en un principio, pero la audiencia fue larga y pesada, igual que la mayoría de los discursos, por lo cual aquello que comenzó siendo placer se convirtió más tarde en tedio y nostalgia. Tomasito dijo las palabras que Hertford ponía en su boca de vez en cuando y trató de veras de desempeñarse de modo satisfactorio, pero era demasiado novato en cosas tales y estaba demasiado a disgusto como para lograr un éxito que pasara de lo aceptable. Era suficiente su parecido físico con el rey, mas la verdad es que no se sentía como tal y se alegró sinceramente cuando la ceremonia hubo terminado.

La mayor parte del día fue “desperdiciada” — según decía Tom en su fuero interno— en labores relativas a su función regia. Aun las dos horas dedicadas a ciertos pasatiempos y recreos principescos fueron para él más bien una carga que otra cosa, tantas eran las restricciones y ceremoniosas costumbres que los limitaban. Disfrutó sin embargo de una hora en privado con su “muchacho-de-los-azotes” que computó como de ganancia líquida, ya que obtuvo de ella, no sólo entretenimiento, sino información que le era necesaria.

El tercer día de realeza transcurrió para Tom casi igual que los otros, pero se disipó en cierto modo una nube: se sentía menos incómodo que al principio, se estaba acostumbrando al ambiente y las circunstancias, sus grilletes le molestaban aún pero no todo el tiempo. Descubrió que la presencia y el homenaje de los grandes lo ponía en menos aprietos y menos agudamente con cada hora que pasaba.

De no ser por un único temor, Tom podría haber visto sin mayor zozobra acercarse el cuarto día. La comida en público iba a comenzar aquel día. Había en el programa asuntos de mayor importancia, pues ese mismo día debía presidir un consejo que recogería sus puntos de vista y sus mandatos en lo referente a la política que debía seguirse respecto a varias naciones extranjeras diseminadas por todos los puntos del globo. Ese día también era el señalado para elegir formalmente a Hertford, Lord Protector, y había además, varias otras cosas importantes asignadas para ese cuarto día; pero para Tom, todas eran insignificantes comparadas con el suplicio de comer completamente solo, con una multitud de ojos curiosos fijos en él, y una multitud de bo-

cas que susurrasen comentarios sobre su desempeño y sus errores si tuviese el infortunio de cometerlos.

Pese a todo, nada podía detener ese cuarto día, de modo que llegó por fin. Tom estaba distraído y mohíno, no pudiendo salir de ese estado de ánimo en todo el curso de la jornada. Los deberes matinales ordinarios se le hicieron arduos y cansadores y una vez más, tuvo la pesada sensación de la cautividad.

Ya entrada la mañana, estaba en una gran cámara de audiencia, conversando con el conde de Hertford y, puntualmente, esperó que diese la hora señalada para una visita de ceremonia, de un número considerable de funcionarios y cortesanos. Después de un rato, habiéndose corrido hasta una ventana, llegó a interesarse con la vida y movimiento de la gran vía pública, más allá de los portales de palacio, y no se trataba de un interés ocioso sino que Tom anheló con todo su corazón participar en persona de aquella agitación y de aquella libertad. Tom vio la cabeza de una turba vociferante y clamorosa de revoltosos hombres, mujeres y chicos de la más ínfima y miserable ralea que se acercaba a palacio por la carretera.

—¡Cómo me gustaría saber de qué se trata! —exclamó Tomasito con la curiosidad típica de todos los chicos por tales acontecimientos.

—¡Eres el rey! —le respondió solemne el conde, con una reverencia—. ¿Tengo permiso de Su Majestad para actuar?

—¡Oh, ya lo creo, jubilosa y alegremente te respondo: Sí!... —exclamó Tom excitado, agregando para sí con gran satisfacción—: La verdad es

que ser rey no es todo aburrimiento... Tiene sus compensaciones y aspectos convenientes.

El conde llamó a un paje y lo envió al capitán de la guardia con la orden siguiente:

“Que la multitud sea detenida y que se la interroge sobre la ocasión de este movimiento. ¡Por orden del rey!”

Segundos más tarde, una larga fila de guardias reales, cubiertos de acero reluciente, salió en fila por los portales y formó atravesando la calzada, dando frente a la multitud. El mensajero regresó luego para informar que la turba perseguía a un hombre, a una mujer y a una muchacha que serían ejecutados por crímenes cometidos en contra de la paz y la dignidad del reino.

La muerte —y una muerte violenta— esperaba a aquellos pobres desgraciados. La idea estrujó el corazón de Tomasito y el espíritu de la compasión lo dominó con exclusión de todo lo demás. Ni por un momento se paró a considerar las leyes quebrantadas ni el pesar o las pérdidas que aquellos criminales podían haber infligido a sus víctimas: no pudo pensar en otra cosa que en el cadalso y el espantoso destino que se cernía sobre las cabezas de los condenados. Su desasosiego le hizo olvidar momentáneamente aun el hecho de que él sólo era la falsa sombra de un rey, no su sustancia y antes de saber lo que hacía, había espetado la siguiente orden:

—¡Traedlos aquí!

Luego, se sonrojó hasta el escarlata y brotó de sus labios un amago de disculpa, aunque al observar que su mandato no había causado sorpresa de ninguna especie ni al conde ni al mensajero de servicio, omitió las palabras que había estado a pun-

to de pronunciar. Como la cosa más natural del mundo, el paje hizo una profunda genuflexión y salió de la habitación caminando hacia atrás, para comunicar la orden. Tom experimentó un enardecimiento de orgullo y un sentido renovado de las compensatorias ventajas de la función real y se dijo: "Es en verdad como lo que solía leer en los relatos del viejo clérigo cuando me imaginaba príncipe, sentando leyes y dando órdenes a todo el mundo: —¡Haz esto! ¡Haz aquello! ¡Y que nadie se atreva a interponerse a mi voluntad!"

Se abrieron ahora las puertas de par en par, se oyó anunciar un retumbante título tras otro, seguidos de los personajes que los poseían y rápidamente el lugar se llenó casi de gente noble y de elegancia. Pero Tom se percató apenas de su presencia, tan excitado estaba y tan intensamente absorto por ese otro asunto más interesante. Distraídamente, tomó asiento en su sillón de ceremonia volviendo los ojos hacia la puerta con manifestaciones de impaciente expectativa, visto lo cual, la asamblea se abstuvo de importunarlo y se puso a charlar sobre una mescolanza de asuntos públicos y chismografía de corte.

A poco se oyó que se acercaba el paso medurado de hombres de armas y, a las órdenes de un subadministrador de condado y escoltados por un destacamento de la guardia del rey, entraron los culpables en presencia del rey. El funcionario civil se arrodilló ante Tom apartándose luego y los tres sentenciados se arrodillaron también y en esa posición quedaron; en cuanto al guarda, se colocó tras la butaca de Tom. Este escudriñó a los prisioneros con curiosidad. Algo de la vestimenta o del aspecto del hombre, agitó en Tom recuerdos vagos:

“Páreceme haber visto a este hombre antes de ahora... pero no acierto con el cuándo ni el dónde”, fue lo que Tom pensó. Justo en ese momento, el hombre alzó rápidamente la mirada y, con igual rapidez, volvió a bajar la cabeza, pues no fue capaz de soportar el imponente porte de la realeza, pero ese atisbo pleno de aquella cara fue, para Tom, suficiente. Se decía: “Ahora se aclara todo: éste es el desconocido que pescó a Giles Witt en el Támesis y le salvó la vida aquel día ventoso y crudo de Año Nuevo... Fue un acto valiente y noble... Es lástima que haya estado cometiendo después actos más bajos y que se haya metido en esta triste situación... No me he olvidado el día ni la hora, en razón de que una hora después, al dar las once, recibí de manos de la abuela Cauty una paliza, que fue de tan admirable rigor, que todas las anteriores o las que le siguieron parecen por comparación sólo mimos y caricias.”

Tom ordenó entonces que la mujer y la niña fueran retiradas de su presencia por un rato, hecho lo cual, se dirigió al subadministrador de condado diciéndole:

—¿Cuál es la falta de este hombre, buen señor? Arrodillándose, el funcionario contestó:

—Si place a Su Majestad, ha quitado la vida a un sujeto por envenenamiento.

La compasión de Tom por el prisionero, así como su admiración de ese hombre por ser el arriesgado salvador de un niño que se ahogaba, sufrió un golpe tremendo.

—¿Le ha sido probado el crimen? —preguntó.

—Del modo más claro, señor.

Tomasito suspiró y dijo:

—Lleváoslo: merece la muerte. ¡Es lástima, porque tenía un corazón valiente!... Quiero decir... parecía tenerlo...

El prisionero, con repentina energía, cruzó las manos y las retorció desesperadamente, suplicante al propio tiempo apelando al "rey" con frases entrecortadas y llenas de terror.

—¡Oh, mi señor y mi rey! Si puedes compadecer a los perdidos, ¡ten piedad de mí! Soy inocente y aquello de que se me culpa no ha sido sino imperfectamente probado... Sin embargo, no he de hablar de eso; el fallo ha sido en contra de mí y no puede ser alterado; sino que en mi desesperación imploro una gracia, pues mi sentencia es más de lo que yo pueda soportar... ¡Gracia, gracia, milord



y rey! En tu compasión real, otórgame mi súplica... Da la orden de que sea ahorcado!

Tom estaba atónito. Esa no era la salida que esperaba.

—¡Por vida de Cristo!... ¡He ahí una *gracia* extraordinaria! ¿No es ése acaso el destino que te esperaba?

—¡Oh, no, Majestad, no era ése! ¡La orden es de que se me *queme vivo*!

La espantosa sorpresa que le causaron estas palabras, casi hace saltar a Tom de su sillón. Tan pronto como pudo recobrase, gritó:

—¡Que se conceda tu deseo, pobre infeliz! No deberías sufrir muerte tan horripilante así hubieses envenenado a cien individuos.

El prisionero agachó la cara hasta el suelo y estalló en apasionadas expresiones de gratitud, terminando así:

—Si alguna vez llegases a conocer el infortunio (¡Dios no lo quiera!), que tu bondad para conmigo hoy, te sea recordada y recompensada.

Tom, volviéndose a lord Hertford, le dijo:

—Milord, ¿puede creerse que hubiese una orden para ejecutar en la persona de este hombre semejante sentencia feroz?

—Majestad, ésa es la ley para los envenenadores. En Alemania, los monederos falsos son quemados en *aceite* hasta morir y no se los arroja de pronto sino que se los cuelga de una cuerda y se los introduce de a poco en el aceite, primero los pies, luego las piernas, luego...

—¡No sigas, milord, te lo ruego!... ¡No soporto más! —gritó Tomasito, cubriéndose los ojos con las manos como para suprimir aquella imagen—. Ruego a su señoría que se dé la orden de cambiar

esa ley... ¡Qué ninguna pobre criatura del Señor sea atormentada con semejante tortura!

El rostro del conde mostró profunda complacencia, pues era hombre de impulsos compasivos y generosos, cosa poco común en su clase y en aquella época de fiereza. Y dijo:

—Estas nobles palabras de tu Majestad han sellado la sentencia de muerte para ella y la Historia ha de recordarlo para gloria de tu real casa.

El subadministrador de condado, a punto de retirarse con su prisionero, fue detenido por un signo de Tom, quien le dijo:

—Buen señor, me gustaría estudiar más este asunto. El hombre ha dicho que su acto fue imperfectamente probado. Dime cuanto sepas.

—Si place a la majestad del rey, salió a luz en el proceso que este hombre había entrado a una casa en la aldea de Islington donde un hombre yacía enfermo. Tres testigos dicen que fue a las diez de la mañana y dos dicen que fue unos minutos más tarde. El enfermo estaba solo en ese momento y dormía. Este hombre salió de la casa al poco rato y se marchó. A la hora, el enfermo moría desgarrado entre espasmos y arcadas.

—¿Alguien lo vio dar el veneno? ¿Fue siquiera encontrado el tal veneno?

—¡Por la Virgen! No, milord.

—Entonces, ¿cómo se sabe que fuese administrado?

—Si place a Su Majestad, los médicos declaran que nadie muere con esos síntomas no siendo por envenenamiento.

¡Evidencia de gran peso en aquella simplísima época! Tom reconoció el carácter formidable de semejante testimonio y dijo:

—El médico conoce su oficio... Es probable que tuviese razón. El asunto se presenta mal para este pobre hombre.

—Si embargo, no fue eso todo, Majestad. Hay más pruebas, y peores. Muchos hubo que declararon que una bruja, que se había marchado de la aldea nadie sabe adonde, predijo expresándose secretamente al oído, que aquel enfermo *moriría envenenado* y más aún: que el veneno se lo daría un desconocido, de pelo castaño y vestido de ropas raídas y ordinarias, y es bien evidente que este prisionero responde exactamente a la descripción. Que plazca a su majestad dar a esta circunstancia el peso que le es debido, en vista de que el hecho fue *predicho*.

En esa época de supersticiones, aquel argumento tenía terrible fuerza. Tom tuvo la sensación de que era asunto terminado: si las pruebas tenían algún valor, la culpabilidad de este pobre individuo estaba probada. Pese a todo, ofreció al prisionero una ocasión de salvarse:

—Si puedes decir algo en tu descargo, ¡habla!

—Nada que tenga eficacia, mi rey. Soy inocente, pero no lo puedo hacer patente. No tengo amigos; de tenerlos podría probar que no estuve en Islington aquel día; igual podría demostrar que a esa hora que mencionan yo estaba a más de una legua de distancia, ya que me encontraba en Wapping Old Stairs, más aún, mi rey, podría probar que mientras se me acusa de estar *quitando* la vida, yo estaba, en cambio, *salvándola*. Un chico que se ahogaba...

—¡Calla, no digas más! Administrador, nombra el día en que se cometó el hecho.

—A las diez de la mañana, o minutos más tarde, del primer día del año nuevo, ilustrísima. . .

—¡Dejad al preso en libertad. Es la voluntad del rey!

Otro sonrojo siguió a esta explosión poco regia, y Tomasito trató de disimular como pudo su acto indecoroso, añadiendo:

—¡Me enfurece que se cuelgue a nadie con pruebas tan vagas y apresuradas!

Corrió por la reunión un cuchicheo sordo de admiración, no por el decreto emitido por Tom — pues pocos de los presentes se hubiesen sentido justificados en admitir o en admirar una cosa como lo apropiado o expeditivo de indultar a un reo convicto—, no. La admiración fue por la inteligencia y el espíritu que Tom había demostrado. Algunas de las cosas dichas en voz baja eran como sigue:

—Este no es ningún rey loco. ¡Tiene bien sólida la inteligencia!

—¡Con cuánta cordura hizo el interrogatorio! Y ¡qué típico de su anterior carácter natural fue despachar el asunto de este modo abrupto e imperioso!

—¡Gracias a Dios, ha pasado su enfermedad! Este no es ningún principito encanijado, sino todo un rey. Se ha conducido en forma muy parecida a su propio padre.

Como el aplauso flotaba en el aire, era inevitable que llegase algo a oídos de Tom y el efecto que le hizo fue ponerlo muy cómodo, así como llenarle el cuerpo de sensaciones agradables.

Su curiosidad juvenil, sin embargo pronto estuvo por encima de estas gratas sensaciones y pensamientos, y le dio ansias de saber qué clase de daño grave podían haber hecho la mujer y la niña,

de modo que por orden suya, aquellos dos seres aterrorizados y sollozantes fueron traídos a su presencia.

—¿Qué es lo que han hecho estas dos? —preguntó Tom al administrador de condado.

—Si place a Su Majestad, se las acusa de un crimen sombrío, el cual ha sido claramente probado. En consecuencia, los jueces han decretado, según la ley, que sean ahorcadas. Se vendieron al diablo: ése es su crimen.

Tomasito se estremecó, pues le habían enseñado a aborrecer a la gente que cometía tan perversa acción. Con todo, no estaba dispuesto a privarse del placer de ver satisfecha su curiosidad, de modo que preguntó:

—¿Dónde fue cometido el hecho? ¿Y cuándo?

—Una medianoche de diciembre, dentro de una iglesia en ruinas, majestad.

Tom volvió a estremecerse.

—¿Quién estaba presente?

—Solamente estas dos, majestad y... *aquel otro*.

—¿Han confesado?

—No, no señor... sino que lo niegan.

—Entonces, ¿cómo fue conocido el hecho?

—Algunos testigos las vieron dirigirse allí, majestad, despertando sospechas, confirmadas y justificadas luego por los horrendos efectos posteriores. En particular, está en evidencia que por el inicu poder así obtenido, las reas invocaron y causaron una tormenta que asoló la región y todos sus alrededores. Cerca de cuarenta testigos han atestado lo de la tormenta y se pudieron obtener mil, pues todos tenían motivos para recordarla, desde que todos sufrieron por su causa.

—En verdad que es éste un asunto serio. —Tom reflexionó un momento sobre ese acto de pícaros y luego preguntó:

—¿Y la mujer sufrió también con aquella tormenta?

Varios ancianos de la reunión cabecearon su asentimiento, reconociendo la sabiduría de tal pregunta. El administrador, sin embargo, no vio en ella nada de gran importancia y respondió con simplicidad inequívoca:

—En verdad que sí, Majestad, en extremo, como todos lo afirman. Su casa fue barrida, y tanto ella como su hija quedaron sin refugio.

—Me parece que le salió muy caro el poder de hacerse tan mal favor. Aun pagando por él un cuarto de penique, hubiese sido estafada. En cuanto a pagar con su alma y la de su hija, indica que esta mujer está loca, y si está loca no sabe lo que hace, y en consecuencia no peca.

Las cabezas ancianas aprobaron de nuevo con su asentimiento la sabiduría de Tom y un individuo murmuró: —Si el rey está loco según afirman los rumores, su locura es de aquéllas que convendrían muy bien a la cordura de algunos que yo me sé, si por la noble providencia de Dios pudiesen contagiarse.

—¿Qué edad tiene la niña? —preguntó después Tom.

—Nueve años, si place a Su Majestad.

—Por la ley inglesa ¿acaso puede un niño intervenir en un pacto y venderse, milord? —preguntó Tom volviéndose hacia un erudito juez.

—La ley no permite que un niño entre ni intervenga en ningún asunto de peso, señor, sosteniendo que su inteligencia inexperta lo incapacita para

competir con la inteligencia madura y las malas artes de sus mayores. El *demonio* puede comprar a un niño si le place, y el niño puede consentirlo, pero no un inglés, en cuyo caso el contrato sería nulo.

—¡Parece una cosa grosera y poco cristiana, aparte de ser mal ideada, que la ley inglesa niegue a los ingleses privilegios para malgastarlos luego en el demonio! —exclamó Tom animado de sincero calor.

Esta opinión original sobre aquel asunto provocó muchas sonrisas y fue atesorada en muchas cabezas, a fin de ser repetida por la corte como prueba de la originalidad de Tom así como de la mejoría de su salud mental.

La rea de mayor edad había cesado de sollozar, y con emocionado interés y crecientes esperanzas estaba pendiente de las palabras de Tom. Tom lo notó y su compasión se inclinó cada vez más hacia aquella mujer, en tan peligrosa cuan desamparada situación. Luego, insistió en sus preguntas:

—¿Cómo se las arreglaron para producir la tormenta?

—*Quitándose las medias*, señor.

Esto dejó a Tom atónito, encendiendo su curiosidad al rojo. Entusiasmado, exclamó:

—¡Qué maravilloso! ¿Acaso esa acción ha tenido siempre igual efecto?

—Siempre, señor, por lo menos siempre que la mujer lo desee y pronuncie las palabras necesarias, ya sea mentalmente o con la lengua.

Volviéndose hacia la mujer, dijo entonces Tom con impetuoso fervor:

—Ejercita tu poder... Me gustaría ver una tormenta.

En aquella reunión supersticiosa hubo muchas mejillas que palidieron y un deseo general, aun-

que no expresado, de abandonar el lugar, todo lo cual pasó inadvertido para Tom, que estaba insensible a todo cuanto no fuese el esperado cataclismo. Al ver una mirada perpleja y atónita en el rostro de la mujer, el niño agregó excitado:

—No temas nada... Nadie ha de culparte a ti. Más aún... saldrás en libertad y nadie habrá de tocarte. Ejerce tu poder.

—¡Oh, mi señor, mi rey! No lo tengo... He sido falsamente acusada.

—Te detiene tu temor. ¡Anímate, mujer, que no has de sufrir daño alguno! Haz una tormenta; no importa que sea pequeña. No es que yo la exija grande ni destructora sino que, la verdad sea dicha, prefiero lo contrario. Has esto y tu vida está salvada... Saldrás en libertad con tu hija, portadora del indulto real y asegurada contra daño o malignidad de ninguno de este reino.

La mujer se prosternó y, bañada en lágrimas, protestó que carecía de poder para realizar ese milagro; de otro modo, se alegraría de salvar únicamente la vida de su hija y estaría conforme con perder la propia si tan preciosa gracia pudiese obtenerse obedeciendo el mandato del rey.

Tom insistía, y la mujer se aferraba a sus declaraciones. Finalmente, dijo el rey:

—Creo que la mujer ha dicho la verdad. Si fuese mi madre quien estuviese en su lugar y dotada de poderes diabólicos, no hubiese demorado un minuto en conjurar esa tormenta y dejar todo el país en ruinas si el premio fuera la salvación de mi vida amenazada. Y es un argumento a favor que otras madres estén hechas con el mismo molde. Eres libre, buena mujer: tú y tu hija; porque creo que eres inocente. *Ahora* sí que no tienes nada que te

mer, estando indultada. ¡Quítate las medias, y si puedes hacerme una tormenta serás rica!

El ser así rescatado de la muerte expresó ruidosamente su gratitud, procediendo luego a obedecer mientras Tom miraba con ansiosa expectativa, algo malograda por el temor, y los cortesanos manifestaron al mismo tiempo su inquietud y desasosiego. La mujer descalzó sus pies y también los de su hija y fue evidente que hacía lo posible por recompensar la generosidad del rey con un terremoto, pero todo fue un fracaso y un desencanto. Suspirando, Tom dijo por fin:

—Vamos, vamos, buena mujer, no te molestes más. Tu poder te ha abandonado. Véte en paz por tu camino, y si ese poder lo recobras alguna vez, no me olvides y tráeme una tormenta (1).

CAPÍTULO XVI

LA COMIDA DE CEREMONIA

Se acercaba la hora de la comida; sin embargo —y curiosamente— la idea sólo causó leve inquietud en Tom y apenas si algo de terror. Las experiencias de la mañana habían aumentado su confianza maravillosamente: el pobre gatito de albañal se estaba acostumbrando a su extraña buhardilla después de cuatro días, mejor de lo que hubiese podido habituarse una persona madura en un mes entero. Nunca hubo prueba más notable de la facilidad de un niño para acomodarse a las circunstancias.

(1) Véanse las notas del Capítulo XV, al final del volumen.

~ Démonos prisa los privilegiados que podemos llegarnos hasta el salón de banquetes y echar una ojeada a la marcha de las cosas mientras preparan a Tom para la imponente ocasión. Se trata de una habitación espaciosa, con columnas y pilastras doradas y con pinturas en techo y paredes. En la puerta hay altos guardias de pie, rígidos como estatuas, vestidos con indumentos costosos y pintorescos y que llevan alabardas. En la galería alta que rodea la habitación hay una banda de músicos y una compacta reunión de ciudadanos de ambos sexos, con vistosa indumentaria. En una plataforma levantada en medio del salón, está la mesa de Tom. Ahora dejemos hablar al antiguo cronista:

“Entra al salón un caballero que lleva una vara y junto con él, otro que lleva un mantel, el que tienden sobre la mesa una vez que ambos se han arrodillado tres veces con extrema reverencia; después de arrodillarse una vez más, se retiran. Luego entran otros dos, uno, de nuevo con la vara; el otro con un salero, un plato, y el pan: cuando se han arrodillado igual que los anteriores y colocado sobre la mesa lo que traían, ellos también se retiran con iguales ceremonias a las celebradas por los primeros; por último vienen dos nobles, ricamente vestidos, uno que lleva un cuchillo de catador; después de prosternarse del modo más gracioso, se acercan y frotan la mesa con pan y sal con tanta reverencia como si el rey estuviese presente.” (1)

Así terminan las solemnidades preliminares. Ahora oímos desde lejos, en los corredores llenos de ecos, el toque de trompeta y el grito indistinto de:

(1) Leigh Hunt, *The Town* (La Ciudad), pág. 408, cita hecha por un turista de aquellos tiempos.

“¡Paso al rey! ¡Paso a su más excelente majestad!” Estos sonidos se van repitiendo por momentos, se acercan más y más y finalmente, casi en nuestras caras, resuena la nota marcial y el grito de “¡Paso al rey!” En ese mismo instante, aparece la brillante procesión, pasando en fila por la puerta con marcha mesurada. Dejemos de nuevo hablar al cronista:

“Primero venían caballeros, barones, condes, caballeros de la Jarretera, todos ricamente ataviados y en cabeza; luego venía el canciller, entre dos: uno que llevaba el cetro, el otro la Espada de Gala con vaina roja, tachonada de doradas flores de lis con la punta hacia arriba; luego venía el rey en persona, cuya aparición saludan doce trompetas y muchos tambores con una gran explosión de bienvenida, mientras que en las galerías, todos se levantan de sus asientos gritando: —¡Dios Salve al Rey! Después, vienen los nobles agregados a su persona y, a su derecha e izquierda, marcha su guardia de honor, formada por sus cincuenta Caballeros a Sueldo con doradas hachas de batalla.”

Todo aquello era hermoso y agradable. A Tom le golpeaba fuerte el pulso y había una luz de alegría en sus ojos. Se condujo bien y con gracia, tanto más cuanto que no iba pensando en cómo lo hacía, pues su mente se ocupaba deleitándose con las cosas alegres para ver y oír que lo rodeaban. Además, nadie puede menos de ser agraciado con hermosas ropas que quedan bien al cuerpo, una vez que uno se ha acostumbrado algo a llevarlas, sobre todo si momentáneamente no se tiene de ellas conciencia. Tom recordaba sus instrucciones y recibía los saludos con leve inclinación de su cabeza emplumada y un cortés: —Gracias, mis buenas gentes.

Sin quitarse el gorro, se sentó a la mesa y lo hizo sin la menor turbación, ya que comer con sombrero puesto era la única y exclusiva costumbre real en que coincidían los reyes y los Canty, sin que ningún bando sacase ventaja en cuestión de tener vieja familiaridad con dicha costumbre. La procesión se interrumpió, se agrupó en forma pintoresca y continuó en cabeza.

Ahora, al son de una música alegre, entraron los alabarderos de palacio, "los hombres más altos y corpulentos de Inglaterra, siendo escogidos por esa condición"... , pero dejaremos contarle al cronista:

"Los alabarderos de la guardia entraron en cabeza, vestidos de escarlata, con rosas doradas en la espalda y comenzaron a ir y venir, trayendo cada vez una comida servida en vajilla de plata. Estas fuentes eran recibidas por un caballero en el mismo orden en que eran traídas, y colocadas sobre la mesa mientras el catador daba a cada guardia un bocado de la fuente que había traído para que la comiese, por miedo a los venenos."

Tom comió bien, pese a tener conciencia de que cientos de ojos seguían cada bocado hasta su boca y lo observaban comerlo con interés que no podía haber sido más intenso si se hubiese tratado de un explosivo mortal y se esperase que estallara y des-parramase a su persona en pedacitos por todo el salón. Tenía cuidado de no apresurarse y asimismo de no hacer nada por sí, sino de esperar hasta que el funcionario correspondiente se arrodillase y lo hiciera en su lugar. Terminó la comida sin un solo error, ¡impecable y glorioso triunfo!

Cuando la comida hubo por fin terminado y Tom se marchaba en medio de su brillante comitiva y

con los oídos llenos del sonido feliz de atronadoras trompetas, arrolladores tambores y estruendosas aclamaciones, tuvo la sensación de que si aquello era lo peor de comer en público, estaría dispuesto a soportar esa prueba varias veces al día, si por ese medio podía zafarse de algunas de las exigencias más temibles de su función real.

CAPÍTULO XVII

FU-FU I

Miles Hendon continuó a toda prisa en dirección al extremo del puente que daba a Southwark, con ojos alertas por ver a las personas que buscaba, esperando y deseando encontrarlas pronto. Se vio frustrado, sin embargo. Por miedo de averiguaciones, pudo seguirles el rastro aun hasta parte del camino de Southwark: allí cesaban todos los indicios, y Hendon se vio perplejo respecto a cómo había de continuar. Con todo, perseveró en su empeño lo mejor que pudo durante el resto del día. La caída de la noche lo encontró cansado de piernas, casi famélico y con su deseo tan lejos de cumplirse como al principio; así pues, que cenó en la Posada del Tabardo y se acostó, resuelto a comenzar temprano al día siguiente y hacer una búsqueda completa por toda la ciudad. Mientras pensaba y hacía proyectos, ya acostado, comenzó a razonar como sigue: El muchacho escaparía, si pudiese, del rufián, su supuesto padre, y en tal caso ¿volvería a Londres en busca de sus antiguos hábitos? No, no haría tal cosa, sino que trataría de evitar que lo capturasen

de nuevo. ¿Qué es lo que haría, entonces? No habiendo tenido jamás un amigo ni un protector hasta que conoció a Miles Hendon, sería natural que tratase de encontrar de nuevo a ese amigo, siempre que tal esfuerzo no le significara volver a Londres y al peligro. Trataría de llegar a Hendon Hall. ¡Eso es lo que haría!, puesto que sabía que él, Hendon, iba camino de su casa y que era allí donde podía esperar encontrarlo. El caso aparecía muy claro a ojos de Hendon: no debía perder más tiempo en Southwark sino ponerse en seguida en marcha, pasar por Kent en dirección a Monk's Holm registrando el bosque y hacer averiguaciones en todo el camino. Retornaremos ahora junto al pequeño rey desaparecido.

Aquel rufián que el mozo de la posada del puente había visto, "a punto de juntarse" con el joven y con el rey, no se les "juntó" precisamente, sino que se les puso a los talones y les siguió los pasos. Nada dijo: llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y un parche verde en el ojo izquierdo; renqueaba ligeramente y se apoyaba en un bástón de roble. El joven condujo al rey por un tortuoso camino a través de Southwark y, eventualmente, salieron a la carretera, ya fuera de la ciudad. El rey estaba ahora irritado y declaró que allí paraba, pues le correspondía a Hendon venir a él, no a él ir hacia Hendon: no estaba dispuesto a soportar semejante insolencia, y allí donde estaba se quedaría. El joven le dijo entonces:

—¿Te detendrás aquí cuando tu amigo yace herido en el bosque vecino? ¡Sea!...

El rey cambió al instante de modo y exclamó:

—¡Herido! ¿Y quién se ha atrevido a herirlo? Pero ése es asunto aparte. ¡Indica el camino! ¡Va-

mos! Más rápido, gañán. ¿Estás calzado con plomo? ¿Conque herido, eh? ¡Ya se ha de arrepentir el causante, aunque sea el propio hijo de un duque!

Faltaba mucho para llegar al bosque, pero el camino fue recorrido con rapidez. Mirando a su alrededor, el joven descubrió una rama clavada en el suelo con un trocito de trapo atado a la punta y siguió por el bosque siempre a la delantera y en busca de ramas similares, encontrándolas a intervalos: evidentemente eran puntos de guía hacia el sitio adonde se dirigía. Más adelante, llegaron a un espacio abierto, donde se veían los restos chamuscados de una granja y cerca, un galpón en vías de ruina y deterioro total. No había señal alguna de vida por ningún lado y reinaba absoluto silencio. El joven entró al galpón, con el rey siguiéndole ansiosamente los talones. ¡No había nadie allí! Echando una sorprendida mirada de sospecha al joven, el rey preguntó:

—¿Dónde está?

Una risa burlona fue la respuesta. En un momento, el rey se había enfurecido, tomando un zoque de leña e iba ya a atacar al joven cuando cayó en su oído una segunda risa de burla. Era el rufian renco que los había seguido a cierta distancia. Volviéndose a él le dijo colérico el rey:

—¿Quién eres tú y qué tienes que hacer aquí?

—¡Basta de necedades! —dijo el hombre— y cálmate. No es tan bueno mi disfraz como para que pretendas no conocer a tu propio padre.

—Tú no eres mi padre, ni yo te conozco. Soy el rey. Si es que has escondido a mi servidor, búscalo y muéstramelo o tendrás que arrepentirte de lo que has hecho.



Con voz mesurada y severa, replicó John Canty:

—Resulta bien claro que te has vuelto loco, y me repugna castigarte, pero deberé hacerlo si me provocas. Tu parlotéo no hace ningún mal aquí, donde no hay oídos que deban hacer caso de tus locuras; sin embargo, te conviene ensayar tu lengua en cuidar lo que hablas, de modo que no cause daño cuando cambiemos de alojamiento. He cometido un asesinato y no puedo permanecer en casa ni tampoco tú, en vista de que necesito de tus servicios. Por razones de prudencia, mi nombre ha cambiado y es ahora Hobbs: John Hobbs; el tuyo es Jack y apunta ese dato en tu memoria. Y ahora, ¡habla! ¿Dónde está tu madre? ¿Y tus hermanas? No acudieron al lugar señalado. ¿Sabes tú dónde han ido?

Hosco, respondió el rey:

—No me molestes con esas adivinanzas. Mi madre ha muerto y mis hermanas están en palacio.

El joven de marras, que se había quedado allí cerca, estalló en una risa burlona y el rey lo hubiese atacado, pero Canty —o Hobbs como ahora se llamaba— se lo estorbó diciendo:

—Por favor, Hugo, no lo incomodes. Su mente divaga y tus modos le molestan. Siéntate, Jack y tranquilízate; que en seguida te daré a comer un bocado.

Hobbs y Hugo se pusieron a hablar en voz baja y el rey se alejó cuanto pudo de su desagradable compañía. Retirándose hasta la media luz del otro extremo del galpón, encontró el piso de tierra, cubierto de paja en un espesor de treinta centímetros. Allí se tendió, cubriéndose con paja en lugar de frazadas y pronto estuvo absorto en sus pensamientos. Tenía muchos pesares, pero los de menos importancia desaparecieron casi en el olvido, para dar lugar a otro, el supremo: la pérdida de su padre. Al resto del mundo, el nombre de Enrique VIII lo hacía estremecer, sugiriéndole a un ogro cuyas narices respiraban destrucción y cuya mano propinaba azotes y muerte; pero para este niño traía sólo sensaciones placenteras. La figura que ese nombre evocaba llevaba un semblante todo suavidad y afecto. Trajo el niño a la mente una larga serie de cariñosas escenas entre su padre y él, deteniéndose en ellas con ternura y abundantes lágrimas que atestiguaban cuán profundo y verdadero era el dolor que dominaba su corazón. Al decaer la tarde, el muchacho, cansado con sus dificultades, se sumió poco a poco en un sueño tranquilo y curativo.

Después de un tiempo considerable —sin que pudiese medirlo con exactitud— sus sentidos lucharon hasta llegar a una semiinconsciencia y echado

allí con los ojos cerrados, se preguntaba vagamente dónde estaba y qué había sucedido, acabando por percibir un sonido murmurante: era el golpeteo hostil de la lluvia en el techo. Se apoderó de él una confortable sensación de comodidad, que al momento siguiente fue rudamente interrumpida por un coro de gritos como cacareos y de risotadas groseras. Desagradablemente sorprendido y destapándose la cabeza para ver de dónde procedía aquella interrupción, la mirada se encontró con un cuadro horrendo y repugnante. Un fuego ardía hacia el otro extremo del galpón y, en derredor, iluminados grotescamente por el rojo resplandor, estaban tendidos y desparramados por el suelo los componentes del grupo más abigarrado y roto de escoria de albañal y de rufianes de ambos sexos que jamás encontró Tom en sus lecturas ni en sus sueños. Había hombretones enormes y erguidos, morenos del sol, largos los cabellos y vestidos de los harapos más fantásticos; había jóvenes, no tan grandes, de semblante truculento y vestidos de manera parecida; había ciegos mendicantes, con parches o vendas en los ojos; otros, lisiados, con piernas de palo y muletas; había un buhonero de aspecto malvado, con su fardo; un afilador de cuchillos, un calderero y un barbero, todos con los implementos de su oficio; algunas de las mujeres eran muchachas apenas crecidas, otras, estaban en la flor de la edad, y otras más eran viejas brujas arrugadas, pero todas sin excepción eran chillonas, atrevidas y bocasucias; y todas estaban mugrientas y desaliñadas; había tres bebés con las caras brotadas de *acné* y un par de perros famélicos con cuerdas al pescuezo, cuya función era guiar a los pretendidos ciegos.

Había caído la noche, la pandilla acababa de terminar su banquete y empezaba la orgía, pues un jarro de alcohol pasaba ya de boca en boca. En eso, estalló un grito unánime de: “¡Una canción! ¡Que Murciélago y Punto-y-Raya canten!...”

Se levantó uno de los ciegos y se preparó quitándose los parches, que ocultaban un par de ojos excelentes, y el patético letrero que explicaba la causa de su desgracia. Punto-y-Raya se desembarazó de su pata de palo y, apoyándose en ambos miembros, sólidos y sanos, se puso al lado de su compañero de fechorías. Así colocados, atronaron el aire con una cancioncita retozona, reforzados por toda la banda, que acompañaba el final de cada estrofa con un ruidoso coro. Por el final de la última estrofa, el entusiasmo de aquellos individuos semibebidos era tal que todo el mundo tomó parte y volvieron a cantarla toda entera desde el principio, produciendo tal volumen de bellacos sonidos que temblaron las vigas del techo. Las palabras, de gran inspiración, eran del más bajo caló londinense típico del gremio de ladrones (1).

Al canto siguió la conversación, no ya en el dialecto de los ladrones, utilizado en la canción, pues ése era reservado para el caso de hablar con posibles oídos que escuchasen. En el curso de aquella conversación, se hizo evidente que “John Hobbs” no era un recluta reciente, sino que en otros tiempos había preparado la pandilla para su noble oficio. Como le solicitaran su historia posterior a aquellos hechos, les contó que “por accidente” había dado muerte a un hombre, lo cual causó considerable

(1) La intraducible estrofa figura en *The English Rogue* (El pícaro inglés), Londres, 1665.

satisfacción. Cuando les dijo que el muerto era un sacerdote, fue unánimemente aplaudido y tuvo que beber con todo el mundo. Los viejos conocidos le daban jubilosa bienvenida y los nuevos se enorgullecían de estrechar su mano. Al preguntarle por qué se había mantenido tanto tiempo lejos de ellos, contestó:

—Londres es mejor que el campo y más seguro en estos últimos años, con leyes tan severas como las de ahora y tan eficazmente observadas. Allí me hubiese quedado, de no ser por este accidente. Estaba a ello resuelto y a no aventurarme ya nunca en dirección al campo; pero el accidente había alterado ese plan.

Cuando preguntó de cuántos miembros se componía ahora la banda, el Rizador, que era el jefe, le respondió:

—Veinticinco recios hombres, entre “rastreadores”, “vigilantes”, “carteristas”, “palmoteadores”, y “pedidores”, contando las “vallecillos”, las “glorias” y otras “muertas” (1). La mayoría están aquí, el resto ya va deambulando hacia el Este, dispuestos a hacer el invierno. Los seguiremos al amanecer.

—No veo al “Lobanillo” entre la gente honrada que me rodea. ¿Dónde está?

—¡Pobre chico! Ahora come azufre, y demasiado caliente para un paladar delicado como el suyo. Fue muerto en una pendencia, por mitad del verano.

—Lo siento de veras. Lobanillo era un hombre capaz y valiente.

(1) Términos del caló londinense para designar las diversas clases de ladrones, mendigos y vagabundos y sus compañeras.

—¡Ya lo creo que sí! La Negra Bess, su “vallecillo”, está todavía con nosotros, pero ausente ahora, marchando al este: muchacha excelente, de bonitas maneras y conducta ordenada. Nunca la he visto borracha más de cuatro días de cada siete.

—Siempre fue austera, lo recuerdo bien; una linda moza, digna de todo elogio. La madre era más liberal y menos delicada. ¡Bruja pendenciera y buscapleitos, de un carácter de todos los demonios, pero de inteligencia poco común!

—Por eso la perdimos. Su don de la quiromancia y otras clases de adivinación le valió por fin el nombre y la reputación de bruja, y la ley la asó a fuego lento hasta matarla. Me conmovió por cierto hasta la ternura casi ver con cuánta valentía hacía frente a su destino, maldiciendo y vilipendiando a la multitud que la rodeaba contemplándola boquiabierta mientras las llamas le lamían hasta la cara, inflamándole el pelo ralo y chisporroteando en la vieja cabeza cana... ¿Maldiciéndolos, dije? ¡Qué modo de maldecir! Ni que vivieras mil años ibas a oír nunca semejante modo magistral de maldecir. Ese arte, ¡ay!, murió con ella. Existen, sí, imitaciones débiles e inferiores, pero no el verdadero don de blasfemar.

Suspiró el Rizador y los oyentes suspiraron también poniéndose a tono. Un abatimiento general se apoderó de todos por un rato, pues ni aun los parias más endurecidos como éstos carecen por completo de sentimientos sino que con grandes intervalos y en circunstancias especialmente favorables, son capaces de experimentar el sentido de la pérdida y del pesar. En este caso por ejemplo, cuando el genio y la cultura abandonan el mundo sin dejar here-

deros. Un buen trago para todo el mundo devolvió pronto a los llorones su buen humor.

—¿Le ha ido mal a alguno más de nuestros amigos? —preguntó después Hobbs.

—A algunos, sí. Especialmente a los nuevos, tales como los agricultores en pequeño, dejados en el mundo sin amparo y hambrientos a causa de despojárseles de sus granjas para convertirlas en pastoreos de ovejas. Como se pusieron a mendigar, fueron atados a la cola de un carro para ser azotados, desnudos desde la cintura arriba, hasta que manaron sangre; luego, puestos en el cepo para ser apedreados. Volvieron a mendigar y fueron de nuevo azotados y despojados de una oreja; mendigaban por tercera vez —¿y qué otra cosa podían hacer los pobres diablos?— y eran marcados en la mejilla con un hierro candente al rojo y luego vendidos como esclavos. Si huían eran perseguidos y alcanzados y, por fin, ahorcados. Es un relato breve y se cuenta rápido. Otros de los nuestros lo pasaron menos mal. ¡Adelantaos, Patán, Burns y Hodge! ¡Mostrad vuestros adornos!

Los nombrados se pararon quitándose algunos de sus harapos y mostrando la espalda entrecruzada con viejas marcas, gruesas como cuerdas, dejadas allí por el látigo. Uno se levantó el pelo y mostró el lugar donde había estado su oreja izquierda; otro mostró una marca de fuego en el hombro: la letra V (1), y una oreja mutilada y un tercero relató lo siguiente:

“Yo soy Patán, anteriormente granjero próspero, con amante esposa e hijos. Ahora es bien diferen-

(1) Véase la nota 9, al final del volumen.

te mi condición y mi oficio y la mujer e hijos ya no están (quizá estén en el cielo, quizá en el sitio opuesto; pero sea bendito el Dios de bondad. ¡No están en *Inglaterra!*) Mi buena madre, una anciana sin culpa alguna, luchaba por ganarse el pan cuidando enfermos; uno de éstos murió y el médico no supo de qué modo, así fue que quemaron a mi madre por bruja mientras mis hijos pequeños miraban gimiendo. ¡La ley inglesa! ¡Todos juntos y con un ¡Viva!, bebamos por la misericordiosa ley inglesa que libró a mi madre del infierno inglés! ¡Gracias, compañeros, a todos y cada uno, gracias! Mendigué de casa en casa con mi mujer, llevando con nosotros a los niños, famélicos; pero en *Inglaterra* era delito tener hambre, de modo que nos despojaron de las ropas y nos arrojaron por las ciudades a fuerza de azotes. Bebed todos otra vez por la ley inglesa misericordiosa, pues su flagelo consumió mucha sangre de mi María y pronto le llegó la liberación. Ahí yace, en el cementerio de los pobres, segura ya contra todo daño. ¿Y los niños?... Bueno, mientras la ley me azotaba de ciudad en ciudad, ellos morían de hambre. ¡Bebed, muchachos! Sólo una gota por los pobrecitos que nunca hicieron daño a criatura alguna. Volví a mendigar... apenas un mendrugo, y lo que obtuve fue el cepo y perder una oreja. ¡Ved, aquí queda el muñón! Pedí otra vez... ¡Y aquí está el muñón de la otra oreja para tenérmelo presente! Aun así, volví a mendigar... para ser vendido como esclavo. Aquí en la mejilla, bajo esta mancha, si la lavase, podrías ver la E que el hierro de marcar dejó allí. ¡ESCLAVO! ¿Entendéis acaso esa palabra? ¡Un ESCLAVO inglés! Eso es lo que tenéis delante de

vosotros. Me le he escapado a mi amo y cuando me encuentran, ¡me colgarán! ¡Que la maldición del cielo caiga pesadamente sobre la ley del país que así lo ordena!

Una voz sonora atravesó en eso el aire lóbrego del galpón, llegando hasta ellos:

—¡No te colgarán... y éste es el día en que esa ley llegue a su fin!

Al volverse, todos divisaron la fantástica figura del pequeño rey, que se acercaba a toda prisa y al surgir a la luz y vérselo claramente, se oyó una explosión de preguntas:

—¿Quién es? ¿Qué es? ¿Quién eres tú, monigote?

De pie, sin la menor confusión, en medio de todos aquellos ojos sorprendidos e inquisidores, respondió con dignidad principesca:

—Soy Eduardo, rey de Inglaterra.

Una loca explosión de risa vino después, en parte de burla, en parte de deleite por la excelencia de la broma. El rey se sintió herido y dijo con severidad:

—¡So vagabundos sin modales! ¿Es ése vuestro reconocimiento por la gracia real que os he prometido?

Dijo más, con voz colérica y ademanes nerviosos, pero todo se perdió en un torbellino de risas y exclamaciones de mofa. Por sobre aquella bulla, "John Hobbs" hizo varias tentativas para hacerse oír y por fin lo logró, diciendo:

—Compañeros, se trata de mi hijo, un soñador, un necio y, loco de remate... No le hagáis caso... El cree en realidad que es el rey.

—Y lo soy —dijo Eduardo, volviéndose hacia él— como lo vas a saber para tu desgracia a su debido

tiempo. Has confesado un asesinato y colgarás de una cuerda por ello.

—¿Tú me traicionarias?... ¿Tú?... Si logro ponerte la mano encima...

—¡Vamos, vamos! —dijo el corpulento Rizador, interponiéndose a tiempo para salvar al rey y dando énfasis al asunto con un golpe de puño que derribó a Hobbs por el suelo—. ¿Acaso no tienes respeto ni por los reyes ni por el Rizador? Si vuelves a insultar mi presencia de este modo, yo mismo te colgaré—. Y a su majestad, dijo luego—: No debes amenazar a tus compañeros, muchacho; y tienes que contener tu lengua para no decir nada malo de ellos en otros sitios. Sé rey si eso place a tu loco humor, pero no causes daño a nadie con ello. Hunde en el olvido el título que has pronunciado, pues eso significa traición. Nosotros somos malos hombres en unas cuantas menudencias, pero no hay ninguno tan bajo como para ser traidor a su rey. En ese aspecto, tenemos corazones leales y amantes. Fijate si digo o no la verdad. ¡Ahora, todos juntos!: ¡VIVA EDUARDO, REY DE INGLATERRA!

La abigarrada pandilla respondió con entusiasmo tan atronador que el derruido edificio vibró con el sonido de aquel ¡VIVA! El rostro del pequeño rey se iluminó de gusto por un instante; inclinó ligeramente la cabeza, dijo con grave sencillez:

—Os doy las gracias, mis buenas gentes.

Este resultado inesperado causó convulsiones de risa entre la concurrencia. Cuando se restituyó algo parecido a la calma, el Rizador dijo con firmeza, pero con acento dictado por su buen natural:

—¡Basta, muchacho! No es prudente ni correcto lo que haces. Complace tu fantasía, si así debe ser, pero escoge algún otro título.

El calderero salió a gritos con una sugerencia:
—¡Fu-Fu I, rey de los Bobos!

El título gustó en seguida; todas las gargantas respondieron y se levantó un grito como un rugido, de:

“¡Viva Fu-Fu I, rey de los Bobos!”, seguido de burlas, rechiflas, y carcajadas.

—¡Arrastradle hacia adelante y coronadlo!

—¡Ponedle manto!

—¡Dadle cetro!

—¡Entronizadlo!

Estos y otros veinte gritos estallaron a un tiempo y, casi antes de que la pobre víctima pudiese respirar, ya estaba coronado con una palangana de lata, con una frazada rotosa por manto, entronizado sobre un barril y con el hierro de soldar del calderero, por cetro. Todos se arrojaron al suelo de rodillas a su alrededor y elevaron un coro de lamentos irónicos y falsas súplicas mientras se enjugaban los ojos con las mangas sucias y rotosas y con los delantales:

—¡Sé misericordioso con nosotros, oh, dulce rey!

—¡No pisotees a tus gusanos suplicantes, oh, noble majestad!

—¡Compadece a tus esclavos y consuélalos con una real pateadura!

—¡Anímanos y danos calor con tus graciosos rayos, ¡oh llameante sol de la realeza!

—¡Santifica el suelo con el toque de tu pie para que comamos el polvo y nos ennoblezcamos!

—¡Dígnate escupirnos, oh señor, para que los hijos de nuestros hijos puedan relatar tu principesca condescendencia y estar orgullosos y felices para siempre!

Pero fue el calderero humorista quien causó la “sensación” de la noche y se llevó todos los hono-



res. Arrodillado, fingió besar el pie del rey, siendo rechazado con indignación de un puntapié, visto lo cual anduvo mendigando un trapo para pegarlo en la parte de su cara que había sido tocada por el regio pie, diciendo que debía ser preservado de todo contacto con el aire vulgar y que él había de hacer fortuna en los caminos exponiéndolo a la vista por cien chelines cada vez. Estuvo tan matadoramente gracioso que fue la envidia y la admiración de toda aquella chusma sarnosa.

En los ojos del pequeño monarca había lágrimas de vergüenza e indignación mientras pensaba en su fuero interno: “¡No podrían ser más crueles si hubiese cometido una gran injusticia para con ellos y sin embargo, no he hecho sino ofrecerles una bondad y así me pagan por ello!”

CAPÍTULO XVIII

EL PRÍNCIPE CON LOS VAGABUNDOS

La cuadrilla de vagabundos salió al amanecer y emprendió la marcha. El cielo estaba amenazante sobre sus cabezas; el suelo, cenagoso bajo sus pies, y había en el aire un frío invernal. Toda la alegría había desaparecido del grupo. Algunos iban hoscos y silenciosos; otros, irritables e impacientes. Ninguno estaba de humor benigno, y todos tenían sed.

El Rizador puso a "Jack" a cargo de Hugo, con algunas instrucciones breves y ordenó a John Cauty que se mantuviese alejado y no lo molestase, advirtiéndolo asimismo a Hugo que no fuese demasiado áspero con el muchacho.

Después de un rato, el tiempo se puso menos borrascoso y aclararon algo las nubes. La pandilla cesó de temblar y comenzó a mejorárseles el humor. Cada vez más alegres, acabaron por darse bromas mutuas e insultar a los pasantes del camino, demostrando de ese modo que despertaban de nuevo al goce de la vida y de sus placeres. El temor que inspiraba su ralea era evidente, pues todo el mundo les daba paso y recibía mansamente sus impúdicas insolencias, sin atreverse nunca a responderles. Ocasionalmente, a plena vista de sus dueños, los muy ladrones arrebatában ropa de los cercos sin que aquéllos protestaran de modo alguno sino que parecían agradecerles que no robaran también los cercos.

Más tarde, invadieron una granja pequeña y se instalaron como en su casa mientras el pobre gran-

jero, temblando junto con su familia, arrasaba la despensa para ofrecerles desayuno. Mientras la dueña de casa y sus hijas les servían de comer, los vagabundos les golpeaban la cara bajo el mentón acompañándose de chistes groseros a su respecto, epítetos insultantes y risotadas. Luego arrojaron huesos y verduras al granjero y a sus hijos, teniéndoles todo el tiempo a la defensiva y aplaudiendo tumultuosamente cuando alguien daba en el blanco. Terminaron untando de manteca la cabeza de una de las hijas que se resistió a sus familiaridades. Cuando por fin se despidieron, fue con amenazas de volver y pegar fuego a la casa con todos sus habitantes si alguna información sobre sus actos llegaba a oídos de las autoridades.

Alrededor del mediodía, después de una marcha prolongada y cansadora, la pandilla hizo alto detrás de un cerco, en los suburbios de una aldea medianamente grande. Se les concedió una hora para descansar, y luego la banda se dispersó para entrar en la aldea por diferentes sitios y ejercer sus diversos oficios. A "Jack", se lo envió con Hugo. Mientras vagaban de aquí para allá, Hugo, que estaba alerta buscando la oportunidad de hacer algún negocito que no se presentó, dijo por fin:

—No veo nada que robar. Es un lugar miserable. En vista de lo cual, pediremos limosna.

—¡Pediremos!... Eso sí que es bueno. Sigue tu oficio... Es digno de ti. Pero lo que soy yo, no voy, por cierto, a mendigar.

—¿Qué tú no vas a mendigar? —exclamó Hugo mirando al rey con sorpresa—. Por favor ¿me quieres decir desde cuándo te has reformado?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Que qué quiero decir? ¿Acaso no has mendigado por las calles de Londres toda tu vida?

—¿Yo?... ¡So idiota!...

—Ahórrate los cumplidos y así te durarán más tiempo. Tu padre dice que has pedido limosna toda tu vida. Quizá mentía. Quizá te atreves a afirmar que mentía. —dijo Hugo mofándose.

—¿Ese que tú llamas mi padre? Pues sí, mentía.

—Vamos, no juegues a hacerte el loco hasta ese extremo, compañero. Está bien que utilices ese recurso para divertirte, pero no en tu perjuicio. Si le cuento esto, te va a dar una buena...

—Ahórrate la molestia. Se lo diré yo.

—Me gusta tu carácter, eso sí, pero no admiro tu criterio. Nos muelen los huesos y nos dan palizas bastantes en esta clase de vida como para que todavía nos incomodemos en buscárnoslas. Pero hagamos una tregua en este asunto. Yo, por mi parte, le creo a tu padre. No dudo que sea capaz de mentir. No dudo tampoco de que mienta en ciertas ocasiones, porque lo hacemos todos, aun los mejorcitos; pero éste no es el caso. Un hombre prudente no malgasta por una nada mercancía tan importante como la mentira. ¡Pero veamos! Ya que se te ocurre renunciar a pedir. ¿En qué cosa hemos de ocuparnos? ¿Robaremos en las cocinas?

Con impaciencia, contestó el rey:

—Termina con estas necesidades... ¡Me aburres!

Enojado, Hugo replicó:

—¡Vamos, compañero! Escucha: no quieres mendigar, no quieres robar. ¡Sea! Pero te diré lo que de veras tienes que hacer: harás de señuelo mientras yo pido. ¡Niégate si te parece que puedes atreverte!

El rey iba ya a responder despectivamente cuando Hugo dijo, interrumpiéndolo:

—¡Calla!... Ahí viene uno de rostro bondadoso. Me echaré al suelo con un ataque. Cuando el desconocido acuda corriendo, suelta el trapo a lamentarte y cae de rodillas simulando llorar, llora como si todos los demonios del dolor estuviesen en tu barriga y di: ¡Oh, señor! Es mi pobre hermano que sufre y no tenemos a nadie. En nombre de Dios, echa una mirada misericordiosa a este desgraciado, miserable, abandonado y enfermo. Otorga un penique de tus riquezas a un señalado de Dios, dispuesto a morir". Y tú ten buen cuidado de seguir gimiendo y no amaines hasta que le hayamos birlado su penique. ¡No tendrás que arrepentirte!

Y Hugo empezó inmediatamente a llorar y a lamentarse, a revolver los ojos y a tambalearse y rodar por el suelo. Al acercarse el desconocido, se echó delante de él con un chillido y comenzó a retorcerse, revolcándose en el polvo y simulando una gran zozobra.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el bondadoso desconocido—. ¡Pobrecito, cómo sufre! ¡Ea! Déjame ayudar a levantarte.

—¡Oh, no, noble señor! Dios premie su caballerosidad principesca, pero me dan dolores crueles si me tocan cuando estoy así atacado. Mi hermano podrá decir a su merced cómo me destrozan los dolores cuando me dan estos ataques. ¡Un penique, querido señor! ¡Un penique para comprar algo que comer!... Luego, déjeme Ud. solo con mi desgracia.

—¡Un penique! Te daré tres, infortunada criatura... —y hurgó en su bolsillo con prisa nerviosa hasta sacarlos—. ¡Vamos, pobrecito muchacho! ¡Tó-

malos. Te los doy con toda buena voluntad. Ahora, ven aquí tu, muchacho, y ayúdame a llevar a tu hermano enfermo hasta aquella casa, donde...

—No soy su hermano —dijo el rey interrumpiéndolo.

—¿Qué dices? ¿Que no eres su hermano?

—¡Oídllo! —gimió Hugo, rechinando para sí los dientes—. ¡Niega a su propio hermano que ya está con un pie en la tumba!

—Muchacho, eres en verdad duro de corazón si éste es tu hermano. ¡Qué vergüenza!... ¡Cuando apenas puede mover una mano ni un pie! Si no es tu hermano, ¿quién es, entonces?

—¡Un mendigo y un ladrón! Te ha robado tu limosna y además te ha sacado dinero del bolsillo. Si quieres realizar un milagro de curación, dale con el bastón sobre los hombros y confía en que la Providencia hará el resto.

Pero Hugo no esperó a que se produjese el milagro. En un minuto estaba parado y huía como el viento con el caballero tras de sí, dando el grito de alarma con todas sus ganas mientras corría. Con profundas gracias al Cielo en su fuero interno por su liberación, el rey huyó en dirección opuesta y no aflojó el paso hasta quedar fuera de alcance del peligro. Tomando el primer camino que se le presentó, pronto dejó atrás la aldea y siguió caminando de prisa, con toda la agilidad que pudo, durante varias horas; mientras, nerviosamente, vigilaba por encima del hombro por si lo perseguían. Sus temores lo abandonaron por fin reemplazándolos un agradecido sentido de seguridad. Se dio cuenta entonces de que tenía hambre y que estaba además muy cansado. De modo que resolvió hacer alto en una granja, pero en cuanto fue a hablar, lo inte-

rumplieron despachándolo sin la menor consideración. Llevaba en su contra los harapos que vestía.

Herido e indignado, continuó vagando, resuelto a no exponerse de nuevo a semejante tratamiento. Pero el hambre domina el orgullo y al acercarse la noche, hizo una nueva tentativa en otra granja; pero allí le fue peor aún que antes, pues lo insultaron amenazándolo con arrestarlo por vagancia si no se mandaba mudar inmediatamente.

Llegó la noche, fría y encapotada, y todavía seguía andando lentamente a marchas forzadas el monarca de doloridos pies. Se veía obligado a seguir andando porque cada vez que se sentaba a descansar, el frío le penetraba hasta los huesos. Andando así por la tétrica oscuridad y vacía vastedad de la noche, todas sus sensaciones y experiencias le resultaban nuevas y extrañas. A intervalos, oía voces que se acercaban, pasaban y se desvanecían en el silencio y como no alcanzaba a ver los cuerpos a que aquellas voces pertenecían, sino sólo una especie de manchas informes que se movían, había en todo ello algo de espectral y misterioso que le hacía estremecer. Ocasionalmente, alcanzaba a ver el parpadeo de una luz, siempre lejos, aparentemente, casi como en otro mundo. Si oía el tintineo de una campana de las que llevan las ovejas, era siempre vago, distante y confuso; el mugido sordo de los rebaños flotaba hasta él en cadencias que se desvanecían por el viento nocturno; de cuando en cuando, a través de campo y selva y sin que nada viera le llegaba el quejido de un perro. Todos los sonidos eran remotos y daban al pequeño rey la sensación de que estaba completamente retirado de toda vida y actividad, sin compañía alguna, en medio de una soledad inconmensurable.

Siguió su camino a tumbos, experimentando una fascinación horripilante en sus nuevas circunstancias y sobresaltándose de cuando en cuando con el crujido de las hojas secas que se oía por encima de su cabeza, pues se parecía mucho a murmullos humanos... Por fin se le presentó de pronto y allí cerca la luz moteada de una linterna de lata. Retrocediendo hasta la sombra, esperó: la linterna estaba en la puerta abierta de un galpón. Esperó otro rato: no había ruido alguno y nadie se movía. Le dio tanto frío la quietud, y el galpón era tan tentador y hospitalario que acabó por resolverse a arriesgar todo y entrar. Rápido y furtivo, se disponía a cruzar el umbral cuando oyó voces tras él. Como una flecha, se ocultó agachándose tras una cuba dentro del galpón. Dos agricultores de la granja entraron trayendo consigo la linterna y se pusieron a trabajar mientras hablaban. Como andaban por ahí con la luz, el rey aprovechó bien sus ojos y se orientó respecto de lo que parecía un establo de buen tamaño al otro extremo del galpón, proponiéndose llegar allí a tientas en cuanto lo dejaran solo. También tomó nota de la posición a mitad de la distancia de una pila de mantas de caballo, con intención de ponerlas al servicio de la corona de Inglaterra, por una noche.

Al rato, los peones terminaron su trabajo y se marcharon, asegurando la puerta tras de sí y llevándose la linterna. Temblando de frío, el rey se encaminó hacia las mantas con toda la rapidez que le permitió la oscuridad, las recogió y se dirigió a tientas al establo sin accidente alguno. Se hizo una cama con dos de las mantas, cubriéndose con las otras dos. Era ahora un monarca feliz aunque las

mantas eran viejas y livianas y no demasiado abrigadas, además de expeler un acre olor de caballo que resultaba sofocante.

Aunque el rey tenía hambre y frío, estaba también tan cansado y tenía tanto sueño que estas últimas influencias pronto comenzaron a sacar ventaja de las anteriores y acabó por dormitar, llegando a un estado de semiinconsciencia. Cuando ya estaba a punto de quedar profundamente dormido, sintió claramente que algo lo tocaba. En un minuto estuvo completamente despierto y boqueando por falta de aliento. El frío horror de aquel misterioso tacto en la oscuridad, le paralizó casi el corazón. Respirando apenas, se quedó tendido, en completa inmovilidad, escuchando. Pero nada se movió y no hubo ni el más leve sonido. Continuó escuchando y esperando durante lo que le pareció mucho rato, pero seguían la absoluta quietud y silencio, de modo que una vez más comenzó a adormecerse; y de pronto ¡sintió de nuevo aquel tacto misterioso! Era algo que producía espanto sentir ese toque ligero de una presencia silenciosa e invisible. El niño se sentía enfermo de miedos espectrales. ¿Qué hacer? ¿Ese era el problema cuya respuesta desconocía! ¿Abandonaría ese alojamiento confortable y huiría de aquel horror inescrutable? Pero, huir ¿Adónde? No podía salir del galpón y le resultaba intolerable la idea de moverse a ciegas de aquí para allá, a oscuras y dentro del encierro de las cuatro paredes, con aquel fantasma deslizándose tras él y obsequiándole con ese horrible toque suave en la mejilla o en el hombro. Pero quedarse donde estaba y soportar aquella muerte en vida toda la noche, ¿acaso era mejor? No. ¿Qué

le quedaba por hacer? ¡Ah! Se le ocurría un método: ¡estirar la mano y salir al encuentro de *aquello!*

Pensarlo era fácil, pero difícil cobrar coraje para probarlo. Tres veces estiró la mano un poquito en la oscuridad, cautelosamente... para volverla a entrar de repente exhalando una boqueada. Y no porque hubiese encontrado nada, sino porque estaban tan seguro de que *ya* lo encontraba. Pero la cuarta vez, tentó algo más lejos y la mano rozó algo suave y caliente. Eso casi lo petrificó de miedo y estaba en tal estado mental que no podía imaginarse aquello como otra cosa que un cadáver, recién muerto y aún caliente. Pensó que antes moriría que volver a tocarlo. Pero ese pensamiento falso fue porque ignoraba la fuerza inmortal de la curiosidad humana; no pasó mucho rato sin que la mano temblorosa volviese a tentar —en contra de su buen criterio y sin su consentimiento, pero tentando al fin, y persistentemente—. Primero encontró una mata de pelo largo. Se estremeció... pero siguió tentando y encontró lo que parecía una sogá calentita; siguiendo en esa dirección se encontró ¡con un inocente becerro!, pues no se trataba en absoluto de una cuerda sino de la cola de un ternero.

El rey se avergonzó sinceramente por haber tenido tal susto y sufrido tanto por asunto tan escuálido como un ternero dormido; pero no tenía por qué avergonzarse pues no había sido el ternero que lo asustase sino un terrible *algo* inexistente que el ternero representaba. En aquellos tiempos de supersticiones, cualquier otro niño se hubiese portado y sentido exactamente como él.

No sólo estuvo el rey encantado de descubrir que se trataba únicamente de un ternero sino también

de tener la compañía del animal, pues se había sentido tan solo y desamparado que le era grata una compañía aún la de una pobre bestia. Y había sido tan ajetreado y tratado con tanta grosería por los de su misma especie, que fue para él reconfortante la sensación de estar por fin junto a una criatura que por lo menos tenía corazón blando y espíritu suave, fueren las que fueren las cualidades más elevadas de que careciese. Resolvió, pues, hacer a un lado cuestiones de rango y hacerse amigo del ternero.

Mientras acariciaba el lomo tibio y lisito —pues estaba echado allí cerca y a su alcance— se le ocurrió que este becerro podía ser utilizado para más de una cosa. En consecuencia, arregló de nuevo su cama extendiéndola junto al animal; luego se acoquinó junto a su lomo, se tapó con las mantas y en uno o dos minutos estuvo tan abrigado y cómodo como siempre lo había estado antes en los lechos de pluma del regio palacio de Westminster.

En seguida vinieron los pensamientos gratos, y la vida tomó aspecto más alegre. Se encontraba libre de las trabas de la servidumbre y del delito, libre de la compañía de proscriptos viles y brutales; estaba abrigado, tenía techo. En una palabra: estaba contento. Se iba levantando viento nocturno que en ráfagas intermitentes arrasaba los costados del viejo galpón haciéndolo temblar y sacudirse; luego, a intervalos, disminuía su fuerza y entonces continuaba soplando con gemidos y lamentos por todos los rincones y salientes, pero para el rey, todo aquello era música. Ahora que estaba abrigadito y cómodo ¡que sople y ruja, que golpee y agite, que gima y llore!. . . A él, no le importaba, sino que más bien le era grato: sólo que se acurrucó más aún junto

a su amigo, con tal lujo de abrigo y satisfacción que pronto fue cayendo dichoso en la inconsciencia de un sopor profundo y sin sueños, lleno de paz y serenidad. Los perros aullaban a la distancia, se quejaban los mugidos melancólicos de las vacas y los vientos siguieron rugiendo mientras que furiosas olas de lluvia impelían contra el techo; pero la majestad de Inglaterra siguió durmiendo sin turbarse y el ternero hizo lo propio, siendo como era una criatura simple que no se alteraba fácilmente, ni por las tormentas ni por estar durmiendo junto a un rey.

CAPÍTULO XIX

EL PRÍNCIPE Y LOS CAMPESINOS

Cuando se despertó a la mañana temprano el rey descubrió que una rata mojada, pero prudente, se había deslizado dentro del galpón durante la noche y se había hecho un cómodo nido en su pecho. Al ser ahora molestada, huyó precipitadamente y al verla dijo sonriendo el niño: —¡Qué tonta! ¿Por qué tanto susto? Estoy tan desamparado como tú y sería vergonzoso que hiciese daño al desvalido estando tan desvalido yo. Debo además darte gracias por un buen augurio porque cuando un rey cae tan bajo que hasta las ratas hacen de él su nido, es seguro que eso significa que su suerte está por cambiar para bien, ya que es evidente que empeorar sería imposible.

Levantándose, cruzó el establo y justo en ese momento, oyó voces infantiles; se abrió la puerta

del galpón y entraron en él dos niñas. En cuanto lo vieron, cesó la conversación y las risas y, deteniéndose, se quedaron paradas mirándolo fijo con mucha curiosidad; luego comenzaron a cuchichear, se acercaron un poco y volvieron a pararse, a mirarlo y a cuchichear. Por fin, cobraron coraje y se pusieron a hablar de él en voz alta. Una de ellas dijo:

—Tiene lindo rostro. —Y la otra, añadió:

—Y lindo pelo.

—Pero está bastante mal vestido.

—¡Y qué cara de hambre tiene!

Se acercaron aún más, deslizándose tímidamente en derredor y examinándolo minuciosamente desde todos los ángulos como si se tratase de algún animal de una especie extraña y nueva; pero vigiándolo con cautela como si temiesen que se tratara de una de las especies que suelen morder. Finalmente, se pararon ante él, tomadas de las manos para protegerse y se saciaron de mirarlo con sus inocentes ojos, hasta que una de ellas juntó todo su valor y preguntó directamente con toda franqueza:

—¿Quién eres, niño?

—Soy el rey —fue la grave respuesta del muchacho.

Con un ligero sobresalto, las niñas abrieron grandes los ojos y así permanecieron durante un minuto, sin hablar. Luego, el silencio fue roto por la curiosidad.

—¿El rey? ¿Qué rey?

—El rey de Inglaterra.

Las chicas se miraron una a otra y luego ambas al rey; después, de nuevo, entre ellas, intrigadas y perplejas... hasta que una dijo:



—¿Le oíste, Margarita? Dice que es el rey. ¿Puede ser eso verdad?

—¿Cómo podría ser ninguna otra cosa que la verdad, Prisila? ¿Te parece que nos diría una mentira? Pues mira, Pris, si no fuese verdad, sería por fuerza mentira. ¡Con seguridad! Piensa, ahora: todas las cosas que no son verdad, son mentira. No puede ser de ningún otro modo.

Se trataba por cierto de un argumento firme, sin resquicio alguno para la duda, que no dejó apoyo de ninguna especie a las semidudas de Prisila, quien luego de pensar un momento, apeló al honor del rey con la siguiente simple observación:

—Si de veras eres el rey, entonces te creo.

—De veras, soy el rey.

Con eso quedó arreglado el asunto. La realeza de Su Majestad fue aceptada sin más controversia ni discusión y las dos niñas comenzaron en seguida a averiguar cómo había llegado a la situación en que estaba y cómo era que estaba vestido tan poco como rey y adónde se dirigía y todo cuanto se relacionaba con sus asuntos. Fue para él un gran alivio contar sus penas a quien no había de ponerlas en duda ni de mofarse, de modo que hizo su relato con calor, olvidándose momentáneamente hasta del hambre y siendo oído con simpatía tierna y profunda por las gentiles doncellitas. Pero cuando llegó a los acontecimientos recientes y se enteraron del tiempo que había pasado sin comer, lo interrumpieron, llevándolo a toda prisa a la casa de la granja para procurarle el desayuno.

El rey estaba ahora contento y feliz y decía para sí: "Cuando se me restituya lo mío, honraré siempre a los niños en recuerdo de estas chicas que me creyeron y confiaron en mí cuando lo pasaba mal, mientras que los mayores, creyéndose más sabios, me llamaron embustero y se burlaron de mí."

La madre de las niñas recibió al rey con bondad y sintió mucha compasión, pues su situación desamparada y su intelecto aparentemente enloquecido conmovió su corazón de mujer. Era viuda y bastante pobre, de modo que había visto suficientes problemas como para sentir por el infortunio de los demás. Se imaginó que este niño demente se había extraviado del lado de sus amigos o guardianes y trató de descubrir de dónde procedía y poder así tomar medidas para restituirlo a los suyos; pero fueron inútiles todas sus referencias a las ciudades o aldeas vecinas y cuanta averiguación de este tipo

quiso hacer: tanto el rostro como las respuestas del niño demostraban que desconocía las cosas de que le hablaba. En cambio con toda sencillez y seriedad, habló el niño de asuntos de la corte y se emocionó más de una vez al hablar del difunto rey "su padre", perdiendo interés y guardando silencio en cuanto la conversación descendía a tópicos más viles.

La mujer estaba sumamente intrigada, pero no renunció a enterarse de la verdad y descifrar el enigma. Mientras seguía cocinando, se puso a pensar en medios de sorprender al niño lo suficiente como para que revelase su verdadero secreto. Le habló de ganado y el chico no se interesó; luego de rebaños, con igual resultado, viendo así que era un error haber creído que era un pastor. Le habló entonces de molinos, de tejedores, caldereros, herreros, de oficios y comerciantes de toda clase, así como de manicomios, cárceles y casas de caridad: nada importó al chico y en toda la línea de asuntos se vio frustrada la mujer. No del todo sin embargo, ya que creyó haber llegado, por eliminación, a la única posibilidad: el servicio doméstico. Sí, ahora se sentía segura de estar en la buena pista; el chico debía de haber sido servidor de alguna casa. La granjera fue llevando la conversación hasta ese tema, con resultado de nuevo descorazonador. El tema del barrido parecía aburrir al chico, el de encender fuego no logró interesarlo tampoco y en cuanto a limpiar y fregar, despertaron aún menos su entusiasmo. Por último, muriendo ya sus esperanzas, y más bien por rutina, la buena mujer tocó el punto del arte culinario. ¡Con gran sorpresa, vio iluminarse en seguida el rostro del príncipe! "¡Ah", pensó encantada, "por fin había conseguido acorralarlo!" Y

se sintió orgullosa de la tortuosa astucia y tacto de que se había valido para lograrlo.

Ahora pudo descansar la lengua que ya la tenía cansada, pues el rey, inspirado por el hambre que le roía las entrañas y por las fragancias que venían de las borboteantes marmitas y cacerolas, soltó la suya y se despachó con una disertación tan elocuente sobre ciertos platos sabrosísimos, que a los tres minutos de comenzada, la mujer se dijo: "En verdad había acertado. . . Seguramente ha sido ayudante de cocina". Cuando amplió su *menú* y habló con tanta animación y conocimiento, la buena mujer se dijo: "¡Dios mío! ¿Cómo puede conocer tantas comidas y tan excelentes? Tales cosas se encuentran únicamente en las mesas de los ricos y de los grandes. ¡Ah, ya comprendo! Paria roto como es, habrá servido en palacio antes de perder la razón. ¡Sí! Ha de haber ayudado en la propia cocina real. Lo pondré a prueba."

Llena de entusiasmo por comprobar su sagacidad, le dijo al rey que le cuidara un momento la comida —sugiriéndole que podía preparar y añadir uno o dos platos si lo deseaba— y luego se marchó de la cocina haciendo señas a sus hijas de seguirla. El rey murmuró:

—Ya otro rey de la antigüedad recibió una comisión como ésta (1) —no afecta para nada mi dignidad ejercer una función que el Gran Alfredo condescendió en desempeñar. Pero trataré de ser más digno de confianza que él, que dejó quemar las tortas.

(1) Se refiere a la conocida anécdota de Alfredo El Grande, el rey sajón que huyendo de los daneses se refugió en una choza y la dueña le dio esa misión. (N. d. T.)

La intención era buena, pero la realización no estuvo de acuerdo, porque este rey, igual que el otros de marras, cayó pronto en profundas meditaciones sobre sus importantes asuntos con igual calamidad por resultado: la comida se quemó. La mujer regresó justo a tiempo de salvar el desayuno de la destrucción total y bien pronto sacó al rey de sus ensueños con una reprimenda vocal rápida y enérgica. Luego, viendo qué preocupado estaba por haber violado la confianza en él depositada, la mujer se suavizó en seguida y fue de nueva toda bondad y ternura para con él.

El niño comió bien y quedó satisfecho, reconfortado y feliz con su refrigerio. La comida se caracterizó por un curioso rasgo: que por ambas partes se descartó el asunto del rango, y sin embargo ninguno de los que recibían aquel favor se percataba de que como tal le fuese brindado. La buena señora había tenido la intención de alimentar en un rincón a este pequeño vagabundo, con restos de comida como a cualquier otro o como a los perros; pero se arrepintió tanto de haberle dado semejante reprimenda que hizo lo que pudo por repararlo, dejole sentarse a la mesa de la familia y comer con sus superiores, en aparentes condiciones de igualdad. Por su parte, el rey estaba tan arrepentido de haber violado su confianza después que la familia le había sido tan benévola, que hizo un esfuerzo por repararlo humillándose al nivel de ellos en lugar de exigir que la mujer y su familia le sirvieran de pie mientras él ocupaba su mesa con la solitaria ceremonia que era debida a su nacimiento y a su dignidad. A todos nos hace bien ceder un poco de cuando en cuando. Aquella buena mujer se sintió feliz con los aplausos que se prodigó a sí misma

por su condescendencia magnánima para con un vagabundo; y el rey, por su parte, se felicitó otro tanto por la graciosa humildad con que trataba a una humilde campesina.

Cuando terminó el desayuno, la mujer ordenó al rey que lavase los platos. Esto lo turbó por un momento y casi lo hace rebelar; pero luego se dijo: "Alfredo el Grande vigiló las tortas. Sin duda hubiese lavado también los platos, así que lo ensayaré yo también."

Lo hizo por cierto bastante mal, no sin dejar de sorprenderle, pues le había parecido cosa fácil la limpieza de platos y cucharas de madera. Le resultó un trabajo engorroso y aburrido, aunque por fin logró terminarlo y ya se estaba impacientando por continuar su viaje; pero no le fue fácil librarse de la compañía de aquella económica señora, que siguió dándole trabajitos sueltos, los cuales él consiguió realizar con bastante crédito a su favor. Entonces, la señora lo puso —junto con las dos niñas— a pelar manzanas de invierno, pero él se desempeñó tan torpemente en ese empleo que la mujer lo retiró y le dio en cambio una cuchilla de carnicero para afilar. Y después, todavía lo retuvo tanto rato cardando lana que el niño comenzó a creer que le estaba ganando al Rey Alfredo por un buen margen en cuanto a desempeñar pequeñas tareas aparatosamente serviles, que serían con el tiempo muy buen material de lectura en los libros de cuentos y los de historia, de modo que ya estaba casi dispuesto a dimitir. Y cuando en seguida de la comida del mediodía, la buena de la granjera le dio una cesta de gatitos para ahogar, casi lo hizo, en efecto; o por lo menos estuvo a punto de hacerlo, pues creía que debía decir basta en algún momento y

el ahogar los gatitos le parecía el momento apropiado... cuando se presentó una interrupción inopinada: ¡John Canty, con un fardo de buhonero a la espalda y acompañado de Hugo!

El rey descubrió a aquellos dos pillos cuando antes de que pudiesen verlo a él, se acercaban al portal de la entrada. Así es que se guardó muy bien de decir basta en aquel momento, sino que recogió su cesto de gatitos y se marchó muy calladito por la puerta trasera. Dejó los gatitos en una dependencia accesoria de la granja y siguió su camino muy de prisa por un senderito trasero.

CAPÍTULO XX

EL PRINCIPE Y EL ERMITAÑO

Con el cerco que ahora lo ocultaba a los de la casa, y al impulso de un miedo cerval, empleó todas sus energías y, a toda velocidad, se marchó en dirección a un bosque lejano. Y hasta que no hubo ganado el refugio que le ofrecía la selva, no miró ni una vez para atrás. Sólo entonces lo hizo, y descubrió dos figuras a lo lejos. Eso fue suficiente. Sin detenerse a mirarlas bien, continuó apresurándose y no disminuyó el paso hasta que se encontró en las oscuras profundidades del bosque. Allí se detuvo, persuadido de que estaba ahora bastante seguro. Se puso a escuchar atentamente, pero el silencio era profundo y solemne, aun podría decirse que abrumador y deprimente para el espíritu. A ratos espaciados y esforzando el oído lograba distinguir sonidos, pero tan remotos que ni parecían

sonidos reales sino los espíritus gimientes y quejosos de almas difuntas. Así los sonidos resultaban más tétricos aún que el silencio.

Al principio, se proponía quedarse donde estaba todo el resto del día; mas el frío comenzó pronto a invadir su cuerpo transpirado y se vio obligado a seguir andando para mantenerse en calor. Marchó decididamente a través del bosque, con esperanzas de abrirse camino eventualmente hacia una carretera, pero se vio frustrado en su intento y tuvo que seguir y seguir avanzando. Cuanto más lejos iba, más espesa parecía ponerse la selva y la oscuridad comenzó a hacerse más impenetrable, dándose cuenta el rey de que llegaba la noche. Se estremeció de sólo pensar en pasarla en sitio tan pavoroso, de modo que trató de acelerar el paso aún más aunque solo consiguió avanzar con mayor lentitud, pues ni siquiera veía como para discriminar sus pasos y, en consecuencia, tropezaba todo el tiempo con raíces de árboles y se enredaba con zarzas y enredaderas.

¡Qué feliz estuvo cuando por fin divisó el parpadeo de una luz!... Se fue acercando con cautela, deteniéndose con frecuencia para observar a su alrededor y escuchar lo que hubiese. La luz procedía de una ventana sin vidrios abierta en una chocita. En eso, oyó una voz, y el primer impulso fue echar a correr y ocultarse; pero en seguida cambió de parecer, pues aquella voz estaba, evidentemente, orando. Se deslizó entonces hasta el ventanuco de la choza, empinándose en la punta de los pies y echando una mirada dentro. El cuarto era pequeño; el piso, el natural de tierra, apisonado por el uso hasta el estado de dureza; en un rincón había una cama de juncos y una o dos frazadas rotas;

por ahí, había un balde, una taza, una palangana y una o dos ollas y cacerolas; había también un banco pequeño y un taburete de tres patas; en el hogar se veían los restos de un fuego de ramas, ya en brasas. Y ante un altar, iluminado por una sola vela, estaba arrodillado un hombre de edad y a su lado, en un cajón viejo de madera, había un libro abierto y un cráneo humano. El hombre era de huesuda corpulencia y el pelo y la barba eran muy largos, y blancos como la nieve; estaba vestido con una bata de piel de cordero que lo cubría del cuello a los pies.

—Un santo ermitaño —se dijo el rey—. Ahora sí que soy de veras un afortunado.

Habiéndose levantado el ermitaño de su posición de rodillas, el rey golpeó a la puerta, y una voz profunda le respondió:

—¡Entra... pero deja atrás el pecado, porque es santo el suelo que vas a hollar!

El rey entró y se detuvo hasta que el ermitaño, volviendo hacia él un par de ojos fulgurantes e inquietos, le preguntó:

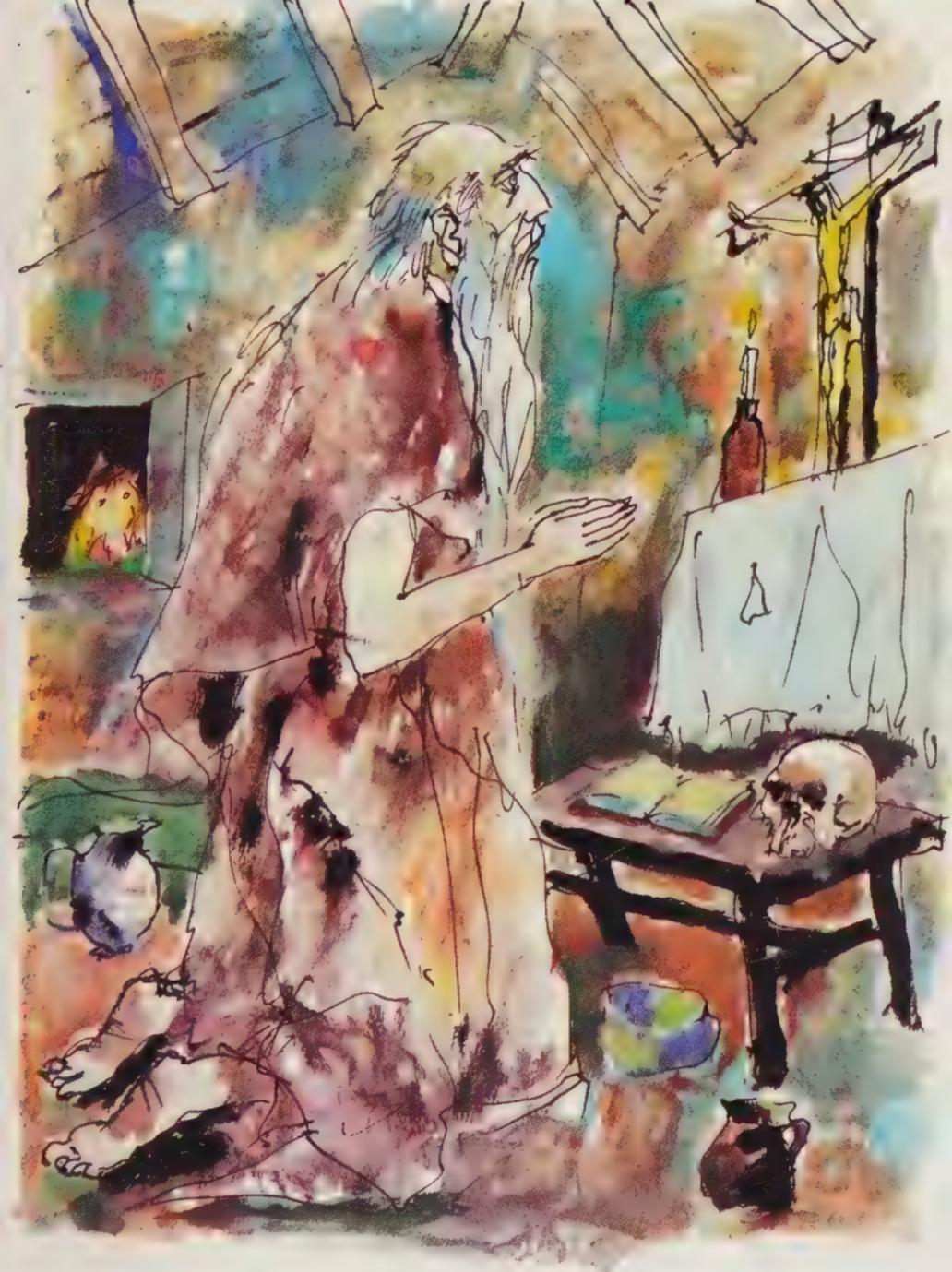
—¿Quién eres?

La respuesta fue dada con tranquila sencillez:

—¡Soy el rey!

—¡Bienvenido, rey! —exclamó el ermitaño con entusiasmo comenzando a rebullir por el cuarto con actividad febril y, diciendo constantemente: “¡Bienvenido, bienvenido!”, acomodó su banco, sentó en él al rey junto al fuego, echó al hogar algunos leños y finalmente se puso a recorrer el cuarto a pasos nerviosos.

—¡Bienvenido!... Muchos son los que han buscado santuario aquí, aunque no eran dignos y fue-



Y ante un altar iluminado por una sola vela estaba arrodillado un hombre de edad.

ron despedidos. Pero un rey que abandona su corona y desprecia los vanos esplendores de su dignidad, viste su cuerpo de harapos y mortifica su carne. . . ¡El sí es digno, y bienvenido! Aquí permanecerá todo el resto de sus días hasta que le llegue la muerte.

El rey se apresuró a interrumpirlo y explicarle su situación especial, pero el ermitaño no hizo el menor caso. Aparentemente, ni siquiera le oía sino que continuaba hablando como si nada, alzando la voz y con energía creciente—: Y aquí estarás en paz. Nadie ha de descubrir tu refugio ni ha de inquietarte con súplicas de que vuelvas a aquella vida necia y vacía que Dios te ha impulsado a abandonar. Aquí has de orar y estudiar el Libro de los libros; has de meditar sobre las locuras y los engaños de este mundo; te has de alimentar de mendrugos y de hierbas y diariamente has de purificar tu cuerpo con azotes para la santificación de tu alma; has de usar un cilicio junto a la piel; has de beber únicamente agua; y estarás en paz. ¡Sí! totalmente en paz, pues quienquiera que venga a buscarte, deberá marcharse frustrado. No ha de encontrarte; no ha de molestarte.

Sin cesar de caminar de aquí para allá, el anciano dejó, en cambio, de hablar alto y comenzó a mascullar, aprovechando el rey aquella oportunidad para explicar su caso, haciéndolo con elocuencia inspirada por el temor y la inquietud. Pero el ermitaño continuó mascullando y no le prestó atención. Y murmurando aún, se acercó al rey y le dijo con tono solemne:

—¡Sh. . . Silencio! ¡Os diré un secreto! —Y ya se inclinaba para comunicarlo, cuando se refrenó y



tomó actitud de escuchar. Después de un momento, se fue de puntillas hasta el ventanuco, sacó la cabeza y se puso a fisgonear en la oscuridad del anochecer, regresando otra vez de puntillas, puso la cara junto a la del rey y le susurró:

—¡Yo soy un arcángel!

El rey se sobresaltó violentamente y se dijo: “¡Oh Dios mío! ¡Ojalá estuviese de nuevo con los foragidos, pues heme aquí prisionero de un insano!” Al ir en aumento sus temores, se le reflejaron palpablemente en el rostro y el ermitaño continuó en voz baja y nerviosa:

—¡Veo que tienes sensibilidad para captar mi ambiente! El pavor se refleja en tu rostro. Nadie pue-

de respirar esta atmósfera sin afectarse de igual modo, porque es la auténtica atmósfera del cielo. Yo voy allí y regreso en un abrir y cerrar de ojos. Me hicieron arcángel en este mismo lugar, hace ahora cinco años, unos ángeles enviados desde el cielo para conferirme esa tremenda dignidad. Su presencia inundó el lugar de un fulgor intolerable y se arrodillaron ante mí, ¡rey! Sí, se arrodillaron ante mí, porque yo era de más dignidad que ellos. He andado por las cortes celestiales y he sostenido conversación con los patriarcas. ¡Toca mi mano... no tengas temor...! ¡Tócala! ¡Has tocado una mano que ha sido estrechada por Abraham, Isaac y Jacob! ¡Porque yo he andado por las cortes doradas y he visto la Deidad cara a cara! —Hizo una pausa para dar a su frase mayor efecto; luego, el rostro se alteró de pronto y, de un salto, se puso de pie diciendo con energía colérica:

—¡Sí, soy un arcángel, *Un mero arcángel!* ¡Ojalá hubiese sido papa! Es ciertísimo que alguien enviado del cielo me dijo en un sueño, hace veinte años, que yo había de ser papa. ¡Sí! Y lo *hubiese* sido, puesto que era el Cielo que lo había dicho...; pero el rey inglés disolvió la casa religiosa en que moraba y yo ¡pobre de mí!, mísero y oscuro monje, fui arrojado al mundo sin amigos ni hogar y despojado de mi destino poderoso. —Al llegar a ese punto, comenzó de nuevo a mascullar y con el puño a golpearse la frente con furor vano articulando de cuando en cuando una anatema maligna, alternada con un patético—: ¡Porque no soy nada, sino un arcángel... yo, debí ser papa!

Así continuó durante una hora mientras el pobrecito del rey sufría, allí sentado. Luego, de re-

pende desapareció la furia del anciano y se hizo todo dulzura. Suavizó la voz, descendió de las nubes y se puso a charlar con tanta sencillez y tan humanitariamente, que se ganó por completo el corazón del rey. El fanático de antes trasladó al niño más cerca del fuego y lo puso a sus anchas, le curó las magulladuras y raspaduras con mano diestra y suave y se puso luego a prepararle la cena, charlando en forma agradable todo el tiempo mientras cocinaba y de cuando en cuando, acariciando la mejilla del muchacho o dándole palmaditas en la mano con tan suave caricia que en un momento, todo el temor y la repulsión inspiradas por el arcángel se convirtieron en respeto y afecto por el hombre.

Este feliz estado de cosas se prolongó mientras ambos comían; luego, después de una plegaria ante el altar, el ermitaño acostó al niño en un cuartito contiguo, arropándolo cómodo y abrigado, con tanto amor como podía haberlo hecho una madre. Y así, con una caricia de despedida, dejó al chico y se sentó junto al fuego y comenzó a atizarlo con los hierros de un modo distraído y a la ventura. Después, se detuvo y se golpeó la frente varias veces con los dedos como queriendo recordar algo que se le hubiese escapado de la mente. Aparentemente, no obtuvo resultado, se levantó rápido y entró al cuarto de su huésped, diciendo:

—¿Tú eres el rey?

—Sí —fue la respuesta, pronunciada con tono somnoliento.

—¿Qué rey?

—El de Inglaterra.

—¿De Inglaterra? ¡Entonces ya no está Enrique!

—¡Ay, no! Yo soy su hijo.

Un ceño sombrío apareció en el rostro del ermitaño y juntando las manos con energía rencorosa, se quedó de pie un momento con respiración agitada y tragando repetidamente la saliva hasta que por fin dijo, bronco:

—¿Sabes acaso que fue él quien nos arrojó al mundo sin casa ni hogar?

No hubo respuesta alguna. El anciano se inclinó, escudriñó el rostro tranquilo del niño y escuchó su respiración plácida. —Duerme —dijo— duerme profundamente. —Desapareció el ceño de su rostro, fue reemplazado por una expresión de satisfacción maligna. Al ver una sonrisa que vagaba por el rostro del niño (que probablemente soñaba) el ermitaño murmuró—: ¡Así. pues, su corazón es feliz! —Y se alejó, poniéndose a andar furtivamente por la casa, buscando algo por todas partes, deteniéndose de cuando en cuando a escuchar estirando luego el cuello con una mirada rápida hacia la cama sin dejar de murmurar y mascullar todo el tiempo para sí. Por último, encontró lo que parecía buscar: una mohosa cuchilla de carnicero y una piedra de afilar. Volvió entonces a su lugar junto al fuego, se sentó y comenzó a afilar el cuchillo sin ruido y sin parar de mascullar, murmurar y proferir exclamaciones. Los vientos parecían suspirar alrededor de la casa solitaria y las voces misteriosas de la noche flotaban por ahí, venidas de la distancia. Desde sus guaridas o por las rendijas, espiaban al anciano los ojillos brillantes de ratas y ratones aventureros; pero él continuaba

su trabajo absorto y como transportado, sin caer en cuenta de ninguna de aquellas cosas.

Con largos intervalos, pasaba el pulgar por el borde de la cuchilla y asentía con satisfacción—: Se va afilando —decía—. ¡Sí que se va afilando!

No advertía el paso del tiempo sino que seguía trabajando tranquilamente, entretenido con sus pensamientos que de cuando en cuando se hacían articulados:

—Su padre nos hizo mal, nos destruyó y ¡se ha marchado al fuego eterno! ¡Sí! ¡Está allá abajo, en los fuegos eternos!... Se nos escapó a nosotros pero ésa fue la voluntad de Dios. Sí, fue la voluntad de Dios y no debemos quejarnos, pues no se ha escapado de los fuegos eternos. ¡No! no ha podido escapar a esos crueles fuegos que consumen y que no perdonan. ¡Y ellos sí que son para siempre!

Y así siguió murmurando mientras trabajaba; a veces reía, cloqueaba con una risita ahogada y entre dientes, y volviendo de nuevo a articular palabras decía:

—Fue su padre quien hizo todo el daño. ¡Yo no soy más que un arcángel...! ¡De no ser por él, sería papa!

El rey se movió y el ermitaño se precipitó sin ruido junto a la cama y arrodillándose, se inclinó sobre la figura yacente con la cuchilla en alto. El niño volvió a agitarse, sus ojos se abrieron por un instante; pero no había en ellos especulación alguna, pues nada habían visto y, al minuto, su respiración plácida indicó que su sueño volvía a ser tranquilo.

El ermitaño vigiló y escuchó por un rato, manteniéndose en la misma posición y respirando ape-

nas... luego, bajó lentamente el brazo y acabó por alejarse diciendo:

—¡Es ya pasada la medianoche, y mucho! No conviene que grite por si acaso alguien acertase a pasar.

Deslizándose por la choza, levantaba un trapo aquí, recogía una correa allí y otra cosa acullá; luego regresó junto al rey y, con cuidadosos y suaves manípulos, logró atar los tobillos del niño sin despertarlo. Después trató de atarle también las muñecas, pero el muchacho siempre retiraba una mano o la otra, justo en el momento en que le iba a ser aplicada la cuerda. Por último y cuando ya el arcángel estaba a punto de desesperar, el niño cruzó las manos *de motu proprio* y al minuto siguiente, ya estaban atadas. Ahora el hombre ató una venda por debajo del mentón del durmiente pasándosela luego por encima de la cabeza y sujetándola fuertemente. Y tan suaves, tan graduales y tan hábiles fueron las ataduras, que el niño siguió durmiendo tranquilamente durante todo el proceso, sin moverse.

CAPÍTULO XXI

HENDON, EL SALVADOR

El anciano se alejó deslizándose y agachándose furtivamente como un gato; trajo el banco, se sentó en él con medio cuerpo a la luz confusa y vacilante, y el otro medio en la sombra y así, con los ojos ávidos inclinados sobre el niño dormido, con-

tinuó su paciente vigilia, sin cuidarse del pasaje del tiempo y asentando suavemente la cuchilla mientras mascullaba y reía con sus risitas ahogadas. Por su aspecto y actitud, a nada se parecía tanto como a una araña peluda y monstruosa, regodeándose con algún desgraciado insecto que hubiese caído inevitablemente en su tela.

Después de mucho tiempo, el anciano, que continuaba mirando sin ver —pues su mente se había estabilizado en una especie de abstracción soñadora— observó de repente que los ojos del niño estaban abiertos. Abiertos del todo, mirando petrificados de terror y fijos en la cuchilla. En el rostro del anciano apareció lentamente una sonrisa de satisfacción demoníaca y sin cambiar de actitud ni de ocupación, preguntó:

—Hijo de Enrique VIII, ¿has dicho tus oraciones?

El niño luchó en vano con sus ataduras, esforzándose al mismo tiempo en emitir, por entre sus maxilares cerrados un sonido ahogado que el ermitaño prefirió interpretar como una respuesta afirmativa a su pregunta.

—Entonces, reza de nuevo. Reza la plegaria de los moribundos.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo del niño y apareció en su cara una expresión de horror. Volvió a tentar de desasirse, dando vueltas y retorciéndose para todos lados, forcejeando frenética, feroz y desesperadamente, pero sin éxito, por romper sus ataduras... y todo el tiempo el viejo ogro le sonreía y asentía con la cabeza mientras seguía tranquilamente afilando el cuchillo y murmurando de vez en cuando—: Los minutos son preciosos,

pocos y preciosos. ¡Reza la plegaria de los moribundos!

El niño exhaló un gemido desesperado y jadeante, cesó de luchar. Asomaron entonces a sus ojos las lágrimas y, una por una, fueron cayéndole por la cara sin que tan patético espectáculo ablandase el corazón del brutal anciano.

Estaba ahora amaneciendo y el ermitaño lo observó y habló con aspereza y un dejo de temor en la voz nerviosa:

—¡No puedo andar con contemplaciones por más tiempo! Ya se ha ido la noche y parece que duro un momento, sólo un momento. ¡Ojalá hubiese durado un año! ¡Semilla del destructor de la Iglesia, cierra tus percederos ojos si es que temes mirar...!

El resto se perdió en murmullos inarticulados. El anciano cayó sobre sus rodillas, cuchillo en mano y se inclinó sobre el niño que gemía...

¡Oíd!... Hubo ruido de voces cerca de la cabaña... El cuchillo cayó de manos del ermitaño, quien echando una piel de cordero sobre el niño, se levantó temblando. El ruido aumentó y luego las voces se hicieron ásperas y coléricas; siguieron después golpes y gritos de auxilio y más tarde, el chapoteo de pasos rápidos que se batían en retirada. Inmediatamente se oyó el clamoreo de una serie de golpes en la puerta de la cabaña, seguido de un:

—¡Hola, hola! ¡Abrid! ¡Y rápido, en nombre de todos los demonios!

Aqué! era el sonido más bendito que hubo nunca sonado cual música en los oídos del rey. ¡Porque era la voz de Miles Hendon!

Rechinando los dientes con rabia impotente, el ermitaño salió rápido del dormitorio, cerrando tras sí la puerta y en seguida oyó el rey, procedente de la "capilla", una conversación del siguiente tenor:

—¡Mis homenajes y saludos, reverendo señor! ¿Dónde está el niño... *mi* niño?

—¿Qué niño, amigo?

—¡Qué niño! No me venga Ud. con mentiras, señor clérigo. ¡No me venga Ud. con engaños! No estoy de humor para ellos. Cerca de aquí, capturé a los pillos que según colijo, me lo robaron y les hice confesar; dijeron que andaba suelto otra vez y que le habían seguido el rastro hasta su puerta de Ud. Me mostraron aún las huellas de los pies del pobrecito. Así que no juegue Ud. más; porque mire Ud., santo señor, si no me lo muestra Ud... ¿Dónde está el niño?

—Oh, buen señor, ¿acaso se refiere Ud. al roto-so vagabundo regio que pasó aquí la noche? Si es que se interesa Ud. por tales como él, sépase Ud. que lo he enviado a hacer una diligencia y que pronto estará de vuelta.

—¿Cuándo? ¿A qué hora? ¡Vamos, no me haga Ud. perder tiempo! ¿Acaso no puedo alcanzarlo? ¿Cuánto tardará en volver?

—No tiene Ud. por qué moverse; volverá en seguida.

—¡Sea, pues! Trataré de esperar. Pero, veamos, ¿Ud. lo mandó a él? ¡Ud.! ¡Eso es mentira! ¡Ya iba a ir él a un mandado suyo! Si lo tratase Ud. con semejante insolencia, le tiraríá de las barbas! ¡Has mentido, amigo! ¡Con seguridad que has mentido! ¡El no hace los mandados tuyos ni de ningún hombre!

—De cualquier *hombre*, no, quizá no. Pero yo no soy un hombre.

—¡Qué! Pues en nombre de Dios, ¿qué es lo que eres?

—Es un secreto. ¡Cuidado con revelarlo! ¡Soy un arcángel!

Hubo por parte de Miles Hendon una tremenda exclamación no del todo reverente, seguida de:

—Eso sí ya explicaría la complacencia del niño. Bien sabía yo que no había de mover un dedo para servir a mortal alguno. ¡Pero, señor! ¡Aún un rey debe obedecer cuando un arcángel dice una palabra de mando! Permíteme... Sh... ¿Qué ruido fue ése?

Todo aquel rato, el rey había alternado entre el terror y la esperanza y todo el tiempo también había seguido gimiendo angustiosamente con toda la fuerza que pudo, siempre esperando que sus gemidos llegasen a oídos de Hendon, aunque dándose cuenta con amargura que no conseguía ser oído, o que por lo menos no caía Hendon en cuenta de ellos. Así pues, aquella última frase de su servidor le llegó como un hálito vivificador llega al moribundo procedente de otros campos; de nuevo hizo un esfuerzo poniendo en ello toda su energía, justo en el momento en que el ermitaño decía:

—¿Ruido? No he oído otra cosa que el viento.

—Quizá fue eso. Sí, sin duda que fue sólo eso... Lo he oído débilmente todo el tiempo... ¡Hélo ahí de nuevo! ¡No es el viento! ¡Qué ruido raro! ¡Ven, le seguiremos el rastro!

Fue casi demasiado el júbilo del rey al oír aquello. Hizo un esfuerzo supremo con sus cansados pulmones y muy esperanzado, esta vez; pero los

maxilares sellados y la piel de cordero, haciendo de amortiguador, le malograban tristemente el esfuerzo. Por fin, el corazón del pobrecito cayó en el desencanto al oír decir al ermitaño:

—Procede de fuera. Creo que del matorral vecino. Venga Ud., le mostraré el camino.

El rey los oyó pasar a ambos hablando, oyó sus pasos que morían al alejarse... y quedó solo con el silencio caviloso y temible.

Le pareció un rato enorme antes de oír de nuevo los pasos y las voces que se acercaban y esta vez, oyó un sonido más, aparentemente, el pisoteo de cascos. Entonces, oyó decir a Hendon:

—No voy a esperar ya más. No *puedo* esperar más. Se ha perdido sin duda en ese espeso bosque... ¿Qué dirección tomó? ¡Rápido, indícamela!

—Fue... pero, aguarda; iré contigo.

—¡Bien, bien! Eres mejor de lo que pareces. ¡Por la virgen! Creo que no ha de haber otro arcángel que tenga tan buen corazón como tú. ¿Quieres montar? ¿Quieres ir en este borriquito, que es para mi niño, o prefieres enhorquetar tus santas piernas en esta calamidad de mula que me he reservado para mí? ¡Y me hubiesen estafado, de cobrarme aún la ínfima suma del interés usurario de un cobre que durante un mes se le presta a un calderero sin trabajo!

—No, ve tú en el mulo y lleva a tu burro del cabestro; por mi parte, me siento más seguro sobre mis pies. Así, pues, caminaré.

—Entonces, te ruego, que sostengas la bestia pequeña mientras expongo mi vida tratando de montar la grande.

Hubo a continuación una gran confusión de patadas, trompis, pisoteos, y holicadas, acompañados

de una atronadora andanada mezclada con maldiciones y, finalmente, un amargo apóstrofe al mulo que debieron quebrarle el espíritu ya que las hostilidades parecieron cesar desde ese momento.

Con agonía indecible, el aherrojado reyecito oyó alejarse las voces y los pasos y luego, morir. Por el momento, todas las esperanzas lo abandonaron y una desesperación sorda se apoderó de su corazón. "Han engañado a mi único amigo y le han sacado de en medio", se decía; "volverá el ermitaño y..." Terminó con una boqueada de pavor y comenzó en seguida a luchar de nuevo con sus ataduras tan frenéticamente que logró por fin sacudir aquella piel de cordero que lo ahogaba.

¡Oyó entonces la puerta que se abría! El ruido le heló hasta los caracúes... Ya le parecía sentir la cuchilla en la garganta. El horror le hizo cerrar los ojos. Y el horror se los hizo abrir de nuevo... ¡ante él estaban Hugo y John Canty!

Si hubiese tenido libres los maxilares, hubiese exclamado: ¡Gracias a Dios!

En un minuto, sus miembros estuvieron libres y sus apresadores, asiéndole cada uno de un brazo, lo llevaron a toda velocidad internándolo en la selva.

CAPÍTULO XXII

UNA VÍCTIMA DE LA TRAICIÓN

Una vez más, el Rey Fu-Fu I correteaba con los facinerosos y los vagabundos, blanco de sus groseras bromas y poco ingeniosas chocarrerías, y

víctima ocasional de pequeñas malevolencias por parte de Canty y de Hugo cuando no miraba el Rizador. Nadie, fuera de esos dos, le tenía ojeriza y aún gustaba realmente a algunos de los otros, admirando todos su coraje y su espíritu. Durante dos o tres días, Hugo —a cuyo cargo estaba el rey —hizo cuanto pudo —a hurtadillas— por poner incómodo al niño; y de noche, durante las acostumbradas orgías, solía divertir a la reunión humillándolo con pequeñas indignidades a que lo sometía como por accidente. Por dos veces, pisó los pies del rey —accidentalmente— y el rey, como correspondía a su realeza, guardó una indiferencia despreciativa y ni pareció darse cuenta; pero a la tercera vez que Hugo se divirtió de aquel modo, el rey lo derribó al suelo de un garrotazo, con gran deleite de la tribu. Consumido de rabia y de vergüenza, Hugo se levantó de un salto, asió a su vez una cachiporra y se abalanzó a atacar con furia a su pequeño adversario. Al momento, se formó un círculo en derredor de los gladiadores y comenzaron las apuestas y los vítores. Pero el infeliz de Hugo no tenía la más mínima probabilidad. Su torpe trabajo de aprendiz encontró pocos postores frente a un brazo preparado por los primeros maestros de Europa en el arte del bastón, la vara y todas las demás artimañas del espadachín. De pie, alerta pero graciosamente reposado, el pequeño rey detenía y evitaba la densa lluvia de golpes con tal facilidad y precisión que el abigarrado grupo de espectadores se puso frenético de admiración y de cuando en cuando, cada vez que la mirada experta del niño descubría una brecha en la defensa y un golpe rápido como el relámpago en la cabeza de Hugo era el resultado,

la tormenta de vítores y risas que arrasaba el lugar era algo maravilloso de oír. Al cabo de quince minutos, todo golpeado y magullado, Hugo salió corriendo del campo de batalla, blanco de un despiadado bombardeo de burlas mientras que, ileso, el héroe de la pelea era llevado en andas sobre los hombros de una turba jubilosa, hasta el sitio de honor junto al Rizador, donde, con gran ceremonia, fue coronado Rey de los Gallos de Riña, siéndole solemnemente anulado y cancelado desde aquel instante su otro e inferior título, y decretándose el destierro de la banda para todo aquél que osara pronunciarlo de ahí en adelante.

Habían fracasado todas las tentativas de que el rey prestase servicios a la cuadrilla. Obstinadamente se había negado a actuar; más aún, siempre estaba tratando de huir. El primer día después de su regreso, lo habían metido a la fuerza en una cocina, a la sazón sin vigilancia. No sólo salió con las manos vacías sino que trató de despertar a los habitantes de la casa. Siendo enviado con un calderero para que lo ayudase en su trabajo, no sólo no quiso trabajar sino que amenazó al calderero con su propio hierro de soldar, acabando tanto el calderero como Hugo por encontrar ocupación completa en el mero hecho de impedir que se escapase. Y sobre las cabezas de todos quienes estorbaban sus libertades o trataban de hacerlo servir a la fuerza descargaba todos los truenos de su realeza. Probaron de mandarlo, en custodia de Hugo, a mendigar en compañía de una mujer desaliñada y un bebé enfermo, pero el resultado no fue alentador porque se negaba a abogar por los "pedidores" y a hacer parte alguna con su causa en ningún sentido.

Así pasaron varios días, y las miserias de la vida vagabunda, su tedio, su sordidez, su mezquindad y vulgaridad se le hicieron gradual y constantemente tan intolerables al niño cautivo, que comenzó a creer que su liberación de la cuchilla del ermitaño debía resultarle —en el mejor de los casos— sólo un aplazamiento temporal de la muerte.

Pero por la noche, en sueños, todo aquello era olvidado y el niño se encontraba de nuevo en su trono, dueño y señor. Eso, naturalmente, intensificaba los sufrimientos del despertar, y así fue que las mortificaciones de cada mañana que se sucedió entre su regreso a la esclavitud y el combate con Hugo se hacía cada vez más amarga y más difícil de soportar.

La mañana, después del combate de marras, Hugo se levantó con el corazón lleno de propósitos vengativos contra el rey. En particular, abrigaba dos planes: uno infligir al muchacho lo que para su espíritu orgulloso y su “imaginada” realeza había de ser una tremenda humillación; y si no lograba aquello, su otro plan consistía en atribuirle algún delito y traicionarlo luego para arrojarlo a las garras implacables de la ley.

En persecución del plan número uno, se proponía poner un “clima” en la pierna del rey, juzgando acertadamente que eso le mortificaría en grado sumo y absoluto; y en cuanto el “clima” entrara en funciones, Hugo se agenciaría la ayuda de Canty y obligaría por la fuerza a que el rey exhibiese la pierna en el camino y pidiese limosna. Un “clima” era el término de la jerga vagabunda para designar una llaga creada artificialmente. Para hacer un clima, el operador confeccionaba una pomada o emplasto de cal viva, jabón y el moho del hierro

viejo, la extendía sobre un trozo de cuero y ataba éste sobre la pierna. Eso causaba el llagado de la piel y aparecía luego la carne viva e irritada; después se frotaba sobre todo aquello alguna sangre, la que al secarse tomaba un color oscuro, repulsivo. Por último, se vendaba todo con hábil descuido aparente, lo cual permitía que fuera vista la horrible úlcera y que excitara de aquel modo la compasión del transeúnte (1).

Con la ayuda del calderero que el rey había amedrentado con el hierro de soldar, el niño fue llevado a una "caminata de caldereros" y en cuanto no se les pudo ya ver desde el campamento, lo derribaron entre ambos y mientras el calderero lo sostenía, Hugo le ataba el emplasto bien fuerte a la pierna.

El rey se enfureció y vociferaba prometiéndoles la horca a ambos en el mismo instante en que el cetro volviese a estar en sus manos; pero aquellos dos pillos lo mantuvieron firmemente asido y gozaron con su forcejeo impotente, burlándose de sus amenazas. Aquello continuó hasta que el emplasto comenzó a arder y no hubiese pasado mucho tiempo antes que la obra estuviese completa, de no haber habido una interrupción; pero la hubo, pues por entonces el "esclavo" aquél que había pronunciado un discurso censurando las leyes inglesas, apareció en escena y puso fin a la empresa arrancando al rey las vendas y el emplasto.

El rey quiso usar el garrote de su salvador y calentar los lomos de aquellos pícaros allí mismo, pero el hombre se negó a prestárselo, pues según di-

(1) Detalles sacados de *The English Rogue* (El pícaro inglés); Londres, 1665.

jo, les traería dificultades y debían dejar el asunto para la noche cuando toda la tribu estuviese junta y entonces los de afuera no se atreverían a entremeterse ni a interrumpir. El "esclavo" puso entonces a todo el grupo en marcha, de vuelta al campamento, informó del asunto al Rizador quien después de escuchar y meditar, decidió que el rey no sería destacado nunca más para mendigar, ya que se hacía evidente que era digno de algo más elevado y mejor. ¡En consecuencia, allí mismo le ascendió del grado de pordiosero y lo designó inmediatamente para robar!

Hugo estaba fuera de sí de júbilo. Por su parte, ya había probado de hacerle robar sin lograrlo, pero aquello no le daría ya trabajo, pues naturalmente el rey ni había de soñar siquiera en despreciar una orden emitida directamente desde la jefatura. De modo, pues, que se puso a organizar un asalto para aquella tarde, proponiéndose en el curso de dicho asalto poner al rey al alcance de la autoridad. Intentaba hacerlo además con tan ingeniosa estrategia que la cosa pareciese accidental y no intencionada, ya que el Rey de los Gallos de Riña tenía ahora mucho ascendiente y la cuadrilla podría no ser demasiado indulgente con un socio que no lo tenía y que cometiera traición tan grave como la de entregarlo al común enemigo de todos: la autoridad.

A su debido tiempo, Hugo se fue caminando con su presa hasta una aldea vecina y ambos anduvieron lentamente de aquí para allá, por una calle después de otra. Uno de ellos, alerta por dar con la ocasión segura de lograr su maligno propósito; el otro, vigilando con igual intensidad la ocasión

de lanzarse como un dardo y librarse para siempre de su infame cautiverio.

Ambos desperdiciaron algunas oportunidades que ofrecían medianas posibilidades, porque tanto uno como el otro en lo más íntimo de sus corazones estaban resueltos a lograr su propósito esta vez con absoluta seguridad, y ninguno tenía intención de permitir que sus fervientes deseos los sedujesen hasta el punto de abrazar una aventura que tuviese mucho de incertidumbre.

La oportunidad de Hugo se presentó primero, porque se acercó una mujer que llevaba un paquete en una cesta. Los ojos de Hugo centellearon de placer inicuo mientras se decía: “¡Aliento de mi vida! Como pueda yo colgarte *esto*, serán para ti ¡buenas noches! y ¡Dios te guarde, Rey de los Gallos de Riña!” Esperó vigilante, —con paciencia aparente, pero con una emoción interior que lo consumía— hasta que la mujer hubiese pasado y la ocasión fuese propicia; entonces, dijo—: Espera aquí hasta que yo vuelva— y se lanzó furtivamente tras su presa.

Se regocijó el corazón del rey: ahora podría escaparse, sólo con que aquello que Hugo buscaba le llevara el tiempo suficiente.

Pero no había de tener fortuna semejante. Hugo se deslizó tras la mujer, le arrebató el paquete y volvió corriendo, envolviéndolo en un trozo viejo de frazada que llevaba en el brazo. La grito se elevó en seguida por parte de la mujer, que se dio cuenta de su pérdida por el aligeramiento de su carga, aunque no había visto cometer el hurto. Sin detenerse, Hugo endilgó el atado en manos del rey, diciéndole:

—Ahora corre tras de mí con los demás y grita: ¡Al ladrón! ¡Pero ten cuidado de despistarlos!

En un momento, Hugo había doblado una esquina y se había lanzado por una callejuela tortuosa para aparecer de nuevo a la vista a los dos minutos, muy orondo con apariencia de inocente indiferencia e instalarse tras de un poste a mirar el resultado.

Sintiéndose insultado, el rey arrojó el fardo al suelo y la frazada se abrió justo en el momento en que llegaba la mujer con la creciente turba-multa a sus talones. Con una mano, la susodicha asió al rey por la muñeca; con la otra levantó el paquete y comenzó a arrojar sobre el muchacho una andanada de improperios mientras él luchaba, sin conseguirlo, por librarse de su garra.

Hugo había visto bastante: su enemigo había sido capturado y la autoridad le echaría mano ahora; de modo que él se marchaba, jubiloso, riendo pa-



ra sí y se dirigía hacia el campamento, componiendo mientras caminaba una juiciosa versión del asunto para darle a la cuadrilla del Rizador.

El rey continuaba entretanto su lucha por librarse del puño de la mujer y, de cuando en cuando, exclamaba lleno de enfado:

—¡Suéltame, necia criatura! No fui yo quien te despojó de tus miserables mercancías.

La multitud se hizo más cerrada, amenazando al rey y llenándolo de insultos. Un herrero fortacho, con delantal de cuero y arremangado hasta los codos, quiso alcanzarlo diciendo que le daría una buena zurra para que aprendiese la lección; pero justo en ese momento, una larga espada resplandeció en el aire y la hoja cayó con fuerza convincente sobre el brazo del hombre, mientras su fantástico dueño declaraba plazeramente al mismo tiempo:

—¡Por la Virgen, buenas gentes! Procedamos con dulzura. No nos hagamos mala sangre ni digamos palabras duras. Este es asunto para ser considerado según la ley y no privada y oficiosamente. Suelta al niño, buena mujer.

El herrero midió con la vista al apuesto soldado y se marchó murmurando y frotándose el brazo; la mujer soltó de mala gana la muñeca del muchacho, y la multitud miró sin amor al desconocido, pero cerró prudentemente la boca. El rey, brillantes los ojos y rojas las mejillas, se puso de un salto junto a su salvador, exclamando:

—¡Te has demorado lastimosamente, pero llegas ahora en buen momento, *sir* Miles! ¡Deshazme esta chusma en pedacitos!

CAÍTULO XXIII

EL PRÌNCIPE, PRISIONERO

Con sonrisa forzada, Hendon se inclinó y susurró al oído del rey:

—¡Despacio, príncipe mío! ¡Despacio! Mueve tu lengua con cautela. Más aún, no le permitas moverse en absoluto. ¡Confía en mí y todo saldrá bien al final! —Y añadió para sí: “¡*Sir* Miles! ¡Bendito si me acordaba que fuese caballero! ¡Qué sorprendente es, Dios mío, el modo como su memoria se aferra a esas fantasías primorosas y extravagantes!... ¡Título necio y vacío es el mío y, sin embargo, ya es algo el haberlo merecido, pues creo que es más honor ser considerado digno de ser un caballero espectral en su Reino de Sueños y Sombras que ser estimado tan vil como para ser conde en alguno de los verdaderos reinos de este mundo.”

La turba se apartó para recibir a un policía que se acercó y que estaba ya por echar mano al hombro del rey, cuando Hendon le dijo:

—¡Con suavidad, buen amigo! Retirad vuestra mano, pues él ha de ir a las buenas y de ello respondo yo. Indicad el camino que os seguiremos.

El funcionario, con la mujer y su paquete iban a la cabeza, los seguían Miles y el rey con toda la turba a los talones. El rey se inclinaba a rebelarse, pero Hendon le dijo en voz baja:

—Reflexionad, señor: vuestras leyes son el aliento saludable de vuestra realeza. ¿Acaso las resistirá el tronco y exigirá que las respeten las ramas? Apa-

rentemente, se ha infringido una de esas leyes; cuando el rey esté de nuevo en su trono, ¿le pesará acaso recordar que cuando parecía ser un ciudadano común, su lealtad le hiciese sumir al rey en el ciudadano, sometiéndolo a su autoridad?

—Tienes razón, no digas más. Verás que, sea lo que fuere que el rey exija que un súbdito sufra según la ley, él lo sufrirá en carne propia mientras tenga condición de súbdito.

Llamada la mujer a declarar ante el juez de paz, juró que el pequeño prisionero ante la corte era la persona que había cometido el robo y, no habiendo nadie que pudiese demostrar lo contrario, el rey fue convicto. Fue desenvuelto entonces el fardo y cuando el contenido resultó ser un lechoncito gordo y aliñado, el juez pareció turbado mientras Hendon se ponía pálido y un estremecimiento eléctrico de angustia recorría su cuerpo aunque el rey, protegido por su ignorancia, quedaba impávido. Durante una pausa siniestra, meditó el juez, volviéndose luego hacia la mujer con esta pregunta: —¿Cuánto crees tú que vale esta tu propiedad?

La mujer contestó, haciendo una cortesía:

—Tres chelines y seis peniques, su señoría. No podría rebajar ni un penique si es que se trata de declarar honradamente su valor.

El juez miró a su alrededor con inquietud y luego hizo al alguacil una señal con la cabeza y le dijo:

—Despejad la audiencia y cerrad las puertas.

Así se hizo y no quedó nadie, más que los dos funcionarios, el acusado, el acusador y Miles Hendon. Este último estaba rígido y pálido mientras se agolpaban en su frente gotas de un sudor frío que acababan cayéndole por la cara. El juez se vol-

vió de nuevo hacia la mujer y le dijo con voz compasiva:

—Se trata, buena mujer, de un pobre muchacho ignorante, quizá acosado malamente por el hambre, pues éstos son tiempos duros para los desposeídos. Fíjate que no tiene cara maligna...; pero, cuando el hambre acosa... Buena mujer, ¿sabes acaso que cuando alguien roba una cosa de un valor superior a los trece peniques y medio, la ley indica que deberá ser *colgado* por ello?

El pequeño rey se sobresaltó y abrió grandes los ojos, consternado, aunque se dominó y nada dijo. No así la mujer, quien, poniéndose en pie de un salto, sacudida por el terror, exclamó:

—¡Oh, cielos! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Dios misericordioso! ¡No colgaría al pobrecito por todo el oro del mundo! ¡Salvadme de esto, vuestra señoría! ¿Qué haré? ¿Qué *puedo* hacer?

Manteniendo su judicial compostura, el magistrado dijo simplemente:

—No hay duda de que es posible corregir el precio, ya que no está aún asentado en el registro.

—¡Entonces, en nombre de Dios, dígame que el lechón vale ocho peniques y el cielo bendiga el día que liberó mi conciencia de esta cosa terrible!

Con el júbilo, Miles Hendon olvidó todo su decoro, sorprendiendo al juez al propio tiempo que lastimaba su dignidad con un acto como el de echarle los brazos al cuello y abrazarlo contra su pecho.

La mujer expresó sus agradecidos adioses, y se marchó con su lechón, y el policía le abrió la puerta y la acompañó hasta el estrecho vestibulo de afuera. El juez procedió a escribir en su registro y Hendon, siempre alerta, pensó que le gustaría sa-

ber por qué el alguacil seguía a la mujer hasta afuera; de modo que se deslizó sin ruido hasta el oscuro vestíbulo y escuchó, oyendo la conversación siguiente:

—Es un puerco gordo y promete estar bueno para comer; te lo compro. Aquí tienes los ocho peniques.

—¡Sí, ya!... ¡Ocho peniques!... Nada de eso. Me costó tres chelines y ocho peniques en buena moneda del reino pasado, de aquélla que el viejo Enriquito recién difunto no tocó nunca ni alteró para nada. ¡Me río yo de tus ocho peniques!

—¿Conque esas tenemos, eh? Bajo juramento dijiste que su valor era sólo ocho peniques, de modo que juraste en vano y vuelves directamente adonde el juez a responder por tu delito. ¡Y entonces sí que el muchacho será ahorcado!

—¡Vamos, vamos, buen hombre, no digas más! Me conformo. Dame tus ocho peniques y cállate la boca respecto de este asunto.

La mujer se fue llorando; Hendon se deslizó de nuevo en la audiencia y el policía lo siguió al rato, después de esconder su botín en algún sitio conveniente. El juez escribió un rato más, luego dio al rey un sabio y bondadoso sermón sentenciándolo a corta prisión en la cárcel común, que debía ser seguida por los públicos azotes. Atónito el rey abrió la boca y estuvo probablemente por ordenar que el bueno del juez fuese decapitado en el acto, pero captó la advertencia de Hendon y logró cerrar el pico de nuevo antes de perder algo de lo que había en ella. (1) Hendon lo tomó entonces

(1) Era pena frecuente perder la lengua por el delito de hablar de más o a destiempo. (N. d. T.)

de la mano y partió tras el policía hacia la cárcel. En el instante de alcanzar la calle, el monarca, enardecido, se soltó violentamente y exclamó:

—¡So idiota! ¿Te imaginas que voy a entrar *vivo* en una cárcel común?

Hendon se inclinó y le dijo con algo de aspezeza:

—¿*Quieres* o no confiar en mí? ¡Cállate ahora y no malogres nuestras posibilidades diciendo nada que importe peligro. Lo que Dios quiera sucederá. No lo puedes tú ni apresurar ni alterar. Por lo tanto, espera y ten paciencia... Ya habrá tiempo de murmurar o regocijarse cuando lo que ha de suceder, haya sucedido (1).

CAPÍTULO XXIV

LA HUIDA

El corto día invernal había llegado casi a su fin. Las calles estaban desiertas, con excepción de unos cuantos rezagados casuales; y aun éstos iban de prisa con el aspecto resuelto de quien está deseando despachar sus diligencias lo más rápidamente posible para meterse luego cómodos en casita, protegidos del viento que se levantaba y la oscuridad que se avecinaba. Sin mirar para un lado ni para otro, no prestaban la menor atención a nuestros amigos, ni siquiera parecían percatarse de su presencia. Y Eduardo Sexto se preguntaba si alguna vez había

(1) Véanse notas del Capítulo XXIII, al final del volumen.

sido contemplado con tamaña indiferencia el espectáculo de un rey camino de la prisión. En eso, el policía llegó a una plaza de mercado, desierta a la sazón, procediendo a cruzarla. Cuando iba a mitad de camino, Hendon le puso la mano en el brazo y le dijo en voz baja:

—Espera un momento, buen señor, aquí no hay nadie que nos oiga y quisiera decirte una palabra.

—Mi deber me lo prohíbe, señor. Os ruego que no me lo estorbéis, que se acerca la noche.

—De todos modos, espera; que el asunto te concierne íntimamente. Vuelve un momento la espalda, aparenta no ver y *deja escapar a este muchachito*.

—¡Decirme esto a mí, señor! Os arresto en...

—No, no, no te apresures demasiado. Ten cuidado y ve de no cometer una equivocación estúpida. —Al llegar aquí bajó la voz muchísimo y susurró al oído de aquel hombre—: ¡El chancho que has comprado por ocho peniques puede costarte la cabeza, hombre!

Tomado por sorpresa, el pobre alguacil se quedó sin hablar en un principio, se recobró luego para ponerse a amenazar de modo tumultuoso. Pero Hendon, muy tranquilo, esperó con paciencia hasta que al hombre se le acabó el aliento y entonces dijo:

—Me gustas, amigo, y no quisiera verte perjudicado. Observa: he oído todo, cada palabra que dijiste y te lo probaré. —Y le repitió palabra por palabra la conversación sostenida en el vestíbulo de los tribunales por el alguacil y la mujer, terminando con:

—¡Ea! ¿No lo he recitado correctamente? ¿No sería capaz de repetirla exactamente ante el juez, si la ocasión lo exigiese?

El hombre se quedó mudo de angustia y de miedo por un momento, luego se recobró y dijo con ligereza forzada:

—Estás magnificando mucho algo que no fue sino una broma. Sólo por divertirme fue que estuve atormentando a aquella mujer. .

—¿También fue por divertirme que te guardaste el lechón que le pertenecía?

El hombre respondió con aspereza:

—Nada más que por eso, señor. . . Os repito que sólo fue una broma.

—Estoy empezando a creerte —dijo Hendon con una mezcla desconcertante de burla y semiconvicción en su tono—; pero aguarda aquí un momento mientras corro a preguntar a su señoría, pues no obstante ser un hombre versado en leyes, en cuanto se trata de bromas. . .

Ya se retiraba, hablando siempre, cuando el alguacil vaciló, se agitó, escupió un juramento o dos y por fin exclamó:

—¡Esperad, esperad, buen señor! . . . Os lo ruego, esperad un poco. . . Pues el juez no ha de comprender una broma ni siquiera tanto como la comprendería un cadáver. . . Venid y hablaremos más de este asunto, ¡Cuerpo de Cristo! Parece que estoy mal parado. . . y todo por una humorada inocente e irreflexiva. Soy padre de familia, y mi mujer y mis pequeños. . . Escuchad la razón. ¿Qué querría su merced de mí?

—Únicamente que te pongas ciego, mudo y paralítico mientras se pueda contar hasta cien mil. . . y despacio —dijo Hendon con la expresión de quien

pide sólo un favor razonable y además, insignificante.

—¡Sería mi destrucción! —dijo el policía desesperado—. Sed razonable, buen señor. No os pido sino que miréis este asunto desde todos los ángulos y veréis hasta qué punto se trata sólo de una broma, una chanza manifiesta y evidente. Y aun concediendo que no fuese una broma, es una falta tan pequeña que aun castigándola con la más severa de las penas no pasaría de una reprimenda y una advertencia de labios del juez.

Con solemnidad tal, que se heló el aire a su alrededor, Hendon contestó:

—Esta broma tuya tiene un nombre legal... ¿Sabes tú cuál es?

—¡No lo conocía! Quizás haya sido yo imprudente, pero nunca soñé que esa falta tuviese un nombre... ¡Dulce cielo, creía que era original!

—Sí, tiene un nombre. Legalmente, ese delito se llama *Non compos mentis lex talionis sic transit gloria mundi*.

—¡Ay! ¡Dios mío!

—¡Y tiene pena de muerte !

—¡Dios tenga misericordia de este pecador!

—Sacando ventaja de alguien que estaba en falta, en peligro serio y a tu merced, tú te has apoderado de una mercancía por un valor mayor de trece peniques y medio, pagando por la misma una insignificancia, y eso a los ojos de la ley es baratería constructiva, ocultación de traición, fechoría en ejercicio de funciones, *ad homines expurgatis in statu quo*... y tiene pena de muerte en la horca, sin posibilidad de rescate, conmutación o privilegio de clerecía.

—¡Sostenedme, dulce señor, sostenedme! ¡Las piernas se me doblan! ¡Tened misericordia! Hazme de esta condena y volveré la espalda sin ver nada de lo que ocurra.

—¡Magnífico! Ahora sí eres razonable y prudente. ¿Y vas a devolver el lechón a su dueña?

—¡Lo haré, ya lo creo que lo haré!... Y jamás he de tocar ningún otro, así me lo manden del cielo con un arcángel. ¡Marchaos!...! que por ti seré ciego... Nada veo, y diré que entraste en la prisión por la fuerza y me arrebataste al prisionero de las manos. La puerta es vieja y desvencijada y yo mismo la derribaré a golpes entre la medianoche y la mañana.

—Hazlo, buen hombre, que nadie resultará perjudicado. El juez tiene por este pobre, amorosa caridad y no ha de derramar lágrimas ni romperle los huesos al carcelero porque se haya escapado.

CAPÍTULO XXV

LA CASA SEÑORIAL DE HENDON

En cuanto Hendon y el rey se perdieron de vista para el alguacil, Su Majestad recibió instrucciones de marchar de prisa a un cierto sitio fuera de la ciudad y de aguardar allí, mientras Hendon se llegaba hasta su mesón y pagaba su cuenta. Media hora más tarde, los dos amigos iban alegres, al trote corto de las miserables cabalgaduras de Hendon. El rey estaba ahora cómodo y abrigado, pues había desechado sus harapos y se había vestido con el

traje de segunda mano que Hendon le había comprado en el puente de Londres.

Hendon quería preservar al niño del exceso de fatiga, estimando que los largos viajes, las comidas irregulares y el sueño administrado en cantidades mezquinas no habían de favorecer su mente trastornada; mientras que el descanso, el método y el ejercicio moderado tenían mucha probabilidad de acelerar su curación. Por su parte, estaba deseando ver recuperado ese intelecto resentido, así como arrojada de su cabecita atormentada toda visión enfermiza. En consecuencia, resolvió avanzar por etapas cómodas hacia aquel hogar del que había estado desterrado desde hacía tantos años, en lugar de seguir los impulsos de su impaciencia y continuar apresurándose día y noche.

Cuando Hendon y el rey hubieron recorrido unos veinte kilómetros, llegaron a una aldea bastante grande e hicieron alto allí por esa noche en una buena posada. Allí reanudaron sus relaciones anteriores: Hendon, de pie tras la silla del rey mientras comía, le sirvió; lo desvistió cuando estuvo dispuesto a acostarse y luego tomó el suelo por dormitorio y durmió atravesado en la puerta y envuelto en una frazada.

Al día siguiente y al otro que siguió al segundo anduvieron perezosamente a tranco corto, hablando de las aventuras que ambos habían tenido durante la separación y disfrutando la mar con los mutuos relatos. Hendon contó detalladamente todas sus errantes búsquedas del rey, describiendo cómo el arcángel lo había embaucado en una vana jornada por el bosque en busca del rey, llevándolo finalmente de vuelta a la choza cuando había visto que

no podía librarse de él. Según dijo, el anciano había entrado al dormitorio y regresado vacilante con aspecto desolado, diciendo que había esperado que el niño hubiese vuelto y se hubiese echado a descansar, pero que no había sido así. Hendon había aguardando en la choza todo el día y desesperando ya de que el rey volviese, se había marchado de nuevo en su busca.

—Y el viejo Sanctum Sanctorum sintió realmente que su majestad no volviese —agregó Hendon—. Se lo conocí en la cara.

—¡Por la Virgen, que no lo pongo en duda! —dijo el rey. Y se puso a relatar lo que le había pasado en aquella choza. Al oír lo cual, Hendon se arrepintió de no haber destruido al arcángel.

Durante el último día de viaje, Hendon se ponía de mejor humor cada vez y la lengua no le paraba: hablaba de su anciano padre, de su hermano Arturo, y contó de ellos muchas cosas que daban idea de sus nobles y generosos caracteres; cuando le llegó el turno a su Edith, se puso frenético de amor y estuvo tan feliz, que aún de Hugo pudo decir algunas cosas benévolas y fraternales. Se detuvo bastante en el tema de la reunión que tendría lugar en la casa solariega de los Hendon, en la sorpresa que sería para todo el mundo y en la explosión de deleite y agradecimiento que se iba a producir.

La región era hermosa, salpicada de casitas y de huertos, y el camino llevaba por extensas tierras de pastoreo cuyos declives de suaves elevaciones y depresiones sugerían las ondulaciones del mar alternativamente turgentes y menguantes. Por la tarde, el hijo pródigo, de regreso, se desviaba cons-

tantemente del camino por ver si, ascendiendo un montículo, no sería posible que traspusiese la distancia y atisbase su casa. Lográndolo por fin, exclamó entusiasmado:

—¡Ahí está la aldea, mi príncipe y ahí esta Hendon Hall, al ladito! Pueden verse desde aquí las torres y en cuanto a ese bosque de allá... , pues ése es el parque de mi padre ¡Ahora sí que verás lo que es pompa y magnificencia! Una casa con setenta habitaciones —¡Piensa lo que es eso!— ¡Y veintisiete sirvientes! ¡Hermoso alojamiento para gentes como nosotros! ¿No es verdad? Ven, démonos prisa, que mi impaciencia no aguanta ya más demoras.

Se apresuraron cuanto era posible y así mismo, eran ya más de las tres antes de que llegasen a la aldea. Los viajeros la cruzaron precipitadamente sin que parase un momento la lengua de Hendon—:

—Ahí está la iglesia, cubierta de idéntica hiedra, ninguna de menos, ninguna de más. Allá está la posada, la antigua del León Rojo y más allá, el mercado. Aquí está el Palo de Mayo y aquí, la bomba de agua. Nada está cambiado; nada sino la gente, al menos. Diez años producen cambios en las gentes; a algunos, me parece reconocerlos, pero ellos no me conocen a mí.

—Así continuó aquella cháchara, y pronto llegaron al final de la aldea. Los viajeros tomaron entonces un camino tortuoso y estrecho, cercado de altos setos. Por allí anduvieron de prisa durante un kilómetro, pasando luego a un vasto jardín por una imponente portada cuyas enormes columnas de piedra tenían esculpidos emblemas heráldicos. Tenían por delante una noble mansión.

—¡Bienvenido a la mansión señorial de los Hendon, mi rey —exclamó Miles—. ¡Ah, qué gran día! Mi padre, mi hermano y lady Edith van a estar tan locos de júbilo que no van a tener ojos ni lengua para nadie que no sea yo, en los primeros transportes de nuestro encuentro, y así parecerá fría tu bienvenida; pero no hagas caso. Pronto ha de ser de otro modo, pues en cuanto les diga que eres mi pupilo y sepan lo caro que me es tu cariño, los verás acogerte en sus pechos por amor a Miles Hendon y hacer de su casa y de sus corazones un hogar que será tuyo para siempre.

Al minuto siguiente, Hendon se apeó de un salto ante la enorme puerta, ayudó a bajar al rey y luego lo tomó de la mano y se precipitó al interior. Unos pocos pasos lo llevaron a una habitación espaciosa: entró, sentó al rey con más prisa que ceremonia y corrió hacia un hombre joven que estaba sentado a un escritorio frente a un reconfortante fuego de troncos.

¡Abrázame, Hugo —exclamó— y di que estás contento de que haya vuelto! y llama a nuestro padre, ¡pues mi hogar no será tal hasta que no haya tocado de nuevo su mano y haya visto su rostro y oído su voz una vez más!

Pero Hugo no hizo más que apartarse, después de traicionarse con una momentánea sorpresa, y echó al intruso una grave mirada; mirada que indicó al principio sólo un asomo de dignidad ofendida, cambiándose luego, al impulso de algún pensamiento o propósito interior, en una expresión de curiosidad maravillada, mezclada con real o fingida compasión. Con voz suave, dijo por fin:

—Tu razón parece afectada, pobre desconocido. Sin duda has sufrido las privaciones y los rudos

ajetneos del mundo, según denuncian tu aspecto y tus ropas ¿Con quién es que me confundes?

—¿Confundirte? ¡Hazme el favor! ¿Y con quién sino con quien en realidad eres? Te tomo por Hugo Hendon —dijo Miles con aspereza.

El otro, en cambio, continuó con el mismo tono suave que antes:

—¿Y quién te imaginas que eres tú?

—La imaginación no tiene nada que ver en este asunto. ¿Acaso pretendes no conocerme a mí, tu hermano Miles Hendon?

Una expresión de sorpresa complacida pasó rápidamente por el rostro de Hugo, quien exclamó luego:

—¿Qué? ¿No estás bromeando? ¿Acaso pueden los muertos volver a la vida? ¡Que Dios sea alabado si así fuese! ¡Que nuestro pobre muchacho perdido sea restituido a nuestros brazos después de tantos años crueles! Parece demasiado hermoso para ser verdad, es demasiado hermoso para ser verdad. ¡Te lo encarezco, ten piedad y no juegues conmigo! ¡Rápido, ven a la luz y déjame examinarte bien!

Tomando a Miles del brazo, lo arrastró hasta la ventana y comenzó a devorárselo con los ojos de pies a cabeza, dándole vueltas de un lado y de otro y caminando ágil a su alrededor, a fin de ponerlo a prueba desde todos los ángulos mientras el hijo pródigo, encendido de alegría, sonreía, reía y seguía asintiendo con la cabeza mientras decía:

—¡Sigue, hermano, continúa y no temas! No has de encontrar rasgo ni miembro que no resista la prueba. Recórreme y escudriñame todo lo que quieras, mi querido Hugo, que en verdad soy tu viejo Miles, tu mismísimo viejo Miles, tu hermano per-

dido. ¿No es así? ¡Ah, qué gran día! ¡Yo lo dije, que sería un gran día! ¡Dame tu mano, dame tu mejilla! ¡Señor! ¡Me estoy por morir de puro júbilo!...

Ya estaba por arrojarse sobre su hermano; pero Hugo levantó la mano en señal de disentimiento, bajando luego el mentón sobre el pecho tristemente y diciendo con emoción:

—¡Ay, Dios mío!... ¡Con tu gran misericordia, dame fuerzas para soportar este doloroso desencanto!

Pasmado, Miles no pudo hablar por un momento; luego recobró la palabra y exclamó:

—¿Qué desencanto? ¿Acaso no soy tu hermano?

Hugo sacudió tristemente la cabeza y dijo:

—Ruego al cielo que así resulte y que otros ojos encuentren las semejanzas que a mí se me ocultan. ¡Ay!... Me temo que la carta no dijese más que la verdad.

—¿Qué carta?

—Una que llegó de ultramar hace unos seis o siete años. Decía que mi hermano había muerto en una batalla.

—¡Era mentira!. Llama a mi padre, que él me reconocerá.

—No se puede llamar a los muertos.

—¿Muerto? —La voz de Miles se apagó y los labios le temblaron—. ¡Mi padre muerto!... ¡Qué triste noticia! La mitad de mi reciente alegría se marchita con esto. Te lo ruego, permíteme ver a mi hermano Arturo... El me reconocerá; no sólo eso, sino que también ha de consolarme.

—El también ha muerto.

—¡Dios tenga misericordia de mí! ¡Soy un hombre agobiado! ¡Ambos desaparecidos! ¡Arrebatados los

dignos y salvados los indignos! ¡Imploro tu piedad!... no me digas que lady Edith...

—¿... haya muerto? No, ella vive.

—Entonces, Dios sea alabado, me vuelve la alegría... Permítele que se me acerque. Date prisa, hermano mío... Si ella dice que yo no soy yo..., pero no lo dirá. No, no, ella me va a reconocer y sería necio si lo dudase. Traedla, traed a los viejos sirvientes, que ellos también me conocerán.

—Ninguno está ya... excepto cinco: Pedro, Halsey, David, Bernardo y Margarita.

Así diciendo, Hugo abandonó la habitación. Miles quedó de pie un momento, cavilando y acabó por caminar de acá para allá, diciendo:

—¡Los cinco villanos máximos han sobrevivido a los veintidós leales y honrados!... ¡Qué cosa más rara!

Continuó con sus caminatas murmurando para sí y olvidándose por completo del rey. Por fin, Su Majestad dijo con gravedad y un dejo de compasión verdadera, aunque las palabras, por sí solas, pudiesen ser interpretadas como irónicas:

—No te preocupes por tu desgracia, mi buen Miles. Hay otros en el mundo cuya identidad les es negada y cuyas pretensiones son ridiculizadas. Ahora estás en buena compañía.

—¡Ah, rey mío! —exclamó Hendon, enrojeciendo ligeramente—. No me condenes... Espera y verás. No soy ningún impostor... Ella lo dirá. Ya lo has de oír de los labios más dulces de Inglaterra. ¿Yo, un impostor? Pues si me conozco este viejo salón, estos cuadros de mis antepasados y todas estas cosas que nos rodean igual que un niño conoce su propio cuarto de la niñez. Aquí he nacido y me he

criado, señor; digo la verdad, y si nadie más la creyese, te lo ruego, no la pongas *tú* en duda porque no podría soportarlo.

—Yo no lo pongo en duda —dijo el rey con sencillez y confianza infantiles.

—¡Te lo agradezco de todo corazón! —exclamó Hendon con un fervor que indicaba su emoción. Y con la misma sencillez dulce de antes, el rey añadió:

—¿Pones tú en duda lo que digo *yo*?

Una confusión culpable se apoderó de Hendon y dio gracias de que se abriera la puerta y entrase Hugo en ese momento, salvándolo de la necesidad de responder.

En pos de Hugo venía una hermosa dama ricamente ataviada, y tras ella, varios sirvientes de librea. La dama caminaba despacio, baja la cabeza y los ojos fijos en el suelo. El rostro era infinitamente triste y Miles Hendon se adelantó de un salto exclamando:

—¡Oh, Edith, querida mía!...

Pero Hugo lo apartó gravemente y dijo a la señora:

—¡Miradlo! ¿Lo conocéis?

La mujer se había sobresaltado levemente al oír la voz de Miles, enrojeciéndosele las mejillas... Ahora, temblaba. Durante una impresionante pausa de varios minutos, se quedó inmóvil, levantando luego la cabeza para mirar a los ojos de Hendon con mirada dura y asustada; la sangre desapareció de su rostro gota a gota, hasta que nada quedó en ella sino la palidez gris de la muerte; luego, con voz tan muerta como la cara, dijo—: ¡No lo conozco!; —y se

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO



volvió con un gemido y un ahogado sollozo, saliendo vacilante de la habitación.

Miles Hendon se hundió en una silla y se cubrió el rostro con las manos. Después de una pausa, su hermano dijo a los sirvientes:

—Ya lo habéis observado. ¿Lo conocéis?

Ellos sacudieron la cabeza y entonces dijo su amo:

—Los sirvientes no os conocen, señor. Me temo que se trate de un error. Ya habéis visto que mi esposa no os conoció tampoco.

—¡Tu esposa! —En un instante, Hugo fue encerrado contra la pared con un puño de hierro que le ceñía la garganta—: ¡Oh, astuto esclavo! ¡Ahora lo veo todo!... Tú mismo has escrito aquella carta falsa, y mi novia robada, así como mis propiedades, son el fruto de tu engaño. ¡Vamos, ahora vete, si no quieres que arruine mi reputación de soldado matando a un maniquí miserable como tú!

Rojo y casi sofocado, Hugo cayó tambaleando en la silla más cercana y ordenó a los sirvientes que capturasen y atasen al sanguinario desconocido. Los sirvientes vacilaron y uno de ellos dijo:

—Está armado, *sir* Hugo, y nosotros, inermes.

—¡Armado! ¡Y qué hay con eso, cuando vosotros sois tantos! ¡A él, os digo!

Pero Miles les advirtió que tuviesen cuidado con lo que hacían y agregó:

—Me conocéis de antes. . . No he cambiado. ¡Venid a mí, si así lo queréis! . . .

Esta advertencia no dio mucho ánimo a los sirvientes, que aún se mantuvieron alejados.

—Entonces, id, so míseros cobardes y armaos. . . Y vigilad las puertas mientras envío a alguien que me traiga a la guardia —dijo Hugo. Y volviéndose en el umbral, dijo a Miles—: Descubriréis que os conviene no molestarnos con inútiles tentativas de huida.

—¡Huida? Ahórrate inquietudes si es eso todo lo que te preocupa. Porque Miles Hendon es dueño de Hendon Hall y de todas sus pertenencias. Se quedará, ¡no lo dudes!

CAPÍTULO XXVI

REPUDIADO

El rey se sentó a cavilar durante unos minutos y luego dijo levantando la vista:

—Es extraño. . . muy extraño y no puedo explicármelo.

—No, no es extraño, señor. Yo lo conozco y su conducta es la única natural en él. Fue un pillo desde que nació.

—¡Oh!, no me refería a él, *sir* Miles.

—No a él. ¿A quién, entonces? ¿Qué es lo que encuentras raro?

—Que no sea echado de menos el rey.

—¿Cómo? ¿Cuál? Creo que no entiendo.

—¿De veras? ¿Y no te parece sumamente raro que el país no se haya llenado de emisarios y proclamaciones que describan mi persona y se encarguen de mi búsqueda? ¿No es acaso motivo de gran conmoción y angustia que desaparezca el jefe de un Estado?... ¿Que yo esté desaparecido y perdido?

—Es verdad, rey mío, lo había olvidado. —Y Hendon suspiró, murmurando para sí: “¡Pobre mente arruinada! ¡Todavía ocupada con ese patético sueño!”

—Pero tengo un plan que ha de salvarnos a ambos. Voy a escribir un documento en tres idiomas: latín, griego e inglés... Tú lo llevarás muy de prisa a Londres por la mañana. No has de dárselo a nadie más que a mi tío lord Hertford. Cuando él lo vea, sabrá que fui yo quien lo escribió. Entonces, ha de enviar por mí.

—¿No sería más seguro, príncipe mío, que esperásemos aquí hasta que yo pudiese probar quién soy y me fuese restituido el derecho sobre mis dominios? Estaría yo así tanto más capacitado para...

El rey lo interrumpió, dominante:

—¡Silencio! ¿Qué son tus míseros dominios, tus triviales intereses, comparados con asuntos que interesan el bienestar de una nación y la integridad

de un trono? —Luego, como arrepentido de us severidad, añadió con tono más suave:

—Obedece y no temas. Yo te haré justicia; ya te restituiré todo. ¡No! Más que todo cuanto tienes. Ya recordaré y recompensaré.

Así diciendo, tomó la pluma y se puso a trabajar. Hendon lo contempló amorosamente un rato y luego se dijo:

“Si fuese ya de noche, creería que era un rey quien hablaba. No puede negarse que, cuando está en vena, echa rayos y centellas como el mejor de los reyes. Y quisiera saber, ¿de dónde ha sacado destreza tal? Vedlo allí, contentísimo, borroneando y haciendo sus garabatos sin sentido, imaginándose que son en latín y en griego. . . Y a menos que mi ingenio me obsequie con algún medio afortunado de distraerlo de su propósito, me veré obligado a enviar mañana a alguien encargado de esta descabellada misión que se le ha ocurrido inventarme.”

Al momento, los pensamientos de Miles habían vuelto al episodio reciente y tan absorto estaba en sus cavilaciones que, cuando el rey le alcanzó más tarde el documento que había estado escribiendo, lo recibió y metió al bolsillo sin tener conciencia de aquel acto. —¡De qué manera más extraña se comportó! . . . —mascullaba pensando en Edith—. Creo que me reconoció y también creo que no me conocía. Me doy perfecta cuenta de que estas opiniones están en contradicción. No puedo conciliarlas, ni tampoco descartar ninguna de las dos o que el peso de una me convenza por argumentos que deba adoptar la otra. El asunto queda en la situación siguiente: ella debe de haber reconocido mi rostro, mi figura, mi voz; pues, ¿cómo podría ser de

otro modo? Dijo sin embargo que no me conocía y esa prueba es perfecta, pues ella no miente. Pero, detengámonos. . . Me parece que comienzo a ver claro. Quizá él haya influido sobre ella, le haya ordenado, *obligado* a mentir. ¡He ahí la solución! La adivinanza está resuelta. Parecía muerta de miedo. ¡Sí!. . . No hay duda que estaba bajo la coacción de él. La he de buscar, la encontraré y cuando no esté en presencia de Hugo, dirá lo que realmente siente. Recordará los viejos tiempos cuando éramos compañeritos de juegos y eso le ablandará el corazón, dejará de traicionarme y confesará conocerme. No hay en ella sangre de traidores. No, fue siempre sincera y veraz. Me amaba en aquellos días de antaño y ésa es mi garantía porque no se puede traicionar a quien se ama.

Anhelante, se dirigió a la puerta y en ese momento, ésta se abrió y entró lady Edith. Estaba muy pálida pero caminaba con paso firme y su continente era lleno de gracia y dulce dignidad. Su rostro estaba tan triste como antes.

Miles se abalanzó de un salto hacia ella, lleno de feliz confianza, pero la dama lo contuvo con un gesto apenas perceptible y él se detuvo donde estaba. Sentándose, le pidió a él que hiciese lo mismo. De esa manera sencilla destruía en él espíritu de camaradería que antaño existió entre ellos, convirtiéndolo en un extraño y en un huésped. La sorpresa que esto le causó y lo desconcertante que le resultaba, le hicieron dudar por un momento si realmente *era*, después de todo, la persona que pretendía ser. Y dijo lady Edith:

—Señor, he venido a advertiros. Los insanos no pueden quizá ser persuadidos contrariamente a sus

errores engañosos, pero no hay duda de que sí puede persuadirseles de los peligros que corren, para que los eviten. Creo que este sueño vuestro tiene para vos toda la apariencia de la verdad y en consecuencia, no constituye delito; pero no os detenáis aquí en este sitio con él, porque es peligroso. —Miró sin pestañear un momento a los ojos de Miles y luego dijo de modo impresionante—: Es tanto más peligroso por ser vos muy parecido a nuestro muchacho perdido tal como hubiese llegado a ser, de haber vivido.

—¡Cielos, señora, pero yo soy él!

—De veras creo que vos lo creéis, señor. No pongo en duda vuestra honradez al respecto... Pero os advierto, eso es todo. Mi marido es amo de toda esta región. Su poder apenas si tiene límite. Las gentes de aquí prosperan o se mueren de hambre, según su voluntad. Si vos no os parecierais al hombre que declararéis ser, mi esposo podría ordenaros que os hicierais el gusto en paz abrigando vuestro sueño, pero, confiad en mí, que lo conozco y sé lo que ha de hacer: dirá a todos que sois un loco impostor y todos le harán eco inmediatamente. —Inclinando aquella mirada de nuevo sobre Miles, agregó—: Si fuerais en realidad Miles Hendon y él lo supiese y toda la región se enterase (meditad en lo que os digo y ponderadlo bien) estaríais en gran peligro y vuestro castigo sería igualmente cierto: os negaría y denunciaría y nadie había de osar daros apoyo.

—En verdad, lo creo —dijo Miles amargamente—. El poder que puede ordenar a un amigo de toda la vida que traicione y repudie a otro y el obedecido puede también esperar con razón que le obe-

dezcán allí donde están implicados el pan y la vida sin que interese ningún vínculo anticuado de lealtad y de honra.

En la mejilla de la dama apareció por un momento un leve tinte de color y sus ojos fueron bajados al suelo; pero la voz no reveló emoción alguna al continuar:

—Os he advertido y debo aún advertiros que os marchéis de aquí. Si no lo hacéis, este hombre os destruirá. Es un tirano que no conoce la piedad. Yo, que soy su esclava encadenada, sé esto muy bien. Tanto el pobre Miles, como Arturo y mi querido tutor, sir Richard, están libres de él y descansan... Más os valdría estar con ellos que quedaros aquí en las garras de este renegado. Vuestras pretensiones son una amenaza a su título y posesiones; lo habéis asaltado en su propia casa. Estáis arruinado si os quedáis. Marchaos, no vaciléis. Si carecéis de dinero, tomad esta bolsa, os lo ruego, y sobornad a los sirvientes para que os dejen pasar. ¡Estad advertido, pobre alma, y escapad mientras podéis!

Rehusando la bolsa con un ademán, Miles se levantó y, de pie ante ella, le dijo:

—¡Concededme una cosa! Dejad que vuestros ojos descansan en los míos para que pueda yo ver si vacilan... ¡Así!... ahora, respondedme. ¿Soy o no, Miles Hendon?

—No. No os conozco.

—¡Juradlo!

La respuesta fue baja, pero clara:

—¡Lo juro!

—¡Oh, esto sobrepasa lo creíble!

—¡Huid! ¿Queréis acaso perder este tiempo precioso? ¡Huid y salvaos!

En ese mismo instante, los oficiales de la guardia irrumpieron en la habitación y se entabló una lucha violenta, pero Hendon fue pronto derrotado y llevado a la rastra. Apresaron también al rey y ambos fueron atados y conducidos a la prisión.

CAPÍTULO XXVII

EN LA CÁRCEL

Las celdas estaban todas repletas, de modo que los dos amigos fueron aherrojados en un gran aposento, donde comúnmente se encarcélaba a las personas que habían cometido faltas leves. Nuestros amigos tenían bastante compañía, pues había allí unos veinte prisioneros engrillados o maniatados, de ambos sexos y diversas edades, que formaban una pandilla indecente y ruidosa. El rey se indignó con aquella afrenta monstruosa inferida a su realeza; pero Hendon se puso caviloso y taciturno, pues estaba profundamente perplejo. Había regresado al hogar, hijo pródigo jubiloso, esperando encontrar a todo el mundo loco de alegría por su regreso. En lugar de eso, se encontraba con el repudio y la cárcel. La promesa y la realidad diferían tan diametralmente que tuvieron el efecto de aturdirlo: le era imposible decidir si era lo más trágico o lo más grotesco que darse pudiera. Se sentía tal como un hombre que alegremente hubiese salido a disfrutar de un arcoiris para ser derribado por un rayo.

Gradualmente, sin embargo, sus pensamientos confusos y atormentados se asentaron, alcanzando algo parecido al orden y entonces, su mente se concentró en Edith. Examinando su conducta a todas las luces, la daba vuelta para todos lados sin poder sacar nada satisfactorio de aquel examen. ¿Lo conocía? ¿O no lo conocía? Era aquel un rompecabezas desconcertante que le ocupó mucho tiempo, acabando por convencerse de que sí lo conocía y que lo había repudiado por razones interesadas. Hubiese deseado cargar su nombre de maldiciones, pero ese nombre había sido sagrado para él por tanto tiempo que se encontró con que no podía resolverse a profanarlo.

Envueltos en cobijas de cárcel, sucias y rotas, Hendon y el rey pasaron la noche inquietos. Sobornado, el carcelero había traído bebida a algunos de los prisioneros y la consecuencia natural fue que cantaron canciones groseras, pelearon, chillaron y estuvieron de francachela. Por último, poco después de medianoche, un hombre atacó a una mujer y la mató casi, golpeándola en la cabeza con las esposas antes de que el carcelero pudiese acudir a salvarla. El carcelero restituyó la tranquilidad con un golpe fuerte de garrote a la cabeza y los hombros de aquel individuo. La francachela cesó, y todos tuvieron entonces ocasión de dormir, siempre que no los molestase el lamentarse y gemir de los dos heridos.

Durante la semana siguiente, los días y las noches fueron de una igualdad monótona en cuanto a acontecimientos se refiere. De día, hombres que Hendon recordaba con mayor o menor claridad, venían a ver al "impostor" y a repudiarlo y llenar-

lo de insultos. De noche, las orgías y las broncas se sucedían con regularidad simétrica. Hubo, sin embargo, al final un cambio de incidentes cuando el carcelero introdujo a un anciano y le dijo:

—El villano está acá, pispa por ahí con tus viejos ojos y ve si puedes decir cuál de ellos es.

Hendon levantó la vista y tuvo la primer sensación placentera desde que fue a la cárcel. Se decía: “Este es Blake Andrews, que toda la vida fue sirviente de la familia de mi padre. Hombre bueno y sincero, con el corazón bien puesto en el pecho. Es decir, lo era antes. Pero nadie es leal ahora, sino que todos mienten. Este hombre me reconocerá, pero ha de negarme, igual que los demás.”

El anciano miró por todo el cuarto, contempló cada rostro por turno y dijo finalmente:

—No veo aquí a nadie sino a míseros bribones, escoria de las calles. ¿Cuál es?

El carcelero rio.

—¡Aquí! —le dijo—. Mira bien a este animal grande y concédeme una opinión.

El anciano se acercó, escudriñó a Hendon por todos lados un buen rato con gravedad y sacudió la cabeza, diciendo:

—¡Por la Virgen! ¡Este no es Hendon... ni lo fue nunca!

—¡Bien! Los viejos ojos sirven todavía. Si yo fuese sir Hugo, agarraría al rústico villano y... .

El carcelero terminó la frase levantándose de púntillas con una soga imaginaria al cuello, haciendo al mismo tiempo un ruido como de gárgaras que sugiriese la sofocación por asfixia.

El anciano dijo vengativamente:

—¡Ya puede bendecir a Dios si no lo pasa peor! Si yo estuviese encargado de este bellaco, habría de morir asado, o no soy yo un hombre auténtico.

El carcelero se rió con linda risa de hiena y dijo:

—¡Dile todo lo que piensas, viejo!... Todos hacen lo mismo. Verás cómo te diviertes. Y se retiró a la antecámara, desapareciéndose.

El anciano cayó entonces de rodillas y susurró:

—¡Gracias a Dios que has regresado, amo mío! Yo creía, desde hace siete años, que habías muerto y ¡hete aquí bien vivo! Te conocí desde el momento en que te vi, y buen trabajo me costó mantener la cara como si fuese de piedra y aparecer como que no veía aquí a nadie más que a pícaros de a tres por cuatro y pura escoria de las calles. Soy viejo y pobre, sir Miles, pero di una sola palabra y saldré a proclamar la verdad aunque me estrangulen por ello.

—No —dijo Hendon— no lo harás. Te perjudicarías tú y poco ayudarías a mi causa. Pero te lo agradezco, pues me has devuelto algo de mi perdida fe en la humanidad.

El viejo servidor se convirtió desde entonces en persona muy útil para el rey y para Hendon, pues varias veces al día, se llegaba a “insultar” a éste y siempre contrabandeaba algunos bocados para mejorar la comida de la prisión, sin dejar tampoco de darles las noticias del momento. Hendon reservaba las golosinas para el rey, ya que sin ellas Su Majestad no hubiese quizá sobrevivido, pues le era imposible comer las viles vituallas suministradas por el carcelero. Andrés se veía obligado a limitar sus visitas a breves minutos para evitar sospechas; pero cada vez, se las arreglaba para impartir bastante cantidad de información, dicha en voz baja,

en beneficio de Hendon e intercalada con epítetos insultantes, dichos en voz más alta, en beneficio de los oyentes.

Así, poco a poco, salió a relucir la historia de la familia. Hacía seis años que había muerto Arturo. Esa pérdida, junto con la carencia de noticias de Miles, dañaron la salud del padre. Convencido de que iba a morir, deseaba ver a Hugo y Edith unidos para toda la vida antes de que él muriese; pero Edith imploraba que se demorase la boda, esperanzada con el regreso de Miles. Cuando llegó la carta con noticias de la muerte de éste, la emoción postró a sir Ricardo y, creyendo próximo su fin, él y Hugo insistieron en el casamiento. Edith imploró y obtuvo una tregua de un mes, luego otro y finalmente un tercero. La boda se efectuó entonces, junto al lecho de muerte de sir Ricardo. No había resultado una unión feliz. Se susurraba en el país que, pocos días después de los esponsales, la novia había encontrado entre los papeles del marido, varios borradores incompletos de la carta fatal, y lo había acusado de precipitar el casamiento y también la muerte de sir Richard por su inicua falsificación. Por todos lados se oían, además, historias de crueldad para con lady Edith y los sirvientes. Desde la muerte de su padre, sir Hugo se había quitado todas las caretas de blandura y se había convertido en un amo implacable para todos quienes dependiesen de él o de sus dominios para su sustento.

Hubo un pasaje de la chismografía de Andrews que el rey escuchó con animado interés:

—Corre el rumor de que el rey está loco. Pero por caridad, no menciones que yo te lo dije, pues hablar de ello significa la muerte.

Su Majestad miró enojadísimo al anciano y le dijo:

—El rey no está loco, buen hombre, de ninguna manera, y encontrarás que te conviene más ocuparte de asuntos que te conciernen a ti, que de estas chácharas sediciosas.

—¿Qué quiere decir con eso el muchacho? —preguntó Andrews, sorprendido de aquel vivo ataque proveniente de un sector tan inesperado. Hendon le hizo una señal y el anciano no insistió en el asunto, sino que prosiguió con su bagaje de noticias:

—El difunto rey va a ser sepultado en Windsor, de aquí uno o dos días, y el nuevo rey será coronado en Westminster el día veinte.

—Me parece que primero habrán de encontrarlo —masculló Su Majestad, añadiendo luego, lleno de confianza—: Pero ya se ocuparán de ello, y lo mismo haré yo.

—En nombre de...

Pero el anciano no continuó, pues una señal de Hendon le advirtió que refrenara su observación, de modo que tomó el hilo de la chismografía.

—*Sir* Hugo asiste a la coronación y con grandes esperanzas, pues confía en regresar hecho un par de Inglaterra, ya que goza del favor del Lord Protector.

—¿Qué Lord Protector? —preguntó Su Magestad.

—Su señoría el duque de Somerset.

—¿Qué duque de Somerset?

—¡Por la Virgen!, que no hay sino uno: Seymour, conde de Hertford.

Con brusquedad el rey preguntó entonces:

—¿Desde cuándo es él duque y Lord Protector?

—Desde el último día de enero.

—Y ¿puede saberse quién le confirió tales dignidades?

El mismo y el Gran Consejo, con ayuda del rey.

Su majestad se sobresaltó violentamente.

—¡El rey! —gritó—. ¿Qué rey, buen señor?

—¡Qué rey, en verdad! (Dios misericordioso, ¿qué le pasa al muchacho éste?) Desde que no tenemos más que uno, no es difícil la respuesta: su más sagrada majestad el rey Eduardo Sexto ¡Que Dios lo conserve! ¡Sí, y por cierto que es un bribonzuelo gracioso y muy querido; esté loco o no, y dicen que mejora diariamente. Se oyen salir de todos los labios elogios de su persona, a quien todos bendicen, y se ofrecen plegarias por que sea preservado para reinar mucho tiempo en Inglaterra, pues se inició muy humanitariamente salvando la vida del viejo duque de Norfolk y está ahora empeñado en destruir la más cruel de las leyes que acosan y oprimen al pueblo.

Aquella noticia dejó al rey mudo de asombro y lo sumió en tan lúgubre arrobamiento, que ya no oyó nada de los chismes del anciano. Se preguntaba si “el bribonzuelo” era quizá aquel niño mendigo a quien había dejado en palacio vestido con sus ropas. No parecía posible que fuese así, pues con seguridad sus modales y modo de hablar lo hubieran traicionado si él hubiese simulado ser el Príncipe de Gales, en cuyo caso, sería inmediatamente despedido y se comenzaría la búsqueda del verdadero príncipe. ¿Sería acaso que la corte hubiese instalado a algún vástago de la nobleza en su

lugar? No, pues su tío no había de permitirlo, y era todopoderoso y podía aplastar un movimiento tal y lo haría naturalmente. Las cavilaciones del niño no le aprovecharon en absoluto y cuanto más trataba de resolver el enigma, más perplejo se ponía, más le dolía la cabeza y menos podía dormir. Cada hora aumentaba su impaciencia por estar en Londres, y el cautiverio se le hizo casi insoportable.

Todas las artes de Hendon, fracasaron respecto al rey, quien no podía ser confortado; en cambio dos mujeres que estaban encadenadas cerca de él tuvieron mejor éxito. Con sus cuidados benévolos, devolvieron al reyecito la paz y le enseñaron a tener paciencia en cierta medida. Les estuvo muy agradecido y llegó a quererlas mucho y a deleitarse con el dulce y calmante influjo de su presencia. Les preguntó por qué estaban presas y al contestarle ellas que por ser bautistas, el rey sonrió y preguntóles:

—¿Es eso acaso un delito por que se deba encerrar a alguien en una cárcel? Ahora me aflijo, pues voy a perderos: no van a reteneros mucho tiempo por tan poca cosa.

Ellas no respondieron y algo en sus rostros inquietó al rey, quien les dijo ansioso:

—¿Por qué no habláis? Sed buenas y decidme: ¿verdad que no habrá ningún otro castigo? Os ruego que me digáis que no hay temor de tal cosa.

Las mujeres trataron de cambiar de tema, pero los temores del rey ya se habían despertado y continuó con el asunto primero:

—¿Acaso van a azotaros? ¡No, no, no podrían ser tan crueles! Decidme que no, vamos, ¿Verdad que no? ¿O acaso sí?

Las mujeres revelaron confusión y angustia pero no pudieron eludir la respuesta, de modo que una de ellas dijo con voz ahogada por la emoción:

—¡Oh, nos partes el alma con tu espíritu dulce!
¡Dios nos ayude a soportar nuestros...!

—Eso es una confesión —interrumpió el rey—.
¡Entonces van a azotaros! ¡Los muy miserables y perversos! Pero no debéis llorar, no puedo soportarlo. Mantened el valor... Yo seré restituido a tiempo para salvaros de esta amargura. ¡Y lo he de hacer!

Cuando el rey se despertó por la mañana, las mujeres ya no estaban.

—Están salvadas —se dijo jubiloso, agregando luego desalentado—: ¡Pobre de mí, sin embargo, pues eran mis consoladoras!

Cada una le había dejado de recuerdo un pedacito de cinta pinchado en sus ropas y el rey declaró que conservaría siempre esos recuerdos y que pronto habría de buscar a esas amigas queridas y tomarlas bajo su protección.

Justo en ese momento, entró el carcelero con algunos subordinados y ordenó que los presos fuesen conducidos al patio de la cárcel. El rey tuvo un arrebató de alegría, pues sería para él una bendición ver el cielo azul y respirar de nuevo el aire libre. Después de sentir irritación y enfado por la lentitud de los empleados, vio por fin llegado su turno; le aflojaron la armella y le ordenaron que siguiese a los demás prisioneros, junto con Hendon.

El patio, o cuadrángulo, tenía pavimento de piedra y era abierto, sin techumbre alguna. Los presos entraron allí cruzando un pasaje abovedado, de

maciza albañilería y fueron colocados en fila, de pie y de espaldas a la pared. Se extendió una soga delante de ellos y además, estuvieron vigilados por los empleados de la cárcel. La mañana era fría y encapotada. La poca nieve que había caído aquella noche blanqueaba el gran espacio vacío y aumentaba la general lobreguez de su aspecto. A ratos, un viento invernal estremecía el lugar y arremolinaba la nieve por todos lados.

En el centro del patio, estaban dos mujeres atadas con cadenas a sendos postes. Una mirada bastó al rey para indicarle que se trataba de sus buenas amigas. Estremecido, se dijo: "¡Ay, que no habían salido en libertad como yo había creído!... ¡Pensar que personas como éstas puedan conocer los azotes!... ¡Y en Inglaterra! ¡Sí, en eso reside la verguenza, que no sea en tierras paganas sino en la cristiana Inglaterra! Serán flageladas y yo, a quien tanto supieron animar y consolar, deberé ser mero espectador y contemplar cómo se comete esa gran injusticia. ¡Es extraño, en verdad que yo, que soy la fuente auténtica del poder en este dilatado reino, no tenga recurso alguno para protegerlas! ¡Pero que se cuiden estos renegados, porque día llegará en que les exigiré una estricta rendición de cuentas por este acto! Por cada uno de los golpes que den hoy, van a recibir entonces ciento."

Se abrió luego de par en par una gran portada, precipitándose por ella una turba de ciudadanos que se juntaron alrededor de las dos mujeres ocultándolas de la vista del rey. Entró después un clérigo, quien, pasando entre la multitud, fue, a su vez, ocultado. El rey oyó entonces rumor de conver-

saciones como si se hiciesen y contestasen preguntas, pero no pudo entender lo que se decía. Siguió mucha bulla y preparativos y mucho pasar de funcionarios por entre el gentío que estaba junto a las mujeres por el lado más lejano a él; mientras aquello continuaba, se hizo un profundo silencio en la asamblea.

Siguiendo órdenes, las masas de gente se apartaron entonces haciéndose a un lado y pudiendo el rey ver un espectáculo que le congeló la médula de los huesos. ¡Cerca de las mujeres habían sido apilados haces de leña, y un hombre, de rodillas, empezaba a encenderlos!

Las mujeres inclinaron la cabeza y se cubrieron el rostro con las manos; las llamas amarillas comenzaron a elevarse entre la leña, que crepitaba y crujía, y guirnaldas de humo azulado, a ondear por el aire; el clérigo elevó las manos y comenzó una plegaria justo en el momento cuando entraban, volando, por el portal, dos chicuelas que se arrojaron sobre las mujeres en la hoguera, exhalando gritos penetrantes. Instantáneamente fueron arrancadas de allí por los empleados y una de ellas, sujeta fuertemente, mientras la otra se escapaba diciendo que había de morir con su madre. Antes de que pudieran detenerla, la niña había arrojado una vez más los brazos al cuello de la madre. De nuevo la apartaron con violencia, esta vez con el vestido en llamas. Dos o tres hombres la sujetaron y le arrancaron el trozo incendiado del traje —que fue arrojado lejos, ardiendo— mientras la muchacha forcejeaba por desasirse, repitiendo todo el tiempo que se quedaba sola en el mundo y rogaba que le permitiesen mo-

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO



rir junto con su madre. Aunque ambas muchachas gritaban continuamente, luchando por liberarse, la baraúnda fue ahogada de pronto bajo una andanada de chillidos de angustia mortal que penetró los corazones. El rey paseó la mirada, de las chicas frenéticas, a la hoguera, luego se dio vuelta y no miró más, diciendo: —Eso que he visto en este brevísimo instante único no desaparecerá nunca de mi recuerdo sino que allí permanecerá y lo he de ver siempre durante el día y soñar con él durante la noche, hasta que muera. ¡Pluguiese a Dios que hubiese sido ciego!

Hendon observaba al rey y se dijo con satisfacción: “Su enfermedad mejora. Está cambiado y se

pone cada vez más dulce. De ser como antes, hubiese vociferado contra estos pícaros diciendo que él era el rey y ordenando que libertasen a las mujeres sin daño alguno. Pronto le ha de pasar esa engañosa ilusión en que vivía y al olvidársele, su pobrecita inteligencia se recobrará. ¡Dios quiera que sea pronto!”

Aquel mismo día, trajeron a pasar la noche a varios prisioneros que habían de ser conducidos bajo vigilancia a diversos lugares del reino; a fin de que sufriesen el castigo que les correspondía por delitos cometidos. Habiéndose propuesto, desde un principio, instruirse para la función regia sometiendo a los presos a interrogatorios en cuanto se presentase la ocasión, el rey conversó con aquéllos, y el relato de sus calamidades le estrujó el corazón. Una era una pobre mujer imbécil que había robado un metro o dos de género a un tejedor y que iba a ser ahorcada por ese delito. Otro era un hombre acusado de haber robado un caballo. Habiendo fallado la prueba —según decía— se creía seguro de escapar a la horca; pero no fue así, pues apenas estuvo libre, fue procesado por matar un venado en los parques del rey. Esto fue probado en su contra y ahora iba camino de la horca. El caso de un aprendiz desazonó al rey especialmente, pues el joven contó que una noche había encontrado un halcón, escapado de su dueño, y se había creído autorizado para llevárselo a su casa; pero el tribunal lo encontró reo de robo y lo condenó a muerte.

El rey estaba furioso por estas inhumanidades y quería que Hendon se escapara por fuerza de la cárcel y huyese con él a Westminster, de modo que pudiese él por fin ascender al trono que era

suyo y elevar su cetro en defensa de estos desdichados, sal ándoles la vida. “¡Pobre niño!” —suspiraba Hendon—. “Estos infortunados relatos lo han vuelto a enfermar. ¡De no ser, ay, por ellos, hubiese estado curado en poco tiempo!”

Entre este nuevo grupo de presos, había un anciano abogado, hombre de rostro recio y semblante valeroso. Tres años atrás había escrito un panfleto contra el Lord Canciller, donde lo acusaba de injusticia, siendo por ello castigado con la pérdida de ambas orejas en la picota y la inhabilitación para actuar en el foro, sin contar una multa de 3.000 libras esterlinas y la prisión perpetua. Recientemente había incurrido en la misma ofensa y, en consecuencia, estaba ahora bajo sentencia de perder *lo que quedaba de sus orejas*, pagar una multa de 2.500 libras, ser marcado con hierros candentes en ambas mejillas y continuar en prisión perpetua.

—Estas son cicatrices honrosas— decía echándose atrás el pelo canoso y mostrando los muñones mutilados de lo que un día habían sido sus orejas.

La mirada del rey ardía de indignación. Por fin, dijo:

—Nadie cree en mí, y tampoco lo harás tú. Pero no importa. En el término de un mes, estarás libre. Más aún, las leyes que te deshonraron a ti y avergonzaron el nombre inglés, serán arrasadas de los estatutos. El mundo está mal hecho: los reyes deberían instruirse de vez en cuando en materia de sus propias leyes y, de ese modo, aprender clemencia (1).

(1) Véanse notas del Capítulo XXVII, al final del volumen.

CAPÍTULO XXVIII

EL SACRIFICIO

Entretanto, Miles Hendon se estaba cansando bastante del encierro y la inacción. Pero por fin le llegó el momento del juicio y pensó que recibiría con gusto cualquier sentencia, siempre que una nueva encerrona no formara parte de ella. Pero en eso estaba equivocado, pues se enfureció de lo lindo cuando se oyó describir como "vagabundo reincidente" y sentenciar a sentarse dos horas en la picota por tener tal reputación y por atacar al dueño de Hendon Hall. Despectivamente, no se tuvieron en cuenta, por indignas de ser examinadas, sus pretensiones de ser hermano de su perseguidor y heredero legítimo de las honras y patrimonio de los Hendon.

En camino al lugar del castigo, se enfureció y profirió amenazas; pero todo fue inútil pues los funcionarios lo apresaron con rudeza, haciéndolo continuar sin que tampoco faltase uno que otro puñetazo por su conducta irreverente.

El rey no pudo penetrar por entre la canalla que bullía tras Hendon y se vio obligado a seguirlo en la retaguardia, alejado de su buen amigo y servidor. Casi habían condenado al cepo también al rey, por estar en tan mala compañía; pero, en consideración a su juventud lo habían dejado libre con una reprimenda y una advertencia. Cuando finalmente la multitud hizo alto, el niño revoloteó febrilmente de un punto a otro del borde exterior, buscando un

lugar por donde introducirse y al fin, después de bastante dificultad y demora, lo consiguió. Allí estaba su pobre secuaz, sentado en el denigrante cepo, diversión y blanco de la chusma inmunda. ¡Todo un servidor personal del rey de Inglaterra! Eduardo había oído pronunciar la sentencia sin darse cuenta de la mitad de su significado. A medida que le penetraba el sentido de esta nueva indignidad que se le había inferido, su cólera empezó a remontarse y alcanzó calor al rojo en el momento de ver un huevo volar por el aire y reventar contra la mejilla de Hendon, mientras oía a la chusma rugir de gozo con aquel episodio. De un salto, cruzó el círculo abierto, confrontó al funcionario encargado y le dijo:

—¡Vergüenza debiera daros!... ¡Este es mi servidor: ponedlo en libertad! Soy el.. .

—¡Oh, por Dios, calla! —exclamó Hendon con pánico súbito—. ¡Vas a causar tu destrucción! No le hagáis caso, oficial, que está loco.

—No te preocupes de si le hago caso o no, buen hombre, pues tengo pocas intenciones de hacérselo. En cuanto a darle una lección, de eso sí que tengo ganas. —Y volviéndose a un subordinado, le dijo—: Deja que ese necio le tome el gustito al látigo, a ver si mejora sus modales.

—Media docena de azotes le vendrán mejor —sugirió *sir* Hugo, que había llegado a caballo hacia un momento para echar un vistazo a los acontecimientos.

Asieron al rey, quien ni siquiera luchó; tanto lo paralizó la mera idea del ultraje monstruoso que se proponía infligir a su sagrada persona. La Historia ya estaba profanada con el antecedente de la

flagelación de un rey inglés con látigos y resultaba intolerable la sola idea de que él proporcionase un duplicado de esa página vergonzosa. Estaba en una trampa, no tenía escapatoria y debía someterse al castigo o implorar el perdón. Era duro, pero aceptaría los azotes: un rey podía hacer eso, pero de ningún modo podía implorar.

Entretanto, sin embargo, Miles Hendon resolvía la dificultad. —¡Dejad en paz al niño! —les dijo—, so perros empedernidos! ¿Acaso no veis cuán joven y frágil es? ¡Dejadlo ir, que yo he de recibir los azotes que le correspondan!

—¡Buena idea, por la Virgen! ¡La agradezco! —dijo *sir* Hugo con el rostro iluminado de satisfacción—. Dejad ir al pordioserito y dad a este individuo una docena de azotes por él. ¡Una buena docena, bien fuertes! —Estaba ya el rey por hacer acto de feroz protesta, cuando *sir* Hugo lo hizo callar con esta observación eficaz—: Sí, habla, vamos, despáchate a gusto. Sólo ten en cuenta que, por cada palabra que pronuncies, tu amigo recibirá seis golpes adicionales.

Sacaron a Hendon del cepo y desnudaron su espalda. Mientras el látigo caía sobre ella, el pobrecito rey volvió la cara y dejó que las regias lágrimas cayeran sin reprimirlas. “¡Ah, corazón valeroso”, decía para sí. “Esta leal acción no perecerá jamás en mi recuerdo! ¡Y si yo no he de olvidarla, tampoco podrán olvidarla ellos!” —añadió colérico. Mientras meditaba, aumentó cada vez más en su mente la valoración de la conducta magnánima de Hendon, así como su propia gratitud. Más tarde, se dijo: “Quien salva a su príncipe de posibles heridas o de la muerte —y esto lo hizo él por mí— rea-

liza un elevado servicio; ¡pero eso no es nada, menos que nada, comparado con el acto de aquel que salva a su príncipe de la VERGÜENZA!”

Hendon no hizo alboroto alguno bajo el azote, sino que soportó los duros golpes con fortaleza propia de un soldado. Eso, unido al rescate del niño, recibiendo por él su castigo, obligaron al respeto aún de aquella mísera y degradada canalla reunida allí. Murieron el escarnio y la grito y no se oyó sonido alguno más que el que hacían los golpes al caer. Y fue marcando el contraste entre el silencio que reinaba en el lugar cuando Hendon se encontró de nuevo en el cepo, y el clamor insultante que se había oído poco antes. Acercándose con suavidad a Hendon, el rey le susurró al oído:

—Los reyes no pueden ennoblecerte a ti, alma grande y buena, porque Uno que está por encima de todos los monarcas ya lo ha hecho por ti; pero un rey puede, sí, confirmar ante los hombres tu nobleza. —Y recogiendo del suelo el azote, tocó con él ligeramente los hombros ensangrentados de Hendon, diciendo por lo bajo—: ¡Eduardo, de Inglaterra te nombra conde!

Hendon estaba conmovido. Los ojos se le humedecieron, y sin embargo, el terrible humorismo de la situación y de las circunstancias socavaron en tal forma su seriedad que tuvo que hacer lo indecible para evitar que saliese al exterior algún signo de su regocijo interior. Ser elevado de pronto, desnudo y ensangrentado, del cepo común, a la altura y esplendor alpinos de un condado, le parecieron el extremo máximo que se podía alcanzar de lo grotesco. Y se dijo: “Ahora sí que estoy adornado de hermosos oropeles: ¡el caballero espectral de los Sueños y las Sombras se ha convertido en un con-

de, también espectral! ¡Vertiginoso vuelo para un ala de poca plumas! Si esto sigue, llegaré a parecerme a un verdadero árbol de Navidad colgado de fantásticas charrerías y condecoraciones de pacotilla. Pero, sin valor real como son, yo las valoraré, por el amor con que me fueron conferidos. Preferibles son estas falsas dignidades mías que, sin ser solicitadas, me fueron dadas por limpia mano y recto espíritu, que las verdaderas que se compren con servilismo, al poderoso que las otorgue de mala gana e interesadamente.”

El temido *sir* Hugo dio vuelta a su cabalgadura y al espolearla para alejarse, la pared viviente se apartó para dejarlo pasar y se volvió a cerrar de nuevo en silencio. Y así quedó. Nadie llegó a aventurarse ni con una frase, en favor del preso ni tampoco en su elogio; pero no importaba, pues la ausencia de insultos era en sí un homenaje. Un recién llegado, que no estaba impuesto de las circunstancias, se permitió echar una mirada despectiva hacia el “impostor” y estaba a punto de seguirla con un gato muerto, pero fue inmediatamente derribado y sacado a puntapiés, después de lo cual el profundo silencio dominó una vez más.

CAPÍTULO XXIX

EN DIRECCIÓN A LONDRES

Cuando terminó el periodo de tiempo que debía cumplir Hendon en el cepo, se lo puso en libertad, ordenándosele que abandonase la región y no regresase por allí. Se le devolvió la espada, así como su



¡Eduardo de Inglaterra te nombra conde!

mula y su borrico. Una vez montado, se marchó seguido del rey, abriéndose el gentío para dejarlos pasar con silencioso respeto y dispersándose cuando se hubieron marchado.

Hendon estuvo pronto absorto en sus pensamientos, pues había cuestiones de gran importancia por resolver. ¿Qué debía hacer? ¿Adónde debía dirigirse? Tenía que encontrar fuerte ayuda en alguna parte, a riesgo de renunciar a su patrimonio y quedar, además, bajo la imputación de ser un impostor. ¿Dónde podía tener esperanzas de encontrar ayuda tal? ¿Dónde, en verdad? ¡Cuestión intrincada! Al rato se le ocurrió una idea que indicaba una posibilidad, la más ínfima de las posibilidades, por cierto, pero así y todo, digna de tenerse en cuenta por falta de alguna otra que fuese promisoras de alguna cosa. Recordó lo que había contado Andrews respecto a la bondad del joven rey y su generosa defensa de los agraviados e infelices. ¿Por qué no tratar de parlamentar con él e implorar justicia? ¿Podría acaso un mendigo abigarrado como él ser admitido a la augusta presencia de un monarca? No importaba. Ese asunto se arreglaría por sí mismo y no había por qué cruzar el puente antes de llegar a él. Siendo veterano, acostumbrado a inventar ardides y recursos, podría sin duda encontrar un medio. Sí, se dirigiría a la capital. Tal vez el viejo amigo de su padre, *sir* Humphrey Marlow le ayudaría. ¡El buen anciano *sir* Humphrey! Había sido lugarteniente en jefe de las cocinas, o caballerizas, o algo por el estilo, del difunto rey. Miles no recordaba qué cosa, o cuál. Ahora que tenía algo en que emplear sus energías y un objetivo bien claro que lograr, se despejó la nie-

bla de humillación y abatimiento que lo había envuelto. Levantando la cabeza, se puso a mirar a su alrededor, sorprendiéndose de haber llegado ya tan lejos. La aldea había quedado atrás hacia mucho y el rey iba a trote corto detrás de él, con la cabeza baja, pues también él iba sumido en sus proyectos y sus pensamientos. Un presentimiento triste empañó la alegría reciente de Hendon. ¿Estaría dispuesto el niño a regresar a una ciudad donde en toda su corta vida no había recibido más que malos tratos y pasado estrecheces? Pero, no había más remedio que preguntárselo, así que Hendon tiró de las riendas y exclamó:

—Me había olvidado preguntarte adónde nos dirigimos. ¿Tus órdenes, Majestad?

—¡A Londres!

Hendon continuó la marcha, muy contento con la respuesta, aunque también atónito por ella.

En todo el viaje no ocurrió aventura alguna de importancia. Pero terminó con una de proporciones. Aproximadamente a las 10 de la noche del 19 de febrero, pusieron pie en el puente de Londres, en medio de un gentío que se apretujaba, se retorcia, aullaba y vitoreaba y cuyas caras joviales por las libaciones de cerveza resaltaban marcadamente al resplandor de múltiples antorchas. Justo en ese momento, la cabeza descompuesta de algún duque de otros tiempos —o de algún otro noble— cayó entre la turbamulta, golpeando a Hendon en el codo y rebotando luego por entre la apresurada confusión de pies. ¡Tan inestables y propensas a desaparecer son las obras de los hombres en este mundo! No ha hecho más que tres semanas de muerto el extinto rey y no ha estado sepultado más de tres días

sin que caigan ya los ornamentos que con tanto trabajo seleccionó entre los personajes conspicuos de su reino para adorno de su hermoso puente. Un ciudadano, tropezando con aquella cabeza, hundió la propia en la espalda de alguien que tenía delante quien, a su vez, se volvió y derribó a la primer persona que encontró a su alcance, siendo inmediatamente echado por tierra por el amigo de esa persona. La ocasión era exactamente propicia para una pelea abierta, porque ya comenzaban las festividades del día siguiente —el de la Coronación—. Todo el mundo estaba pleno de patriotismo —y de bebida— y a los cinco minutos, la pelea libre había cubierto buen espacio de terreno; a los diez o doce, ocupaba una hectárea o poco más o menos y se había convertido en un tumulto. Por ese entonces, Hendon y el rey estaban ya separados irremediablemente y perdidos en el tropel y el alboroto de las masas rugientes de humanidad. Y allí los de-

CAPÍTULO XXX

LOS PROGRESOS DE TOM

Mientras el verdadero rey deambulaba por el país, mal vestido, abofeteado y escarnecido unas veces por vagabundos, y otras mezclado con ladrones y asesinos de la cárcel, llamado imparcialmente idiota e impostor por todos, el falso rey Tomasito Canty disfrutaba de una experiencia muy diferente.

Cuando lo vimos por última vez, la realeza empezaba ya a mostrarle su lado bueno. Y ese lado

bueno siguió mejorando día por día, hasta que al muy poco tiempo, se había convertido casi todo en alegría y deleite. Perdió el niño sus temores; fueron desapareciendo y murieron sus presentimientos; sus aprietos fueron reemplazados por un comportamiento fácil y confiado. Y explotó hasta el máximo la mina del "muchacho-de-los-azotes", con beneficios crecientes.

Cuando deseaba jugar o conversar, ordenaba que ladi Elizabeth y ladi Jane Grey fuesen traídas a su presencia y las despedía cuando había terminado con ellas, con aire de quien está acostumbrado a tales actos. Y ya no le causaba confusión que esos elevados personajes le besaron la mano al despedirse.

Llegó a gustarle que lo condujesen a la cama con toda ceremonia por la noche, y lo vistieran con intrincados y solemnes ritos por la mañana. Llegó a serle un placer orgulloso marchar a comer acompañado por una rutilante procesión de funcionarios de estado y caballeros de armas; tanto que redobló su guardia de soldados e hizo llegar a cien su número. Gustaba también de oír resonar las trompetas por los largos corredores y las voces lejanas que respondían: ¡Paso al rey!

Aprendió aun a disfrutar de sus audiencias en el consejo cuando, sentado en su trono de gran ceremonia, parecía ser algo más que el intérprete del Lord Protector. Le gustaba recibir a los grandes embajadores con sus lujosas comitivas y oír los afectuosos mensajes que le enviaban los monarcas ilustres llamándole "hermano". ¡Oh, feliz Tomasito Canty, anteriormente de Offal Court!

Gozaba con sus espléndidas ropas y encargó algunas más; encontró que eran pocos sus cuatro-

cientos sirvientes para una auténtica magnificencia y los triplicó. La adulación de los cortesanos con sus zalemas se convirtió en dulce música para sus oídos. Continuó, sin embargo, siendo benévolo y gentil, y un recio y decidido paladín de todos los oprimidos, así como haciendo guerra incansable a las leyes injustas; sin embargo, ocasionalmente, y si lo ofendían, era muy capaz de volverse hacia un conde o aun un duque y echarle una mirada que lo hacía temblar. Una vez, cuando su regia "hermana", la austeramente santa lady Mary, se propuso razonar con él contra la imprudencia de su política de indultar a tantas gentes que de otro modo hubiesen estado en la cárcel, o sido ahorcadas o quemadas, recordándole que las cárceles de su augusto padre difunto habían contenido a veces no menos de sesenta mil reos a la vez, y que durante su admirable reinado había despachado setenta y dos mil ladrones y asaltantes para ser muertos por el verdugo (1), el niño se llenó de generosa indignación y le ordenó que se retirase a su gabinete y rogase a Dios quitarle la piedra que tenía en el pecho y darle un corazón humano.

¿Acaso no turbaba nunca a Tom Canty el pensamiento del legítimo principito que lo había tratado con tanta bondad y se había lanzado con tal celo a vengarle del insolente centinela de la portada de palacio? Sí; sus primeros días y noches de realeza estuvieron bastante salpicados de dolorosos pensamientos del príncipe perdido y de sinceras ansias por que volviese y fuese felizmente restaurado a sus derechos y esplendores de nacimiento. Pero a me-

(1) Hume, *England* (Inglaterra).

dida que fue pasando el tiempo y el príncipe no regresaba, la cabeza de Tom se fue ocupando cada vez más con sus experiencias nuevas y deleitosas hasta que, poco a poco, el monarca desaparecido fue desvaneciéndose de su pensamiento. Finalmente, cuando ese recuerdo se le inmiscuía a intervalos, había llegado ya a ser un fantasma molesto pues hacía sentir a Tom, culpa y vergüenza.

En cuanto a la pobre madre y las hermanas de Tomasito, siguieron idéntico camino para salir de la mente del niño. Al principio, las añoraba, sentía dolor a causa de ellas y ansiaba verlas; pero después, la idea de que pudiesen aparecer un día con sus harapos y su mugre, traicionarlo con sus besos y derribarlo a la fuerza de su elevada posición, arrastrándolo de nuevo a la miseria, a la degradación y a los barrios bajos lo hacían estremecer. Por último, acabaron casi por completo por no turbar ya sus pensamientos. Y eso lo conformaba. Casi lo alegraba, pues en cuanto se le aparecían ahora rostros tristes y acusadores, le hacían sentir más despreciable que un gusano de aquellos que reptan.

El 19 de febrero a medianoche, Tom Canty en su riquísima cama de palacio se hundía en el sueño, custodiado por sus leales vasallos y rodeado de todas las pompas de la realeza, feliz porque el siguiente era el día señalado para su solemne coronación como rey de Inglaterra. A esa misma hora Eduardo, el auténtico rey, famélico y sediento, sucio y desastrado, cansado del viaje, vestido de trapos y jirones —resultado del tumulto del que había participado— se encontró metido como una cuña entre las gentes apiñadas que miraban con profundo interés a ciertas cuadrillas de obreros que,

en gran número, entraban y salían de la Abadía de Westminster, atareados como hormigas y que hacían los últimos preparativos para la coronación real.

CAPÍTULO XXXI

LA PROCESIÓN CÍVICA DE IDENTIFICACIÓN

Cuando se despertó a la mañana siguiente, el aire, alrededor de Tom Canty, estaba cargado de un murmullo atronador. Para él, fue música, pues significaba que el pueblo inglés estaba fuera en pleno para dar leal acogida al gran día.

Más tarde, Tomasito se encontró una vez más como figura principal de una maravillosa procesión flotante sobre el Támesis; pues la antigua costumbre imponía que “la procesión de identificación”, que debía atravesar todo Londres, partiese de la Torre, y hacia allí se dirigía ahora.

Cuando llegó a la Torre, los costados de esa fortaleza venerable parecieron abrirse de pronto en mil lugares y de cada hendidura saltó una lengua de fuego y un borbotón de humo blanco; siguió luego una ensordecedora explosión que ahogó el griterío de la multitud e hizo temblar el suelo. Los chorros flamígeros, el humo y las explosiones se repitieron muchas veces con celeridad maravillosa, de modo que en pocos minutos la vieja Torre desaparecía en la enorme bruma de su propio humo; todo, menos el tope del edificio, llamado la Torre

Blanca. Esta, con sus pendones, se destacaba por encima de la masa densa de vapor, como la cúspide de una montaña se proyecta por encima de un cúmulo de nubes.

Espléndidamente ataviado, Tom Canty montó un brioso corcel de guerra cuyos ricos arreos casi llegaban hasta el suelo. Su "tío", el Lord Protector Somerset, montado en forma parecida, ocupó su sitio tras él. La guardia real, formaba de a uno en fondo a ambos lados, con sus armaduras relucientes. Después del Protector seguía un desfile aparentemente interminable de esplendorosos hidalgos acompañados de sus vasallos; tras éstos iba el alcalde y el cuerpo del ayuntamiento, de togas de terciopelo carmesí, con sus cadenas de oro atravesándoles el pecho; y después de ellos, los jefes y socios de todos los gremios de Londres, de luja indumentaria y con los vistosos banderines de sus diversas corporaciones. También formando parte del desfile y como guardia de honor especial para cruzar la ciudad, iba la Honorable Compañía de Artillería, organización que ya entonces contaba trescientos años y era el único cuerpo militar inglés con el privilegio (que conserva aún hoy) de mantenerse independiente de las órdenes del Parlamento. Era un espectáculo brillante y en todo el camino fue saludado con aclamaciones, a medida que marchaba majestuosamente por entre las compactas multitudes de ciudadanos. El cronista dice: "El rey, cuando entró en la ciudad, fue recibido por el pueblo con plegarias, bienvenidas, gritos y palabras tiernas y todos aquellos signos que indican el fervoroso amor de los súbditos por su soberano, quien, levantando el alegre rostro hacia los

que estaban más lejos y usando tiernas palabras para aquellos que estaban cerca, no se mostraba menos agradecido de ser objeto de la buena voluntad del pueblo, que ellos de ofrecérsela. A todos los que le deseaban bien, el rey daba las gracias. A todos los que le saludaban con un: "¡Dios salve a su Majestad!", les retribuía con un: "¡Dios salve a todos vosotros!", agregando que: "¡Les agradecía de todo corazón!" Maravillosamente transportado estuvo el pueblo con las amantes respuestas y ademanes de su rey.

En la calle Franchurch, un "hermoso niño, de costosa vestimenta", estaba de pie en un estrado para dar a su majestad la bienvenida del municipio. La última estrofa de su saludo fue como sigue:

"¡Bien venido, oh, Rey! tanto como lo conciba el corazón!

¡Bien venido otra vez, tanto como la lengua pueda expresar!

¡Bien venido seas para las lenguas gozosas, las almas valerosas!

¡Que Dios te guarde, le rogamos, y deseamos por siempre tu bien!"

Hubo entre la gente una feliz explosión y un clamoreo que repetía con voz unánime lo que el niño había dicho. Tomasito Canty miró a lo lejos, por encima de aquel mar ondulante de rostros anhelosos y sintió el corazón henchido de triunfo, pues tuvo la sensación de que una de las cosas dignas de ser vividas en este mundo era ser rey e ídolo de una nación. Más adelante divisó a distancia a dos de sus harapientos camaradas de Offal Court, uno de ellos, el Lord Alto Almirante de su antigua corte de mentirijillas; el otro, Primer Lord de la

Cámara Dormitorio de la misma jactanciosa ficción. Su orgullo creció más que nunca. ¡Si al menos le fuese dado que lo reconocieran! ¡Qué gloria indecible sería que aquellos dos pudiesen reconocerlo y convenirse de que el rey falso y ridiculizado de los barrios bajos y las callejuelas de los suburbios, se había convertido en un rey auténtico, que tenía a sus pies, como a humildes lacayos, a duques ilustres, y aun a príncipes, y al mundo inglés en pleno. Pero tuvo que privarse de tal gozo y ahogar su deseo, puesto que el gusto de tal reconocimiento podría costarle caro; de modo que volvió la cabeza, dejando que los dos chicos mugrientos continuasen su clamoreo y sus alegres adulaciones sin sospechar a quién las estaban prodigando.

De cuando en cuando, se elevaba el grito de: “¡Una dádiva, una dádiva!...” Y Tom respondía desparramando bien lejos un puñado de monedas nuevecitas para que la multitud se confundiera por arrebatarlas.

El cronista relata: “En el extremo superior de la calle Gracechurch, ante el letrero del Aguila, el municipio había erigido un magnífico arco, bajo el cual había un estrado que se extendía de un lado de la calle hasta el otro. Allí se exhibía una representación escénica histórica de los progenitores inmediatos del rey. Estaba sentada Isabel de York, en medio de una inmensa rosa blanca cuyos pétalos formaban complicados faralás a su alrededor; a su lado, estaba Enrique VII, de cuya figura salía una enorme rosa roja dispuesta en igual forma que la anterior; las manos de la real pareja estaban entrelazadas, con el anillo de matrimonio ostentosamente visible. De las rosas blanca y roja salía un ta-

llo que llegaba hasta un segundo escenario, ocupado por Enrique VIII, quien surgía de una rosa blanca y roja, con la efigie de Juana Seymour, la madre del nuevo rey, representada a su lado. Brotaba de esta pareja una rama que ascendía hasta un tercer escenario, donde aparecía sentada la efigie del propio Eduardo VI, entronizado en toda su real majestad y el espectáculo estaba totalmente encuadrado con guirnaldas de rosas rojas y blancas.

“Esta primorosa y colorida representación tuvo tal efecto en el pueblo regocijado, que sus aclamaciones apagaban la poca voz de la criatura cuya misión era explicar aquello con rimas elogiosas. Pero Tom Canty no lo lamentaba, pues aquel clamor de lealtad le era música más dulce que cualquier poesía, por buena que fuese su calidad. Por doquiera que Tomasito volviese el rostro, las gentes reconocían la exactitud del parecido de la efigie con él, su contrafigura de carne y hueso, y prorrumplían en torbellinos de aplausos con cada descubrimiento.

“El inmenso espectáculo continuaba, bajo un arco de triunfo tras otro, pasando por una aturdidora sucesión de cuadros vivos espectaculares y simbólicos, tipificando o exaltando cada uno alguna virtud, talento o mérito del pequeño rey. Por toda la extensión de Cheapside, colgaban estandartes y gallardetes de cada ventana y tejadillo y tapizaban las calles las más suntuosas alfombras, telas y lamas de oro, como muestras de la gran riqueza almacenada en el interior, y el esplendor de esa vía pública era igualada en las demás calles y a veces, aun superado.”

—¡Y todos estos prodigios y maravillas son para darme la bienvenida a mí! —murmuraba Tom Canty.

Con las mejillas rojas de emoción, relampagueantes los ojos y los sentidos arrebatados de un delirio de placer, el falso rey estaba en cierto momento levantando la mano para arrojar otra copiosa dádiva, cuando alcanzó a ver una cara pálida y azorada que con esfuerzo salía de la segunda fila, adelantándose a la multitud para clavar en él su intensa mirada. Se sintió súbitamente consternado hasta la enfermedad, pues reconoció en aquélla, la cara de su madre. ¡Instantáneamente voló su mano con la palma hacia arriba tapándole los ojos!, con aquel ademán involuntario de siempre, nacido de un episodio olvidado ya y perpetuado luego por el hábito. En un instante, ella se hubo desembarazado de la presión de la turba, pasó delante de los guardías y estuvo a su lado. Abrazándole una pierna, se la cubrió de besos y gritó:

—¡Oh, hijo mío, querido mío!, —levantando hacia él un rostro transfigurado de júbilo y de amor. En el mismo instante, un oficial de la guardia real la sacó de allí violentamente y con una maldición, arrojándola tambaleante al sitio de donde viniera con un fuerte impulso de su brazo. Cuando esto tan lamentable ocurría, salían de los labios de Tom Canty las palabras—: ¡No os conozco, mujer!; —pero al verla así tratada, el corazón le golpeó y al volverse para echarle una última mirada mientras la envolvía la multitud haciéndosela perder de vista, ella pareció tan herida, tan angustiada, que la vergüenza se apoderó del niño, consumiendo su orgullo hasta convertirlo en cenizas y marchitando su realeza robada. Todas sus magnificencias que-

daron, de un golpe, sin valor y parecieron caérsele del cuerpo como si hubiesen sido harapos podridos.

El espectáculo continuó, pasando por esplendores siempre en aumento y tempestades igualmente crecientes de salutación; pero ya no existían para Tom Canty, pues ni veía ni oía más nada. La realeza había perdido toda su gracia y dulzura y sus pompas se habían convertido en un reproche porque el remordimiento le roía el corazón. Por fin, exclamó: —¡Quisiera Dios librarme de mi cautiverio! —cayendo inconscientemente en la fraseología de los primeros días de su grandeza obligatoria.

Como una radiante e interminable serpiente, el deslumbrante espectáculo continuaba desarrollándose por las tortuosas callejas de la primorosa ciudad vieja y por entre las multitudes aclamantes. Pero el rey seguía cabalgando cabizbajo y con mirada vacua, pues únicamente veía el rostro de su madre y aquella su mirada herida.

—¡Dádiva, dádiva! —El clamor caía en oídos sordos.

—¡Viva Eduardo de Inglaterra! —La tierra parecía estremecerse con aquella explosión; pero no había reacción por parte del rey. La oía como quien oye la atronadora marejada cuando llega al oído a través de gran distancia, pues quedaba ahogada en él por otro sonido que estaba mucho más cerca, en su propio pecho, en su conciencia acusadora; una voz que le repetía, una y otra vez, las palabras vergonzosas: —¡No os conozco, mujer!

Aquella frase golpeaba el pecho del rey como las campanas fúnebres golpean el alma del amigo que sobrevive cuando ellas le recuerdan traiciones sufridas por su causa por aquél que se ha ido.

A cada vuelta, se desarrollaban nuevas glorias, surgían a la vista nuevas maravillas y nuevos portentos; los clamores reprimidos de las baterías, hasta entonces a la espera, fueron ahora descargados. Nuevos éxtasis se derramaban por las gargantas de las multitudes que aguardaban; pero el rey no daba señal alguna, pues la voz acusadora que continuaba gimiendo en su pecho desconsolado era el único sonido que oía.

Más adelante, se alteró levemente la alegría reflejada en los rostros del populacho adquiriendo un toque de algo que se parecía a la inquietud y al afán y observándose, además, una merma en el volumen de los aplausos. Rápido, el Lord Protector observó estos detalles y estuvo rápido también en descubrir la causa. Espoleando su caballo hasta ponerlo junto al del rey, se agachó en su silla, se descubrió y le dijo:

—Señor, es mal momento éste para soñar despier-to. El pueblo ha observado tu cabeza caída y tu semblante ensombrecido y lo toman como un presagio. Sigue mi consejo y descubre el sol de la realeza. Déjalo brillar sobre estas brumas ominosas para que se dispersen. ¡Levanta la cabeza y sonríele al pueblo!

Así, diciendo, el duque desparramó a derecha e izquierda un puñado de monedas, retirándose luego a su sitio. El falso rey hizo mecánicamente aquello que se le pedía, pero su sonrisa carecía de alma aunque pocos fueron los ojos que estuvieran bastante cerca o fueran bastante perspicaces para notarlo. Los saludos de su cabeza empenachada eran graciosos y amables cuando saludaba a sus súbditos y las dávidas prodigadas por su mano eran generosas, como de rey, y así fue desapareciendo la in-

quietud de las gentes y las aclamaciones estallaron de nuevo con igual volumen que antes.

Pero todavía una vez, antes que terminase el desfile, se vio obligado el duque a adelantarse y reconvenirlo con un susurro:

—¡Oh, temida majestad! ¡Disipa esas brumas fatales, que los ojos del mundo están fijos en ti! —Y ásperamente incomodado, añadió—: ¡Que el diablo se lleve a esa mendiga trastornada! Fue ella quien perturbó a Su Alteza.

La magnífica figurita volvió hacia él una mirada opaca y dijo con voz sin vida:

—¡Era mi madre!

—Dios mío! —gimió el Protector tirando las riendas a su caballo y retrocediendo hasta su sitio—. El presagio estaba cargado de profecías. ¡Se ha vuelto loco otra vez!

CAPÍTULO XXXII

EL DÍA DE LA CORONACIÓN

Retrocedamos unas cuantas horas y situémonos en la abadía de Westminster a las cuatro de la mañana de aquel memorable Día de la Coronación. No estamos solos, pues, aunque todavía es de noche, encontramos las gradas —iluminadas con antorchas— llenándose ya de gentes que se conforman de buen grado con sentarse a esperar siete u ocho horas, para ser testigos de algo que difícilmente podrían ver dos veces en su vida: la coronación de un rey. Sí, a las tres, los estampidos de los cañones anunciadores habían puesto en movimiento

a Londres y a Westminster y ya acudían a las entradas reservadas para su clase, multitudes de gentes ricas y sin título que habían comprado el privilegio de tratar de encontrar asiento en las graderías.

Las horas se suceden lentas y bastante aburridas. Ha cesado todo movimiento, pues todas las gradas están repletas desde hace mucho tiempo. Podemos pues sentarnos a observar y pensar a gusto. Aquí, allí y acullá, vislumbramos a través del vago crepúsculo de la catedral, parte de muchas graderías y balcones atestados de gente. Las demás partes están ocultas a nuestra vista por columnas u otras proyecciones arquitectónicas que se interponen. Tenemos a la vista el gran crucero del norte, vacío aún y aguardando a los privilegiados de Inglaterra. Veamos también la amplia superficie o plataforma, alfombrada con telas suntuosas, donde se encuentra el trono. Este ocupa el centro de la plataforma y está elevado con cuatro escalones sobre su nivel. Dentro del recinto del trono está encerrada una piedra plana y áspera —la piedra de Scone— sobre la que se sentaron para ser coronados muchas generaciones de escoceses, de modo que con el tiempo, se hizo sagrada como para llenar el mismo objeto respecto de los monarcas ingleses. Tanto en el trono como su taburete para los pies está cubierto de lama de oro.

Reina el silencio, las antorchas parpadean sin brillo y el tiempo se arrastra pesadamente. Pero por fin aparece la morosa luz del día, se apagan las antorchas y un resplandor suave baña todos los grandes espacios. Se distinguen ahora todas las características del noble edificio, aunque suave y vagamente porque el sol está ligeramente velado de nubes.



—Os prohíbo colocar la corona de Inglaterra sobre esa cabeza sin derechos legítimos. ¡Yo soy el rey!

La primera interrupción de aquella monotonía somnolienta ocurre a las siete, pues al dar esa hora la primera de las damas nobles entra en el crucero, ataviada como Salomón en cuanto a esplendor, y es conducida hasta su sitio señalado por un funcionario vestido de rasos y terciopelos, mientras que una contrafigura de éste recoge la larga cola de la dama, sigue a ésta y cuando la dama se ha sentado le arregla la cola en la falda; luego coloca su taburete para los pies según los deseos de la señora y después le pone a mano la corona, para cuando llegue el momento de la colocación simultánea de todas las coronas nobiliarias. Por entonces, las damas de la nobleza están llegando en continua y brillante corriente, y por todos lados relumbran y revolotean los funcionarios vestidos de raso, a fin de instalarlas cómodamente. La escena se ha puesto ahora bastante animada. Hay vida, movimiento y color cambiante por todos lados. Un rato después vuelve a reinar la quietud, pues ya han llegado todas las damas nobles y están instaladas en sus sitios, formando una completa hectárea —o poco más o menos— de flores humanas resplandeciente de abigarrados colores y escarchada de brillantes como la Vía Láctea. Todas las edades están allí representadas. Hay viudas curtidas, arrugadas y canosas que podrían retroceder y retroceder en el tiempo hasta recordar la coronación de Ricardo III y los agitados días de esa antigua época olvidada; luego hay hermosas damas de edad madura y señoras jóvenes preciosas y amables, así como bellísimas y gentiles muchachas de ojos brillantes y cutis fresco que es muy posible se pongan con torpeza la enjoyada corona cuando llegue el momento, pues será asunto nue-

vo para ellas, siendo su emoción un serio estorbo además. Con todo, puede no ocurrir tal cosa, pues el peinado de todas estas damas ha sido arreglado con la intención especial de alojar rápida y eficazmente una corona cuando la señal sea dada.

Ya hemos visto que este despliegue en masa de damas nobles está densamente sembrado de diamantes y vemos también que constituyen un espectáculo de maravilla. Pero es ahora cuando vamos a quedar atónitos de veras. Alrededor de las nueve, las nubes se despejan y un haz de rayos de sol hiende la atmósfera suave, flota lentamente por entre las filas de damas y, cada fila que toca, se enciende con esplendor deslumbrante en fuegos multicolores, haciéndonos electrizar hasta la punta de los dedos con la sorpresa y hermosura del espectáculo. Más tarde, un enviado especial de algún distante rincón del Oriente, marchando junto con el cuerpo de embajadores extranjeros, cruza esa barra de sol y debemos contener la respiración. ¡Tan subyugante es la gloria que fluye, relampaguea y palpita a su alrededor! Está incrustado de joyas de la cabeza a los pies y su mínimo movimiento produce una lluvia radiante que baila a todo su alrededor.

Por conveniencia, cambiaremos el tiempo de verbo. El tiempo fue pasando —una hora, dos horas, dos horas y media— hasta que el profundo estampido de la artillería indicó que el rey y su magnífica procesión habían llegado por fin. Se regocijó entonces la multitud aunque todos sabían que les esperaba una nueva demora, pues el rey debía ser preparado y vestido con la toga para la solemne ceremonia; pero esa espera estaría agradablemente ocupada por la reunión de los pares del reino con sus

togas de gala. Dichos lores fueron escoltados a sus asientos con toda ceremonia y sus coronas colocadas convenientemente a mano. Mientras, el público de las gradas estuvo animado de gran interés, pues la mayoría veía por primera vez a duques, condes o barones cuyos nombres figuraban en la Historia desde quinientos años atrás. Cuando finalmente estuvieron todos instalados en sus sitios, el espectáculo fue completo desde las graderías y los demás puntos estratégicos: un espectáculo para contemplar y recordar.

Desfilaron ahora las grandes cabezas mitradas de la iglesia y sus acompañantes, ocupando en el tablado sus sitios señalados. Los siguió el Lord Protector y otros altos dignatarios y a éstos, a su vez, un destacamento de guardias, cubiertos de acero.

Hubo un compás de espera; luego, a una señal, se produjo un estallido musical y Tomasito Canty, cubierto con un largo manto de lama de oro, apareció por una puerta y avanzó por el estrado. Se levantó en masa la multitud y comenzó entonces la ceremonia de la Identificación.

La abadía fue luego invadida por una noble antífona con sus olas de riquísimo sonido y de esa manera anunciado y recibido, Tom Canty fue conducido al trono. Las antiguas ceremonias prosiguieron con solemnidad impresionante mientras el auditorio miraba con fijeza. A medida que los ritos se iban completando, Tom Canty empalidecía más y más, y la angustia y el abatimiento se apoderaron de su espíritu y de su corazón lleno de remordimientos.

Por último, se aproximaba el acto final. El arzobispo de Canterbury levantó de su almohadón la

corona de Inglaterra y la sostuvo sobre la cabeza del falso rey, quien estaba temblando. En el mismo instante, un resplandor de arco iris brilló por el espacioso crucero, porque con un solo impulso cada individuo de aquella enorme concurrencia de nobles levantó una corona y la posó sobre su cabeza, deteniéndose en esa actitud.

Un profundo silencio invadió la abadía y en ese momento impresionante, una aparición sorprendente se metió por fuerza en el recinto, una aparición que nadie, entre la absorta multitud, había observado, hasta que de pronto se puso a avanzar por la gran nave central. Era un muchachito, en cabeza, mal calzado y vestido de groseras prendas plebeyas que ya estaban pasando al estado de harapos. Con solemnidad que mal convenía con su aspecto mísero y mugriento, levantó la mano y formuló la siguiente advertencia:

—Os prohíbo colocar la corona de Inglaterra sobre esa cabeza sin derechos legítimos. ¡Yo soy el rey!

En un minuto varias manos indignadas se posaron sobre el muchacho; pero en el mismo instante, Tom Canty, con sus regias vestiduras, dio un rápido paso adelante y exclamó con voz resonante:

—¡Soltadlo y conteneos! El es, en verdad, el rey.

Una especie de pánico de azoramiento se apoderó de la concurrencia. Perplejos se levantaron parcialmente de sus asientos mirándose unos a otros y a las figuras principales de la escena, como personas que no supiesen si estaban despiertas y en sus cabales o dormidas y soñando. Tan atónito como el resto, el Lord Protector se recobró pronto y exclamó con voz autoritaria:

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO



—¡No hagáis caso de Su Majestad. Su enfermedad lo domina nuevamente: apresad al vagabundo!

Y hubiese sido obedecido, pero el falso rey golpeó con el pie y gritó:

—¡A vuestro riesgo! ¡No lo toquéis! ¡Es el rey!

Las manos se detuvieron y todo quedó paralizado: nadie se movió, nadie habló. En verdad, nadie sabía cómo actuar ni qué decir en emergencia tan extraña y sorprendente. Mientras las inteligencias enredándose vacilaban por reajustarse, el muchacho continuaba avanzando tranquilo, con altivo porte y confiado semblante, sin haberse detenido para nada desde el principio, y mientras las mentes continuaban luchando impotentes, el niño puso pie en

la plataforma y el falso rey corrió con rostro feliz a recibirlo. Arrodillándose ante él, le dijo:

—¡Oh mi señor y rey, permite que sea Tom Canty quien primero te jure fidelidad y te diga: — ¡Ponte la corona y posesiónate de lo tuyo una vez más!

La mirada del Lord Protector cayó severa sobre el recién llegado; pero inmediatamente, la severidad fue reemplazada por una expresión de maravillada sorpresa. Igual cosa ocurrió con los demás grandes dignatarios. Mirándose unos a otros, retrocedieron todos un paso por inconsciente y unánime impulso. Todos pensaban idéntica cosa: ¡Cuán extraño parecido!

Perplejo, el Lord Protector reflexionó un minuto o dos y luego dijo con respetuosa gravedad:

—Con tu favor, señor, deseo formularos ciertas preguntas que...

—Las contestaré, milord.

El duque le hizo muchas preguntas sobre la corte, el difunto rey, las princesas... El muchacho las contestó correctamente y sin titubear. Describió los aposentos de gala de palacio y los departamentos del difunto rey así como los del Príncipe de Gales.

Era extraño, era prodigioso. Sí, era inexplicable y así lo expresaron cuantos lo oyeron. Comenzaba a mudar el viento y a elevarse las esperanzas de Tomasito Canty, cuando el Lord Protector dijo sacudiendo la cabeza:

—Es verdad que resulta maravilloso en extremo, pero lo que hace este niño no es ni un ápice más de lo que puede hacer también nuestro señor, el rey. —Esta frase y la referencia a él como si todavía fuese el rey, entristeció a Tomasito que sintió que

se le demoraron sus esperanzas—. Estas no constituyen *pruebas* —añadió el Lord Protector.

Los vientos mudaban sí, y muy rápido, pero no en la dirección deseada, y dejaban a Tom varado en el trono mientras el otro era arrastrado de nuevo hacia el mar. Platicando consigo mismo, el Lord Protector sacudió la cabeza y se vio forzado a admitir: ¡Sería peligroso, tanto para el estado como para nosotros, tomar en consideración un enigma tan funesto como éste! Podría dividir a la nación y derribar el trono. Y volviéndose, pronunció:

—*Sir* Tomás, arrestad a éste... ¡No, aguardad!

Con el rostro iluminado, se enfrentó al harapiento candidato con la siguiente pregunta:

—¿Dónde está el gran sello? ¡Respóndeme esto con exactitud y el enigma estará resuelto, pues únicamente aquél que fue Príncipe de Gales tiene posibilidad alguna de contestar eso! ¡De tan trivial cosa depende un trono y una dinastía!

Se trataba de una idea afortunada y feliz, y el aplauso silencioso que corrió de mirada en mirada entre los grandes dignatarios demostró que ésa era también la opinión de ellos, manifestada por aquellas miradas aprobatorias que recorrieron el círculo. Así era en verdad: nadie sino el auténtico príncipe podía resolver el empecinado misterio del gran sello y aunque aquel desamparado impostorzuelo hubiese aprendido muy bien su lección, sus enseñanzas le fallarían ahora, puesto que su propio maestro no podía contestar *esa* pregunta. ¡Muy bien, muy bien! Ahora, a plazo breve, se verían libres de aquella enojosa y peligrosa cuestión. Así pues, todos asintieron de modo invisible y sonrieron interiormente de satisfacción, mirando por si el necio

muchacho era atacado de una parálisis de confusión culpable. ¡Cuál no fue su sorpresa al ver que nada de todo eso ocurría! ¡Cómo se maravillaron de oírle contestar inmediatamente y con voz confiada e imperturbable:

—No hay nada difícil en esa adivinanza. —Y sin siquiera un: “Con permiso” a nadie, se volvió y, con la manera fácil de quien está habituado a tales cosas, emitió la orden siguiente—: Milord de St. John, id a mi gabinete privado —pues nadie conoce ese sitio mejor que vos— y bien cerca del piso, en el rincón izquierdo que queda más lejos de la puerta que da a la antecámara, encontraréis en la pared la cabeza de un clavo de bronce. Oprimidlo y se abrirá un pequeño joyero empotrado del que ni aun vos conocéis la existencia —no, ni ninguna otra persona en todo el mundo excepto yo y el artesano de confianza que me lo construyó— y la primera cosa que verán vuestros ojos será el gran sello. ¡Traedlo aquí!

Toda la concurrencia se maravilló de ese discurso y más todavía de ver que el pequeño mendigo escogía a aquel noble sin vacilación ni temor alguno aparentes de cometer error, así como lo llamaba por su nombre con tal aire de plácida convicción como si lo hubiera conocido toda su vida. El noble, por su parte, se quedó tan sorprendido que casi obedece y aun hizo un movimiento como para marcharse, pero rápidamente recobró su actitud tranquila y confesó su desatino con un sonrojo. Pero Tom Canty se volvió hacia él y le dijo, severo:

—¿Por qué vacilas? ¿Acaso no has oído la orden del rey? ¡Ve!

El señor de St. John hizo una profunda reverencia, observándose que fue hecha con mucha cautela y sin comprometerse, ya que no iba dirigida a ninguno de los dos reyes sino al terreno neutral, a mitad del camino entre ambos, y se despidió.

Se inició entonces entre las esplendentes partículas componentes de aquel grupo oficial un movimiento que fue lento, apenas perceptible, pero continuo y persistente —tal como pudiera observarse en un calidoscopio que se hiciese girar despacio, con lo cual los componentes de un espléndido racimo se separan entre sí y se combinan con los del otro—; movimiento que, en el caso presente fue disolviendo poquito a poco la brillante reunión que rodeaba a Tom Canty y agrupándose de nuevo junto al recién llegado. Tomasito quedó casi solo durante un compás de espera de profunda expectativa, durante el cual, hasta los pocos timoratos que aún quedaban cerca de él, fueron gradualmente juntando valor para deslizarse uno por uno y reunirse con la mayoría. Tom se quedó completamente solo y aislado del mundo, resultando una figura muy visible con sus vestiduras y joyas reales y ocupando una vacuidad elocuente.

Se vio por fin regresar a Lord St. John y, cuando avanzaba por la nave central, el interés era tan intenso que murió en la reunión aun el leve rumor de las conversaciones, sucediéndole un profundo silencio, una quietud anhelante, a través de la cual los pasos del lord sonaban como un pulso sordo y distante. Todas las miradas estaban fijas en él. Cuando llegó a la plataforma, hizo una leve pausa y avanzó luego hacia Tom Canty diciéndole con una gran reverencia:

—¡Señor, el sello no está allí!

No se disuelve una multitud, separándose de un enfermo de peste, con más rapidez que aquella onadrilla de pálidos y aterrorizados cortesanos se apartó de la presencia del pequeño y raído pretendiente de la Corona. En un momento, se quedó completamente solo, sin un amigo ni un defensor, blanco de un fuego concentrado de miradas despreciativas y airadas. El Lord Protector gritó entonces con fiebre:

—¡Arrojad al pordiosero a la calle y azotadlo por la ciudad. El mísero bribón no merece más consideración!

De un salto avanzaron los oficiales de la guardia para obedecer la orden, pero Tom Canty los alejó con la mano diciendo:

—¡Atrás! ¡Peligra la vida de quienquiera que lo toque!

El Lord Protector estaba perplejo en extremo y dijo a lord St. John:

—¿Buscasteis bien, milord? Pero es inútil preguntároslo aunque parezca extraño en extremo. Las cosas pequeñas, se le pierden a uno sin que cause sorpresa. Pero, ¿cómo puede desaparecer algo tan voluminoso como el sello de Inglaterra y nadie le encuentre de nuevo el rastro, tratándose de un disco de oro macizo?..

Con mirada radiante, Tom avanzó de un salto y gritó:

—¡Esperad, eso basta! ¿Era redondo? ¿Y grueso? ¿Y tenía letras y dibujos grabados? ¿Sí? ¡Ahora recién sé lo que es este gran sello sobre el que hubo tanta preocupación y alboroto! Si me hubiésteis hecho su descripción, os lo hubiese dado hace tres semanas pues sé muy bien dónde está, aun-

que no fui yo quien lo puso allí... es decir, la primera vez...

—¿Quién, entonces, señor? —preguntó el Lord Protector.

—Aquél que está allí, el legítimo rey de Inglaterra. Y él mismo ha de deciros dónde está y así creeréis que lo sabía por cuenta propia. Piensa, rey mío, aguzar tu memoria: fue la última, absolutamente la última cosa que hiciste aquel día, antes de salir precipitado de palacio, vestido con mis harapos, a fin de castigar al soldado que me había insultado.

El silencio que siguió aquel discurso no fue turbado por ningún movimiento ni susurro alguno, y todos los ojos estaban fijos en el recién llegado, quien, con la cabeza agachada y la frente contraída, buscaba a tientas en su memoria, entre un cúmulo de recuerdos insignificantes aquel único y esquivo hecho que, de ser encontrado, lo colocaría sobre un trono y de no serlo, lo dejaría para siempre como estaba, un paria y un mendigo. Segundo tras segundo iba pasando; los segundos se hicieron minutos y el muchacho seguía luchando en silencio sin dar señal alguna. Pero por fin, exhaló un suspiro, sacudió lentamente la cabeza y dijo con labio tembloroso y voz abatida:

—Recuerdo la escena, toda la escena; pero el sello no aparece en ella. —Hizo una pausa, levantó la vista y dijo con gentil dignidad—: Milores y caballeros, si queréis despojar a vuestro soberano legítimo de lo que es suyo, por falta de esta evidencia que él no puede proporcionaros, yo no puedo deteneros, siendo impotente. Pero...

—¡Oh, locura, oh, necedad, rey mío! —gritó Tommasito poseído de pánico—. ¡Espera, piensa! ¡No

renuncies! ¡La causa no está perdida, ni lo *estará!* Escucha lo que digo... Sigue cada palabra... Voy a reconstruir aquella mañana, con cada detalle, exactamente como sucedió: Hablamos, yo te conté de mis hermanas Nan y Bet... ¡Ah, veo que te acuerdas de eso! y de mi vieja abuela... y de los juegos groseros de los muchachos de Offal Court... Sí, recuerdas eso también... Muy bien, sígueme un poco más y recordarás todo. Me diste de comer y, con cortesía principesca, despachaste a los sirvientes para que mi baja educación no me avergonzara delante de ellos... ¡Ah, recuerdas eso también...!

A medida que Tom iba verificando esos detalles y el otro niño asentía con la cabeza reconociéndolos, la importante concurrencia y los dignatarios de la corte miraban fijo, con azoramiento maravillado. El relato tenía sonido de autenticidad histórica y sin embargo, ¿cómo podía haber ocurrido semejante conjunción imposible entre un príncipe y un muchacho mendigo? Nunca jamás hubo una reunión de personas, tan perplejas, tan interesada y tan estupefacta como aquella.

—Por broma, príncipe mío, nos cambiamos las ropas. Luego, de pie frente a un espejo comprobamos lo iguales que éramos y ambos dijimos que no parecía sino que no hubiese habido cambio alguno... Sí, veo que recuerdas eso. Entonces tú notaste que el soldado me había lastimado la mano... ¡Mira, todavía quedan restos y no puedo escribir con ella de tan rígidos que tengo los dedos! Con eso, Su Alteza dio un salto prometiendo venganza al soldado y corrió hacia la puerta... y al pasar por una mesa —eso que llamáis el Sello estaba sobre esa mesa— lo recogiste rápido y miraste alrededor

como buscando un sitio donde esconderlo... en eso atisbaste...

—¡Basta, basta...! ¡Y gracias sean dadas a Dios bendito! —exclamó el andrajoso pretendiente con poderosa emoción—. Ve, mi buen St. John. En el brazal de la armadura milanese que cuelga de la pared, allí encontrarás el sello.

—¡Bien, rey mío, bien! —exclamó Tomasito—. Ahora sí que es tuyo el cetro de Inglaterra, y si alguien quiere refutarlo, más le viera haber nacido mudo! ¡Ve, Milord St. John! ¡Ponle alas a tus pies!

Toda la asamblea estaba ahora de pie y casi trastornada con la inquietud, el temor y la emoción que parecían consumirlos. Estalló, tanto en el salón como en la tarima, un rumor ensordecedor de conversaciones frenéticas y, por un rato, nadie supo, ni oyó ni se interesó por nada que no fuese lo que su vecino le gritaba al oído o lo que él gritaba al oído del vecino. El tiempo —y nadie supo cuánto— voló sin que nadie lo notara ni se cuidase. Por fin se hizo un profundo silencio en la casa y, en ese mismo instante, apareció en la tarima St. John, sosteniendo en alto con la mano el gran sello. Se elevó entonces un tremendo clamor:

—¡Viva el auténtico rey!

Durante cinco minutos tembló el aire con los gritos y el estrépito de los instrumentos musicales y blanqueó con el agitar de una tempestad de pañuelos mientras, a todo eso, un arrapiezo andrajoso, la figura más conspicua de Inglaterra, rojo de emoción, feliz y orgulloso, estaba de pie en el centro de la espaciosa plataforma, con todos los grandes vasallos del reino arrodillados a su alrededor.

Luego se pusieron todos de pie y exclamó Tom Canty:

—Ahora, rey mío, te devuelvo estas prendas de la realaleza, y da de nuevo al pobre Tom, tu servidor, sus andrajos y jirones.

Se hizo oír entonces el Lord Protector para decir:

—Que desnuden al pequeño lacayo y lo arrojen a la Torre.

Pero el nuevo rey, el rey de verdad, dijo a su vez:

—No permitiré que se haga eso. De no ser por él, no hubiese logrado recuperar mi corona. ¡Nadie pondrá su mano sobre él para dañarlo! Y en cuanto a ti, mi buen tío, milord Protector, esta conducta tuya no muestra gratitud para con este pobre muchacho, porque según mis noticias, te ha hecho duque. —El Protector se sonrojó—. Sin embargo, como no era rey, ¿qué es lo que vale tu hermoso título ahora? Mañana deberás solicitarme a mí, *por su intermedio*, su confirmación. De lo contrario, no seguirás siendo duque, sino conde.

Bajo el efecto de esta reprimenda, su señoría el duque de Somerset se retiró del frente un momento y el rey, volviéndose hacia Tom, le dijo amablemente:

—¡Pobre muchacho mío! ¿Cómo pudiste acordarte de dónde había escondido el sello cuando ni yo mismo lo recordaba?

—¡Ah, mi rey, me fue muy fácil, desde que lo usé durante varios días!

—¿Lo usaste...? Y sin embargo no te era posible explicar donde estaba.

—Yo no sabía que era eso lo que buscaban. Nunca me lo describieron, Majestad.

—Y entonces, ¿cómo era que lo utilizabas?

La sangre empezó a agolparse en las mejillas de Tom, que bajó los ojos y guardó silencio.

—¡Habla, buen chico, y nada temas! —dijo el rey—. ¿Cómo era que usabas el gran sello de Inglaterra?

—¡Para romper nueces!...

El alud de risas que saludó aquella salida casi tumba al pobre niño. Pero si alguna duda quedaba aún en algunas mentalidades, de que Tom Canty fuese el rey de Inglaterra y estuviese familiarizado con las pertenencias augustas de la realeza, aquella respuesta barrió con el último resquemor.

Mientras tanto, el suntuoso manto de gala había sido transferido de los hombros de Tom a los del rey, cuyos andrajos fueron eficazmente ocultos por esa prenda. Las ceremonias de la coronación fueron luego reanudadas, el verdadero rey ungido y la corona, colocada sobre su cabeza, mientras los cañones atronaban la noticia por la ciudad y todo Londres parecía mecerse a compás de los aplausos.

CAPÍTULO XXXIII

EDUARDO REY

Miles Hendon, ya bastante pintoresco antes de intervenir en el tumulto del puente de Londres, lo fue mucho más cuando salió de él. En cuanto a dinero, tenía muy poco cuando entró, nada cuando salió, pues los rateros le limpiaron hasta el último maravedí.

Pero no le importó, pues de aquel modo encontró a su muchacho. Como soldado que era, no em-

prendió la tarea al azar sino que puso manos a la obra, en primer lugar, para organizar su campaña. ¿Qué es lo que haría el chico, siguiendo el orden natural de las cosas? ¿Adónde había de ir, obrando de modo igualmente natural? “¡Bueno! —musitaba Miles—. Sería natural que fuese a sus antiguos sitios de costumbre, pues ése es el instinto de las mentalidades no muy sólidas. ¿Y cuáles eran sus lugares de costumbre? Sus harapos, junto con el mísero villano que parecía conocerlo y que pretendía ser su padre, indicaban que su casa debía estar en uno u otro de los barrios más pobres y sórdidos de Londres. ¿Acaso le resultaría larga o ardua la búsqueda del chico? No, era probable que le resultara breve y fácil. No buscaría al niño sino a una turba, pues con seguridad había de encontrar a su pobre amiguito tarde o temprano en medio de una multitud grande o pequeña, que se divertiría —los muy sarnosos— atormentando y escarneciendo al muchacho quien, como de costumbre, estaría proclamando que era rey. Entonces Miles Hendon dejaría baldados a unos cuantos de esos miserables y se llevaría a su pequeño pupilo, lo consolaría con palabras suaves y le daría ánimo. ¡Y los dos no habían de separarse ya nunca más!”

Así partió Miles Hendon a la búsqueda del rey. Hora tras hora, recorrió a zancadas las callejas y calles más sórdidas, en busca de grupos o multitudes y encontrándolas en gran número, pero sin señales siquiera del niño. Esto le sorprendió sobremanera pero no lo desalentó pues, que él supiese, no había ninguna falla en su plan de campaña y el único error de cálculo era que la campaña estaba

resultando muy larga cuando él había esperado que fuese breve.

Cuando por fin llegó el día, había recorrido muchos kilómetros e inspeccionado muchas muchedumbres con el único resultado de estar moderadamente cansado, bastante hambriento y con muchísimo sueño. Tenía mucha necesidad de tomarse un desayuno, pero no había cómo conseguirlo. No se le ocurrió mendigarlo, y en cuanto a empeñar su espada, antes hubiese pensado en decir adiós a su honor. Podía, sí, prescindir de algunas de sus ropas, pero hubiese sido más fácil encontrar clientes para una enfermedad que para ropas como aquéllas.

El mediodía lo encontró aún caminando, ahora entre la chusma que seguía a la procesión regia, porque según argumentaba Miles para sí, semejante exhibición de realeza atraería poderosamente a su trastornado amiguito. Siguió, pues, a aquella manifestación por todos los vericuetos de su paso por Londres y en todo el camino a Westminster y a la abadía. Anduvo sin rumbo de aquí para allá entre las turbamultas apiñadas en la vecindad por largo y tedioso tiempo, desconcertado y perplejo, hasta que por fin, decidió apartarse de todo aquello y ponerse a pensar para tratar de inventar un modo de mejorar su plan de campaña. Más adelante, cuando se recobró de su ensimismamiento, descubrió que había dejado muy atrás la ciudad y que ya era muy entrado el día. Estaba en el campo, cerca del río, en una región de hermosas fincas rurales, de aquéllas donde no se acogen bien a gentes con ropas como las suyas.

Como no hacía frío, se estiró en el suelo cuando largo era al abrigo de un seto, a fin de reposar y

reflexionar. Un sopor se apoderó luego de sus sentidos y con el lejano estampido de los cañones en sus oídos, se dijo: "El nuevo rey está coronado". Y se quedó dormido *ipso facto*. Durante treinta horas no había dormido ni descansado, de modo que no despertó hasta media mañana, al día siguiente.

Se levantó rígido, rengo y casi muerto de hambre; se lavó en el río, engañó su estómago con un litro de agua y volvió a caminar trabajosamente en dirección a Westminster, murmurando consigo mismo por haber perdido tanto tiempo. El hambre contribuyó a que se le ocurriese un nuevo plan: trataría de ponerse al habla con el anciano *sir* Humphrey Marlow, le pediría prestados unos marcos y...; pero, como plan, bastaba por el momento. Ya habría tiempo de ampliarlo cuando se hubiese cumplido la primera etapa.

Se acercaba a palacio cuando eran aproximadamente las once y, aunque lo rodeaba una turba de gente charra, Miles no pasaba tampoco inadvertido, pues sus ropas se encargaban de ello. Observó a aquellas gentes muy escrupulosamente, con la esperanza de encontrar un rostro caritativo cuyo dueño estuviese dispuesto a llevar su nombre al anciano lugarteniente, pues tratar de entrar por sí mismo a palacio, estaba completamente fuera de la cuestión.

Al rato pasó por su lado nuestro amiguito el "muchacho-de-los-azotes", luego dio la vuelta, escudriñó minuciosamente la figura de Miles y se dijo: "Si éste no es el mismísimo vagabundo que tiene tan preocupado a Su Majestad, soy yo un asno o— quizá lo fui antes—. Hasta el último andrango, es idéntico a la descripción que de él hizo el

rey y, pensar que Dios hubiese hecho a dos iguales, sería desvalorizar los milagros atribuyéndoles una pródiga repetición. Me gustaría inventar una excusa para hablar con él”

Miles Hendon le ahorró la molestia pues, dándose vuelta como hace generalmente quien sea hipnotizado por alguna mirada fija en él, desde atrás, y observando el interés con que lo miraba el chico aquél, se adelantó y le dijo:

—Acabáis de salir de palacio. ¿Acaso pertenecéis a él?

—Sí, su señoría.

—¿Conocéis a *sir* Humphrey Marlow?

El chico se sobresaltó y se dijo: “¡Cielos! ¡Se refiere a mi padre, tantos años desaparecido!” Y contestó luego en voz alta: —Perfectamente, su señoría.

—¡Muy bien! ¿Está adentro?

—Sí —dijo el niño, y añadió para sí: “en la tumba”.

—¿Podría pedirlos por favor que le llevarais mi nombre y le comunicarais que deseo decirle una palabra al oído?

—Me prestaré a desempeñar ese negocio con mi mejor voluntad, bravo señor.

—Decidle entonces que Miles Hendon, hijo de *sir* Ricardo, está aquí afuera, y os estará sumamente agradecido, buen muchacho.

El chico pareció desencantado, y se dijo: “El rey no lo nombró así, pero no importa. Este tiene que ser hermano gemelo y estoy seguro que podrá dar al rey noticias del otro, *sir* Saldos y Retazos, como creo que dijo se llamaba”. Y a Miles, le dijo:

—Pasad aquí un momento, buen señor, y aguardad hasta que os traiga la respuesta.

Hendon se retiró al lugar indicado, que era un hueco practicado en la pared de palacio y tenía un banco de piedra para servir de refugio a los centinelas en caso de mal tiempo. Apenas se hubo sentado, pasaron unos alabarderos a las órdenes de un oficial. Este vio a Miles, ordenó a sus hombres que hiciesen alto y dio orden a Hendon de adelantarse. Al obedecerle, fue Miles arrestado como sujeto sospechoso por rondar dentro del recinto de palacio. Las cosas comenzaron a tomar mal aspecto. El pobre Miles quiso dar explicaciones; pero el oficial lo hizo callar, con aspereza, y ordenó a sus hombres que lo desarmasen y palpasen.

“¡Quiera Dios todopoderoso que encuentren algo”, se dijo el pobre Miles. “Bastante he buscado yo sin resultado, pese a que mi necesidad es mayor que la de ellos!”

Nada le encontraron, excepto un documento. El oficial lo abrió rasgándolo, y Hendon sonrió al reconocer los “garabatos” hechos por su amiguito perdido, aquel negro día en Hendon Hall. La cara del oficial se ensombreció al leer el párrafo en inglés y, en cambio, la de Miles se puso blanca al oírlo.

—¡Otro nuevo pretendiente de la corona! —exclamó el oficial—. La verdad es que, en el día de hoy, se reproducen como conejos. Apresad a este pícaro, soldados, y ved de guardarlo seguro mientras llevo este precioso papel adentro y se lo envío al rey.

Y se marchó dejando al prisionero sujeto por los alabarderos.

—Ahora es cuando acaba mi negra suerte —murmuró Hendon—, pues me coigarán de la punta de una soga en virtud de ese papelucho. ¡Y qué será

entonces de mi pobre muchachito!... ¡Sólo el buen Dios lo sabe!

A poco, vio regresar muy de prisa al oficial, de modo que juntó coraje, proponiéndose hacer frente a su desgracia como cuadra a un hombre. El oficial ordenó a sus hombres que soltaran al prisionero y le devolviesen la espada; luego se inclinó respetuosamente y le dijo:

—Por favor, señor, seguidme.

Hendon lo siguió, diciendo para sí: “Si no fuese camino de la muerte y del juicio que le sigue, y no debiera por lo tanto, economizar en materia de pecado, acogotaría a este pícaro por su cortesía burlona.”

Ambos cruzaron un patio lleno de gente y llegaron a la gran portada de palacio, donde el oficial, con otra inclinación, entregó a Hendon en manos de un magnífico funcionario que lo recibió con profundo respeto y lo condujo por un gran salón flanqueado a ambos lados por resplandecientes adulones de corte (que hacían sumisas reverencias al pasar ambos, pero caían en mortales ataques de risa muda desde el momento en que el majestuoso espantapájaros les daba la espalda) y le hizo subir una ancha escalinata, llena de gentes elegantes, llevólo finalmente a un enorme aposento y abrióle paso por entre la nobleza de Inglaterra allí reunida, hizo una reverencia, le recordó que debía quitarse el sombrero y lo dejó allí, de pie en medio de la habitación, blanco de todas las miradas, de numerosos ceños indignados y de bastantes sonrisas divertidas, de burla.

Miles Hendon estaba completamente desconcertado. Allí estaba sentado el joven rey, bajo un do-

sel de gala, a cinco pasos de él, con la cabeza a un lado y agachada, para hablar con una especie de ave del paraíso humana, quizá un duque. Hendon observó para sí que ya era bastante duro ser sentenciado a morir en pleno vigor de juventud, sin ser sometido a esta humillación adicional. Deseaba que el rey se diera prisa en el asunto, pues algunos de los vistosos personajes que lo rodeaban se ponían bastante desagradables. En ese momento, el rey le vantó ligeramente la cabeza y Hendon pudo verle bien la cara. ¡Lo que vio lo dejó sin respiración! Se quedó mirando aquella graciosa cara, como transfigurado, hasta que por fin exclamó:

—¡Dios mío! ¡Si es el mismísimo Señor del Reino de los Sueños y de las Sombras, en su trono!

Masculló algunas frases entrecortadas sin dejar de mirar y maravillarse; luego giró la mirada a su alrededor por todos lados, escudriñando la vistosa multitud y el espléndido salón, mientras murmuraba: —Pero éstos son *verdaderos*, en verdad, auténticos... Seguramente que no se trata de un sueño.

Y mirando de nuevo al rey, pensó: “¿Acaso es un sueño... o es él, en verdad, el auténtico soberano de Inglaterra y no el desamparado loquito por quien lo tomé?... ¿Quién me va a resolver este enigma?”

Una idea súbita relampagueó en su mirada. ¡Dio unos pasos hasta la pared, tomó una silla, la trajo de vuelta, la plantó en el suelo y se sentó!

Comenzó a oírse un cuchicheo de indignación, una mano severa se posó en él, y una voz exclamó:

—¡Levántate, payaso sin modales! ¿Pretendes sentarte en presencia del rey?

La confusión atrajo la atención del rey, quien extendió la mano y exclamó:

—¡No lo toquéis! ¡Está en su derecho!

La multitud retrocedió estupefacta, y el rey continuó:

—Enteraos todos, señoras y caballeros, que éste es mi servidor de confianza bien amado, Miles Hendon, quien interpuso su excelente espada y salvó a su príncipe de daño corporal y posiblemente de la muerte. Por esa razón es caballero, por voto del rey. Enteraos también que por un servicio mayor aún que consistió en salvar a su soberano de los azotes y la vergüenza, recibéndolos en su lugar, es par de Inglaterra, conde de Kent, y que tendrá oro y tierras apropiadas a tal dignidad. Hay más: el privilegio que acaba de poner en práctica le fue conferido por concesión real, porque hemos decretado que los principales de su línea y sucesión tendrán y mantendrán el derecho de sentarse en presencia de la majestad de Inglaterra, desde ahora y generación tras generación, mientras perdure la corona. No lo molestéis.

Dos personas que, a causa de una demora, habían llegado del campo aquella mañana y estaban ahora en el salón desde hacía sólo cinco minutos, escuchaban estas palabras y miraban al rey, y luego al espantapájaros; luego, de nuevo al rey, con una especie de azoramiento aletargado. Se trataba de *sir* Hugo y lady Edith. Pero el nuevo conde no los vio pues estaba aún mirando fijo, como ofuscado, al monarca y murmurando:

—¡Oh, por Cristo! ¿Este mi mendigo? ¿Este mi loco? ¿Este es aquél a quien iba a enseñar lo que era magnificencia, con mi casa de setenta aposentos y veintisiete sirvientes? ¿Este es aquel que no había conocido nunca sino andrajos por ropas, pun-

tapiés por consuelo y desperdicios por comida? ¡Este es el niño que *yo* quería adoptar y convertir en persona respetable! ¡Que Dios me diese una bolsa para esconder la cabeza!

Luego, de pronto, recobró sus modales y, cayendo de rodillas con sus manos entre las del rey, le juró pleitesía y le rindió homenaje por sus tierras y títulos. Entonces se levantó y se apartó respetuosamente, todavía blanco de muchas miradas y también objeto de mucha envidia.

Habiendo descubierto la presencia de *sir* Hugo, el rey habló con voz airada y mirada encendida:

—¡Despojad a este ladrón de su falsa pompa y sus propiedades hurtadas, y ponedlo a buen seguro hasta que yo lo necesite!

Y se llevaron al ex *sir* Hugo.

Hubo de nuevo agitación al otro lado de la sala; la concurrencia se apartó y, precedido de un ujier, marchó Tomasito Canty entre aquellas paredes vivientes, vestido de manera extraña pero suntuosa.

—Me he enterado de lo sucedido en estas semanas pasadas y estoy complacido contigo. Has gobernado el reino con auténtica nobleza y misericordia reales. ¿Has encontrado ya a tu madre y hermanas? Bien. Se tendrá buen cuidado de ellas... En cuanto a tu padre, será ahorcado si tú lo deseas y la ley lo consiente. Sabed todos vosotros, que oís ahora mi voz, que los que viven en el asilo del Hospital de Cristo y cōmparten la magnificencia del rey serán alimentados en sus inetligencias y corazones, además de sus partes inferiores y que este niño vivirá allí y ocupará el lugar principal en su honorable cuerpo de directores, durante toda su vida. Y

porque ha sido rey, es propio que le correspondan otras ceremonias comunes, por lo cual, observad su indumentaria oficial, pues se lo conocerá por ella. Nadie podrá copiarla, y por dondequiera que fuere esa vestimenta recordará a las gentes que él ha sido realeza en su época, y nadie ha de negarle la reverencia que le sea debida ni las saluciones. Tiene la protección del trono, el apoyo de la corona y será conocido y llamado por el título honorable de Pupilo del Rey.

Orgullosa y feliz, Tomasito Canty se levantó y besó la mano del rey, siendo luego conducido fuera de su presencia. Sin perder tiempo se fue volando en busca de su madre para contarle todo, así como a Nan y a Bet y hacerles participar en el goce de tan gran noticia (1).

CONCLUSIÓN, JUSTICIA Y CASTIGO

Cuando todos los misterios fueron aclarados, salió a relucir, por confesión de Hendon, que, por su orden, aquel día en Hendon Hall, su esposa había repudiado a Miles Hendon; orden que llevaba la promesa perfectamente formal de que si no negaba que fuese Miles Hendon, Hugo le quitaría la vida, a lo cual ella había consentido puesto que no daba valor alguno a esa vida y no estaba dispuesta a repudiar a Miles. ¡Entonces el esposo había replicado que perdonaría la vida de ella, pero que haría asesinar a Miles! Eso era diferente, de modo que la señora dio su palabra, y la cumplió.

(1) Véanse notas del Capítulo XXXIII, al final del volumen.

Por sus amenazas, no fue Hugo perseguido, ni tampoco por haber robado la hacienda y título de su hermano porque ni la esposa ni el hermano quisieron declarar en su contra; y a aquélla no se le hubiese permitido hacerlo, aun queriéndolo ella. Hugo abandonó después a su esposa y se marchó a vivir a Europa, del otro lado del Canal, donde más tarde murió; y con el tiempo, el conde de Kent se casó con su viuda. Hubo grandes fiestas y regocijo en la aldea de Hendon cuando la pareja hizo su primer visita a la Casa Señorial.

Nunca más se supo del padre de Tom Canty

El rey hizo buscar al granjero que había sido marcado y vendido como esclavo, lo reivindicó de su mala vida con la cuadrilla del Rizador y lo puso en camino de ganarse una vida cómoda.

También sacó al anciano abogado de la prisión y le condonó la deuda. Sufragó asimismo los gastos de hogares para las hijas de las dos mujeres bautistas que había visto quemar en la hoguera, y castigó severamente al funcionario que aplicó aquellos inmerecidos azotes a la espalda de Miles Hendon.

Salvó de la horca al muchacho que había capturado el halcón extraviado, así como a la mujer que había robado el retazo de tela al tejedor, pero llegó demasiado tarde para salvar al hombre aquel que había sido condenado por matar un venado en los bosques reales.

Favoreció al juez que le había mostrado clemencia cuando estuvo acusado de haber robado un cerdo, y tuvo la satisfacción de verlo crecer en la estima pública y convertirse en hombre importante y honorable.

Mientras vivió, gustaba el rey de relatar sus aventuras, de principio a fin, desde el momento cuando el centinela lo había sacado a puñetes de la portada de palacio, hasta aquella medianoche final cuando se había mezclado hábilmente con la apresurada cuadrilla de obreros y se había deslizado de ese modo en la abadía, trepándose a esconderse en la tumba del Confesor (1) y luego durmiéndose hasta tan tarde, al día siguiente, que estuvo a punto de perder del todo la Coronación. Solía decir con frecuencia que la repetición de aquella lección preciosa lo mantenía fuerte en su intento de hacer que sus enseñanzas rindieran beneficios a su pueblo y así, mientras Dios le permitiese vivir, él continuaría contando la historia, conservaría frescos los tristes espectáculos aquéllos y mantendría bien provistas en su corazón las fuentes de la piedad.

Durante todo su breve reinado, Miles Hendon y Tom Canty fueron favoritos del rey y lamentaron sinceramente su muerte. El buen conde de Kent tuvo demasiado buen sentido para no abusar de su privilegio especial; pero antes de ser llamado de este mundo lo ejerció por dos veces después de la ocasión en que ya lo vimos usarlo: una vez, cuando la ascensión de la reina María y la otra, en la de la reina Isabel. Uno de sus descendientes lo ejerció cuando la ascensión al trono de Jacobo I. Antes que el hijo de aquél optara por utilizar el "privilegio de los Kent" se había borrado ya del recuerdo de la mayoría de las gentes; de modo que

(1) Eduardo, llamado el Confesor, soberano sajón del siglo XI. (N. d. T.)

cuando el Kent de esa época apareció ante Carlos I y su corte y se sentó en presencia del soberano, hubo una agitación de proporciones. Pero el asunto fue prontamente explicado y el derecho, confirmado. El último conde de este linaje cayó en las guerras de la República (Commonwealth), luchando por el bando del rey y terminó, con él, el antiguo privilegio.

Tom Canty vivió hasta edad avanzada y fue un hermoso anciano de cabello cano y aspecto benigno y grave. Mientras vivió, fue honrado y también reverenciado, pues su peculiar traje recordaba a las gentes que "en su época, había sido de la realeza"; así pues, dondequiera que apareciese, la muche-



dumbre se apartaba, abriéndole paso y susurrándose unos a otros: “¡Quítate el sombrero, que pasa el Pupilo del rey!” y lo saludaban, obteniendo en cambio su sonrisa benévola y estimándola porque era la suya una historia honrosa.

Sí, el rey Eduardo VI vivió sólo unos pocos años, pero los vivió dignamente. Más de una vez, cuando algún gran dignatario o algún dorado vasallo de la corona le argumentaban en contra de su blandura, insistiendo en que alguna ley que él se proponía enmendar era ya bastante suave para el logro de su objeto, y no causaba sufrimiento ni opresión que pudiesen importar mucho a nadie, el joven rey volvía hacia él la elocuencia tétrica de sus grandes ojos compasivos y les respondía:

—¿Qué sabes *tú* de sufrimiento y opresión? Yo y mi pueblo sí las conocemos, pero no tú.

El reino de Eduardo VI fue singularmente benigno para aquellos duros tiempos. Ahora, al despedirnos de él, tratemos, en su honor, de recordarlo.

FIN

NOTAS

Nota 1 - Pág. 28

El uniforme del Hospital de Cristo

Es muy razonable suponer que el uniforme haya sido copiado del traje que usaban los ciudadanos de Londres en aquella época en que las largas casacas azules eran el hábito común de servidores y aprendices y las medias amarillas eran de uso general; la casaca era bien ajustada al cuerpo, pero de mangas sueltas; bajo ella, llevaban una casaca interior sin mangas, también amarilla; a la cintura un ceñidor de cuero rojo, al cuello una banda de tipo clerical y un pequeño gorro chato, negro, del tamaño aproximado de un platillo, completaban la indumentaria. —De *Timbs*, *Curiosidades de Londres (Curiosities of London)*.

Nota 2 - Pág. 31

Parece que el Hospital de Cristo no fue fundado originariamente como *escuela*; su objeto era salvar a los niños de las calles, asilarlos, alimentarlos, vestirlos, etc. (De la obra citada)

Nota 3 - Pág. 42

La orden de condena del Duque de Norfolk.

El rey se acercaba rápidamente a su fin y, por miedo de que Norfolk pudiese escapársele, envió a los Comunes un mensaje en que les expresaba su

deseo de que apresurasen el despacho del proyecto de ley, bajo pretexto de que Norfolk gozaba la dignidad de conde mariscal y que era necesario designar a otro que pudiera ejercer funciones en la próxima ceremonia de la instauración de su hijo en la dignidad del Príncipe de Gales. — Hume, vol. 3, pág. 307.

Nota 4 - Pág. 55

No fue hasta el final de su reinado (de Enrique VIII) que se produjeron en Inglaterra ensaladas, zanahorias, nabos y otras raíces comestibles. Lo poco que se utilizaba de estas hortalizas era anteriormente importado de Holanda y Flandes. La reina Catalina estaba obligada a despachar a esos países un mensajero ex profeso cuando deseaba comer ensalada. —Hume, Historia de Inglaterra (*History of England*), vol. 3, pág. 314.

Nota 5 - Pág. 62

Proscripción de Norfolk.

Sin examinar al prisionero, sin juicio ni pruebas, la Cámara de los Lores aprobó un proyecto de proscripción contra él y lo envió a los comunes... Los serviles comunes obedecieron sus (del rey) instrucciones y el rey, habiendo agregado por intermedio de comisionados, el consentimiento real, emitió órdenes para que Norfolk fuese ejecutado en la mañana del veintinueve de enero (al día siguiente). —Hume, Obra citada, vol. 3, pág. 306.

Nota 6 - Pág. 77

La copa de la amistad.

La copa de la amistad y las ceremonias peculiares observadas al beberla son más antiguas que la historia inglesa. Se cree que ambas sean importaciones danesas. Retrocediendo hasta el momento en que existe información, la copa de la amistad se bebió siempre en los banquetes ingleses. La tradición explica las ceremonias como sigue: en los incultos tiempos antiguos se estimaba una precaución prudente que estuviesen ocupadas ambas manos del bebedor por miedo de que, mientras el que brindaba prometía su fidelidad y amor a quien era objeto del brindis, éste aprovechase la oportunidad para deslizarle una daga en las entrañas.

Nota 7 - Pág. 84

La salvación del duque de Norfolk.

De vivir Enrique VIII unas horas más, hubiese sido ejecutado su mandato respecto de la ejecución del duque de Norfolk. Pero habiendo llegado a la Torre la noticia de que el propio Rey había expirado aquella noche, el lugarteniente aplazó la ejecución de la orden; y no se creyó aconsejable comenzar un nuevo reinado con la muerte de uno de los nobles más eminentes del reino, quien había sido condenado por una sentencia tan injusta y tiránica. —*Hume*, Obra citada, vol. 3, pág. 207.

Nota 8 - Pág. 118

El muchacho de los azotes.

Jacobo I y Carlos II tuvieron "muchachos de los azotes" cuando eran pequeños, para que recibieran por ellos el castigo cuando fallaban en sus estudios; así pues, por objetivos míos particulares, me he aventurado a proporcionar a mi principito uno similar.

Notas al Capítulo XV - Págs. 122 a 137

Carácter de Hertford.

El joven rey desarrolló un cariño extremo por su tío, quien esencialmente fue hombre moderado y probo. —*Hume*, obra citada, vol. 3, pág. 334.

Pero si el Protector transgredió, asumiendo demasiada majestad, merece grandes elogios por las leyes sancionadas en ese período, mediante las cuales fue muy mitigado el rigor de los estatutos anteriores, habiéndose asegurado también en cierta medida la libertad de la constitución. Fueron derogadas todas las leyes que extendían el delito de traición más allá del estatuto del veinticinco, de Eduardo III; así como todas las sancionadas en el reinado anterior, que ampliaban el delito de felonía; todas las leyes contra los "Lollards" (1) o los herejes, junto con el estatuto de los Seis Artículos. Na-

(1) Los partidarios de Wycliff, el precursor de la reforma protestante. Predicaban en las calles y se les daba ese nombre que significaba "habladores". (N. d. T.)

die había de ser acusado por palabras pronunciadas hasta después de un mes de dichas.

Por estas derogaciones fueron anuladas varias de las leyes más rigurosas que se hubiesen sancionado en Inglaterra y empezó a amanecer para el pueblo algo de libertad civil y religiosa. Se sancionó también la derogación de aquella ley que era la destrucción de todas las leyes, por la cual la proclamación del rey equivalía en fuerza a un estatuto. — Idem, vol. 3, pág. 339.

Hirviendo reos a muerte.

Por acto del Parlamento, los envenenadores, en el reinado de Enrique VIII, eran *hervidos hasta morir*. Este Acto fue revocado en el reinado siguiente.

En Alemania, aún en el siglo XVII se infligía este horrible castigo a los falsificadores de moneda. Taylor, el “poeta aguatero”, describe una ejecución que presencié en Hamburgo en 1616. La sentencia pronunciada contra un falsificador de dinero fue de que debía ser *hervido en aceite hasta morir*; no arrojado de golpe al recipiente, sino colgado de una polea o soga pasada bajo los brazos y así ser bajado al aceite *por grados*, primero los pies, luego las piernas, quemando así viva su carne hasta serle separada de los huesos. —Dr. J. Hammond Trumbull, “Leyes Azules, Auténticas y Falsas” (*Blue Laws, True and False*), pág. 13.

El Famoso Caso de las Medias.

Una mujer y su hija, *de nueve años*, fueron ahorcadas en Huntingdon por vender su alma al diablo y por levantar una tormenta ;quitándose las medias! —Idem, pág. 20.

Nota 9 - Pág. 150

La Esclavitud.

Un rey tan joven y un paisano tan ignorante tenían que cometer errores y éste es un ejemplo al caso. Este campesino sufría *por anticipado* los efectos de esta ley; el rey desahogaba su indignación contra una ley que no estaba aún en existencia, pues este horrible estatuto no nació hasta el propio reinado de este pequeño rey. Sin embargo, por lo humanitario de su carácter, sabemos que nunca pudo haber sido sugerida por él.

Notas del Capítulo XXIII - Págs. 198 a 202

Muerte por robos insignificantes

Cuando Connecticut y New Haven formulaban sus primeros códigos, el robo por valor mayor de doce peniques era crimen capital en Inglaterra, como lo había sido desde la época de Enrique I —Dr. J. Hammond Trumbull, “Leyes Azules, Auténticas y Falsas”, (*Blue Laws, True and False*), pág. 17.

El curioso libro antiguo “El Picaro Inglés” (*The English Rogue*) especifica trece peniques y medio como límite; correspondiendo la muerte a cualquiera que robase algo que valiese más de trece peniques y medio.

Notas del Capítulo XXVII - Págs. 222 a 235

Según muchas descripciones de robos, la ley expresamente suprimió el privilegio de la clerecía; ro-

bar un caballo, o un *halcón*, o género de lana a un tejedor, era asunto de horca. También lo era matar venados en los bosques del rey o exportar ovejas del Reino. *Dr. Hammond Trumbull*, Obra citada, pág. 13.

William Prynne, erudito abogado, fue condenado (mucho después de la época de Eduardo VI) a perder ambas orejas en la picota, descalificación de la profesión, multa de 3.000 libras y prisión perpetua. Tres años más tarde, volvió a agraviar a Laud publicando un panfleto contra la jerarquía. Fue de nuevo perseguido y sentenciado a perder *lo que quedaba de sus orejas*, pagar una multa de 5.000 libras y ser marcado con hierros candentes en ambas mejillas con las letras L.S. (libelista sedicioso) y permanecer en la cárcel por el resto de su vida. La severidad de esta sentencia fue igualada por el rigor de su ejecución, —*Idem*, pág. 12.

Notas del Capítulo XXXIII - Pág. 281

LA ESCUELA DE LA CASACAS AZULES DEL HOSPITAL DE CRISTO, “la institución más noble del mundo.”

El terreno donde estaba el Priorato de los Frailes Grises fue conferido a la Corporación de Londres por Enrique VIII (que instituyó en ese sitio un hogar para niños y niñas pobres). Más tarde, Eduardo VI hizo reparar adecuadamente el viejo Priorato y fundó allí la noble institución conocida por la Escuela de las Casacas Azules, u Hospital de Cristo “para la *educación* y mantenimiento de huérfanos y de hijos de personas indigentes...” Eduardo no le permitió (al obispo Ridley) mar-

charse hasta tanto no fuese escrita una carta al alcalde encargándole luego al obispo que la entregase personalmente y que expresara el deseo y orden reales de que no se perdiese tiempo en tomar las provisiones convenientes y enterarlo a él de la marcha del asunto. La obra fue emprendida con celo y el propio Ridley se ocupó de ella, siendo el resultado la fundación del Hospital de Cristo para la Educación de Niños Pobres. (El rey, al mismo tiempo, dotó a varias otras obras de beneficencia.) ¡Señor Dios —decía— os doy mis más calurosas gracias de que me hayáis concedido vivir lo suficiente y terminar esta obra, para la gloria de Vuestro nombre! Aquella vida inocente y ejemplar se acercaba rápidamente a su fin y a los pocos días, entregó su espíritu a su Creador, rogando a Dios que defendiese el reino del papismo. —*J. Heneage Jesse*, “London, sus personajes y lugares célebres” (*London, its Celebrated Characters and Places*)..

En el Gran Salón cuelga un enorme cuadro del rey Eduardo VI sentado en su trono, con su toga escarlata adornada de armiño, sosteniendo el cetro en la mano izquierda y presentando la Carta con la otra al alcalde. A su lado está en pie el canciller, con los sellos, y le siguen otros funcionarios del estado. Con las manos elevadas, el obispo Ridley está de rodillas ante él, como suplicándole una bendición para aquel acontecimiento, mientras que el regidor, etc., con el alcalde están arrodillados a ambos lados, ocupando el centro del cuadro; finalmente, hay al frente una doble fila de niños de un lado y niñas del otro, empezando por el maestro y la maestra hasta el niño y la niña que se han adelantado de sus filas respectivas para arrodillarse

ante el rey, con las manos levantadas. —Timbs, "Curiosidades de Londres", pág. 98.

Por antigua costumbre, el Hospital de Cristo posee el privilegio de dirigirse al soberano en ocasión de su venida a la Ciudad, para ofrecerle la hospitalidad de la corporación de Londres. —Idem.

El Salón Comedor con su antecámara y galería para el órgano, ocupa toda la planta, que tiene 56 metros de largo, 15 de ancho y 14 de alto; recibe luz por nueve grandes ventanas de vitrales por el lado sur, es decir, el próximo al Salón de Westminster (*W. Hall*), el salón más hermoso de la metrópolis.

Allí comen los niños, ahora unos 800, y allí se celebran también las "Cenas en Público", a las cuales se reciben visitas que presenten billetes expedidos por el tesorero y por los directores del Hospital de Cristo. En las mesas hay queso en tazones de madera, cerveza en cazos de madera también y que se sirve de grandes odres de cuero y el pan, traído en grandes cestas. Entra la concurrencia oficial, el alcalde o presidente toma asiento en su sillón de ceremonia, hecho de roble de la iglesia de Santa Catalina, cerca de la Torre; cantan entonces un himno acompañado de órgano; un "griego" o muchacho que dirige, lee desde el púlpito las oraciones después de exigirse silencio por tres caídas de un martillo de madera. Después de la oración, empieza la comida y los visitantes andan por entre las mesas. Al final, los "muchachos de oficio" recogen las cestas, los tazones, los odres, los cazos y los candeleros y desfilan en procesión, con reverencias curiosamente ceremoniosas, ante los direc-

tores. Este espectáculo fue presenciado por la reina Victoria y el príncipe Alberto en 1845.

Entre los Muchachos de Casaca Azul más eminentes están Joshua Barnes, editor de Anacreonte y de Eurípides; Jeremías Markland, el eminente crítico, especialmente de literatura griega; Camden, el estudioso y coleccionista de antigüedades; el obispo Stillingfleet; Samuel Richardson, el novelista; Tomás Mitchell, el traductor de Aristófanes; Tomás Barnes, director durante muchos años de *TIMES* de Londres; Coloridge, Charles Lamb y Leigh Hunt.

No se admite a ningún niño menor de siete años ni mayor de nueve y no puede permanecer en la escuela ninguno que haya pasado los quince años, con la única excepción de los "griegos" y los "muchachos del Rey". Hay unos 500 directores, con el soberano y el Príncipe de Gales a la cabeza. La condición para ser director es el pago de 500 libras esterlinas. —Idem.

ADVERTENCIA GENERAL

Se oye mucho hablar de las espantosas “Leyes Azules de Connecticut” y ya se ha acostumbrado uno a estremecerse piadosamente a su sola mención. Hay personas en América —y aun en Inglaterra— que creen que eran un verdadero monumento de malignidad, implacabilidad e inhumanidad; cuando en realidad fueron, aproximadamente, la primera desviación de la atrocidad judicial que vio nunca el mundo “civilizado”. Este código humanitario y benigno de las Leyes Azules, de hace doscientos cincuenta años, perdura por sí mismo, con siglos de leyes sangrientas por un lado y ciento setenta y cinco años de leyes inglesas, igualmente sangrientas, por el otro.

No hubo época alguna —en Connecticut bajo el imperio de las Leyes Azules ni de ninguna otra— en la cual más de CATORCE delitos fueran punibles con la muerte. En Inglaterra, en cambio y todavía en el recuerdo de personas que aún están sanas mental y físicamente, DOSCIENTOS VEINTITRES delitos eran punibles con la muerte (1). Vale la pena conocer estos hechos y pensar en ellos también.

(1) Véase Dr. J. Hammond Trumbull, Obra citada, pág. 11.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Prefacio	5
Capítulo I. - Nacimiento del príncipe y del mendigo	7
„ II. - Vida de Tom en sus comienzos	8
„ III. - Encuentro de Tom con el príncipe	16
„ IV. - Comienzan las tribulaciones del príncipe	27
„ V. - Tom en calidad de patricio	32
„ VI. - Tom recibe instrucciones	43
„ VII. - Primera comida real de Tom	53
„ VIII. - La cuestión del Sello	59
„ IX. - Procesión cívica en el río	62
„ X. - El príncipe en dificultades	66
„ XI. - En el Ayuntamiento	78
„ XII. - El príncipe y su salvador	85
„ XIII. - Desaparición del príncipe	100
„ XIV. - El rey ha muerto, ¡viva el rey!	107
„ XV. - Tom, en calidad de rey	122
„ XVI. - La comida de ceremonia	137
„ XVII. - Fu-Fu I	141

„	XVIII. - El príncipe con los vagabundos	156
„	XIX. - El príncipe y los campesinos ..	166
„	XX. - El príncipe y el ermitaño	174
„	XXI. - Hendon, el salvador	183
„	XXII. - Una víctima de la traición	189
„	XXIII. - El príncipe, prisionero	198
„	XXIV. - La huida	202
„	XXV. - La casa señorial de Hendon ...	206
„	XXVI. - Repudiado	216
„	XXVII. - En la cárcel	222
„	XXVIII. - El sacrificio	236
„	XXIX. - En dirección a Londres	240
„	XXX. - Los progresos de Tom	243
„	XXXI. - La procesión cívica de identi- cación	247
„	XXXII. - El día de la coronación	255
„	XXXIII. - Eduardo rey	271
	Conclusión - Justicia y castigo	281
	Notas	287
	Advertencia general	297





Biblioteca Billiken

COLECCION ROJA

LAS GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Cuento o historia verídica (el humor de Mark Twain nos deja optar por lo uno o lo otro), lo que aquí se nos cuenta no sólo cumple, en todo caso, las condiciones lógicas de lo verosímil, sino, cosa aún más íntima e importante, las de lo verdadero.

Es este libro una honda y viva lección de humanidad, transmitida al lector sin fórmulas adustas, a través de las más sorprendentes peripecias y, en suma, con toda la gracia, don de simpatía e ingenio novelesco que han hecho célebre al autor. Tal vez haya sucedido —nos dice él mismo— o tal vez no; pero pudo haber sucedido. . . Y muy pronto el lector empezará a desear que sí, que hubiese sucedido y, finalmente, a creerlo así, al menos con fe poética inequívoca, tanto por la vivacidad del relato como por su ejemplaridad.

Según reza el subtítulo, Mark Twain dedica esta notable historia a los jóvenes de todas las edades. Hay que entenderle bien: a todos los que por ser jóvenes o conservar aún alguna entrañable o invulnerable juventud, no tienden a extraer de la experiencia recelosas máximas, sino más bien —como su Príncipe— renovado valor, comprensión del prójimo y bien aleccionada generosidad.